

CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROYCO

DE JUAN DE LA CUEVA.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.



PRÓLOGO.

*Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam
viribus.*

Al ver la muchedumbre de Poemas épicos que escribiéron nuestros Poetas á fines del siglo XVI y en todo el siguiente, y la facilidad y osadia con que qualquiera de ellos se aventuraba á una empresa tan ardua; se hace verisimil que no tuviese una idea bien exâcta de lo que es la Epopeya. ¿A cuál de los Poemas heroicos que entónces se publicáron se le podrá dar justamente ese nombre? Muchos de ellos no son otra cosa que historias en octavas frias, y algunos una cadena de delirios sin término ni concierto: el Poeta que sabia inventar no sabia escribir, y el que sabia escribir estaba desnudo de juicio y de gusto. Así todas áquellas obras, producidas las mas por la temeridad y la ignorancia, yacen justamente sepultadas en el olvido que se merecen: y si algun otro Poema como el *Bernardo* ó la *Jerusalem* llaman todavía la atencion de los eruditos, es mas por la

belleza de algunos trozos, que por la regularidad y la excelencia del todo. Ninguno de ellos ha traspasado los límites del país y logrado celebridad por los extranjeros, si se exceptua la *Araucana*, obra que mirada sin prevencion, no es la mas á propósito para dar una idea de la elevacion y grandeza de nuestra Poesía.

A la verdad que formar un quadro donde se represente noblemente ó la caída ó la fundacion de un Imperio producida por la superioridad de un hombre extraordinario, donde se vean grandes caracteres, grandes pasiones, y grandes obstáculos; donde se consignen á la posteridad los ritos, leyes y costumbres de las naciones; hacer que en este quadro todo sea grande y noble sin ser hinchado ni gigantesco, que reynen en todas sus partes la variedad y la armonia, que todo sea nuevo ó presentado con novedad, y que sin valerse de delirios todo produzca la admiracion en el alma de quien lo contempla; finalmente ejecutarlo con una diction pura y noblemente sostenida, una versificacion bella y armoniosa, y un es-

tilo animado y vivo que haga ver todos los objetos con los colores que les pertenecen; esta obra digo, es acaso la mas difícil que puede emprender el entendimiento humano, y no debe sorprehender que desde el nacimiento de las Artes hayan sido tan pocos los que han acertado á executarla. Dos cuenta la antigüedad, y en los siglos modernos solo Torquato Taso á pesar de sus defectos, es el que se ha acercado mas que otro alguno á la belleza del delicado Virgilio, y á la fuerza y actividad del impetuoso Homero.

Juan de la Cueva, Poeta Sevillano, que floreció á fines del siglo XVI, quiso tambien entrar en esta carrera, y compuso el Poema que ahora se publica, dado á luz por la primera vez en Sevilla el año de 1603. Dedicóse como era costumbre en casi todos los Poetas de aquel tiempo á todo género de Poesía. Sus versos líricos y pastoriles están ya olvidados: él alteró la simplicidad que tenian nuestras farsas, y fué el primero que mezcló en el teatro los Reyes y los Príncipes con las personas ordinarias: hizo unas quantas tragedias que solo tienen de tales el nom-

bre el argumento y los personajes: y finalmente trabajó un Arte poética, donde se encuentran á veces sabiduría y precision en los preceptos, y se echan de ménos el calor y la imaginacion en la Poesía. Mas volvamos á la *Bética*.

Desde luego se advierte en este Poema que la accion es grande é interesante. Vengar las injurias que los Sarracenos habian hecho á este pais, arrojarlos de lo mejor de Andalucía, ganarles á Sevilla, su principal emporio, y dexar asentado en ella el Imperio de los Christianos, tal era la empresa que el Poeta se proponia cantar, y que en las manos de un gran genio hubiera producido bellezas admirables. El héroe de la expedicion era el mas completo que presentaban aquellos siglos. La ambicion de ganar terreno, que en los demas conquistadores es un frenesí, era en los Reyes de España una obligacion, una virtud, y se tenia por mas zeloso del bien público á aquel, que se mostraba mas ardiente en arrojar á los bárbaros de las tierras usurpadas. Son bien notorios el zelo, el esfuerzo y la fortuna de Fernando III: se sabe que á estas prendas co-

munes en aquellos tiempos, supo unir una prudencia consumada, una magnanimidad heroyca, una humanidad tierna y una inocencia de costumbres sin igual. Las dos naciones rivales que tenian dividido entre sí el Imperio de la Península, estaban entónces en la crisis mas importante: los Christianos ostentaban sus virtudes guerreras, sus costumbres sencillas, el fanatismo de la caballería en su mas alto punto, y fieros con el orgullo que les daban tantos años de victoria, se prometian enseñorearse brevemente de las tierras que restaban fuera de su poder; pero los Moros, aunque ya decayendo, ricos con sus artes y su poblacion inmensa, se veian todavía señores de la mejor parte de España, á donde fácilmente aportaban los socorros que continuamente pedian al Africa. En esta posicion el genio de un hombre grande era el que habia de dar á una de las dos naciones una superioridad decisiva: este hombre fué Fernando, el qual con sus grandes qualidades hizo inclinar la balanza hácia los Christianos, y los Moros jamas pudieron despues levantarse de su caída.

He aquí los objetos que la Historia presentaba al pincel del Poeta; y las virtudes que debían ser puestas en acción, y en su punto de vista el mas bello. Pero es preciso confesarlo: Juan de la Cueva se ha quedado muy inferior á su argumento. Su héroe frio, sin actividad, ni energía, jamas obra, jamas se anima, y es de las primeras figuras la que está dibuxada con ménos fuerza, siendo así que todas ellas son bien débiles. Diráse acaso que Cueva, á manera del Taso, quiso darle magestad y decoro, sacrificando la vivacidad y la acción. Pero prescindiendo de que hay mucha distancia de Fernando á Gofredo, el Poeta Italiano ha sabido compensar la falta de fuego de su héroe, con el que derramó en los bellísimos personajes de Rinaldo y Tancredo. ¿Y dónde encontraremos en la *Bética* un Tancredo y un Rinaldo? El Español ademas no ha hecho resaltar el heroismo de sus guerreros, oponiéndoles dificultades dignas de ellos, ó pasiones que los combatan. Los Moros son siempre muy desiguales á los Christianos, y estos lo superan todo con una facilidad cansada y

muy poco interesante : en todo el Poema no se encuentra una desgracia , un peligro que avive y despierte la curiosidad ; y los episodios son generalmente infelices , y alguna vez indecorosos.

Hemos dicho que los caracteres están dibuxados con mucha debilidad , ó mas bien es preciso decir que no los hay. Botalhá y Tarfira , en quienes se conoce que el Poeta se esmeró , ofrecen defectos capitales. Botalhá libra á la Infanta Alguadayra de las manos de los Christianos , gana su aficion , la seduce , el Rey padre de ella los sorprehende durmiendo juntos , y toda esta ventura mas cómica que épica viene á parar en que los dos amantes huyan de Sevilla , y se ponen baxo el amparo del Santo Rey : el qual por esta vez no hizo una cosa bien digna de la magestad de su carácter , abrigando á un infame que ha dexado abandonada á su esposa en Africa , que ha violado la hospitalidad del Rey de Sevilla , corrompiéndole y robándole su hija , y pérfido á su ley y á su nacion quando combate contra ella. Tarfira en quien quiso dar un traslado de la Clorinda

del Taso, está muy léjos de la bella gallardía de su modelo : nadie sino Tancredo puede rendir á Clorinda , casi todos en la *Bética* atropellan á la desdichada Tarfira.

¿Para qué detenernos en aquella mezquina ermita tan poco digna de un Poema heroyco, en aquellos Consejos de guerra tan poco nobles , y en aquellas visiones tan poco maravillosas ? ¿Cómo no reirse de la discordia levantada en el campo Christiano por las alabanzas que se dan los unos Caballeros á los otros ? Jamas disension mas miserable nació de motivo mas vano : ella es tan pronto apagada como encendida , sin que produzca efecto alguno mas que la risa ó el fastidio.

Lo que se piensa mal se executa regularmente peor : en el citado pasage es donde se encuentra á propósito del honrar aquella octava , que avergonzaria el mas miserable vèrsificador.

*Honrar es gran virtud, y es tener honra;
Dexar de honrar es bárbara torpeza;
Aquel es mas honrado que mas honra,
Y de honrar se donota la nobleza:*

*Y aquel que de dar honra se deshonra
Da claro indicio de servil baxeza;
Baxo es aquel que por honrarse buye
De honrar, y baxa condicion arguye.*

¡Qué diction tan arrastrada y tan baxa!
¡qué absurdos tan ridículos! Así si la invencion de la *Bética* es poco recomendable, el estilo y la versificacion lo son mucho ménos. Esta siempre es una falta imperdonable en un Poeta: porque la primera obligacion del que escribe es escribir bien, y con mas razon del que escribe para agradar. Una versificacion bella, y un estilo ardiente, animado y fluido, ¡qué tanto realce no dan á las bellezas, y qué de faltas no encubren! El inmortal autor de la *Eneyda* no gozaria de la gloria que le sigue, ni fuera la delicia de todos los hombres de gusto sin la admirable pureza del suyo, y sin la indecible belleza de su estilo. Vergüenza da ver en la *Bética* llenas las octavas de ripios, de frases triviales, de transiciones forzadas, y de giros tan baxos que la prosa mas humilde se desdeñaria de admitirlos. Su diction ya dura, ya violenta, ya pobre se arrastra casi siempre desnuda de vigor y

de Poesía. Este Poeta que habia querido dictar las reglas de su arte ¿ignoraba que es preciso embellecer las cosas con las palabras? ¿Cómo disimular la falta de elegancia, el poco nervio, y la continua sequedad y dureza á un escritor que maneja la lengua castellana? Otra cosa que contribuye á hacer mala la diction de la *Bética* es la eleccion de los nombres propios: jamas Poeta alguno fué mas infeliz en esta parte; y *Axartaf*, *Abenjafon*, *Abdalac*, *Lope Diaz de Alfaro*, *D. Lorenzo Suarez*, *Garciperez*, *Gil Manrique*, *Arias Quixada* endurecen los versos con su escabroso sonido, ó los envilecen con su baxeza.

Pero ya que hemos reconocido los vicios de este Poema, digamos tambien algo de sus bellezas, porque las tiene sin duda. Y primeramente es digno de notarse que el plan, aunque concebido sin elevacion y sin genio, está pensado sin embargo con madurez y simplicidad. La accion principal tiene su grandeza proporcionada, y su movimiento aunque lento es continuo: ella camina hácia su fin libre y desembarazadamente, sin perderse

en episodios eternos que la ofusquen ó la ahoguen. Algunos trozos estan muy bien escritos; y generalmente las batallas se ven pintadas con mas viveza que lo demas. Tales son entre otras la batalla naval del lib. 10, la alegría del Betis al ver á los Christianos sobre sus ondas, todo el lib. 12, y algunos pasages de los dos últimos libros quando los Moros se ven precisados á abandonar á Sevilla. Diximos que el colorido estaba escaso de fuerza de vivacidad y de nobleza: pero á veces presenta comparaciones excelentes como estas.

*No el soberbio leon con igual ira
 Revuelve lleno de cruel despecho
 Al ginete Masilio que le tira
 La gruesa lanza, y le atraviesa el pecho,
 Que estimulado á la venganza aspira,
 Y arremetiendo al ofensor derecho
 Paró, impedido de vengar su saña,
 Y de bramidos hinche la montaña.*

.....

*Con la presteza que el ayrado viento
 En el tendido Oceano revuelve
 La fragil onda, y con furor violento
 A la parte que quiere allí la vuelve &c.*

Su estilo á veces es enérgico, como aquí:

La memoria, que nunca esta quieta,

Cuchillo fiero del mortal reposo.....

fluidido en estos versos que dice el Betis:

Llegada es ya la gloria que esperamos;

Ta el varon Santo prometido vemos;

Ta la opresion del Bárbaro en que es-
tamos

Trocada en dulce libertad tenemos.

gracioso y tierno en esta octava, donde habla de Tarfira:

Tal vez se determina á la venganza

Resuelta con la espada ya en la mano,

Y en sí volviendo dice, ¡ay que no alcanza

Mi corta diestra á donde está el tirano!

Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,

Que con su fe las lleva el ayre vano:

Siendo perjuro en su promesa al cielo,

Aleve infame en su palabra al suelo.

resuelto y desembarazado, quando la misma dice á dos guerreros que la siguen:

Si á buscarme venís, ya estoy presente,

Si á probaros conmigo, ya os aguardo....

Estos y otros lugares que facilmente se pudieran señalar, prueban evidentemente que el autor de la *Bética* no estaba enteramente escaso de ingenio poético: pero

estas mismas bellezas hacen por otra parte mas desabrido lo demas. Juan de la Cueva no habia meditado bien sobre la naturaleza de la obra que emprendia; no conoció que sus fuerzas eran muy pocas, y que jamas podria elevarse á la perfeccion y grandeza que ella requeria. Así la *Bética*, sin hacerla la injusticia de igualarla con los *Macabeos* y los *Pelayos*, jamas saldrá de la clase de un Poema mediano, donde lo malo es casi siempre superior á lo bueno.

Pero se preguntará y con razon que si es así ¿por qué se le imprime ahora? A lo qual solo puede responderse, que siendo estimada esta obra por su rareza, como sucede á otras muchas, se creyó al principio que se hacia un servicio al público en volver á darla á luz, y que despues ya era tarde para suspenderlo. Quizas tambien á muchos les agradará tal como es, y aprobarán su publicacion, porque en el mundo hay variedad infinita de paladares. Aun hay quien gusta de los Autos de Calderon y de la prosa de Gracian, y la *Bética* vale mas que ellos. Finalmente estando ya en la prensa un *Cancionero* y

un *Romancero* sacados de los antiguos, ofrecemos no omitir esmero alguno para que esta Coleccion se haga cada dia mas digna del público, en cuya utilidad se publica.



CONQUISTA DE LA BÉTICA.

LIBRO PRIMERO.

Cante el Griego furor y el Frigio llanto
La docta Musa y la sagrada Lira
De Smirna y Mantua, que pudiéron tanto
Que templáron del Júpiter la ira.
Que yo las armas y la gloria canto
Del santo Rey, á quien el cielo inspira
A conquistar la Bética famosa,
Y hacer suya á Hispalis gloriosa.

O tú, eterna deidad de quien procede
Quanto tuvo principio, y tiene hoy nombre,
A quien el veloz tiempo no precede,
Ni privar puede el inmortal renombre.
Tú le aspira á mi Musa, y le concede
Que en tan difícil paso no se asombre
Y cumpla su promesa, con que solo
A Lino seré igual, á Orfeo y Apolo.

Cantaré los varones excelentes
Restauradores del honor de España,
Sus claros hechos, las rendidas gentes
Al furor justo de su ardiente saña.
Sin que lisonja obligue á los oyentes,

Ni la invencion que la verdad engaña,
Pues sin que della el paso mio desvie,
En el sugeto hay tanto que me guie.

Vos, á quien se consagra el claro asiento
Donde de Apolo está el divino coro,
De Marte gloria, lustre y ornamento
Don Antonio, de España honra y tesoro.
Recebid con piadoso acogimiento
El don humilde que desprecia el oro
De la Musa, que en sangre de paganos
Tinta en ella, se ofresce á vuestras manos.

Oireis de la guerrera gente nuestra
Donde los vuestros su valor mostráron,
Y el vuestro, lo que fuéron ellos muestra
Quando con mas hazañas se ilustráron.
Los que siguiendo la invencible diestra
Del santo Rey, la santa Fe ensalzáron,
Y en honor della al paganismo fiero
Lanzáron del opreso reyno Ibero.

Despues que el poderoso Rey Fernando
Puso en sosiego su alterada tierra,
Los tres rebeldes Condes desterrando
Que la inquietaban y movian á guerra.
En paz segura, en su dominio y mando,
Quanto en sí el reyno de Leon encierra
Poseia, por muerte de su padre,
Y por la industria de la sabia madre.

Viendo en estrecha sujecion á España
Del Líbico Agareno poseida,
Sujeta al duro fuero y ley extraña,

En triste infamia á su querer rendida.
Que ni la fuerza, ni prudente maña
Restauraban la mísera caída,
Causada por el loco amor, que pudo
De libre atarla á tan estrecho nudo.

El fuerte pecho de temor vacío,
De celestes espíritus asiento,
No pudiendo sufrir que el señorío
Bárbaro así triunfase tan contento.
De horror lleno, al vil ocio dió desvio,
A la bélica trompa y caxa aliento,
De Christo enarbolando el estandarte
Contra el soberbio Moro el santo Marte.

Del riguroso hibierno el aspereza.
Mientras duró estuviéron recogidos
Donde los dos hermanos con crueza
Y falsa acusacion fuéron punidos.
Sin que de Marte la hórrida fiera
Se administrase, y siendo consumidos
Los húmidos vapores, con ardiente
Presteza, apresta el esquadron valiente.

Resuelto de ir á renovar la guerra
Que por el tiempo pluvioso habia
Cesado, y libertar la opresa tierra
Que el vencedor contrario poseia.
Y el distrito ensanchar que los encierra,
Deshaciendo la horrible tirania
Del paganismo, con su brazo fuerte,
Temido dél como la propia muerte.

Ya cubria el pecho el fulminante acero

4 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Del defensor de Esperia glorioso,
Para seguir su ejército, y al fiero
Bárbaro dar castigo riguroso.
Quando llegó á visalle un escudero
Que de Murcia volvía vitorioso
Don Pelayo Correa, y á este punto
Llegó la nueva, y el Maestre junto.

Fuele al Infante Don Alonso dada
Para conquista de Murcia, y fuele dado
La que con la toga y con la espada
Fuese deste varon administrado.
Y habiéndole servido en la jornada
Que con felice efecto había acabado,
Ante el Rey puesto, dice desta suerte
El Nestor sabio, y el Achilles fuerte. (fante

La conquista, ó gran Rey, que al fuerte In-
Don Alonso tu hijo cometiste,
Queda hecha, y tu ejército triunfante
La vitoria alcanzó que á Dios pediste.
Murcia la frente no alzaré arrogante,
Que por tuya qual verla pretendiste
Queda, y tu gente ya alojada en ella,
Sin que poder pudiese defendella.

De nuevo puso en tierra las rodillas
Don Pelayo, y las cartas en la mano
Del Rey, que quando quiso recebillas
Lo levantó, mostrándosele humano.
Y empezando á leer las maravillas
Que su ejército hizo en el pagano,
Las muertes, los destrozos, la vitoria

Habida dél, y los trofeos de gloria.

Juntó las palmas, levantando al cielo
Los ojos, del contento enternecidos,
Y el deificado espíritu su vuelo
Trascendió los alcázares subidos.

De donde procederle aquel consuelo
Conoció, y los mas premios recebidos,
El Rey invicto en esta fe resuelto
Dixo en voz alta, así á los suyos vuelto.

Claro nos muestra ó fuertes defensores
De la christiana religion, su amparo
El eterno Señor de los señores,
Cuyo imperio desprecia el tiempo avaro.
Que estas vitorias grandes son favores
Suyos, en que decirnos quiere claro
Que en virtud suya siempre venceremos,
Y el reyno amancillado limpiaremos.

Visto habeis que mi hijo y vuestro Infante
A Murcia fué, y teniéndola cercada
Con la gente invencible, que bastante
Era, para que fuese conquistada:
Abenhuc (Rey de Ecija) arrogante,
Confiado en su fuerza aventajada
Y en su esfuerzo, partió en socorro della,
Seguro que pudiera defendella.

Mas la clemencia eterna del divino
Protector nuestro quiso refrenallo
Qual hizo á Faraon, y en el camino
Le dió la justa muerte un su vasallo.
A su soberbia fué el castigo dino

Con que quiso el Señor, con estorballo
Traer Abénhudi á nuestra obediencia,
Y de Murcia entregarnos la tenencia.

Bien conocidamente deste hecho
Dexa entenderse el bien que nos procura
El celeste retor, que en nuestro estrecho
Nos acude, y los riesgos asegura.
¿Quién hay, que no esté desto satisfecho?
Pues en los casos desta guerra dura
Habeis visto milagros conocidos,
Y los Moros por ellos ser vencidos.

Así, ó amparo mio, á quien ha dado
El General supremo la conquista
Contra la horrible gente del malvado
Profeta, que tenemos á la vista;
Decidme, ¿dónde irá nuestro formado
Campo? y de darme nadie se desista
Su parecer, y vos Maestre quiero
Que vuestro acuerdo en esto sea el primero.

Que estos fuertes varones, que á la fiera
Parcialidad de Agar el yugo han puesto,
Están en pareceres de manera
Contrarios, que no sé á qual siga en esto.
Unos dicen, que el ir á la frontera
Conviene, otros condenan lo propuesto,
Y piden que á Granada, otros que vamos
A Jaen, y en aquesta duda estamos.

Yo, sus acuerdos viendo diferentes,
Y que ni conformaban, ni acudían
Con mi deseo, que pide á sus valientes

Animos ocupar do el mio impedian :
Mandé marchar, y siéndome obedientes
Del ocio regalado se desvian
Para seguir el órden que les diere,
Y el estandarte mio á donde fuere.

Esto fué con intento, que en estando
Aprestados, del modo que los veo
En órden puestos ya para ir marchando,
Decir qual es en esto mi deseo.
Mi acuerdo con aquellos conformando
Que aspiran de Jaen hacer trofeo,
Porque despues de sernos de importancia,
A nuestro honor ofende su arrogancia.

Ved Don Pelayo vos lo que os parece
En este caso, y digan los varones
Que contradicen, que se les ofresce
Que variar los hace en opiniones.
En mí por horas y momentos cresce
Este cuidado, y hallo en él razones
Tan precisas, que es yerro conocido
Lo que en esto nos hemos detenido.

Cesó el caudillo y defensor de España,
Dando lugar que fuese respondiend
A su proposicion su fiel compañía,
En la qual un murmúreo fué creciendo;
Qual suele el blando aliento en la montaña
Los árboles hojosos removiend
A una y á otra parte mansamente,
Que solo un sordo son se oye y siente.
Así los invencibles caballeros

Del Rey oyendo el parecer, alzaron
Un confuso clamor, que los ligeros
Ayres, en torno llenos dél quedáron.
Y aquellos que á Granada pedian fieros,
Y los que á la frontera demandáron,
Con bastantes razones defendian
La empresa, que sirviendo al Rey pedian.

Viendo el Maestre Don Pelayo el bando
De la valía Christiana desta suerte,
Puesto en confusa duda deseando
Que en un acuerdo todo se conzierte:
Al Rey miró, y la voz y el brazo alzando,
Y en él la espada de enemigos muerte,
La punta señalando á donde estaba
Jaen, así al Rey dice que aguardaba:

Si no estuviera el mundo satisfecho,
O Príncipe invencible de tu gloria,
De los tuyos contando el menor hecho,
Bastante fuera para ser notoria.
Quanto mas donde hay tantos, que á despecho
Del tiempo, y de la invidia su memoria
Vivirá lo que el sol en su viage,
Sin que le haga el ciego olvido ultrage.

Esta alabanza no hay para que sea
De mi razon agora encarecida,
Ni tu heroica grandeza la desea
Para en el mundo hacerla conocida.
Mas por decir que ya parece fea
La remision de aquesta esclarecida
Y leal gente, á quien tu esfuerzo y arte

De uno y otro ha dado tanta parte.

Bien, que su duda ha sido deseando
Acertar á servirte, y la experiencia
De su virtud lo van manifestando,
Y los hechos que ensanchan tu potencia.
Mas conociendo (ó excelso Rey Fernando)
Que en la milicia alcanza tu prudencia
Tanto, que Baco y Marte á deprendella
Pueden venir de tí para sabella.

Por esto digo, que la ciega duda
Cese, si alguna en nuestros pechos cabe,
Y al parecer de nuestro Rey se acuda,
Pues es quien puede mas, y el que mas sabe.
No entienda ese lugar que el Rey se muda
De conquistallo, y porque no se alabe
Digo, que donde aquesta punta apunta
Que es á Jaen, la gente marche junta.

Tendió la espada fiero y desdeñoso
El Maestre, mostrando en su denuedo
Contra Jaen el brazo poderoso,
De ponerla en pavor; y al mundo en miedo.
Y al conmovido ejército animoso
(Que solia mirar con rostro ledo)
Desdeñoso miró, y así le manda
Que del Rey se obedezca la demanda.

Quedó suspenso todo, concluyendo
Su razon el de Eucles y los valientes
Guerreros, sus acuerdos remitiendo
Al silencio, temiendo inconvenientes.
Los unos el deseo conociendo

IO CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Del Rey, otros callaban de prudentes,
Que voluntad de Rey de ningun modo
Puede dexar de obedecerse en todo.

Algunos, á quien mas les obligaba
Y podian hablar con preeminencia,
Viendo que el Rey queria y demandaba
Que de Jaen rindiesen la potencia:
(Aunque segun su acuerdo se engañaba)
Callando confirmaban su sentencia,
No queriendo en contrario señalarse,
Ni con los de aquel voto conformarse.

Desta dudosa (aunque leal) fatiga
Los unos y los otros conmovidos,
Los unos por hacer que el Rey se siga,
Los otros por no verse preferidos,
Aunque lo uno y otro les obliga,
Y todos son de fe y lealtad regidos,
Sancho Lopez de Avalos se pone
En pié, y con grave voz al Rey propone:

Bien conoces, señor, bien sabes claro
De tu leal gente la virtud constante,
Pues le da siempre tu grandeza amparo
Con que se aumenta y siempre va delante.
Y sé tambien, que no serás avaro
En permitir que sus proezas cante
Testigo dellas, cuya voz resuena
En gloria tuya, y del contrario en pena.

Con el seguro desto, habiendo sido
De parecer, y el que voté el primero
Que sirviéndote fuese el campo unido

A buscar en frontera el Moro fiero,
De algunos caballeros fué seguido.
Otros dixéron que era mal guerrero
Si estorbase que fuese la jornada
A Jaen, ó la vuelta de Granada.

En tanta variedad de pareceres
Reponer hacen en confusa duda
El mio, y sin saber qual cumple ó quieres,
Casi de su propósito se muda.
Mas digo, que si tú servido fueres
Que el campo nuestro á la frontera acuda,
Haces en hacer esto muchas cosas
Al designio que llevas provechosas.

Ya sabes por avisos que te han dado
Quan fértil está ogaño, y bastecida
De los frutos que Ceres, y el sagrado
Baco y Palas la han hecho enriquecida.
Yendo (qual digo allá) será estorbado
Que sea esta cosecha apercebida
Contra tí, ni con ella te den guerra,
Ni della puedan bastecer su tierra.

Impides (yendo allá) que no se mude
El Africano de guardar su estancia,
Que de pasar el fiero Alarbe dude,
Y tenga el no venir por mas ganancia.
Que el vagante Numidio que á esto acude,
El furor temple é indomita arrogancia,
Y temiendo encontrarte se detenga,
Y la frontera á socorrer no venga.

Desde allí puedes acudir á todo

Con mas comodidad que de otra parte,
De allí á tu gusto, desde allí á tu modo
Correr la tierra, y della asegurarte.
De allí ganar el pueblo que al Rey Godo
Vendió, en sí rescatando el estandarte
De la Africana liga, y el que ha sido
Del Infante tu hijo combatido.

Desde allí puedes (siendo conveniente)
Ir á Granada, y á Jaen dar vuelta,
Esto se entiende habiendo causa urgente,
Que no habiéndola, está la duda absuelta.
De allí refrenarás la feroz gente
Que libre anda, sin dominio y suelta,
Harás que no se acuda el Celtiberio
Y Vándalo, el Andaluz y el Eliberio.

Otras mil cosas que á mi intento ayudan,
Traer sobre el propósito pudiera,
Aspiradas de muchos que no dudan
De pedir la jornada á la frontera.
Mas si las que has oido no te mudan,
Y constante tu intento persevera,
Todos sin discrepar te obedecemos,
Y á tu solo querer nos disponemos.

Esto diciendo el fuerte, el justo, el sabio
Sancho Lopez, volvió á tomar su asiento,
Seguro que pudiese hacerle agravio
A su razon contrario pensamiento.
El uno sella con el otro labio,
Y á oir se pone á Don Ramiro atento,
Hombre lenguaz, altivo y sedicioso,

Por sus costumbres y linage odioso.

Tuvo el Conde Don Alvaro una hermana
Que casó con Don Jayme de Toledo,
Hombre rico, aunque ya de edad anciana,
Noble, y de los mas nobles de Laredo.

Este siguió la voluntad tirana
Del aleve cuñado, y puso en miedo
El reyno de Castilla, por la muerte
De Don Henrique de infelice suerte.

De la hermana del Conde Doña Sancha,
Y del traydor Don Jayme nació el fiero
Don Ramiro, esmaltado con la mancha
Que vivirá lo que el renombre Ibero.
Y él por su parte la maldad ensancha
Con tal disolucion, que honor, ni fuero
Jamás le constriñéron ni obligáron,
Ni de su horrible inclinacion mudáron.

Y despues que en prisiones y en destierro,
Murió Don Jayme, el Conde y sus hermanos,
Y se enxugó el sangriento y mortal hierro
Entre Leoneses y entre Castellanos.
Sin acordarse del infame yerro
Del título afrentoso de tiranos
Que á su padre le daban y á sus tíos,
Decia y hacia insolentes desvarios.

Siguió la guerra, siempre acompañando
Del santo defensor el estandarte,
No con gloriosos hechos procurando
De adquirir nuevo nombre por su parte.
Mas la discordia y cisma administrando,

14 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Mas que la honrosa profesion de Marte,
De su maldad siguiendo en todo el uso
Puesto en pié, vuelto al Rey así propuso.

Pareceme, ó gran Rey, habiendo estado
Atento al proceder del noble viejo,
Que su discurso todo ha encaminado
A su gusto, y no á darte buen consejo.
Esto aprueba á una voz tu real Senado,
De quien eres señor y claro espejo,
Esto dirá el que solo procurare
Servirte, y á este fin solo aspirare.

Así yo, deste firme y leal deseo
Estimulada el alma y conmovida,
Sin que me mueva mas que ver qual veo
Tu duda y tu leal gente dividida.
Del parecer oido dudo y creo
Una sospecha clara y conocida,
Que si se advierte bien y considera,
Gran daño, y poco bien della se espera.

La ida donde dice ese hidalgo
Es de los mismos Moros deseada,
Y por esta razon me opongo, y salgo
A pedirte Señor, que sea excusada.
Solo del bien comun me amparo y valgo,
En él va toda mi intencion fundada,
No en mi particular, no en mi interece,
Qual de mi justo proceder parece.

Si está (qual dice) bastecida y llena
De frutos la frontera, eso que dice
Da indicio á no sé qué, que le condena,

Y la lealtad que vende contradice,
Y recelando la debida pena,
Porque su intento á nadie escandalice
Alaba tu leal gente, y deste modo
Da fuerza á su discurso falso en todo.

Dice, que algunos caballeros siguen
Su acuerdo, ménos cuerdo que dañoso,
No sé yo quales hay, que á tal se obliguen,
Y en duda estoy remiso y sospechoso.
Y quando hubiese algunos que se ligen
Con él, será algun bando sedicioso,
Alguna esquadra de hombres bandoleros,
Que ni ley guardan, ni obedecen fueros.

A esta razon en pié se puso ayrado
Don Gil Manrique, y dixo: no prosigas
Don Ramiro, que vas desacordado,
Y á responderte de otro modo obligas.
Que yo soy uno de los que han votado
Que á la frontera vamos, y no digas
Que sediciosos bandoleros fuéron
(Que no es así) los que este voto diéron.

Y el parecer del venerable viejo
Sancho Lopez de Avalos, ha sido
Tan bueno, qual fué siempre su consejo,
Tan leal, qual su nombre esclarecido.
El Rey se mira en él como en espejo,
Del reyno es adorado, y es tenido
No por traydor ni descendiente dellos,
Mas por cuchillo, que cortó sus cuellos.

Si dura aun la pasion, si el odio aun dura,

16 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Si te estimula el vil rencor el pecho
De quando fué juez, mira y procura
Si el deber hizo, ó si torció el derecho.
Y si guardó justicia, mas cordura
Será que encubras el aleve hecho
Que el castigó, y no quieras por tus brios
Se acuerden de tu padre y de tus tios.

Furioso y lleno de rabiosa saña,
A responder revuelve Don Ramiro,
Instigado del odio que lo ensaña
Se le trabó la lengua y dió un suspiro.
Don Lorenzo mirando al Rey de España,
La voz levanta y dice: yo me admiro
(O gran Señor) que Don Ramiro quiera
Que dél se entienda lo que no se espera.

¿Quándo ha sido llamado á tus conciones?
¿Quándo el acuerdo suyo demandáron?
¿Quándo en las dudas nuestras y opiniones
Su parecer se oyó, ni lo acetáron?
¿Quándo ante tí, y tan célebres varones
Sus palabras lugar, ni puerta halláron?
¿O quando de un varon tan excelente
(Que es nuestro honor) se habló tan libremente?

Cierto, que es temerario desatino
Que Don Ramiro hable en este puesto
Con tanta libertad, donde el mas dino,
Y el mas alto, ha de andar justo y modesto.
El no ve, que si pide este camino
Sancho Lopez, que fué siguiendo en esto
A Don Domingo Obispo de Palencia,

¿A quien para elegir diste licencia?

Don Pedro Ponce de Leon demanda
Que á la frontera vamos; y no excede
De su deber; ni en nada se desmanda,
Ni como alevé ó desleal procede:
Lo mismo sigue y procurando anda
Don Pedro de Guzmán, y no concede
Lo que el Rey pide, y el Señor de Lara
En parecer contrario se declara.

Don Lope de Quevedo y Don Garcia
Su hermano, y Don Fernando de la Cerda,
Don Tello Alvar Ruiz, Don Juan Mexia,
De por sí en esto cada qual concuerda.
Pide el valiente en toda valentia
Diego Perez, que el tiempo no se pierda,
Y á la frontera sea la jornada,
Que está qual dicen rica y descuidada.

Iba así Don Lorenzo prosiguiendo
En su discurso y varias opiniones,
La voluntad y votos refiriendo
De aquellos y otros ínclitos varones.
Don Ramiro que atento estaba oyendo
De los unos y otros las razones
Loables, con soberbio y cruel despecho
La horrible voz lanzó del fiero pecho.

No sé, ó Don Lorenzo, como diga
Lo que deseo mostrar como lo siento,
Lo que lealtad y fe y razon me obliga
A decir, sin ningun impedimento.
Mas dame solo una mortal fatiga

Que es entender que tomo atrevimiento
A replicarte, mas en caso justo.
El dexar de hacerlo será injusto.

Testigo hago desta causa al cielo
Y al mismo Dios, que entiende el pecho mio,
Que sabe mi lealtad, mi fe y mi zelo,
Y el fin á donde con mi acuerdo guio,
Que es solo (ay noble Rey) porque recelo,
Y en pensarlo me vuelvo un mármol frio,
Que en tanta variedad de pareceres.
Alguna fuerza estorbe lo que quieres.

Estaba entre estos nobles caballeros
Que en tan varios acuerdos conferian
Gomez Ruiz, de padres jornaleros
Nacido, en quien mil glorias florecian.
Los habitos humildes y groseros
Dexó, porque á su ánimo ofendian,
Y el corvo arado y trabajosa azada
Trocó por el arnes y por la espada.

Siguió el campo de Marte y duro oficio,
Sirviendo en él al protector de España,
Dando en sus altos hechos claro indicio
De su valor y su virtud extraña.
Y en este acto, conociendo el vicio
De Don Ramiro y la mortal cizaña
Que intentaba encender, desaviniendo
Al Rey y su leal gente revolviendo.

Gomez Ruiz, que el falso pensamiento
Del cauteloso Don Ramiro entiende,
Y á donde encaminado iba su intento

Con que á todos agravia y al Rey vende:
Con la reportacion dexó el asiento,
El alma en ira y en furor ardiendo,
Junto al traydor se puso, y por la mano
Le asió, diciendo el Marte castellano.

No tiene el mundo fuerza poderosa,
Que impedir pueda el mando de su Alteza,
Ni hay uno entre su gente belicosa
Quien se atreva á pensar tan gran baxeza.
De tí si pueden sospechar tal cosa,
De tí si y de tu vil naturaleza,
Que es la suerte, ó traydor, que ha profesado,
Y eres hombre de todo honor privado.

Esto diciendo, la cabeza inclina
Al pecho, y las rodillas puso en tierra,
Miró al contrario, y sin hablar camina,
Con que lo llama y lo provoca á guerra.
Don Ramiro, aunque muestra que se indina,
Descubre el miedo que en su pecho encierra
Diciendo: yo saliera á darte muerte,
Si igual conmigo fueras en la suerte.

Yo soy (qual saben todos) caballero,
De abuelos y de padres hijosdalgo,
De dos casas de grandes heredero,
Y yo por mí lo que ellos valen valgo.
Y así con un humilde hombre pechero
No debe hacer campo el que es hidalgo,
Porque le da en qualquiera acaecimiento
Honor, aunque no alcance el vencimiento.

No el soberbio leon, con igual ira

Revuelve lleno de cruel despecho
Al ginete Masilio, que le tira
La gruesa lanza y le atraviesa el pecho.
Que estimulado á la venganza aspira,
Y arremetiendo al ofensor derecho
Paró, impedido de vengar su saña,
Y de bramidos hinche la montaña.

Qual de fiereza lleno el invencible
Gomez Ruiz, revuelve furioso
A Don Ramiro, y el denuedo horrible
Refrena, y un gemido dió espantoso;
Diciendo al Rey, Señor, ¿cómo es posible
Que así quede afrentado y vergonzoso
Gomez Ruiz en la presencia tuya?
Pues no hay vivo que triunfe de honra suya.

Suplícote Señor, pues ves mi ultrage
Y lo vén todos, hecho por un hombre
Que negocia mejor con buen language,
Que con hazañas dignas de renombre:
Que el defeto que pone á mi linage,
El nombre humilde y de pechero el nombre
Suplas, habilitando en este día
La humilde suerte y la baxeza mia.

Que no es justo que sirva á tu persona
Hombre ofendido, ni con tal defeto
Viva, viviendo aqueste que blasona,
Siendo á quantas infamias hay sujeto.
Sin advertir quien faltas mias pregona,
Que si no fui en alta silla eieto
Que á mi naturaleza avara en darme

Mis hazañas la enmiendan para honrarme.

Proceder quiso y se quedó mirando
Al Rey, la voz asida á la garganta,
Los unos dientes con los otros dando,
Con vista horrible y con horror que espanta.
Don Ramiro temiendo y recelando
El clamor que en su daño se levanta,
Quiso hablar, y el defensor Christiano
Que no hable mandó, y tomó la mano.

Dime (le dice) ó Don Ramiro ahora,
¿Qué razon hay, ó que ocasion te mueve?
Qué odio, que interés, que vengadora
Furia te irrita el ánimo y conmueve?
Si en tu cruel pecho esa cizaña mora,
Y tu soberbia inclinacion se atreve
A decir mal de lo que en todo es bueno,
Ni te admito, ni creo, y te condeno.

Y dexando prolixas dilaciones
Que satisfagan tu intencion dañada,
Contra las cavilosas objeciones
Que has puesto aquí, sin que hayas dicho nada;
Digo, y no respondiendó á tus razones,
Que en eso la respuesta es excusada,
Y no hallo ninguna que convenga
Que envuelta en sangre y deshonor no venga.

Que quanto sin razon, ni buen gobierno,
Y sin guardar decoro de prudente,
Ese pecho sin Dios, hecho un infierno,
Lanzó contra varon tan excelente.
Si merece su nombre nombre eterno,

Ser su virtud cantada eternamente,
Sus hechos lauro, su lealtad corona,
¿Qué le falta, Ramiro, á tal persona?

Nada le falta, y esa humilde falta
Suple la gran nobleza de sus hechos,
Y es de sus alabanzas la mas alta,
Y es la que tiene á todos satisfechos.
Y porque nadie diga que le falta
Nada, ni sus loores sean deshechos,
Le hago caballero hijodalgo,
Y le doy el renombre de hidalgo.

Inclinó las rodillas, y á este punto
Resonó el ayre dando mil loores
Al Rey, al nuevo hidalgo que ya á punto
Lo tenían los grandes y señores.
A la real silla lo allegaron junto
El de Eucles, Don Lorenzo, Alfonso Flores,
El de Vizcaya, y el señor de Lara, (para.
Que el noble al noble, y el bueno al bueno am-

El Rey lo armó allí luego caballero
Con grande aplauso y general contento,
Sino de solo su enemigo fiero
Que se fué con notorio sentimiento.
Cortando el ayre con volar ligero,
Baxó á este punto del celeste asiento
El ave, que fué insignia del Romano
Blason, y sirvió á Jove soberano.

Traia en las garras un cordero asido,
Que por el ayre mil balidos daba,
Que del Christiano ejército era oido,

Que en torno dél con baxo vuelo andaba.
Y quando vió que atento y conmovido,
Aguardando el dudoso fin estaba,
Largó la presa, y en llegando al suelo
Volvió á cogella y levantó su vuelo.

Levantóse un clamor, un espantable
Tumulto, un alarido y vocería
En todas partes con furor notable,
Que ni el Rey puede, ni su voz se oía.
Qual suele en un conflicto miserable
Donde del mar y bientos la porfia
Alteran con horror los pasajeros,
Confunden al piloto y marineros.

Así, sin alcanzar que fuese aquello,
Las voces iban y el rumor creciendo,
Que ni daban lugar para entendello,
Ni podia nadie en el confuso estruendo.
Estando así, sin que pudiesen vello
En quietud, salió una voz diciendo,
A Jaen vamos, á Jaen cerquemos,
Que el cielo nos la da, si lo entendemos.

Como esta voz se fuese reforzando
Sin discrepar, acuden los guerreros
A quien estaba cometido el mando
De reducir los Españoles fieros.
Hace señal la caxa, y resonando
La trompa, por los ayres van ligeros
Avisos al ausente y ocupado,
Que acudan luego al fin determinado.

A esta sazon la luz del claro dia

Con las tinieblas peleando estaba
Porque no entrasen, ni hallasen vía
Para hacer la noche que llegaba.
El de Eucles, recogió la Infantería,
Y á los abanderados avisaba
De la disposicion, del arte y modo,
Y el Rey se retiró á ordenallo todo.

LIBRO SEGUNDO.

Ardiendo en ira y vengativa saña,
Confuso, melancólico, furioso
Contra el Rey, contra sí, y contra España,
Colérico, impaciente, desdeñoso;
De la ciega pasión que le acompaña
Acompañado triste, congojoso,
Don Ramiro su estado considera,
Su horrible injuria y su deshonra fiera.

Dice (hablando consigo) ay dura suerte
Que con tanta constancia me persigues,
Con tanto odio y desamor tan fuerte,
Con tantas causas que á morir me obligues.
Cánsate ya, ó acaba con mi muerte
Las deshonras y muertes con que sigues
Mi vida, y no me acabes, sin que acabe
Esta espada, á quien tú, y mi pecho sabe.

El tiempo es este en que veré si puedo
Venganza de la ofensa que me han hecho,

Que al villano hidalgo tiene ledo,
Y á mí gimiendo en vergonzoso estrecho.
Honor, ni deshonor me ponen miedo,
Privanzas; ni favor templan mi pecho,
Que dentro dél está un infierno junto,
Que á la venganza se me ofrece á punto.

Sin recibir aliento, ni sosiego,
Frenético, impaciente, á priesa llama
A Ibañez, que en amor de Marte ciego
Siempre discordias sediciosas ama.
Que si templara el vil desasosiego
Segun su esfuerzo, el libro de la fama
Sus admirables hechos ocuparan
Que lugar libre á pocos le dexaran.

Cercado de cien mil facinerosos
De vida suelta y de costumbres malas,
Que teniendo los vicios por honrosos
Libres por ellos descogian sus alas:
Con esta compañía de hombres dañosos
Que eran de Ibañez las preseas y galas,
A Ramiro llegó, que en sus pasiones
Envolvió en un suspiro estas razones.

O amigo Ibañez, rayo del Dios Marte,
Y honor suyo, y del siglo nuestro gloria,
Por quien de España el bélico estandarte
Hace eterna con triunfos su memoria.
Si mis desdichas suelen apiadarte,
Oye con atencion mi triste historia,
Mi doloroso caso, mi deshonra,
Y la amarga tragedia de mi honra.

Presente al caso miserable fuiste,
A las libres razones que ofendiéron
A mis padres, y claro al Rey oiste
Las tuyas que en deshonra mía naciéron.
Hacer hidalgo al vil pechero viste
Con que á mí de mi honor me decindiéron,
Y de mi estimacion me despojaron,
Y á obscura infamia y llanto condenaron.

Esto, como es razon, pide venganza
No solo (ay crudo cielo) del villano
Que hoy de hidalgo el claro nombre alcanza,
Mas del que ilustrar quiso hombre tan llano.
Y pues no llega á tanto mi pujanza,
Llegue á donde no salga el golpe en vano,
Y en el nuevo hidalgo y caballero
Emplee mi brazo su vigor y acero.

A esta ocasion te obliga el fiel deseo
De mi amistad, y en confianza della
Me pongo á que me veas qual me veo
Sin honra, y sin poder satisfacella.
Ayúdame á alcanzar este trofeo,
Ayúdame á que viva sin querella,
Que no es justo que siendo yo tu amigo
Viva afrentado, y viva mi enemigo.

Tentó la espada con feroz denuedo
El indignado Don Ramiro, y queda
Mirando á Ibañez si con rostro ledo
Le oye, ó si le da respuesta aceda.
El soberbio Español, á quien el miedo
No refrenó jamás, sin que hablar pueda

Quedó, y de ira el alma estimulada,
Movió la lengua y empuñó la espada.

Bien sabes (que sé yo) que tu no ignoras
Las razones que tengo de excusarme
De acudir (ó Ramiro) á eso que doras
Con nombre de amistad para obligarme.
Si á la venganza aspiras, y si doras
Tu honor, no será bien deshonorarme
En acudir contra el que el Rey ha hecho
Hidalgo con tan justo y buen derecho.

No solo en él tu temerario intento
La mira pone de vengar su saña,
Mas va tan adelante, que no siento
(Si no es furia infernal) quien te acompaña.
El Rey me hace honroso acogimiento,
Gomez Ruiz me ampara en toda España,
Faltar á mi señor, negar mi amigo,
¿Dime tú si es razon por ir contigo?

Dices que tu amistad y fiel deseo
Me pone obligacion de acompañarte,
Tambien te obliga á tí en caso tan feo
Que no te acuerdes que podré ayudarte.
Desta amistad que pones por trofeo
Entre tí, y entre mí, vuelta á mi parte,
Si eres mi amigo y la lealtad mi amiga,
Destas dos cosas dime ¿qual me obliga?

Dime ¿destas dos cosas no me fuerza
La mas urgente y de mayor estima?
Luego razon tendré que no me tuerza
A aquello que al glorioso honor lastima.

Lo uno es voluntario, y lo otro es fuerza,
Y tanta fuerza, que aunque cayga encima
El orbe celestial, no ha de moverse,
Ni ha de faltar, ni punto ha de torcerse.

Con esto he concluido á tu demanda,
Y porque en amistad su fuerza pones
Te quiero aconsejar que se desmanda
Tu horrible intento en tales pretensiones.
Venza á la furia que en tu pecho manda
La razon, la lealtad y obligaciones,
Y si contigo aquesto vale poco,
Busca quien siga tu desorden loco.

Habiendo Ibañez tal respuesta dado
Se fué y tras él su libre compañía,
Sin ser parte el vivir desbaratado
Que en la lealtad faltase que debia.
Don Ramiro corrido y alterado
En furia, en saña y en corage ardia,
Y revuelto en su fiero encendimiento,
Solo se entró gimiendo á su aposento.

Ya de la noche la tiniebla obscura
La redondez dexaba de la tierra,
Las estrellas caian de su altura,
Lanzándose en el mar que las encierra.
Coronada de rosas y luz pura
A los principes daba de la guerra
La bella aurora aviso que venia
Tras ella el carro de la luz del dia.

Fué sacudido el blando refrigerio
Restaurador de espíritus vitales,

Del prevenido y fuerte campo Esperio,
No descuidado en ocasiones tales.
Cada qual acudia á su ministerio
Aprestando las cosas esenciales,
La trompa da señal, la caxa llama,
Y los ánimos uno y otro inflama.

Echan bando que apriesa se aprestasen
Para volver sobre Jaen al punto,
Sin que mas la jornada dilatásen,
Ni la vitoria á que se vian tan junto.
Protestando que ántes que dexasen
De conseguirla, y de cumplir su asunto,
Sobre el cerco las vidas perderian
Todos, y della el campo no alzarian.

Arde el furor en los heroycos pechos
De la invencible y belicosa gente,
Aunque en dura opresion se vian estrechos,
No faltos de su esfuerzo y brio valiente.
Prometiendo mostrar en altos hechos
De su clara virtud resplandeciente,
El valor conocido del Romano,
Y temido del áspero Africano.

Crece con el deseo la diligencia
En aprestar lo que á la empresa importa,
El ingenio da ayuda, y la experiencia
La dilacion del largo tiempo acorta.
Renuevan armas fiera pestilencia
De los hombres, que así el vivir les corta
Despachan carros, marchan municiones,
Salen escoltas, forman esquadrones.

La solícita priesa no concede
Reposo, y la ocasion no da sosiego,
La diligencia á la tardanza excede,
Metiendo espuelas, y encendiendo el fuego.
Viendo el Rey esto, y que aprestado puede
El esquadron Christiano marchar luego,
De Martos parte con su campo, y llega
Sobre Jaen y ocupa dél su vega.

Un fértil llano espacioso tiende
Su verde falda que en el foso toca,
Donde se corta, y desde allí descende.
Otro prado que está en distancia poca
Hasta llegar al muro, que defiende
La Ciudad, que está puesta en una roca
La mitad, y la otra baxa al llano,
Del alto muro confiada en vano.

Luego que vido el Rey su fuerte gente
Donde aspiraba, considera el puesto
De la Ciudad, y mira el eminente
Castillo en lo alto de la cumbre puesto;
Donde llegar dificultosamente
De la vista aun podia el vuelo presto,
Así por la distancia de la tierra,
Como por la aspereza de la sierra.

De aquel divino espíritu inspirado,
Que su invencible corazon regia,
Siendo dél visto, y bien considerado
Quanto al presente caso convenia:
En quatro partes dividió el formado
Campo, y en torno la Ciudad ceñia,

De modo que de fuera nadie entrase,
Ni de dentro salir ninguno osase.

Con esta division tenia cercada
Por todas partes la Ciudad famosa,
No rendida, aunque siempre conquistada,
Ni por largos asedios temerosa.
Antes rebelde en su porfia obstinada
La servitud huyendo trabajosa,
Solo acudia á su inmortal defensa,
Con ánimo invencible y fuerza inmensa.

No les menguaba el ánimo la saña
Violenta del ejército Christiano
Que alojado via estar en la campaña
Lleno de gloria, y de su afrenta ufano.
Ni la custodia y vigilancia extraña
Que se ponía en guardar el monte y llano,
Que no le socorriese el Rey de Arjona
Como á lugar sujeto á su corona.

Esto traía en un cuidado eterno
Al Católico ejército, apartando
Que en él pudiese entrar el ocio tierno,
Ni cabida tuviese el sueño blando.
El militar trabajo era el gobierno
Suyo, de dia y noche procurando
Al enemigo, que el cerrado muro
Y la eminente fuerza hacían seguro.

Viendo el glorioso Rey la resistencia
Que el obstinado pueblo le hacía,
El poco espanto que su real presencia
Con tenerla presente le ponía:

Mandó de los combates la violencia
Renovar cada punto todo el día,
Ya al fuerte muro, ya al castillo alto,
Que se alcanzaba el uno al otro asalto.

Igualmente crecía el furor violento
Con la obra, el cuidado y la fatiga,
Por ver llegar al cabo el justo intento,
Asolando la gente su enemiga.
Perseverando en este pensamiento
Heroyco, en que su intento se consiga,
Los Christianos ginetes cautivaron
Un Moro, y ante el Rey lo presentaron.

Traía el rostro en alto levantado,
Sin mostrar confusion, ni darle pena
El verse de Christianos rodeado,
Ni en cautiverio puesto en su cadena.
Antes así como venía amarrado,
Entre la gente de su ley agena,
Aunque temer pudiera algun castigo,
Miraba á todos con semblante amigo.

Ambas rodillas en el suelo inclina
Luego que la real presencia vido,
Y la tierra besó como divina
Que el pie del Rey tocaba esclarecido.
Que de ver esto, el ánima benigna
Siguió su natural, y el escondido
Cordel dentro en los brazos mandó al punto
Quitalle, y mas á sí llegarle junto.

En torno de la tienda real estaban
Los caballeros que lo habían preso,

Y al Rey el modo y forma le contaban
Del caso, y quanto hubo en el suceso.
Como huyéron dos que le guardaban
Valiéndose del alto monte espeso,
Aunque el uno en mitad de la subida
Hecho piezas quedó de una caída.

Quando á esto llegóron, con semblante
Triste puso los ojos en el suelo
El bárbaro cautivo, con bastante
Muestra de su congoja y desconsuelo.
Por los ojos lanzando una abundante
Vena, mirando enternecido al cielo,
De quando en quando dándole un abrazo,
Cruzando el uno con el otro brazo.

Suspiraba y gemia amargamente,
Sin decir cosa que entendida fuese,
Mas que mostrar que su ánimo doliente
Aquello le forzaba que hiciese.
El Rey se admira, y de su pena ardiente
Lastimado, y queriendo que dixese
La causa cierta de su angustia extraña,
Así le dice el protector de España.

Tan contrarios efectos estoy viendo
En tí, que la extrañeza me da espanto,
Y en un deseo de saber me enciendo
Lo que decirnos quiere tu quebranto.
Quando llegaste aquí venias riendo,
Y ahora veo deshacerte en llanto,
Dinos ¿qué es esto? porque yo imagino
Que no siendo pasión es desatino.

34 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Oyendo al Rey el bárbaro lloroso
 Refrenó el llanto que su angustia fiera
 Le causaba, y con ménos congojoso
 Semblante respondió desta manera:
 De mi suceso amargo y doloroso
 Quando decirte alguna cosa quiera,
 O esclarecido Rey, será cansarte,
 Y no decirte dél la menor parte.

Mas pues mandado soy de tu grandeza
 (Y no puedo dexar de obedecerte)
 Que de mi risa cuente y mi tristeza
 El diferente efecto en esta suerte.
 Si del dolor me otorga la graveza
 Tratar en él, podré satisfacerte,
 Mas si me aqueja, qual me está aquejando,
 La muerte impedirá el cumplir tu mando.

Sabrás, ó gran Señor del Reyno Esperio,
 Que fué de amor mi alma poseida
 De una Mora, que el cielo por misterio
 Hizo de su belleza enriquecida.
 Sufria de amor el duro cautiverio,
 En confianza que era agradecida,
 Mi pasion, y mis ansias y dolores
 Remunerados della con favores.

En aquesta quietud los dos vivimos,
 Aguardando que el tiempo nos dixese
 Y la necesidad en que nos vimos
 Lo que en el caso á entrambos conviniese.
 Finalmente los dos nos dispusimos
 Que de nuestro deseo concluyese

El fin, que era casarnos, y con esto
Satisfacer mi fe y su amor honesto.

De las casas del padre hizo ausencia,
Elijiendo la mia en lugar dellas,
Confiando su guardia en la presencia
De la noche, y su guia en las estrellas.
Y apenas se ausento (ay inclemencia
Del crudo hado, sordo á mis querellas)
Quando sentida fué, y sabido todo,
Como si yo les descubriera el modo.

El padre, que es Alcayde de la fuerza
De Arjona, y deste reyno el que mas puede,
Y el que le hace al Rey que mueva ó tuerza
Su gusto, y quanto pide le concede;
Diciendo ser traycion lo que era fuerza
De amor, que es el que á toda fuerza excede,
Tomó las armas, y á buscarme vino
Ardiendo en furioso desatino.

La casa nos cerró en llegando luego,
Arrebatado de rabiosa ira,
Sin dar á su soberbio ardor sosiego
Dentro mil teas encendidas tira.
De oir plegarias mi piadoso ruego
El indignado Alcayde se retira,
Protestando vengar la honrosa injuria
(En hija y yerno) su implacable furia.

Yo acudí á las armas conociendo
Nuestro peligro, y que éllas solamente
Nos podian librar del trance horrendo,
Del fiero fuego y enemiga gente.

Mi amada esposa mi denuedo viendo,
Que á arrojar me llevaba al fuego ardiente,
Colgada de mi cuello con sus brazos
Me detenía con lágrimas y abrazos.

No con voz mas llorosa le impedía
La bella esposa al Príncipe Troyano
Volver á la batalla que pedia,
A vengarse ó morir en ella ufano;
Que á mí viendo mi ciego ardor la mia,
Su muerte cierta, y mi peligro llano,
Con llanto, abrazos, voces y gemidos
Conmover hizo el alma mia y sentidos.

Pudo su ruego mas que el furor mio,
Mas su razon que mi alterado pecho,
Pues de mi desatiento enfrenó el brio
Que me llevaba así á morir derecho.
Detuve el paso, viendo el desvario
Que hacia en dexarla en tal estrecho
Sola, aunque iba solo á defendella,
Y de aquel riesgo en libertad ponella.

A esta sazon (ó miserable punto)
Iba creciendo el fuego y los clamores,
Y mi padre acudió, y con él junto
Mi madre, y dos hermanos míos menores.
De una flecha á mis pies cayó difunto
Mi padre, que entre todos los mayores
Consejeros del Rey fué en mas tenido,
Y del Rey mas aceto y mas querido.

La triste vieja, viendo á sus pies muerto
El amado marido, pavorosa

Huyó, poniendo su remedio incierto
En la huida, entónces peligrosa.
Porque siguiendo el mismo desconcierto
Los hijos, y compañía temerosa
De mugeres y mozos que acudieron
En las manos contrarias ciegos diéron.

Qual suele en noche obscura el lobo fiero
El encerrado aprisco rodeando
Ahullar, que vaporoso huye el carnero,
Y la oveja tras él sigue balando.
Y sin saber á donde con ligero
Curso, el remedio yendo procurando
Dan entre la manada de homicidas
Lobos, donde los privan de las vidas.

Así (ay de mí) siguiéron mis hermanos
Tras la afligida madre, que turbada
De su casa huyendo dió en las manos
De la gente en su daño conjurada.
Usáron la crueza de tiranos,
Que sin hacelles, ni á ellos illes nada,
La madre, hijos, mozas y criados
Dellos fuéron allí despedazados.

De su crueza andando así la horrible
Furia, ya el fuego y llamas se esparcia
Por los sublimes techos con terrible
Son, y la casa al suelo se hundia.
Qualquier remedio parecia imposible
Segun la rabia y crueldad crecia,
Y quando mas su furia ardia y violencia,
Hizo del mundo el claro dia ausencia.

Este solo remedio ordenó el cielo,
Para que lo tuviese el trabajoso
Estado nuestro en tanto desconsuelo,
En tanto afan y riesgo peligroso.
Una pared mostró venir al suelo
Rindiéndose al asalto riguroso,
Que era remate de un jardin, y daba
Vuelta á otra calle, que apartada estaba.

Tomé un grueso madero, y por la parte
Donde mostraba la caída cierta,
Con fuerza la impelí, y fué de tal arte
Que en ella hice una pequeña puerta.
Mi esposa, un page y yo del fiero Marte
Que nos cercaba, en siendo al punto abierta
Por ella envueltos en la sombra obscura
Huir pudimos de la muerte dura.

Con el trabajo que será imposible
Poder contarte, á este lugar llegamos,
Donde hospedage hallar creí apacible,
Y no con la impiedad que lo hallamos.
Fuénos mandado luego con terrible
Apremio de los mismos que esperamos
Favor que de la tierra nos saliésemos,
Y en ella punto mas nos detuviésemos.

Esta crueza, que se usó conmigo
Disculpaban diciendo, que si estaba
En su Ciudad, hacian su enemigo
A mi suegro, á quien tanto el Rey amaba.
Que al punto por vengarse haria contigo
Liga, de la qual cierto se esperaba

Su perdicion, así en dexar su parte,
Como en seguir la tuya en ayudarte.

Sin este es el temor que mas los tiene
Pavorosos, no sea descubierto
Por donde el agua ocultamente viene
A la Ciudad, que tanto se ha encubierto.
Y si en su pertinacia se sostiene
Ese rebelde pueblo, entiende cierto
Gran Rey, que esta es la causa, y que el verano
Nos dexa, y viene ya el invierno cano.

En esto tienen todos su esperanza
Diciendo, que en soplando los ayrados
Vientos, con furia y fiera destemplanza
De la obscura caverna desatados.
Has de hacer de este lugar mudanza,
Porque será imposible á tus soldados
Sufrir del frio invierno los molestos
Yelos en este largo asedio puestos.

No sé, para que alargo mis razones,
Ni te suspendo con prolixos cuentos,
O Rey excelso, y tengo á estos varones
A mi discurso doloroso atentos.
Pues de estar escuchando mis pasiones
Dexan de poner fin á tus intentos,
El yugo echando á esa rebelde tierra,
Que á mi me pone en esta mortal guerra.

Mas concluyendo con la triste historia
En que reir me viste y llorar junto,
Que me acaba la vida su memoria,
Porque viviendo en mí, no estoy difunto.

Ya dixe que el amor me dió vitoria,
Mi deseo llegando al dulce punto,
A mi Ardalaxa en mi poder poniendo,
Con la qual vine aquí á Jaen huyendo.

Como me fué mandado que saliese
Del lugar, disfracé á mi Mora bella,
En hábito, en que nadie aunque la viese
Y hablase, pudiese conocella.

Aguardé que en el mar de Atlante fuese
Ascondida la luz, y que tras ella
La obscuridad profunda se mostrase,
A quien la guarda nuestra encomendase.

Luego que dió señal la primer vela,
Con el silencio al caso conveniente
Salimos, yendo yo por centinela
Delante al riesgo que se via presente.
Y el hado, que en seguirme se desvela
Nos llevó á dar en manos de tu gente,
De tal suerte, que quando lo advertimos,
Cercarnos de una y otra parte vimos.

Volví despavorido conociendo
Las enemigas armas rodearnos,
Por todas partes el peligro viendo,
Y que imposible ya seria el salvarnos.
Dixela que huyese, y revolviendo
A detener á los que via cercarnos,
La dexé ir, y un page en compañía,
Por ese enhiesto monte haciendo via.

Fué la desdicha fiera que me sigue
Tan poderosa como siempre ha sido,

Porque de nuevo á nuevo mal me obligue,
Y en llanto amargo muera consumido.
Y el Alcayde cruel que me persigue,
Venganza vea del yerro cometido
De su hija, la qual en su huida
De ese monte cayó, y perdió la vida.

Yo vine preso á la presencia tuya,
Y aunque lloroso, me holgué entendiendo
Que me haria la muerte presa suya,
Mi desdicha con esto redimiendo.
Y deseando, ó Rey, que se concluya
El mal, que por vivir estoy sufriendo,
Me reí entendiendo que en llegando
La muerte me darias que te demando.

Puso el Moro los ojos en el suelo
Quando llegó á esta razon postrera,
Demostrando bien claro el desconsuelo
Que le causaba su congoja fiera.
Mas el santo caudillo, que del cielo
Defiende la fe santa y verdadera,
Al congojoso Moro arrodillado
Delante dél esta respuesta ha dado.

De tu ardiente pasion ha dado muestra
Tu triste y doloroso sentimiento,
Que aunque de ley contraria de la nuestra
Sentimos con piedad tu acaecimiento.
Que si en poder real, ó en fuerte diestra
Estuviera volberte á tu contento,
La fe te doy, que yo acudiera á darte
Mi favor contra el mundo y contra Marte.

Mas ya que el cielo así ordenó que fuese
Tu libertad perdida y gloria muerta,
Que tu bien y esperanza concluyese,
Cerrando á todo en tu favor la puerta.
Y para lo que él sabe, te truxese
Al estado en que estás de suerte incierta;
Quiero que por mí hagas una cosa,
Que te será en tu estado provechosa.

Tu me dixiste que este pueblo tiene
Temor, que el agua no le sea quitada,
Y que por partes encubierta viene
A la Ciudad, en esto confiada.
Si tu acudiendo á lo que á tí conviene,
Y á que tu ofensa sea por mí vengada,
De este caso descúbreme el secreto
Si lo sabes, que el premio te prometo.

El Moro respondió: Rey poderoso,
¿Con qué premio podrás jamas premiarme,
Que importe mas, ni sea tan forzoso
Como servirte, y tu querer mandarme?
Este solo es el premio mas glorioso
Que Alá pudo del alto cielo darme,
Esta es la suerte de mayor alteza
Que sucederme pudo en mi baxeza.

Verdad es, que yo dixe que vivian
Recelosos los Moros de esta tierra
Que el agua les faltase, en que tenian
La confianza toda de la guerra.
Y si así se resisten, y porfian
Contra tí, y la puerta se te cierra,

No es otra la ocasion, ni otro seguro
Los asegura en su trabajo duro.

Esto en que tienen su esperanza puesta,
El fin de toda su mortal fatiga,
El reparo de ver su muerte presta,
Y que el intento tuyo se consiga:
Esto quiero con prueba manifiesta
Que no es el odio solo el que me obliga,
Ni la venganza que me está incitando,
Sino el deseo de hacer tu mando.

Ibamos, que mi fe doy de ponerte
En donde el agua nace, y en la parte
Que se asconde, y en esto, ó Rey, hacerte
El servicio que mandas sin faltarte.
Holgóse de esto el invencible y fuerte
Defensor de la fe, y siguiendo el arte
Militar, escogió de sus guerreros
Quatrocientos valientes caballeros.

Los demás como estaban en sus puestos
Mandó que al arma luego se pusiesen
En sus alojamientos, y dispuestos
Por cuarteles y en órden estuviesen.
Hizo salir los adalides prestos,
Que la tierra mirasen y corriesen,
Junto los gastadores aprestados
De escodas y de picos acerados.

Ya del hermoso día la luz ardiente
Faltaba al mundo, y la tiniebla obscura
Envuelta en sueño á la cansada gente
De su trabajo concedia soltura.

Proserpina con vuelta diligente
El paso á ver al Cerbero apresura,
Febo el carro al Zodiaco llegaba,
Y en profundo silencio todo estaba.

Por el órden que á todos habia dado,
(Dispuesto el campo) se aprestó al camino
El fuerte Rey, del bárbaro guiado,
Y su deseo del motor divino.

Yendo marchando en esquadron formado
A la falda llegaron del vecino
Monte, donde dexáron los caballos,
Que la aspereza les forzó á dexallos.

Iban subiendo la fragosa cumbre
Los Christianos guerreros, trabajando
Por llegar ántes que la alegre lumbre
Viniese el mundo con su luz dorando.
De su valor siguiendo la costumbre,
En los trabajos mas vigor mostrando,
Qual tocando en la lucha Anteo la tierra
Volvia con nuevas fuerzas á la guerra.

Tal en la enhiesta y áspera subida
Los Christianos (aunque era trabajosa
De matas y de riscos impedida)
Mostraban su virtud maravillosa.
Que en los heroycos pechos que se anida
Hace fácil la mas dificultosa,
Porque como al temor no dan entrada,
Resiste á todo sin rendirse á nada.

Por todo con igual valor rompian
Poco á poco su empresa consiguiendo,

Y á la elevada cumbre se subian
Trabajos y peligros resistiendo.
Y quanto mas del llano se desvian
Mas el rigor del viento iba creciendo,
Que Bóreas ya con soplos diferentes
Volvia en cristal las líquidas corrientes.

El invencible Rey de los primeros
Iba subiendo el áspero camino,
Imitado de todos sus guerreros
En el cuidado y caminar contino.
El Moro iba entre algunos caballeros
Delante, el qual ya viéndose vecino
Al castillo, mostrando el fuerte asiento
Paró, y al Rey le dixo muy contento.

Aquí acaba Señor, nuestro viage,
Ves aquí los cimientos de esta fuerte
Alcazava, que niega el homenaje
A tu invencible diestra y sacra suerte.
Y porque su arrogancia y brio se ataje
Cumpliendo mi palabra de ponerte
Donde el agua le quites, te he traído
A donde estás, con que te la he cumplido.

El agua es esta, y por aquesta parte
Una oculta y secreta cañería
Va rompiendo la tierra con tal arte,
Que encubre á todos su secreta via.
Desde aquí es de donde se reparte,
Por estos atanores se desvía
De la madre, y entrando en el castillo.
Lo hace inexpugnable al combatillo.

Silencio puso el Moro á sus razones
Que el gran propagador de España estaba
Oyendo, en torno puestos sus varones,
En órden que la cima alta ocupaba.
Y sin mas detenerse en dilaciones,
Por el lugar que el Moro señalaba
Los atanores manda que rompiesen,
Y nueva via al agua oculta diesen.

Comienzan con hervor y brio valiente
Los robustos y fuertes gastadores
Con ánimo y con priesa diligente
A buscar los guardados atanores.
Qual con la gruesa barra y fuerza ardiente
Hiere la tierra, y mueve yerba y flores,
Qual la doblada escoda levantando,
Qual el pico acerado va aplicando.

Unos por otra parte recogian
La tierra, y con azadas la juntaban
En montones, y otros que acudian
De la zanja en espuertas la sacaban.
La apretada argamasa removian
Con la fornida escoda, y la quebraban
Los fuertes picos, que con ambos brazos
Descargaban haciéndola pedazos.

Con la obra el trabajo iba creciendo,
Y el cuidado en abrir el suelo duro,
Por una parte y otra removiendo
Quanto á estar fixo le hacia seguro.
En su labor los unos, y otros yendo
Cubiertos del silencio y manto obscuro

De la húmida noche, que ya en vuelo
Iba baxando la mitad del cielo.

A unos y á otros acudia cuidadoso
El magnánimo Rey, á todos dando
Esfuerzo en su exercicio trabajoso,
Con entender que los está mirando.
Ellos con brio ardiente y codicioso,
Que del Rey fuese ya cumplido el mando
Les era el afan dulce, y daba aliento
Para emprender el fin del justo intento.

Gran parte habian la zanja descubierto
Sin que el agua les fuese manifiesta,
Ni por do iba el atanor cubierto
Que tal fatiga y tal afan les cuesta.
Y estando así dudosos de lo cierto
Rompen la acequia, y sale el agua presta,
A borbollones por la zanja alzándose,
Por una y otra banda derramándose.

No fué con igual gozo recibida
La fuente que en la Lybia calurosa
Halló la gente que restó con vida
De la mano de Cesar vitoriosa;
Ni la que fué de Jove concedida
A Baco, en su fatiga trabajosa,
Que de esta merced dando testimonio
Le consagró el famoso templo Amonio.

De este favor del cielo agradecidos
La voz á una todos levantáron,
De un general contento conmovidos,
Y el agua en torno alegres rodeáron.

Como estaban calzados y vestidos
Dexarse tocar de ella no esquiváron,
Porque al que ménos le tocaba piensa
Que á la merced del cielo hace ofensa.

Al punto mandó el Rey que atravesasen
El corte que derecho habian seguido,
Y por la sierra abaxo encaminásen
La suelta presa al fin que ha pretendido.
Acuden sin que punto dilatasen
Rompen á fuerza el risco endurecido,
Hacen camino nuevo, danle paso
Por donde baxe con violento paso.

Hizo asimismo toda á la redonda
Deshacer la trabada cañería,
Sin que el un caño al otro corresponda,
Ni se conozca la encubierta via.
Cercóla en torno de una zanja honda
Y ancha, que la ataja y la desvia,
Con que la aseguró que no pudiese
El Moro reparalla si quisiese.

Todo puesto en razon, y en órden puesto
El esquadron de la invencible gente,
Dexó el fragoso y levantando puesto,
De la cumbre baxándose eminente.
Comenzaba á hacerse manifesto
El nuevo dia con la luz de oriente,
Trayendo á priesa la Menonia aurora
En su rosado carro el áurea ora.

A este punto llegó á hallarse en medio
Del Castellano ejército, que estaba

Puesto al arma en custodia del asedio,
Y su venida con deseo aguardaba.
Certificó que todo humano medio
Con lo hecho al contrario le faltaba,
Que fuesen y al reposo se entregasen,
Y para la vitoria se aprestasen.

LIBRO TERCERO.

Del fiero ardor de Marte el fuerte pecho
Del santo Marte, á su gloriosa empresa
Instigado, teniendo en este hecho
Inmóvil la alma, y la memoria impresa.
Resuelto que primero sea deshecho
Con bélico rigor, y hecha presa
Del rebelde lugar, quel cerco dexe,
Y con asaltos, fuego y hierro aqueje.

Firme en este propósito, dispone
Por nueva órden todo lo importante
Al fin que aspira, y con cuidado pone
En lugares dispuestos lo restante.

Ingenios, mantas, máquinas opone
Al muro, que soberbio y arrogante
Se levantaba, dando á los de dentro
Animo al daño y peligroso encuentro.

Tenia el Rey á un lado de la sierra,
Que se decia la peña, en una fuente
Su alojamiento; y desde allí la tierra

Salía á correr, y requería su gente.
Por aquí el paso al enemigo cierra;
Y á la parte que está puesta al poniente
Los instrumentos bélicos allega,
Al muro quanto puede mas los pega.

Por esta banda iba corriendo el muro
Hasta juntarse al que cerraba el fuerte
Castillo inexpugnable, que seguro
Hacia al pueblo, y no temer la suerte,
Y en los asaltos donde Marte duro
Amenazaba con horrible muerte,
Por aquí á los de arriba bastecian,
Y los de arriba abaxo descendian.

Advirtiendo el magnánimo caudillo
De la christiana fe, quanto importaba
Evitar aquel paso del castillo
A la Ciudad, á quien batiendo estaba.
Pues de quedar en pié sin dividillo,
Inconveniente y riesgo resultaba,
Que la pequeña fuerza estando unida,
Es mayor que la grande dividida.

Esto entendido, y dado á entender esto
Del Rey á sus valientes caballeros
Qual fué mandado, se cumplió tan presto,
Y á executar lo se presentan fieros.
Rodean de gente y máquinas el puesto,
Con hierro, fuego y fuerza los guerreros,
A combatir comienzan el seguro
Y hasta allí intratable y fuerte muro.
Los bárbaros de dentro á la defensa

Con no menos corage y brio acudian,
Ni resistiendo el muro hacian ofensa
A los que entrallo á fuerza pretendian.
De arriba echaban peñas con inmensa
Furia, y de abaxo el golpe recibian
Cubiertos con las mantas, de clavados
Pinos, de cuero y planchas aforrados.

Aquí el valor hacia de su parte
Resistencia al cobarde y torpe miedo,
Y por las armas del sangriento Marte
Rompia el Christiano con feroz denuedo.
De arriba el Moro con esfuerzo y arte,
Y con presteza mas que decir puedo
Lanzas y teas lanzaban encendidas
Con que las mantas fuesen consumidas.

De nerviosas rodela muy cubiertos
Unos subian sufriendo golpes crudos,
Otros llegaban las escalas ciertos
Que los defenderian planchas y escudos.
Los unos de pedradas caian muertos,
Otros ya casi arriba, los agudos
Y arrojadizos dardos los volvian,
Y otros de flechas el vivir perdian.

Crecian las voces, el clamor y estruendo
De entrambas partes, de la mesma suerte
Que el esquadron de grullas, que huyendo
El agua, ó recelando el tiempo fuerte:
Por los ayres confuso son haciendo
A los pigmeos descenden á dar muerte,
Que revueltos en áspera contienda,

Solo un rumor confuso hay que se entienda.

La muchedumbre bárbara acudia
Con algazara, y el Christiano bando
Alzaba la confusa vocería,
Que por los ayres iba resonando.
De entrambas partes crece la porfía,
Los enemigos el subir vedando
A los Christianos, los Christianos fuertes
Por subir recibiendo y dando muertes.

En aquesta trabada lid horrible
Era el Christiano ejército ofendido
Del enemigo con furor terrible,
Con ánimo y violencia resistido.
Por otra parte el tiempo era insufrible,
Que nunca un dia el claro sol se vido
Sino de obscuras nubes ofuscado,
De vientos, agua y frio acompañado.

Recebia el ejército Christiano
(Que sin reparo estaba en la campaña)
Mas daño que del áspero pagano
Del tiempo frio y destemplanza extraña,
Sin que el valor heroyco y soberano
Menguase, ni en la lid la ardiente saña,
Resistiendo al ayrado viento y frio,
Y del contrario el animoso brio.

Libre iba el furor del duro acero,
De la inhumana Alecto acompañado,
Encendiéndose mas, y con mas fiero
Destrozo en el asalto comenzado,
Quando de oriente se mostró el lucero

Que trae la noche de humedad cercado,
Faltando el bello resplandor del día,
El mundo envuelve en la tiniebla fría.

Hizo á este punto desde un lugar alto
Señal la trompa bélica, que fuese
Por entonces dexado el cruel asalto,
Y al reposo y quietud se remitiese.
Y aunque de luz el mundo estaba falto,
Y el trabajo obligaba á que pusiese
Tregua, no fué posible que el sangriento
Furor perdiese el crudo encendimiento.

Sobre un caballo el fuerte Rey se puso,
Y á la parte que vió mas encendido
El sangriento combate y mas confuso,
De heridos y muertos impedido:
Por allí rompe, y de apartar propuso
La porfiada lid, pues el sonido
Del sonoro metal no refrenaba
De su animosa gente la ira brava.

Llegó, y al punto que del alto muro
Por las insignias cierto coñociéron
Ser la real persona, aunque de duro
Y fuerte acero estar cubierto viéron:
Un bárbaro teniendo por seguro
Hablar con él, á voces que le oyéron
Dixo, entre dos almenas de pies puesto,
Con desdeñoso ceño y feroz gesto.

No sé, quien te aconseja, ó Rey Fernando,
Que con tan ciego porfiar intentes
Conquistar á Jaen, menospreciando

El poder suyo, y fuerzas eminentes.

¿No ves, que vas en valde contrastando

A los que, por seis veces tus valientes

Guerreros han cercado, y no han habido

La vitoria que han dellos pretendido?

¿Piensas tú que contiendes con aquellos
Que en el primer reencuentro se te diéron?

¿O con los otros, que en llegando á vellos

En tu poder rendidos se pusieron?

Diferente valor verás que en ellos,

Por que sí ellos el morir temieron,

A nosotros nos da esfuerzo la muerte,

Y peharemos hasta ver tal suerte.

Aunque entendido y puesto bien en cuenta,

Desde el dia que el cerco nos pusiste

Para tí ha sido confusion y afrenta,

Pues el mal sufres que hacer quisiste,

Tu Dios se desagrada y descontenta

Desta guerra, pues desde que veniste

Te castiga con tiempos tempestuosos,

Mas que la guerra para tí dañosos.

Esto nos hace estar aquí encerrados,

Y no el temor de verte á tí presente,

Que con seguro estamos confiados

Que es tu trabajo todo impertinente.

Que los hádos, los vientos frios y ayrados

Han de vengarnos, y apocar tu gente,

Y como estamos satisfechos desto,

No salimos á echaros de ese puesto.

Dixo el Moro arrogante, y con denuedo

Desde el muro vibró una gruesa lanza
Hacia el Rey, que con rostro firme y quedo
Se estuvo quedo sin hacer mudanza.
A este punto Don Lope de Quevedo
A resistir el tiro se abalanza,
Poniéndose ante el Rey quan presto pudo,
Y el golpe recibió en su firme escudo.

Quedó el asta blandiéndose hincada
En el escudo, que pegado al pecho
Estuvo sin poder moverlo nada
Sino fué á ira el atrevido hecho.
Y de ardiente furor arrebatada
El alma, apaña un dardo, y va derecho
Al Moro, que subido en su alto muro
De haber peligro se reía seguro.

Pone la aguda vista en él, alzando
El fuerte brazo, al pecho el golpe apunta,
Ya adelante el brazo, ya tornando
Atras, el hierro casi al rostro ajunta.
Puesto en el punto arrojalo, y volando
Por las entrañas se le entró la punta,
Dando al alma lugar que huya en vuelo,
El cuerpo vino atravesado al suelo.

No cayó con ruido semejante
(Del hijo de Saturno poderoso
Derribado al infierno) el cruel gigante
Que movió guerra al cielo glorioso;
Ni de la cumbre excelsa de Atlante
Herido el duro risco del fogoso
Rayo, que removiéndose y cayendo

Hace un horrible y admirable estruendo.

Así el Moro soberbio en su caída

Con espantable estruendo al suelo vino,

Lanzando sangre la mortal herida

Que á la fiera alma al Huerco dió camino.

Regó los pies con ella al homicida,

Que le dió el premio á su osadia condino,

El qual de un pié lo arrastra, y se lo lleva

Al Rey, testigo de la heroyca prueba.

Viendo los Moros muerto el que ponía

Con soberbia arrogancia y cruel denuedo

Animo á su flaqueza ó valentia,

Y él solo dellos desviaba el miedo:

Alzan una confusa vocería,

Y lanzas, flechas, dardos á Quevedo

Desde el muro furiosos arrojaban,

Sin saber donde á bulto las tiraban.

La obscuridad, las voces y alaridos,

Mezclados de la una y otra parte

Con horrísono son y con gemidos

En el ciego furor del crudo Marte:

Hizo al Rey que mandase á sus temidos

Caballeros de Christo y su estandarte,

Que no aguarden mas tiros, ni los tiren,

Y en orden á sus puestos se retiren.

Pasó la voz en vuelo presuroso

Avisando que el Rey á todos manda

Que el combate dexasen furioso,

Y el puesto á la enemiga gente infanda.

Obedecen el mando poderoso

Del Rey, y el que mas fiero se desmanda
En combatir al Moro, se retira
Poniendo freno á la impaciente ira.

De Marte los ingenios y potencias
A la guarda quedáron sometidos
De Don Domingo, Obispo de Palencia
Con trescientos guerreros escogidos.
Los demas, esquivando la violencia
De la noche, en sus sombras ascondidos
A dar reposo á sus cansancios fuéron,
Y á los Cymmerios Dioses se ofreciéron.

Hizo el valiente Obispo encender fuego
En torno de las máquinas que estaban
Pegadas con el muro, y cercar luego
De postas todo el puesto adonde estaban.
Los demas se entregáron al sosiego,
En confianza de los que velaban ;
Por sus quartos, y él iba requiriendo
Los que velando estaban y durmiendo.

Algun espacio habian reposado
Los bárbaros despues que con su gente
El Rey dexó aquel puesto, encomendado
Al Obispo, por sabio y por valiente.
El qual, siempre á las máquinas pegado,
En torno de las guardas diligente
Solicitando andaba que hiciesen
Los que velaban vela, y no durmiesen.

Un Alfaqui los bárbaros tenian
Llamado Abetanzu, grande adivino,
Al qual quando algun daño ó mal temian,

Iban como á un oráculo divino.
Deste por sus encantos entendian
Lo que ordenaba dellos el destino,
Acudiendo al remedio que les daba
En que la pobre gente confiaba.

Como su daño viesan ir creciendo
Cada dia, y menguarles su esperanza,
Al contrario el efecto sucediendo
De aquello en que vivia su confianza:
Acudiéron al Mágico, pidiendo
Que les dixese sí haria mudanza
Aquella desventura que sufrían,
En que de hambre y sed morir se vian.

El Moro encantador en medio puesto
Del temeroso pueblo y miserable,
Despues de haber con demudado gesto
Con ronca voz horrible y espantable,
Consultado las furias del infesto
Rio, y al Rey del Reyno inexorable,
Lavándose tres veces rostro y manos,
Esto dió por respuesta á los paganos.

Si no es vana la ciencia en que mis años
He con prolixo estudio consumido,
Con que os he revelado tantos daños,
Y os he de tantos riesgos guarecido:
En los presentes, donde tan extraños
Males sufris, qual nunca habeis sufrido,
Hay un remedio solo, que aquel fuego
De los Christianos apaguemos luego.

Esto ha de ser del modo que conmigo

Concertó la deidad, que me revela
El órden de librar el pueblo amigo
Del Rey, que en perseguirlo se desvela.
Será cumplido qual prometo y digo,
Sin que la fuerte guardia ó presta vela
Impida el fiel designio que me llama,
Con que á vos daré vida, y á mi fama.

Solo habeis de advertir, que quando echare
Dentro del fuego lo que el cielo manda,
Que si con ello el fuego se apagare,
Libres sereis de la opresion infanda.
Mas si con nuevo aliento se esforzare
Ondeándose á una y á otra banda,
No tengais confianza, y sabed cierto
Que este pueblo será cautivo ó muerto.

Del no entendido proceder quedáron
Llenos de espanto, y todos le pidiéron
Que lo que en profecia le reveláron
Cumpla, sin exceder qual le dixéron.
Y para que abaxase traer mandáron
Una escala, que al fuerte muro asiéron,
Y con seis Moros descendió escogidos,
Y á los fuegos caminan encendidos.

Puestos los siete Moros en camino,
Cubiertos de armas, y ánimo dispuesto
De morir ó poner á su adivino
Donde el habia señalado el puesto:
El bárbaro Alfaqui, de blanco lino
Vestido, y de hojas de cipres funesto
Coronado, y un libro en la una mano

Del Alcoran de su profeta vano.

Con el menor ruido que podian
Al fuego poco á poco se acercaban
Los temerarios Moros, que confian
En el encantador, que acompañaban.
Y puestos donde estar las guardias vian
Que en torno de las máquinas velaban,
Abetanzu, el rostro á oriente vuelto
Dice, el cabello por los hombros suelto.

O tú deidad, que á tan heroyco hecho
El ánimo quieto me espoleas,
Y á que apague aquel fuego traes derecho,
Para el fin que tú ocultas ó deseas:
Suplicote que deste duro estrecho
En que Jaen está, servido seas
Que salga, sin que alcance el cruel Christiano
La vitoria que tiene ya en la mano.

Esto diciendo, á todos abrazando
Les dixo, que en el punto que apagase
El fuego, ellos la vuelta apresurando,
Cada qual con huida se librase.
Que hasta allí le venian acompañando,
Porque si alguno el paso le estorbase
Resistiéndolo ellos, él pudiese
Llegar al fuego, y su intencion cumpliese.

Todas estas razones escuchaba
El invencible Obispo, y quando vido
Al Moro, que de esotros se apartaba,
Arremetió á los seis enfurecido.
Mézclase entre ellos, y en batalla brava

Hiere en ellos , y de ellos es herido:
Resuena el cavernoso monte, y vuela
El son horrible á donde está la vela.

Toca al arma, de léjos divisando
Las armas, y los golpes claro oyendo,
Dexan el sueño los que en ocio blando
Están, y corren do se oía el estruendo,
Con la priesa las armas apañando
Que delante ponía el furor horrendo,
Cercan los Moros, que en sangrienta guerra
Tenia el Obispo muertos tres en tierra.

Los demas, pavorosos y turbados,
Del camino seguido que truxéron
Por diferente senda desviados
Qual mas podia todos tres huyéron.
Y siendo á pocos pasos alcanzados
En un instante hechos piezas fuéron,
Qual si en rebaño flaco de corderos
Diera una esquadra de leones fieros.

El Obispo siguió los pasos luego
Del Alfaqui, que en vuelo presuroso
Puesto se habia junto al vivo fuego
Por órden del oráculo engañoso.
En torno dél hablaba sin sosiego
En ronca voz y acento congojoso,
Y habiendo por tres veces dado vuelta
La guirnalda arrojó, y la ropa suelta.

Revuelve el rostro al que en su alcance vido
Que con sangrienta espada le seguia,
Diciéndole: Christiano, no te pido

Mas de que aguardes una razon mia.

El Obispo, aunque en cólera encendido,

El curso suspendio á oir qué decia

El Moro, el qual saltó en la llama ardiente,

Y puesto en ella, dixo así impaciente.

Con esta fatal muerte á que me ofrezco

Queda libre Jaen, que el cielo ordena

Que yo su Sacerdote, que padezco,

La libré con sufrir aquesta pena.

La gloria que promete Alá merezco,

Ya me veo puesto en la region serena,

Segun me reveló, quedando en vano

El intento cruel del Rey Christiano. (do

La llama, que ya en él se iba emprendien-

Lo derribó cubriéndolo, y alzándose

En retorcidas puntas, que volviendo

Abaxo, se esparcian ondeándose.

Los que atentos del muro estaban viendo

Si se apagaba el fuego en él echándose,

Lo que les habia dicho el adivino

Que echar mandó el oráculo divino.

Y al adivino viendo que animoso

Con temerario osar en la inclemente

Llama se habia arrojado furioso,

Sin que aplacase su furor ardiente.

Despues de haber el brazo poderoso

De la Christiana y vitoriosa gente

Muerto los que llevaba por seguro,

Y hechos piezas verlos junto al muro,

Un frio pavor en ellos entró luego

Viendo que del oráculo faltaba
La promesa en que el vulgo duro y ciego
Tan confiado y tan seguro estaba.
En llanto y en cruel desasosiego
Se convirtió el esfuerzo que mostraba,
Que la necesidad es insufrible,
Y mas donde la habia tan terrible.

De la guardia del muro se quitáron
Tristes y con mortal desconfianza
Los que en todas las velas se halláron
A defenderlo con espada y lanza.
Renuevan postas, y un clamor alzáron
Confuso, que al real Christiano alcanza,
Y fué el primero á quien tocó el oído
Al Rey, el qual saltó despavorido.

Tomó la espada, y embrazó el escudo,
Y á la entrada se puso de la tienda,
Como en la cama se halló desnudo,
A ver que fuese, ó que del caso entienda.
Un grande espacio alli aguardó, y no pudo
Entender la ocasion de aquella horrenda
Y mal formada vocería, que el bando
Bárbaro alzó su fin pronosticando.

El Rey invicto estando desta suerte
Al rigor puesto del helado aliento,
Cuidoso por saber de aquella suerte
Qual fuese la ocasion y fundamento:
Ante él llegó el invencible y fuerte
Don Pelayo Correa, que el propio acento
De los llorosos Moros le alteráron,

Y del reposo apriesa lo sacáron.

Don Alvar Perez acudió el valiente,
Don Gil Manrique tras sus pasos vino,
Tello Alfonso, y tras él el excelente
Rui Gonzalez, del Rey mayor Merino:
Diego Perez, aquel que justamente
De Machuca heredó el renombre digno
A la hazaña, y su contrario fiero
Gomez Ruiz, en valentia el primero.

Al firme pecho puesto el fuerte escudo,
Y en la vitoriosa y diestra mano
El fulminante acero, que desnudo
En la segur fatal del Africano;
Con la presteza que decirse pudo
Ante el invicto protector Christiano
Llegó Don Pedro Ponce, á quien siguiéron
Muchos que el llanto y alboroto oyéron.

Siguiendo esta Nestoria compañía
De Scipiones, que ante el Rey estaba
Tratando de la estraña vocería
Que resonó del muro y alcazava;
Acudió la marcial infantería
Aunque con el reposo reparaba
El trabajo pasado, al congojoso
Clamor cada qual sale presuroso.

El Rey se retiró á tomar vestido,
Dexándolos á todos confiriendo
Sin concluir la causa, que habia sido
Del lloroso rumor y ronco estruendo.
En esta duda estaba confundido

El invencible ejército, acudiendo.
Al reparo, quando la sombra obscura
Al Erebo huyo de la luz pura.

Comenzóse á adornar de la belleza
Del oriental planeta el monte y llano,
A verse de las cumbres el alteza
Y al rio tender su fértil falda ufano.
A las armas acuden con fiereza
Todos, pidiendo al protector Christiano
Que la duda se aclare, con que al punto
Suban donde el clamor oyéron junto.

Quedó desta demanda el glorioso
Y deificado espíritu contento
Del defensor de Esperia vitorioso,
Viendo acudir á su invencible intento.
Y sin aguardar mas, por el fragoso
Monte el camino enderezó al momento,
Diciendo que por obra se pusiese,
Sin que en cumplirlo mas se difiriese.

Imitando á su Rey los excelentes
Varones, suben la fragosa sierra,
Dispuestos de rendir las eminentes
Fuerzas, y la ciudad poner por tierra.
Si en contrastar sus ánimos valientes
Mas porfiase la rebelde tierra,
Este intento hacia á los que subian
Menos grave el trabajo que sufrían.

Pudo el cuidado y presta diligencia
En los heroycos Españoles tanto,
Que al trabajo haciendo resistencia

Y el ocio perdonando al cruel quebranto:
Llegó la gente y la real presencia
Donde se oyó el no entendido llanto,
Y donde el glorioso Obispo estaba
Los ingenios mirando que guardaba.

Tenia los muertos que en la lid pasada
Las vidas junto al muro habian perdido,
Del lugar apartados que la espada
Contraria habia su vivir rompido.
Y para serles sepultura dada
Al puesto suyo los habia traido
Contra el querer del enemigo fiero,
Que impedia hacerles este bien postrero.

Enterneciósse el Rey de ver en esto
Ocupado el Obispo, y con semblante
Que de dolor dió indicio manifesto,
Y de piedad exemplo fué bastante.
Y á todos los que al triste honor funesto
Asistian, él puesto de delante
Los animaba, y daba aliento á priesa
Qual á romper, qual á hondar la huesa.

Los unos cargan al amigo muerto
Sobre sus hombros, mil gemidos dando,
Y llévanlo á que dellos sea cubierto
De la tierra que estaban conquistando.
El otro halla al caro hermano abierto
El fuerte pecho, y sobre sí cargando
El dulce peso á darle sepultura
Lo lleva y llora de congoja pura.

A esto solo todos acudian,

Y en esto estaban todos ocupados,
Los unos de piedad se conmovian,
Los otros eran de amistad forzados.
De la enemiga tierra los cubrian,
Y eran con ella de sus pies pisados,
Que era lo que podian hacer por ellos
Para de fieras y aves defendellos.

Administrando este piadoso oficio
Con diligencia todos igualmente,
Al muerto haciendo bien, y á Dios servicio,
Con cuidado solícito y ardiente.
Qual en Liquicio suele en su exercicio
Acudir de mancebos la valiente
Esquadra á derribar las levantadas
Encinas al gran Jove consagradas.

No de otra suerte en hervoroso aliento
Los Christianos guerreros á la tierra
Los cuerpos daban que el furor violento
Privó de vida en la discorde guerra.
Cumpliendo el justo y piadoso intento
Qual al amigo, y qual al deudo entierra,
Sin que á ninguno en premio de su muerte
Se le negase la piadosa suerte.

Siendo á la antigua madre en poder dados
Los cuerpos todos que de la enemiga
Espada fuéron del vivir privados,
Y en libertad de la mortal fatiga.
Los muertos como á muertos ya dexados,
Los vivos porque el Rey su fin consiga,
Acuden todos á las armas luego

Pidiendo guerra, ardiendo en furor ciego.

El fuerte Rey caudillo soberano,
Lleno de gloria el invencible pecho,
Delante viendo á su esquadron Christiano
Que defendia el celestial derecho:
Con rostro alegre y con semblante ufano,
De su valor y esfuerzo satisfecho,
En medio dél se pone y en voz alta
Dice, y la gloria de su gente exalta.

Invencibles leones de Castilla
Por quien de España el nombre será eterno,
Y en su antiguo lugar la real silla
Que perdió el Godo por su mal gobierno:
Esta infamia, esta pérdida y mancilla,
Que á toda España tuvo en llanto tierno
Tantos años, con vuestra fuerté espada
La mayor parte ha sido restaurada.

No quiero en alabanza vuestra y gloria
Detenerme, pues quando yo os alabe
Y de vosotros haga larga historia,
Diré lo menos que en vosotros cabe.
Los hechos dignos de inmortal memoria,
Los triunfos que la fama eterna sabe
Y celebra en el mundo, son conmigo
En decir lo que yo callando digo.

Todas las tierras que Pisuerga baña,
Y las que son sujetas á su fuero,
Son por vuestro valor y fuerte saña.
Reducidas al yugo de mi impero.
Al Africano se le estrecha á España,

Pues quanto riega el Tajo, y cerca Duero
Por todas partes al contrario bando
Le habeis ganado, y le venis ganando.

Agora resta que por esta parte
Que vuestra espada conquistando viene,
De que habernos ganado tanta parte,
Que ya el contrario es poca la que tiene:
Que con aquel valor, esfuerzo y arte,
Que vuestros fuertes ánimos sostiene,
No dexemos lugar que no someta
A nuestro fuero su maldita seta.

Y este que con altiva confianza
Tanto tiempo ha negado su obediencia,
Y con rebelde y bárbara esperanza,
Se ha puesto, haciendoos tanta resistencia:
Pues ha abierto la puerta á la venganza,
Y por su justo mal á la clemencia
La cierra, no será el castigo injusto
Al que está pertinaz contra lo justo.

Resuelto estoy que por el suelo venga
Hoy ese muro, y vean quan bastantes
Sois, porque el ciego bárbaro no tenga
Confianza en acuerdos de ignorantes.
Esto importa y que mas no se detenga,
Que los negocios graves é importantes
Piden maduro acuerdo á contemplallos,
Y diligencia grande á executallos.

Dixo el divino Rey, y en el momento
Al muro sus valientes caballeros
A cumplir de su Rey el mandamiento

A una todos arremeten fieros.
Ni máquina, ni bélico instrumento
Quedó, ni tiros graves, ni ligeros
Que no aprestasen al cruel recuento,
Ni hombre que rehusase de entrar dentro.

Negándoles la entrada á la defensa
Se puso el bando bárbaro en el muro,
Y al que arrima la escala ó subir piensa,
Lo desvia cruel dardo ó golpe duro.
Desde abaxo hacian mortal defensa
A los que el baluarte alto y seguro
Guardaban, porque apenas descubrian
Blanco, quando los tiros los herian.

Diego Perez de Vargas el primero
(Siguiendo su alto esfuerzo) al muro allega
Una doblada escala, y sube fiero
Por ella al bando que subir le niega.
Otra arrimó, y por ella va ligero
Ruiz Gonzalez ardiendo en ira ciega,
Don Gil Manrique y Tello Alfonso hiciéron
Lo propio, y ser primeros pretendiéron.

Los Moros dando gritos espantosos
A aquella parte acuden con fiereza,
Y con tiros resisten rigurosos
La subida á ganar su fortaleza.
Los caballeros suben animosos,
Lanzan sobre ellos piedras de grandeza
Desmesurada, suben reparándose
Cubiertos, por los pasos agarrándose.

De abaxo á los que al muro iban subiendo

Ayudaban con tiros, que impedían
Con dura muerte y espantable estruendo
A pararse á herir los que subían.
Crecía en todos el furor horrendo
Del crudo Marte, y quanto mas podían
Los Christianos á lo alto se acercaban,
Y los Moros de dentro lo estorbaban.

Iba lo alto ya del muro echando
El diestro brazo Diego Perez fuerte,
Y un Moro vino encima dél lanzando
Un gran peñasco á darle con él muerte.
Sobre el escudo el golpe descargando
En contraria volvió su buena suerte,
Que la escala, el peñasco y él vinieron
Juntos al suelo que tremer hiciéron.

Aquí, ó varon fortísimo, acabara
Tu justa vida, si el piadoso cielo
(De quien eres amado) no guardara
Para defensa de su fe en el suelo.
Y contrastando á la fortuna avara,
Del duro risco á un lado torció el vuelo
Dando contigo donde el golpe crudo
Sin riesgo de la vida escapar pudo.

Quedó del duro golpe sin sentido,
Sin mover pie, ni mano, y al momento
Fué llevado á que fuese guarecido
(Como el Rey lo mandó) á su alojamiento.
Encendióse el furor embravecido
De entrambas partes con horror violento,
La tierra hunde el alboroto horrible

Con ronco ruido, y resonar terrible.

Viendo Gomez Ruiz á su enemigo
Diego Perez así, lleno de ira,
No del suceso, mas por dar castigo
A los que el Rey con fiero ceño mira:
De sí queriendo al Rey hacer testigo
Contra los Moros furioso tira
Una lanza que presta el ayre pasa,
Y el pecho á un Moro y un pavés traspasa.

La mortal asta se quedó blandiendo
Fuera del muro en el pavés hincada,
Y en el pecho del Moro, que gimiendo
Despidió el alma al fuego condenada.
El peso de la lanza sosteniendo
Aquella parte que tenia clavada
Del cuerpo, la agravaba de manera
Que ni iba dentro, ni caía á fuera.

Tomó (viéndolo estar como en balanza
Meciéndose hácia afuera y hácia dentro,
Hácia fuera traído de la lanza,
Hácia dentro á buscar yendo su centro)
La escala y sube arriba sin tardanza,
Y al muerto apaña que halló al encuentro,
Y dél tirando, lo sacó del muro
Por fuerza, y con él dió en el suelo duro.

Qual de la cumbre de Ida cae furioso
El árbol á Cibeles consagrado,
Que Bóreas fiero arranca y desdeñoso
Lo impele con furor desenfrenado.
Ni Jove de su alcázar luminoso

Arrojó al esquadron contra él armado
El fulminante rayo con estruendo
Igual, ni son qual hizo el Moro horrendo.

Así arrojado desde el muro alto
El bárbaro á la tierra vino en vuelo,
Donde en llegando el cuerpo de alma falto
Lo estremeció, y de sangre regó el suelo.
Arriba acuden fieros al asalto
Los enemigos llenos de recelo,
A Gomez Ruiz viendo que apartando
A unos y á otros iba el muro entrando.

Tenia el muro por aquella parte
De los ingenios un portillo abierto,
Que por derecho lo divide y parte,
Y puesto en lo alto estaba descubierto.
Esta entrada tomó este fiero Marte,
Y por ella ganar tenia por cierto
El muro, en el qual puesto resistia
El bando Moro que sobre él venia.

Conociendo los bárbaros su daño,
Acuden al remedio con presteza
Despavoridos con temor extraño,
No confiando ya en su fortaleza.
Y un pino ardiendo de grosor tamaño
Que seis hombres movian su graveza,
Le ponen al portillo á donde estaba,
Que el entrar humo y llama le estorbaba.

Sobre la llama echaban pez ardiente
Que la espesaba en humo, y la encendia,
Que por el hueco andaban igualmente

Ondeándose y todo se henchia.

Forzado desto el Español valiente

Para dexar el puesto se salia,

Que las pavesas, humo y llama suelta

Le hacian atras forzado dar la vuelta.

Un Moro estaba en asechanza puesto

Sobre el muro en la parte descubierta,

Con un alfange y ánimo dispuesto

De á la salida darle muerte cierta.

Y al punto que el Christiano dexó el puesto
(Porque la suerte no le fuese incierta)

Alargó el brazo el Moro quanto pudo,

Y un golpe le dió encima del escudo.

Lleno de saña el rostro levantando

Gomez Ruiz, sintiendo así herirse,

Del Moro el brazo y cuerpo vió colgando,

Que no pudo aunque quiso reducirse.

Que como fué el cruel golpe descargando,

Brazo y cuerpo dexó detras dél irse,

El Christiano largó el escudo al punto,

Y asió del brazo que halló tan junto.

Por fuerza, aunque de allá lo resistian,

Del muro lo arrancó y lo puso encima

De sus hombros que aquello y mas sufrian,

Sin que tan poco peso los oprima.

Los Christianos que el hecho extraño vian

Admirados les daba horrible grima

Verle baxar al fuerte caballero

Por la escala, y encima el prisionero.

Presentó al Rey el Moro, que espantado

Sin pensar se halló en su acatamiento,
De las Christianas armas rodeado,
Mirando á todos sin valor, ni aliento.
Queriendo el fuerte Rey ser informado
Del rebelde lugar el vano intento,
Le preguntó, y á la razon primera
Lo interrumpió una algazara fiera.

Y fue que los valientes caballeros
Que al muro las escalas arrimáron,
Casi lo habian ganado, mas los fieros
Bárbaros acudiendo lo estorbaron.
Y á los que estaban al subir primeros
Con fuego y armas á volver forzaron
Atras, aunque su invicta valentia
Llamas, armas y Moros resistia.

Viendo el Rey el peligro conocido
De sus valientes caballeros, luego
Mandó que el ronco son hiera su oido
Antes que lo hiciese el crudo fuego.
Y andando en el combate enfurecido
De entrambas partes suelto el furor ciego,
Hizo la seña el bélico instrumento,
Y volvió á los guerreros de su intento.

Como cesase el áspero combate,
Y las escalas viese desviadas
Del muro, que defiende que no ate
Las cervices rebeldes y obstinadas:
Que ni tenga temor, ni se recate
Al Moro dixo el Rey, que vió cruzadas
Las manos, y los ojos en el suelo,

Que él lo asegura del presente duelo.

Solo quiero (le dice) que me digas

¿Cómo ese pueblo se resiste tanto?

¿Cómo la sed, la hambre y las fatigas

No le rinden, ni el bélico quebranto?

¿Cómo las armas sobre sí enemigas

Sufren tan largo tiempo, si el espanto

Dellas los hace estar dentro de un muro,

Y ese ya á su defensa mal seguro?

Que me des razon desto es lo que quiero,

Sin que me informes cosa que se aparte

De la verdad que hoy saber espero,

Y si excedes, prometo castigarte.

Con humilde semblante el prisionero

Inclinado á los pies del santo Marte,

Los dos brazos cruzando sobre el pecho,

Lo dexa así del caso satisfecho.

No dudes, ó Rey alto y poderoso,

Que en decirte verdad un punto exceda,

Sin que el discurso largo y fabuloso

En esto mas que el verdadero pueda.

Que á mi patria sea ingrato, que alevoso;

Que tal renombre el que la vende hereda,

El cielo de mi pura fe es testigo

Que no es venderla en la verdad que digo.

Mas siendo como es justo que sea odiosa

La mentira, que huyo y aborrezco,

Aunque á mi patria ofenda, y sea dañosa

La verdad que me pides, y te ofrezco:

Ni la muerte espantable y rigurosa

Que por dañar á mi nacion merezco,
Ni el premio de la vida serán parte
Que de decirte la verdad me aparte.

Yo soy de tu grandeza preguntado
Como este pueblo tanto se resiste,
Siendo de hambre y sed necesitado,
Despues que el largo cerco le pusiste.
Como siendo por horas asaltado
Con tan grande rigor, no se desiste
De la defensa, y con soberbia fiera
En su rebelde intento persevera.

Sabrás, señor del sacro reyno Esperio,
Que viendo este lugar que le apretaba
El importuno cerco, y que á misterio
Se tendria si en él no se arruinaba;
Temiendo el miserable cautiverio,
Que era el daño menor que se esperaba,
Segun iba la hambre y sed creciendo,
Las fuerzas y salud enflaqueciendo;

A nuestro Rey de Arjona le escribimos
El miserable estado, y la insufrible
Necesidad, y qual mejor supimos
Representamos nuestro mal terrible.
Y al punto por respuesta dél tuvimos
Que se aprestaba contra tu invencible
Poder, y que él vendria á socorrernos
Luego que no cesase el defendernos.

Con esto el mas cobarde en un furioso
Ardor de Marte fué encendido luego,

Y á las armas acude con rabioso
Denuedo, en ira y en corage ciego.
Despiden el cobarde y vergonzoso
Temor, y todos en honroso fuego
Apellidando libertad acuden,
Y el miedo, hambre y sed fieros sacuden.

Esta sola esperanza nos sustenta
Y en tan largos trabajos pone aliento,
Para que menos el afan se sienta,
Y mejor se defienda el patrio asiento.
El tiempo ante los ojos nos presenta
Que tarda y que vendrá cada momento,
Porque seis veces se ha de luz vestido
El mundo, y seis la noche lo ha escondido.

Despues que de la última embaxada
Cartas del Rey que ya venia tuvimos,
Y antes de ayer nos fué otra nueva dada
Que no con poco aplauso recibimos.
Que de Arjona marchaba á la jornada,
Con la gente y socorro que pedimos,
Que ayer estaria aquí, y así pensamos
Que hoy ocupará el puesto que ocupamos.

Puso el Moro silencio á sus razones,
Y sobre el pecho la cabeza inclina,
Significando en sus demostraciones
Que á su daño el remedio se avecina.
Esto encendió á los bélicos varones
A desear de nuevo la ruina
De la ciudad, y vueltos á ella fieros

En voz confusa dicen los guerreros:

No hay que aguardar que ya este pueblo venga
A conocer la cometida culpa,
Ni que reduzca su porfía tan lengua
A términos que se oiga su disculpa.
Muera en su yerro, muera, y no se tenga
Piedad de aquel á quien el cielo culpa,
Venguen la ofensa que se hace á España
Armas, fuego, furor, rabia, ira y saña.

Todos, qual suele el fiero torbellino
De los ayrados vientos levantarse
Del ancho mar, y en corvo remolino
Al mas cercano monte abalanzarse:
Que ni la antigua encina, ni alto pino,
Ni el fuerte roble puede sustentarse
Del ímpetu y furor de su violencia,
Ni el duro risco le hace resistencia.

Así los defensores gloriosos
De la valía de España arrebatados
De sus brios y esfuerzos valerosos,
A los muros se arrojan denodados.
Mas del sol viendo el Rey que los fogosos
Rayos al mar atlántico llegados
Con las bordadas nubes se envolvian,
Y las crecidas sombras se volvian.

Hizo señal á recoger, y luego
En medio puesto de su invicta gente
Dixo, que aquel corage y furor ciego
Guardasen todos para el dia siguiente.

Y sin dar á su obra algun sosiego,
Recorre con cuidado diligente
Máquinas, fosos, fuegos, postas, velas,
Y á Arjona envia sueltas centinelas.

LIBRO CUARTO.

Puestos en arma, en órden de pelea
Las armas puestas, y velando en puestos,
Aguardando la bella luz Febea
Los guerreros de Christo estaban pretos.
Solo un deseo rige y señorea
Sus invencibles ánimos dispuestos
A morir por la fe que defendian,
Y ganar la ciudad que combatian.

El santo y glorioso Rey Fernando
Con los héroes del feurte ayuntamiento
Andaba disponiendo y ordenando
La hueste, para el fin de su alto intento:
Las máquinas é ingenios aprestando,
Sin dexar tiro ó bélico instrumento
Que no estuviese aparejado á punto,
Para en llegando del asalto el punto.

No habia parte en todo el campo á donde
Cabida al ocio inútil fuese dada,
Que el un trabajo al otro corresponde,

Y una vigilia de otra era alcanzada.
Todo era igual, ninguno el rostro asconde
A la obra que le era encomendada,
Sin haber diferencia de persona
Desde el mas baxo á la Real corona.

Todo estaba dispuesto y ordenado,
Segun el caso y la ocasion pedia,
Allí el ginete en su caballo armado
Tascando el freno, acá la infanteria.
Un ala que ceñia el diestro lado
Del Rey, y por el muro discurria,
Los ingenios y máquinas cercando,
Y el muro y ellas por allí cerrando.

Con no ménos cuidado y diligencia
Sobre el muro los Moros aguardaban
El suceso, y con armas y advertencia
Por velas y quárteles se guardaban:
Deseando del dia la presencia,
Por ver de Arjona el Rey que deseaban
Con el socorro, que en su gran quebranto
Les importaba á su remedio tanto.

En tanto la hermosa luz de oriente
Con claros rayos descubrió la tierra,
Dando lugar á una y á otra gente
A defenderse, y á encender la guerra.
El Christiano esquadron con saña ardiente
Al muro arremetió, que guarda y cierra
La ciudad que los bárbaros tenian,
Y con valor y esfuerzo defendian.

Los baluartes bélicos llegaron

Tom. XIV.

F

Quanto posible fué al cerrado muro
Los Christianos guerreros, y empezáron
Por todas partes el combate duro.
Gomez Ruiz llegó, y vió que arrimáron
Una máquina á un cabo mal seguro,
Donde heridos eran de lo alto,
Y ella en nada ayudar podia al asalto.

Contra los tiros el doblado escudo
Puso encima de sí, y asiendo della
Con sus hercúleas fuerzas solo pudo
Arrancalla, y del puesto removella.
Sin que del muro el golpe ó tiro agudo
Le hiciesen parar, hasta ponella
En el lugar por donde habia subido
Al muro, y roto el ancho lienzo vido.

El Maestre de Eucles, y el invencible
Y fuerte Obispo Don Domingo acuden
Aquella parte, y con furor terrible
Los Moros los desvian y sacuden.
La máquina con son y golpe horrible
Hace tremer la tierra, y que se muden
Los trabados cimientos, y rendirse
El muro todo, y de alto abaxo abrirse.

Vino desmoronándose, y cayendo
Todo aquel lienzo á donde estaba puesta
La máquina, y con son y horrible estruendo
Fué en la caída su graveza presta.
Resonó el monte con ruido horrendo
Qual si cayera de la cumbre enhiesta
Su levantado alcázar, ó se abriera

La tierra, y dentro en sí el monte escondiera.

El confuso clamor del temeroso
Pueblo á impedir la entrada acudió presto
Oponiéndose contra el vitorioso,
Que trabajaba de ganarle el puesto.
Trábase un espantable y riguroso
Combate, y todos trabajando en esto,
Procurando la entrada los Christianos,
Y estorbando que entrasen los Paganos.

Los de dentro herian á los de fuera,
La entrada resistiéndoles, y usando
En su defensa de la saña fiera
Que siempre, el paso con furor guardando.
El Christiano en su intento persevera
Rompiendo quanto se lo va estorbando,
Tiembla la dura tierra del terrible
Ruido, que retruena en son horrible.

Iba con el deseo la fiereza
En el Christiano ejército creciendo,
Las voces, el ruido y la braveza
Por todas partes con furor rompiendo.
Sube el clamor al cielo con presteza,
Qual llama y viento horrible son haciendo,
Resuena por el monte y la campaña
Del confuso rumor la furia extraña.

No del ayrado viento la inconstante
Onda, del hondo asiento removida,
Suena hiriendo el monte con pujante
Fuerza, y porfía de soplos impelida:
Ni con ruido resuena semejante

El fuego abrasador en la encendida
Montaña, ni hiriendo el fiero viento
Los árboles con recio movimiento.

Tal andaba el furor y el clamor alto
De entrambas partes en la lid sangrienta,
En el mavorcio y riguroso asalto,
En que el Christiano la vitoria intenta.
Y no saliera su designio falto,
Segun iba creciendo la violenta
Furia, que soségó porque venia
Al Rey dándole voces una espia.

Las dos rodillas ante el Rey inclina
Diciendo: ó gran señor, el Rey de Arjona
Con un crecido ejército camina
Acá, y buscando viene tu persona.
A nuestro campo el suyo se avecina,
Y su arrogancia bárbara pregona
Que te viene á hacer que el cerco dexes,
Y con tu campo de Jaen te alejes.

La veladora espia prosiguiera
En su razon, si el Rey no le atajara
Con mandarle callar y salir fuera,
La saña oyendo y bárbara algazarar.
Juntó el Consejo ardiendo en ira fiera,
Y puesto en medio dice: ya veis clara
La suerte en que el honor su punto tiene,
Pues á buscarnos el contrario viene.

Solo quiero, pues ya venir le vemos
Con la priesa que veis y diligencia,
Que con la misma aquí determinemos

Como será impedida su potencia.
Si á la ciudad llegar le dexarémos,
O si le será hecha resistencia,
Si habemos de acudir á los cercados
A estorbar que no sean ayudados.

Resueltamente diga cada uno
Su parecer, pues la razon no pide
Usar aquí de término importuno,
Que el largo acuerdo esta ocasion impide.
Y dando el mio primero que ninguno
Digo, que pues se aparta y se divide
El campo del contrario, que juntemos
El nuestro aquí, y el muro no dexemos.

Por esta parte deste muro estamos
Seguros, y guardando este arruinado
Portillo, al enemigo le estorbamos
Poder herirnos por aqueste lado.
Demas desto la entrada les vedamos
A los que vienen, y de aquí el formado
Campo puede asaltar y estar seguro,
Dar la batalla, sin que dexe el muro.

Mi parecer es este, el vuestro espero,
Para que sea el acuerdo concluido,
Pues nos instiga el son de Marte fiero,
Y del contrario el bárbaro alarido.
Cesó el caudillo del Esperio impero,
Y entre todos creciendo fué un raído
Pidiendo unos que al contrario fuesen,
Y otros que de allí el campo no moviesen.
Trabáronse en acuerdos diferentes

Diciendo unos que á guardar quedasen
El derribado muro cien valientes
Hombres, y en órden los demas marchasen.
Otros daban razones concluyentes
Contradiciendo que de allí mudasen
El ejército, y otros se apartaban
Desto, y al primer voto se llegaban.

De los Nestóreos Príncipes la duda
El de Eucles viendo, y tanta diferencia,
Sin haber quien á lo que importa acuda
Resueltamente dando la sentencia:
De donde estaba junto al Rey se muda,
Y haciéndole humilde reverencia,
En medio dice del Senado puesto,
Con elegante voz y grave gesto.

No sé qué es lo que estorba el justo intento
De vuestros invencibles corazones,
Ni qué os perturba, y causa un movimiento
Tan diferente, ó célebres varones.
Si el largo tiempo y gran conocimiento,
Que tenemos en tantas ocasiones
Quantas habemos visto en nuestro invito
Rey, iguales al mas de que hay escrito.

Y que os avisan todas, que dél solo
El parecer se siga que os demanda,
Con poder darlo, qual su luz Apolo,
De Marte en esta profesion que anda.
Y en la distancia que hay de polo á polo
Por esta nuestra y por la otra banda
Ya sabeis que ninguno hay mas valiente,

Ni en los casos de guerra mas prudente.

¿Y con saberlo como yo lo digo,
Pues lo habeis visto qual lo voy diciendo,
Y que lo propio dice el enemigo
Bando, que tiembla el nombre suyo oyendo,
Estais dudando? y no seguis qual sigo
Su parecer, que aspira y va siguiendo
A que la gloria vuestra y claros nombres
Viva en el mundo lo que en él los hombres.

De todos fué con un clamor subido
Lo que el Maestre dixo confirmado,
Y cada qual acude apercebido
A lo que está á su cargo encomendado.
Júntase el campo ántes dividido,
Pónese en torno al muro derribado,
Los de dentro ignorando el fin de aquello,
Acuden á morir, ó á defendello.

Comenzara á trabarse una espantable
Lid, si del muro un Moro no baxara
Diciendo: ya nos viene el saludable
Remedio, ya acabó la suerte avara.
Paráron todos con horror notable,
Y él el brazo alargó, y volvió la cara
A la parte que alzó la polvareda,
Y oia las voces, y via la gente queda.

Conocen cierto ser el Rey de Arjona,
Que á dar socorro á su afliccion venia,
Y á librar el lugar que á su corona
Con tanta fe y lealtad obedecia.
Divisan claro su real persona

La insignia viendo que ante sí traía,
Dan voces animando á sus paganos,
Con ellas ultrajando á los Christianos.

Aguardaban de Christo los guerreros
Aprestadas las armas su venida,
Los oprobrios oyendo y desafueros
De la gente sin Dios enfurecida.
Iba creciendo el algazara y fieros,
Quando viéron al viento descogida
Una blanca bandera tremolando,
Que al Christiano real venia marchando.

Doce Moros sin armas, y á caballo
La pacífica insignia acompañaban,
Que un camino seguian sin dexallo,
Ni ellos de en torno della se apartaban.
El término llegaron á caballo
Donde la voz se oia, y divisaban
Las personas, parando la bandera
Salió un Moro, y habló desta manera.

De nuestro Rey de Arjona y de Granada
Al santo y poderoso Rey Fernando
Venimos á traerle una embaxada,
Y así su audiencia por mi Rey demando.
Del protector de España fué escuchada
La demanda del Moro, y levantando
El grave rostro, dió á entender que fuesen
Por él, y á su presencia lo truxesen.

Don Pedro Ponce de Leon al punto
A darle al Moro por el Rey licencia
De poder donde estaba llegar junto,

Y á traerlo en su nombre á su presencia.
El campo todo como estaba á punto
De executar de Marte la violencia
Quedo suspenso, y dió camino abierto,
Por donde llegue con seguro cierto.

Luego que vido el bárbaro apartarse
Al valiente Christiano en su demanda,
La rienda alarga, y pica adelantarse,
Y quanto puede mas sin parar anda.
Llegando á punto de poder hab arse
El de Leon le dixo, que el Rey manda
Llevarlo ante él á dar su legacia,
Y asi para guiarlo ante él venia.

Cruzó los brazos, y firmó en el pecho
La barba, dando el Moro clara muestra
Quedar agradecido y satisfecho,
Y serle en esto su fortuna diestra.
Mientras que su camino trae derecho
Al Rey, tras de Don Pedro que lo adiestra,
Buyarruz, ante el santo Rey se pone
De rodillas, y humilde así propone.

Quando fui preso, y puesto en tu presencia
Donde conté la historia de mi vida,
Y de aquella, que en llanto y triste ausencia
La que me resta tiene consumida:
Me dixiste, sintiendo con clemencia
Mi suerte miserable y dolorida,
Que si en poder humano el remediarme
Estuviera, que no podias faltarme.

Desta merced, qual debo estar seguro,

En mis trabajos el vivir sustenta,
Teniendo cierto que en mi estado duro
Ha de ser el remedio y en mi afrenta.
Pues esto solo es lo que mas procuro,
Suplico á tu grandeza, que ahora sienta
Ese Moro que viene, que me ampara
Tu diestra invicta y tu clemencia rara.

Ese es el Alcayde, ese es el fiero
Hamet Golut, á quien qual he contado
Saqué la hija, y temo dél y espero
No te demande en dándote el recado,
Que me entregues á él por prisionero,
O que del Rey te sea demandado,
Para vengarse, no dexando pieza
En mí desde los pies á la cabeza.

Si este deseo lo trae, y si esto quiere
Que hagas, solo quiero suplicarte
Que quanto en este caso te pidiere
Le otorgues, demandando por mi parte:
Que me pondré en el campo, y si él pudiere
Me lleve, reduciendo al crudo Marte
La potencia real, en que confia
Tanto y mas que en su esfuerzo y valentia.

Quedó en esta razon, porque á este punto
Que Buyarruz pasar queria delante,
El Alcayde ante el Rey llegaba junto
Sobre el negocio á que venia importante.
Perdió el color, quedó como difunto
Mirando á su enemigo, y con semblante
Horrible acometió á hablar, y para,

De su fiereza dando muestra clara.

Mas viendo la presencia poderosa
Del fuerte muro y defensor de España,
Las rodillas inclina, y la furiosa
Ira refrena y concebida saña.
Y del pecho que aspira la rabiosa
Esquadra, que en los odios acompaña,
Esta voz mal formada salir fuera
Dexó, y al Rey decir desta manera.

Si al recaudo á que vengo me faltare
La eloquencia que pide su graveza,
Y con términos rudos lo tratare,
Supla el defeto tu real grandeza.
Que no es mucho que aquí me desampare
Ingenio y lengua, y venga á tal baxeza
Que no pueda explicar el pensamiento
De mi Rey en tu alto acatamiento.

Serás servido en esto, ó Rey potente,
De absolver la rudeza y falta mia,
Mi recaudo admitiendo humanamente
Qual la intencion del Rey que á tí me envia:
A suplicarte porque aquesta ardiente
Guerra se acabe y su mortal porfia,
Le concedas llegar á tu presencia
Como á Rey suyo á darte su obediencia.

A este fin solo encaminado viene
Con la gente que está en el campo puesta,
Que en nombre tuyo y tu servicio tiene
Para ayudarte en tu conquista presta.
Tu voluntad es sola quien detiene

Que no haga la obra manifiesta
Lo que rige á mi Rey, que solo quiere
Hacer aquello que servirte fuere.

El Moro paró aquí, y quedó aguardando
Que el general de Christo respondiese,
Lleno de ira, con horror mirando
A su enemigo, porque no se fuese.
El santo Rey el caso consultando,
Dió por respuesta, que á su Rey dicese
Que él le otorgaba qual pedia licencia
Para poder venir á su presencia.

Levantóse en pié luego el Moro, y fiero
Dixo: agora propongo un caso mio,
En que, ó gran Rey, haber justicia espero,
Qual de tu eterna rectitud confio.
Ese pagano y baxo caballero,
Ese, que á tu Christiano señorío
Siendo aleve, se viene á ser guardado,
Es de quien me querello injuriado.

Yo soy Hamet Golut, de tus valientes
Guerreros en mil pruebas conocido,
Soy de Arjona y sus fuerzas eminentes
Alcayde, y deste reyno el mas valido.
Tuve (para que vean en mí las gentes
Un exemplo de un caso dolorido)
Una hija, que nunca permitiera
El cielo que en mi casa ella naciera.

Y este traydor con título de amigo,
La fe quebrando al amistad segura,
Me la robó, llevándola consigo,

Donde mi honor padece ofensa dura.
Porque conforme al yerro haya el castigo,
Y el castigo igual sea á mi desventura,
Te suplico, señor; que me lo entregues,
Y á tí un traydor sin fe y sin Dios no allegues.

No fué posible, no encenderse en ira
El Moro, que traydor oyó llamarse,
De corage y dolor gime y suspira,
No pudiendo de oprobrio tal vengarse,
Con ceño horrible á su enemigo mira,
Y ante el Rey viene humilde á arrodillarse,
Quiere hablar, la voz se le detiene,
Y al cabo como pudo á decir viene.

¿Qué razon hay, que estando en la presencia
Del glorioso Rey que ves presente,
Digas con libertad y sin prudencia
Lo que no harás bueno eternamente?
Y así te pide, ó gran señor, licencia
Para satisfacer este insolente,
De suerte que le haga que él conceda
Que no hay ofensa que ofenderme pueda.

Fué la razon del Moro recebida
De la Christiana union con levantado
Aplauso, y del piadoso Rey oida,
Qual la humildad con que se habia mostrado.
Tratan si le seria concedida
La licencia que habia demandado,
Hay varios pareceres y respetos,
Y todos ellos á razon sujetos.

Los unos dicen que le sea dada

Facultad de hablar en su disculpa
A Buyarruz, de otros es negada,
Conociendo el valor del que lo culpa.
Otros dicen que quede reservada
Para otra ocasion oir la culpa,
Y que el Alcayde lleve la respuesta
Del Rey que aguarda, y tanto va en ser presta.

Sin conformarse conferian en esto,
Voces los unos y los otros dando,
Los dos paganos ocupando el puesto
Que los Christianos iban conquistando.
Mas el Rey viendo el yerro manifesto
De todos los que estaban porfiando,
En una duda que tan poco importa,
Con tal razon las muchas dellos corta.

Todo el discurso sé, y acaecimiento
De tu hija, y sé, Alcayde, que robada
Te fué de aqueste Moro, y que en descuento
Fué su generacion casi asolada.
Y no harto tu fiero pensamiento
De la sangre que tienes derramada,
Este solo que resta en su linage
Me pides, en quien vengues tu corage.

Yo quiero hacer por solo darte gusto
Una cosa en que á entrambos satisfaga,
A tí, y á él, por parecerme justo
Que del insulto se le dé la paga.
El es cautivo mio, y será injusto
Permitir yo que ofensa se le haga,
Y así lo hago libre, él te responda,

O salga al campo, ó huya, ó se te asconda.

A su voluntad queda cometido,
Haga lo que mejor le pareciere,
Síguelo tú, defienda él su partido
Por el camino que mejor pudiere.
El Alcayde con rostro agradecido
Dió á entender que aquello es lo que él quiere:
Buyarruz las rodillas inclinando,
Alegre dice al santo Rey Fernando.

No podia venirme de tu mano,
O gran restaurador del reyno Ibero,
Ménos merced que darme á este pagano,
Que es lo que pido, y mas que el vivir quiero.
Yo entre el campo Moro y el Christiano
Me pondré en campo como estoy, y espero
Satisfacerte, tú podrás llevarme
Preso de allí, ó allí despedazarme.

Si haré, respondió el Alcayde, y parte
A dar respuesta al Rey que lo aguardaba,
En tanto el glorioso y santo Marte
Su gente puso en órden como estaba:
Y mandó que por una y otra parte
De la suerte que el muro rodeaba
Doblasen postas, y estuviesen puestos
Al punto con las armas en sus puestos.

Fué obedecido, y todos acudiéron
A lo que por el Rey les fué mandado,
Y en órden desde allí se reduxéron,
Quedando el campo qual se vió formado.
Llegar al furioso Alcayde viéron

Ante su Rey, y en dándole el recado
Pifanos, caxas, trompas resonáron,
Y el estandarte blanco tremoláron.

Luego el bárbaro Rey subió á caballo,
Y una esquadra de fuerte infantería
Con insignias de paz á acompañallo
(Y no por guardia) en torno dél venia.
Del Christiano real salió á aguardallo
Para que entrase en él, y serle guía
A la tienda real, el sin segundo
Don Pedro Ponce, horror y honor del mundo.

En seguimiento suyo fué el valiente
Don Lope de Quevedo, y Ruiz Gonzales,
Tello Alfonso, y la mas florida gente
Del campo, y de varones principales.
Llegan todos ante él, y humildemente
Le saludan, y el Moro con señales
De amistad los recibe, y rodeado
Dellos al santo Rey se lo han llevado.

El bárbaro humillado en su presencia
Para besar le demandó la mano,
Con amigable rostro y apariencia,
Que satisfizo al general Christiano:
Y acudiendo á su humilde reverencia
Lo levantó, y con semblante humano
Junto al suyo le dió un honrado asiento,
Que es la humildad de gran merecimiento.

A sus cortesés pláticas poniendo
Fin los dos Reyes, el Señor de Arjona
Y de Granada al santo Rey pidiendo

Licencia de hablar, así razona:

De oír la causa con que vengo, entiendo

Que entenderás que sirvo á tu persona,

O magnánimo Rey, cuya alabanza

Excede á quanto ingenio humano alcanza.

Viendo el deseo que en tu heroyco pecho

Tan sin cesar eternamente arde

Por echar á Jaén el yugo estrecho,

Sin que tiempo, ni riego te acobarde :

Perseverando en este solo hecho,

No te impide que sea temprano ó tarde,

Con parecer resuelto de batilla,

Sin dexalla hasta habella, ó destruilla.

Sobre esto vengo, y lo primero á darme

Por tu vasallo, y someterme al fuero

De tu jurisdiccion, y el yugo echarme

Como tu mas humilde prisionero.

Deste modo, señor, puedes mandarme,

Y á mi reyno que ofrezco á tu alto impero,

Para que sea amparado como tuyo,

Y así en él por señor te constituyo.

Dexó el asiento en que sentado estaba,

Y en el suelo hincando el Rey pagano

Las dos rodillas, dixo que él besaba

Por señor suyo al santo Rey la mano.

El qual, con la piedad que siempre usaba

El espíritu suyo soberano,

Lo recibió, mirando que en su estado

Era Rey como él propio coronado.

Y lleno de santísima clemencia,

Tom. XIV.

G

La humildad viendo del humilde Moro
Postrado ante él, rendirle la obediencia,
Y ofrecerle su reyno y su tesoro:
No dando á la codicia vil licencia,
Y á la piedad guardándole el decoro,
Al Moro levantándolo del suelo,
Así responde el defensor del cielo.

Para que haga al gusto y querer mio
Tú libertad me ofreces, y tu tierra,
Dándome sobre todo señorío
Quanto tu mando y tu potencia encierra.
De aceptar lo que ofreces me desvío,
Gózalo tú, haz dello paz ó guerra,
Solo quiero que quedes de cumplirme
Lo que dixere aquí para servirme.

Tú lo primero tienes de firmarme
Que serás mi vasallo, y darás cierto
Cada un año el tributo sin faltarme,
Que asentado será en nuestro concierto.
Que á mis Cortes vendrás á acompañarme,
Hasta que seas por larga vejez muerto,
Y con esto te queda libremente
Con tierras, señoríos, tesoro y gente.

Solo á Jaen deste concierto exceto,
Porque la tengo qual la ves ganada,
Y me ha tenido y puesto en tal aprieto
El largo tiempo y la estacion helada.
El Moro respondió: todo eso aceto,
Jaen al punto te será entregada;
Y á su Alcayde envió, que luego abriesen

Las puertas, y las llaves al Rey diesen.

Un clamor se alzó luego en siendo oída
Esta razon, qual el agreste bando
En Mesia suele la sazon venida
A Ceres ir del fruto despojando:
Que la voz por los ayres esparcida,
Van de la Diosa el nombre celebrando
En himnos, de la suerte que al glorioso
Rey su ejército exâlta vitorioso.

Abren las puertas hasta allí cerradas
Que resistido habian al osado
Furor Christiano, y siendo incontrastadas,
Le habian la eutrada en su ciudad negado.
Viene el anciano Alcayde, y las guardadas
Llaves que recibió juramentado
De su Rey, y ante él puesto de rodillas
Se las entrega, y dice al recebillas.

Tres cosas son las que me dan licencia,
Y el temor hacen que de mí se aparte.
Para hablar sin miedo en tu presencia,
Pues sin él osé siempre aconsejarte :
La lealtad, el amor y la experiencia
Que tengo en esta profesion de Marte,
En que tan largos años te he servido,
Y tantos daños he por tí sufrido.

Yo te hice, señor, pleyto homenaje
De guardarte á Jaen y defendella,
De morir ó sufrir qualquier ultrage,
Antes que pie Christiano entrase en ella.
Y ha servido esta fe y este corage,

Los riesgos, hambres, y el morir por vella
En poder tuyo, en que á los tuyos niegues,
Y al Rey las llaves por tu mano entregues.

Estas son las que en guarda me entregaste,
Y á tí que me las diste las entrego,
Para que tú al que siempre las negaste
Las des, y la ciudad le entregues luego.
Entren en ella libres de contraste,
Maten, roben, cautiven, pongan fuego,
Que pues en tí no hallan mas defensa,
Sufran los tuyos esta injusta ofensa.

Demudó el rostro el fiero Rey pagano,
Y á su Alcayde miró con espantosa
Vista, y las llaves dándole en su mano,
Le mandó ir sin responderle cosa.
Conoció el Moro el ánimo inhumano
De su Rey, y con vuelta presurosa
Pavoroso á Jaen dexó, y camina
A guarecerse en Hispalis divina.

Quedó en silencio todo sosegado,
Sin que ninguno de los Reyes diese
Principio de hablar en lo tratado,
Y el fin que pretendian se concluyese.
Mas el Moro así viendo estar parado
Al santo Rey, le dixo que hiciese
La gente entrar en la ciudad, que estaba
Para que entrase abierta, y lo esperaba.

Pareció á este punto una bandera
Sobre el muro, y un Moro que decia:
Ven, Rey Fernando, ven, que ya te espera

Tu ciudad, goza el fin de tu porfia:
Echa á los tristes naturales fuera,
A quien llegó de su opresion el día,
Triunfe tu diestra vencedora agora
De la ciudad de tantas vencedora.

Levantose un clamor alto y confuso.
Dentro del muro con lloroso acento,
Fuera de todo razonable uso,
Y límite de humano sufrimiento.

La gente del Christiano Rey se puso
A oír el triste y misero lamento
Que iba creciendo mas, quanto mas iba
Creciendo la ocasion de su ansia es,
No fué igual llanto al de la India, ni el de la India,

No fué igual llanto en la ciudad de Jaén,
 Que el furor destruyó de Jaén,
 Ni en la que edificó y regó al fuego.
 Que el Romano dolor, ansia y gemido,
 Ni en queja en cruel desasosiego
 En mi, pudieron su desdicha tanto,
 Tanto Jaén en su ruina el llanto.

Viendo suspenso el Rey de Arjona en esto
Al santo Rey, le dixo : ó Rey divino,
¿Qué es lo que te detiene en este puesto,
Pues te llama tu próspero destino?
Ven, no tardemos, entra en Jaen presto,
Toma la posesion, pon en camino
A los que della tu invencible lanza,
Tu diestra y vitoriosa espada lanza.

Fué la invencible gente que apostada

Estaba, en orden militar entrando
En la ciudad en llantos ocupada,
Que ántes un punto ardia en furor infando.
Junta la Clerecia y ordenada,
Una solemne procesion formando,
A la inmunda mezquita, los Christianos
A limpiar fuéron de sus ritos vanos.

Donde el honor del pérfido Mahoma
(Que tantos ciegos y engañados tiene)
Se guardaba de aquellos á quien doma
La ley, que con las armas se mantiene.
As la gente á quien da la sacra Roma
Cien años de gracia, con solene
De la Virgen ^{Virgen} sagrado

Mientras esto en la ^{ciudad} llamado.
El Rey Moro con priesa ^{diagonal} hacia,
Por las calles y plazas discurría,
Salir mandando á todos igualmente:
Y la ciudad dexársela vacía
Al santo Rey y á su Christiana gente,
Que puesta al arma estaban aguardando
Verlos salir, y la ciudad guardando.

Obedecido el bárbaro Rey Moro,
La ciudad de sus Moros defendida
Dexan llena de armas y tesoro
A los que nunca fué jamas rendida.
Con suspiros hiriendo el alto coro,
Con lágrimas regando la querida
Patria, de todos fué desamparada,

Y del Christiano ejército ocupada.

Fuéron las calles y las casas luego
Llenas de gente, que sin orden iba
Corriendo con veloz desasosiego,
Ardiendo en ansia y en codicia viva :
Qual llama fiera de encendido fuego
A quien el Austro el rapto soplo aviva,
Que allana quanto coge por delante,
Sinque á impedirle nada sea bastante.

Tal la guerrera gente libre y suelta
De orden militar, con diligencia
Quanto hallaba, sin que cosa absuelta
Fuese, arruinaba su feroz violencia.
Toda siguiendo el saco iba revuelta,
Undo de la libre preeminencia
D la milicia, que en llegando á efeto
Nguardar ley sabe, ni tener respeto.

Andando desta suerte los guerreros
Tó la caxa á recoger, y al punto
Is infantes y sueltos escuderos
I presa dexan por ponerse á punto.
Ceyendo que los Moros volvian fieros,
I campo todo se reduce junto,
orque del mundo se ascondia la bella
hz, y la sombra aparecia tras ella.

Siéndole del Rey santo concedida
I Rey Moro licencia de ir do estaba
I gente miserable y affligida,
ue el llanto solamente exercitaba :
ué la Christiana huéste repartida

Una al reposo, y otra que velaba
En el alto castillo el estandarte,
Donde fué puesto por el santo Marte.

LIBRO QUINTO.

Guardando estaba la Christiana gente
Por el Rey santo la ciudad ganada,
Fortalecida de armas la eminente
Fuerza, y de caballeros ocupada,
Quando esparciendo rosas del oriente
Salió de Menon la hermosa amada,
Principio dando al claro y bello día,
Que cubrió la tiniebla obscura y fría.

Luego que dexó verse el claro cielo,
Por todas partes los héroes famosos
Libres andaban sin ningun recelo
Los edificios viendo suntuosos.
Del soberbio castillo el alto vuelo
Admiraba, y los muros espaciosos
Del contramuro y cava rodeados,
Y de puertas fortísimas cerrados.

Salían por ellas, y en el fresco llano
Con vista alegre se espaciaban viendo
La fértil arboleda, que un ufano
Abril promete su sazón viniendo.
Con esto andaba el esquadron Christiano
El trabajo pasado suspendiendo,

Quando su tienda y compañía dexando
El Rey Moro llegó al Christiano bando.

Venía su Alcayde algo distante, puesto
A punto de pelea, en un caballo
Africano, feroz, revuelto, presto
Qual rayo, que impedia el poder mirallo:
Haciendo su denuedo manifiesto
El ánimo del Moro, que parallo
Quiso, donde en llegando desta suerte
Dixo á la union de Scipiones fuerte.

Quando al Rey santo truxe la embaxada
De mi Rey, le pedi que me entregase
El Moro, por quien veo deshonrada
Mi fama, y que en infamia se trocase.
De su Alteza me fué respuesta dada
Que él lo hacia libre, que él usase
De sí á su voluntad, que se escondiese,
O á pelear conmigo se ofreciese.

Respondió el Moro, conociendo claro
La merced que el Rey santo le hacia,
Y que estaba seguro con su amparo
Mas que no con su vana valentia:
Que en esto un premio se le daba raro,
Y que él entre ambos campos se pendria,
Que de allí si pudiese lo llevase,
O allí el soberbio intento executase.

Vengo á que el Moro cumpla su palabra,
Pues ante el Rey quedó este pacto hecho,
Para que Lemnos vean que no labra
Armas, que lo defiendan deste estrecho.

Ni el mundo, ni la tierra aunque se abra,
 Harán que pierda punto mi derecho,
 Que el mundo arruinaré, y al hondo abismo
 Baxando á él, en él haré lo mismo.

Dexó entre los Christianos la arrogante
 Braveza del pagano un sobresalto,
 Un ayrado furor, un resonante
 Murmúreo, y un clamor confuso y alto:
 Que su Rey viendo la ocasion bastante
 Que dió para de vida hacerlo falto,
 Pidió que al santo Rey á hablar fuesen,
 Y que respuesta al Moro no le diesen.

Todos al Rey pagano obedeciéron,
 Y al fiero Alcayde sin hablar dexáron
 En el puesto, y al Rey Fernando fuéron,
 Y el caso sucedido le contáron:
 Y á una voz en alta voz pidiéron
 Todos los que presentes se halláron
 Que Buyarruz saliese al campo luego,
 Pues él lo pide con humilde ruego.

Al glorioso defensor de España
 Pareció bien que Buyarruz saliese
 (Pues él lo demandaba) á la campaña,
 Y con sus armas su causa defendiese:
 Que vengase el Alcayde en él su saña,
 O él de sus padres la venganza hubiese,
 Y llamado sobre esto vino al punto,
 Y el Alcayde llegó á lo propio junto.

Dexó el caballo el arrogante Moro,
 Y en la presencia de los Reyes puesto

Dixo: aunque mal me guardo á mí el decoro
En ponerme con solo un hombre en esto:
Ante Macon á quien por Dios adoro,
Y ante vuestra presencia real protesto
Que no releo con él con esperanza
De gloria, sino solo de venganza.

Buyarruz respondió: si ese deseo
Te incita, ó Alcayde, él mesmo me espolea,
El mesmo al campo á darte ese trofeo
Me llama á que lo hayas en pelea.
Con este alfange solo que poseo,
Sin otras armas quiero que se vea
Que el decir y el hacer son diferentes,
Y el hacer sin hablar es de valientes.

Hizo una humilde reverencia, y parte
Qual desatado rayo el Moro fiero,
Pónese en campo, y en la mesma parte
Que dicho habia al santo Rey primero.
El furioso Alcayde, que al Dios Marte
Despreciaba, tras él corrió ligero,
Sin que las graves armas lo impidiesen,
Ni el veloz curso estorbo alguno fuesen.

Siguen tras ellos con veloz carrera
De los que en la presencia real estaban
Muchos, por ver de entrambos la lid fiera
Y con deseo tan grande procuraban.
De el muro la gente, y por defuera
No, y de clamores resonaban
Hacías cavas cavernas, donde el viento
Haciendo un mal formado acento.

Diego Perez de Vargas, que en su tienda
 Al Moro tuvo y alojó consigo,
 Puso las piernas y largó la rienda
 Al caballo, y buscando fué á su amigo;
 Temiendo que el Alcayde no le ofenda
 Por ir armado, dándole el castigo
 Que prometia su feroz denuedo,
 Tan falto de piedad como de miedo.

Llevó el Alcayde al Moro en quien tenia
 Su confianza, que llegando á manos
 En esfuerzo pudiera y valentía
 El solo contrastar muchos Christianos.
 Este quedó por guarda y compañía
 Del caballo, el qual viendo á los paganos
 En campo, y que el Alcayde ya llegaba
 A Buyarruz que fiero lo esperaba.

Viendo que Diego Perez con ligero
 Paso tras el Alcayde iba corriendo,
 Subió á caballo Buhadana fiero,
 Para hallarse en el combate horrendo:
 Temiendo que el Christiano caballero
 Iba contra el Alcayde, socorriendo
 A su enemigo, que salió á enconrallo
 Quando el Christiano atravesó el caballo.

Púsose entre los dos, y dixo: advierte,
 Valiente Alcayde, que es ofensa tuya
 Pelear con un hombre desa suerte,
 Armado tú, y él sin defensa suya.
 Vieneslo amenazando con la muerte,
 Que quando el campo dexe, y de tí huya,

No pierde nada, pues está sin armas,
Y tú de tantas contra él te armas.

Ponte en armas igual como es costumbre
En singular batalla de hombre á hombre,
No des suerte, aunque se acostumbre
Entre los que no quieren claro nombre.
Mira que el día descubre con su lumbre
Tu hazaña, y dirán quando se nombre
Que el miedo te cubrió de armas dobladas,
Para ser con tu infamia exercitadas.

No sé yo (dixo alzando la espantable
Voz el ayrado Alcayde) qué te mueve,
O Christiano, á querer que sea loable
Mi hazaña, y que el mundo la compruebe.
Aquí no aspiro á hecho memorable,
Sino á solo vengarme deste aleve,
Y de qualquiera modo que lo acabe
No importa, pues no aspiro á que se alabe.

El otro Moro que venia á caballo
Al Alcayde buscando, llegó á esto,
Y viendo á Diego Perez estorballo,
Terció la lanza y acercóse al puesto:
Y á entender dando que queria enristrallo
Le dixo en alta voz: desviate presto,
Christiano, ó yo haré que te desvies,
Y á mi Alcayde no estorbes, ni porfies.

Diego Perez volvió á la voz del Moro,
Y queriendo ir sobre él, se puso en medio
El Alcayde guardándole el decoro,
Y diciendo: acudamos á un remedio.

Ese traydor por quien mi infamia lloro,
 Pues en mi daño ya no hay otro medio,
 Mientras yo me desarmo entre en batalla
 Con este, que ni trae arnés, ni malla.

Buyarruz respondió que él lo acetaba,
 Y así llegó á pedírselo al Christiano
 Puestas las manos, y á entender le daba
 Ser el acuerdo á su intencion mas sano.
 El Moro se apeó, y al accion traba
 Del guerrero caballo la una mano,
 Recógele la rienda, y parte al punto
 A su enemigo que lo aguarda á punto.

Sin hablarse palabra, en ira ardiendo
 Los alfanges sacáron animosos,
 Y el uno contra el otro arremetiendo
 A herirse comienzan furiosos:
 Los brazos levantando y descendiendo,
 Sin cesar golpes dándose espantosos
 Que en los doblados albornoces daban,
 Que era con lo que solo reparaban.

El bravo Buhadana con dos manos
 Tomó el alfange arremetiendo fiero
 A Buyarruz, diciendo: ¿tan livianos
 Son mis golpes, que aguarda un vil guerrero?
 Agora entenderás si han sido vanos
 Los que suelen abrir montes de acero,
 Alzó los brazos encendido en ira,
 Y ciego della un fiero golpe tira.

Buyarruz conociendo el movimiento,
 En el ángulo diestro con presteza

Se metió, y al pasar del violento
Golpe tirado con bestial fiereza;
Con el suyo acudiendo en el momento,
Los músculos volviendo con destreza,
El brazo diestro á cerce le ha cortado,
Y hasta ver las entrañas le abrió el lado.

Cayó qual suele el toro, que herido
Del golpe de la ségur riguroso,
Que para el sacrificio fué traído
Del Dios que rige el mar tempestuoso:
Que con su sangre riega el encendido
Fuego, tiñe el altar, moja el yerboso
Suelo, que un punto antes con lozano
Paso midió, poniendo en miedo vano.

Así el Moro cayó, y tiñó el suelo
De roxo humor, rindiendo en él la vida,
Donde puso pavor, y dió recelo
Su horrible aspecto y saña desiniedida.
El Alcayde blasfema contra el cielo
La suerte viendo en contra sucedida,
Quítase el yelmo, arroja arnés y escudo,
Y á la batalla se ofreció desnudo.

No con igual denuedo al espantable
Juego el soberbio gladiator corriendo
Se ofreció, ni con furia tan notable
Leon herido á su contrario viendo,
Ni la hircana fiera que el amable
Parto halló robado, arremetiendo
Al que se lo robó mostró igual saña,
Que al Moro el fiero Alcayde en la campaña.

112 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Saliólo á recibir Buyarruz fuerte
Con su tajante alfange y brazo en alto,
No menos animoso en esta suerte
Que en el pasado y riguroso asalto.
Corrió el Alcayde fiero á darle muerte,
Y estando el Moro de medida falto,
Se puso en proporcion como pudiese
Reducirse, y herir si arremetiese.

Lleno de saña y de mortal corage
Un golpe y otro á su enemigo tira
El Alcayde, poniéndose en parage
De donde alcance á executar su ira:
Llevando en la venganza de su ultrage
La memoria, y así revuelve y mira
Por una y otra parte con cuidadoso
Animo de venganza codicioso.

Con no menos feroz semblante aguarda
El Moro al indinado Alcayde, y fiero
En dar sobre él mil golpes no se tarda,
Y en recogerse en buen compás ligero.
Brama el Alcayde en ver como se guarda
De sus soberbios golpes el guerrero,
Quisose abalanzar, y en el instante
Halló la punta puesta de delante.

Detúvose, y tocando en la flaqueza
Le desvió la punta, y tuvo entrada
Para tirarle un golpe con fiereza
Que no entendió que lo impidiera nada.
Conoció la herida, y con presteza
Sobre sí viendo la tajante espada,

De su tajo formó el Moro otro tajo,
Que le abrió la cabeza de alto á baxo.

Perdió el sentido, y vino luego á tierra,
Rendida el alma, que halló salida
Por la llaga mortal, y se destierra
Del mundo, así qual de la dulce vida.
Viendo acabada Buyarruz la guerra,
Y por él la vitoria conocida,
Al Alcayde las armas y el caballo
Quitó en señal de gloria, y despojallo.

Acude Diego Perez presuroso,
Y al Moro abraza con abrazo estrecho,
Alabando su hecho por famoso,
Y á él loando por su heroyco hecho.
Acude el vulgo y con aplauso honroso
Lo recibe, y de allí parte derecho
A donde el santo defensor estaba,
A darle nuevas de lo que pasaba.

El Rey bárbaro oyendo el miserable
Suceso de su Alcayde no esperado,
De Budahana el caso lamentable,
Siendo por tan valiente reputado:
Mudó el semblante, dando un espantable
Gemido, en pie poniéndose admirado
Dixo: ¿es posible tal, que á Budahana
Y á Hamet Golut contraste suerte humana?

No es posible, señor, no creas tal cosa,
Y si fué como dicen, ten por cierto
Que del cielo fué ira rigurosa,
Que hombre mortal ne pudo haberlos muerto.

114. CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Inclinó la cabeza, y con rabiosa
Saña, llevado en fiero desconcierto
A saber la verdad del cierto daño
Parte el Rey Moro en duda si era engaño.

Lleno de saña y de congoja ardiente,
Que le arrancaba el alma al Rey pagano,
Iba encontrando la Christiana gente,
Y el caso preguntándole inhumano.
Y siéndole de todos igualmente
Certificado por negocio llano,
Ansioso suspiraba, y revolvía
La rienda, y del camino se salía.

Desta suerte aquejándose y gimiendo,
Solo y lloroso el Moro caminaba,
La memoria á mil cosas revolviendo,
Que el mal presente allí le presentaba,
Quando vió al Moro que su mal horrendo
Y su triste congoja le causaba,
Sobre el caballo de su Alcayde puesto,
Y de sus armas por trofeo compuesto.

Sin poder refrenar la horrible ira
Aunque lo vió venir acompañado
De Christianos, partió qual presta vira,
Y á él llegó diciendo denodado:
Perro, ¿es posible que tu brazo tira
Tan largo que á mi Alcayde haya llegado,
Siendo el que Alá tenia en este mundo
Para henchir de almas el profundo?

¿En tí hubo valor, en tí osadía
De ponerte en campaña con aquellos

Que defendían la potencia mia,
Y al mundo era terror el nombre dellos?
¿Tal nombre ha de heredar tu alevosia?
¿Tal gloria que pudieses ofendellos?
O injusto Alá, pues tal maldad consientes,
Y á este traydor das vida entre las gentes.

Furioso arremetió poniendo mano
Al corvo alfange el bárbaro Rey fiero,
Diciendo: ahora entenderás, tirano,
Si hay fuerte brazo y si hay tajante acero.
Buyarruz respondió, harto mas sano
Te será, Rey, ser Rey, que ser guerrero,
Queriendo de hombre á hombre señalarte
Con quien ni ha de huir ni respetarte.

Con soberbio denuedo al claro cielo
El alfange sangriento sacó fuera
De la vayna, y ligero saltó al suelo
A trabar con el Rey batalla fiera.
Diego Perez qual rayo en presto vuelo
Llegó, y muchos Christianos de carrera
Al Rey y á su compañía deteniendo,
Y á Buyarruz con ruegos reprimiendo.

Pudo de los Christianos tanto el ruego
Con el Rey Moro, que aunque ardiendo en saña
Se reportó y tomó el camino luego,
Y en seguimiento suyo su compañía.
Buyarruz queda de corage ciego
Resistiendo el quedar solo en campaña,
Se abalanzaba á ir tras ellos dando
Voces, batalla á todos demandando.

II 6 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

El ir le fué de todos defendido,
Aunque el ánimo invicto lo llevaba,
Sin poder reprimir el encendido
Furor que las entrañas le abrasaba.
Quedó lleno de bascas, y afligido
Como si fuera de una fiebre brava
Aquejado, y del fiero encendimiento
Respiraba con tardo movimiento.

De todos persuadido fué y rogado
Que la cólera ardiente refrenase,
Que no fuese tan libre y tan osado
Con su Rey, ni en respeto le faltase.
A todos escuchaba el Moro ayrado,
Sin responder, y como se aplacase
Un poco en él la cólera encendida,
Respondió á todos su razon oida.

Si no tuviera la razon que tengo,
Pudieran con razón reprehenderme
Del corage implacable que sostengo,
Sin que dél pueda un punto retraerme.
Mas ay triste, qué donde voy y vengo,
Y en quantas cosas hago, veo ofrecerme
De mis padres y hermanos la espantable
Muerte, que á ese tirano fué agradable.

Della tomé en su Alcayde la venganza,
Pues fué por él el fiero estrago hecho,
Usando en su rigor la destemplanza,
Que encerró siempre en sí su infernal pecho.
Y con ver este Rey la cruel matanza
Que hizo ese Alcayde, sin guardar derecho

De justicia, pues era en inocentes,
No reprimió sus fieros accidentes.

Antes con su favor le daba aliento
Para que fuese su furor delante,
Para que fuese el ánimo violento,
En tal crueza su crueldad constante.

Y por esto, pues veo mi perdimiento,
Mi linage asolado, con bastante
Causa diera la muerte al Rey injusto,
Que de tantas sin causa tomó gusto.

De aquí nació, ó Christianos animosos,
El atreverme, y si por vos no fuera,
Qual quedan sus dos Moros tan famosos,
Al Rey, y á quantos van con él pusiera.

Tomó el caballo, y dél los gloriosos
Christianos rodeados van do espera
El santo Rey, al qual llegado al punto
A sus pies las rodillas hincó junto.

Mas siéndole al Rey dicho la osadía
Con que á su Rey habló, el semblante puso
En el Moro, no afable qual solia,
Mas desdeñoso y fuera de su uso;

Y atras del Moro un paso se desvía,
Admirado dexándolo y confuso,
Y en suspension á todos, ignorando
La extrañeza que así aclaró Fernando.

Premio se le debia á tu hazaña,
Si acompañara la humildad su parte,
Mas siendo heroyca, y de virtud extraña,
Con tal soberbia no hay de que loarte.

118 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Ella pierde por tí, y á tí te daña,
 Pues ciegamente hizo así arrojarte
 Contra tu Rey, que habias en tus enojos
 Donde él ponía sus pies poner tus ojos.
 Y desviado desta humildad justa,
 Con arrogante y loco pensamiento,
 Con bárbaro furor y osadía injusta
 Contra tu Rey tuviste atrevimiento.
 No hay justo á quien el hecho no disgusta,
 Ni hay sabio á quien no cause descontento,
 Ni hay hombre baxo, ni hay hombre de estado
 De quien no eres por traydor culpado.

Lo qual me tiene puesto en contingencia
 De en tí hacer exemplar castigo,
 Para enseñar en él la reverencia
 Que á un Rey se debe, aunque sea enemigo.
 Y así te mando luego por sentencia
 Que un solo punto mas no estés conmigo,
 Que no es justo que esté entre mi leal gente
 Quien es á su señor inobediente.

Dió sin aguardar mas el Rey la vuelta,
 Y el Moro lleno de afliccion y espanto
 A mil suspiros congojosos suelta
 La rienda, y da lugar al tierno llanto.
 Quedó la gente en confusion revuelta,
 Quedó el Moro temblando del Rey santo,
 Sin hablar hecho una estatua helada,
 En tierra la llorosa faz hincada.

Quedando desta suerte el afligido
 Buyarruz su dolor manifestando,

Unas veces con llanto enternecido,
Y otras amargamente suspirando:
Sin poder ser de nadie persuadido
A consuelo, entre todos lamentando
Su desgracia, favor pidiendo al cielo,
En su caballo salta y parte en vuelo.

Llevado de su ánimo invencible
Aunque de su congoja acompañado,
Sin saber donde en suerte tan terrible
Fuese de amigo ó deudo recetado.
Entrar en su lugar era imposible
Teniendo al Rey qual lo tenia enojado,
Tampoco era seguro ir á Granada,
Ni el esconderse en Loxa servia nada.

Donde quiera que fuese, el espantoso
Castigo ante los ojos via presente,
Y así en un mar de dudas congojoso
Iba engolfado el bárbaro valiente.
Todo le parecia dificultoso,
Todo imposible y nada conveniente,
Y si en algo hallaba algun remedio,
Hallaba en contra un mundo luego en medio.

Cansado de aquejarse en pensar esto,
Resueltamente el Moro determina
Ir á Sevilla, á do el temor molesto
Repare, y su cruel muerte vecina.
Deste deseo llevado en vuelo presto
Con tal priesa de noche y dia camina,
Que á la Ciudad llegó, que su buen hado
Le inspiró, que buscasse en tal estado.

Seguro ya de su mortal receio,
Iba mirando la Ciudad famosa,
Que la guardaba para estancia el cielo
De Santos y de Mártires gloriosa:
De su cansancio recibia consuelo
Ocupando la vista en la espaciosa
Ribera, que allí el Betis va ofreciendo,
Por arboledas fértiles corriendo.

A la siniestra mano revolvía,
Y via el fértil y espacioso llano,
Que tanta yerba y tanta flor cubria,
Que mostraba ser mas que suelo humano.
En esto el Moro el alma entretenia,
Con esto iba aunque afligido ufano,
Quando seis Moros contra él saliéron,
Y quien era, y do iba le pidiéron.

Buyarruz respondió (en su lengua): amigos,
De Jaen vengo qual me veis huyendo,
Vengo á ampararme aquí de los castigos
Que á mi suerte promete el hado horrendo.
Si temes los Christianos enemigos,
(Que ya la están qual dicen poseyendo,
Respondió Mahayni) ven, que este muro
De todo el mundo te hará seguro.

Axartaf es señor de esta eminenté
Ciudad, cuyo poder y esfuerzo es tanto,
Que no hay nacion ni desviada gente,
A quien no pone el nombre suyo espanto.
Y así en tu angustia y tu temor presente
Puedes fiarte dél qual Alá santo,

Que Alá en el cielo, y Axartaf en la tierra,
Son de poder igual en paz y en guerra.

Su Alcayde soy, y en el nombre dél te ofrezco
A tus temores el seguro amparo,

Porque qual es razon me condolezco

De aquellos á quien sigue el hado avaro.

Buyarruz respondió: yo te agradezco,

Esa merced, igual al valor raro

Que representa tu persona ilustre,

Que á la Agarena gente honor da ilustre,

Esto diciendo en la Ciudad entráron

Por la calle que toda la atravieza,

Y armado como estaba lo lleváron,

Al Rey y lo metiéron en su pieza.

Y como de donde era le informáron,

Un alboroto á levantarse empieza,

Que el Moro viendo aquello se detuvo,

Y suspenso aguardando un rato estuvo.

Todos los que al Rey eran mas llegados,

Y los que le servian de consejeros

Fuéron de verlo armado alborotados,

Al Alcayde culpando y caballeros:

Diciendo que vivian descuidados,

Pues no temian las trazas de los fieros

Christianos, y que allí en aquella habria

Oculto algun ardid ó alevosía.

A esta postrér razon se conmoviéron

Todos, en pie poniéndose Ariadino,

Moro de gran consejo, á quien tuviéron

Los Reyes ántes por varon divino.

Y dixo: los Christianos no hicieron
Traycion, ni semejante desatino.

Como es venir así á buscar la muerte.

En donde ni habrán gloria, ni harán suerte.

Salir diez dellos contra cien paganos,

Morir todos por no perder su gloria,

Romper un muro con sus fuertes manos,

Y entrallo á fuerza y alcanzar victoria.

Estas obras sí hacen los Christianos,

Estas sí y otras dignas de memoria,

Mas venir de esa suerte es cosa nueva,

Y Alá pluguiera hicieran esa prueba.

Buyarruz entendió la diferencia,

Y de las armas se desarmó al punto,

Viendo escandalizar la Real audiencia,

Por ellas dél teniendo mal barrunto.

Y sin aguardar mas ni haber licencia,

A los pies de Axartaf se llegó junto,

Diciéndole: yo vengo á socorrerme.

Con tu poder, para poder valerme.

Injustamente de Jaen lanzado,

Buscando vengo en la miseria mia,

Donde ser pueda libre y amparado,

Y á tí el gran Dios para mi bien me guia.

De mi necesidad vengo forzado,

(No qual temerse debe) por espía,

Qual alguno que oye lo que digo

Decir puede si soy del bando amigo.

Miró al Alcayde de Jaen, que estaba

Desviado á una parte, á entender dando

Que por testigo de su abono daba
Aquel, y así calló el rostro abaxando.
Los del consejo cada qual mostraba
Acuerdo diferente variando,
Unos diciendo que de allí lo echasen,
Y otros pidiendo al Rey que lo amparasen.

En pie se puso Hacen, un Moro viejo,
A quien el Rey en casos de la guerra
Tenia en mucho siempre su consejo,
De grande estimacion era en su tierra.
Viendo en tantos acuerdos el consejo,
El silencio fiel de sí destierra
Diciendo al Rey: sirviéndote tu dello,
Puedes muy bien señor, favorecello.

La historia deste me contaba ahora
El Alcayde, el qual dice, que él presente
Lanzar vidó á este Moro y á una Mora
De Jaen, sin razon y cruelmente:
Y que la causa se contó á la hora
Y fué, que ella fué hija del valiente
Hamet Golut, Alcayde que es de Arjona,
Por quien su Rey sustenta su corona.

Y así los de Jaen por no enojallo
En recibir á su enemigo entre ellos,
Luego quisiéron del lugar echallo,
Temiendo al suegro que vendria á ofendellos.
Viénese á tí, que quieras amparallo,
Amparalo, y defiéndelo de aquellos
Que ofenderlo quisieren, pues procura
Tu favor en su extrema desventura.

Cesó Hacén, y todos sosegáronse
 Del súbito alboroto recibido,
 Y con menos escándalo trataron
 El negocio á que fué el consejo unido.
 Y fué que los cautivos se alteráron
 Oyendo que el Rey santo había rendido
 La Ciudad de Jaen, y en esto estaban
 Dando y tomando, y qué harían trataban.

Varios acuerdos hubo variando
 En él, que sobre el caso convenia,
 Porque unos decían, que acabando
 Los Christianos cesaba su porfia.
 Otros decían, que ir desocupando
 La Ciudad, y enviar á Berbería
 La mayor parte, y los demas pusiesen
 En prisiones y en donde luz no viesen.

Fuéron de aqueste parecer postrero
 Todos, y del Rey mismo confirmado,
 Sino de Habrín un renegado fiero,
 Del Rey en mas que todos estimado.
 No por ser mas valiente caballero,
 Ni en partes de virtud aventajado,
 Mas por ser blando adulador, que destos
 Son las privanzas y los altos puestos.

Este, á quien era el nombre de Christiano
 (Por haberse apartado déi) odioso,
 Con detestable ánimo inhumano,
 Lleno de ira dixo furioso:
 Veis que nos amenaza el Castellano
 Exército, y que es su nombre poderoso.

De alterar los Christianos que en cadenas
Teneis sujetos á sus graves penas.

Y habeis dado un acuerdo, que estuviera
Mejor no haberlo dado al honor vuestro,
Pues dél mas daño y pérdida se espera,
Que puede reparar el poder nuestro.
Quanto mejor (decidme) pareciera
Por las razones que aun callando nuestro
Un sacrificio hacer de todos ellos,
Que entre nosotros en prision tenellos.

Dexad templanzas, con quien es mas justo
Que useis todo rigor, toda crueza,
Que no parecerá castigo injusto
En quien nos trata con mortal fiereza.
Esta es razon, no es odio, ni este es gusto
Mio, mas porque entiendo que es simpleza
Y peligro tener entre nosotros
Los que en el riesgo han de ayudar á otros.

Pareció á todos temerario acuerdo,
Y no le osó contradecir ninguno,
Por entender que el parecer mas cuerdo
No lo fuera, y al Rey fuera importuno.
Axartaf dixo: en esto yo concuerdo
En lo que dice Habrin, que dellos uno
No quede en mi Ciudad, y así le mando
Que los encierre y vaya aprisionando.

Dexando el real salió, á su aposento
Se entró, y el inhumano Habrin se parte
A cumplir su deseo, y mandamiento
Del bárbaro señor, que lo hace parte.

Y executando el crudo pensamiento
 En toda la Ciudad no dexó parte
 Que albergase Christiano, do no fuese
 A la mazmorra, y con prision truxese.

Habiendo la inhumana diligencia
 El enemigo de la Fe Christiana
 En los pobres cautivos con violencia
 Hecho, cumpliendo su intencion tirana:
 Un pregon hizo dar en su presencia
 Que de la ley Judia ni Pagana
 Nadie tenga Christiano sin traello
 A la prision, sopena de perdello.

Temiendo este rigor, sin otras penas
 Que el sacrílego edito prometia,
 Ninguno osó negar á las cadenas
 El cautivo Christiano que tenia.
 Y estando dellos las mazmorras llenas,
 Que ni habia mas, ni en ellas mas cabia,
 Contento se fué el fiero renegado
 A dar reposo á su infernal cuidado.

Debaxo habia del mar el sol ardiente
 Ascondido su carro, y las primeras
 Estrellas daban luz resplandeciente,
 Y la noche reposo á hombres y fieras:
 Quando de la llorosa y triste gente
 Puesta en dura opresion, las lastimeras
 Quejas al cielo en su afliccion envian,
 Y en ellas con llorosa voz pedian.

Señor, que en el peligro socorriste
 Al pueblo que seguia el obstinado

Rey, y sin riesgo por el mar pusiste
Donde fué de tu mano regalado:
Conmuévate á piedad nuestra ansia triste,
Nuestra miseria y miserable estado,
Y sácanos de aquesta sima oscura,
Qual á tu Apostol de la cárcel dura.

Tú, Señor, quebrantaste el reyno obscuro
Con poderosa mano, y despojaste
De las ilustres almas, y al seguro
Reyno contigo á descansar llevaste.
Tú, que al triphauce horrible el cuello duro
Con cadena fortísima ligaste,
Tú, que hiciste tales maravillas,
Tú puedes remediar nuestras mancillas.

No permitas, gran Dios, que este tirano
Oprese mas los que tu Fe creemos,
Ni le permitas mas, ni le des mano
Sobre los que tu nombre conocemos.
Dale tu gracia al santo Rey Christiano
Que nos libre del mal en que nos vemos,
Pues con ella ha vencido tantas guerras,
Gane esta tierra como esotras tierras.

Estas plegarias nuestras le presenta,
Sagrado Isidro, al hacedor del cielo,
En cuyo opuesto estás, y representa
Por nosotros nuestra ansia y desconsuelo:
Favorece tu patria, y no consienta
Tu grandeza que pise el santo suelo
Rociado de sangre soberana
Esta gente sin Dios que lo profana.

La voz piadosa el ayre trascendiendo,
 Y el fuego ardiente en su inmóvil esfera,
 Con presto curso á todo precediendo,
 Llegó á donde el gran Rector la espera:
 Y en su Colegio santo proponiendo
 La causa de su pena lastimera,
 Conmovió los espíritus piadosos
 Llenos de Dios, y en Dios todos gloriosos.

Y ante la Trina Esencia arrodillados
 Piden remedio al mísero quebranto
 De los Christianos, sin piedad tratados
 Del bárbaro obstinado al triste llanto.
 Que sean los duros hierros quebrantados,
 Que oprimen con crueldad y afligen tanto
 La gente que sustenta su ley santa,
 Su nombre adora, y sus grandezas canta.

Al justo ruego al punto fué movida
 La Magestad, á quien se humilla el coro
 Que en el alcázar celestial se anida,
 Que se movió á piedad del tierno lloro;
 Y para que sea el ansia guarecida
 Del Christiano, que aflige el crudo Moro,
 A Isidro inspira que a su patria acuda,
 Y de su mano ya le dé el ayuda.

Hizo también que el espantable infierno
 Envíe sus ministros con terribles
 Formas al Rey y á todo su gobierno,
 Que claramente dellos sean visibles.
 Esto ordenado en el Colegio eterno
 Para dar premio y dar penas terribles,

El divino Arzobispo se adereza,
Y por los ayres su camino empieza.

De gloriosa lumbre rodeado,
Que á la obscura tiniebla esclarecia,
Y de lucientes formas esmaltado
El vestido que el vuelo revolvía:
De las mismas insignias adornado
Que quando el santo espíritu regia
La terrestre graveza, que sostuvo
La vida, en quanto que en la tierra estubo.

El Deificado espíritu rompiendo
Iba las nubes con veloz presteza,
Donde su movedor lo iba rigiendo
Para el fin que aspiraba de su alteza.
Llegó á Jaen su curso concluyendo,
Donde está de Fernando la grandeza,
Quando la noche estaba en igual peso,
Y del sabroso sueño el Rey opreso.

Hinchíó de claridad el aposento
Donde el santo varon durmiendo estaba,
Descuidado del alto acaecimiento
Que su gloriosa suerte le ordenaba.
Y con aquel no visto encendimiento
Que por un cabo y otro le cercaba,
Recordó, y viendo cosa tan extraña,
Quedó suspenso el santo Rey de España.

Un largo espacio estuvo así mirando
La soberana luz, cercado della,
Sin hablar, ni moverse, contemplando
De donde procedia cosa tan bella.

El alma gloriosa regalando
En tal vision, y así elevado en vella,
Puestas las manos, de rodillas puesto,
Estavo hecho un Eliseo transpuesto.

En esta elevacion arrebatado
La bella luz huyó de su presencia,
Dexándole de gloria regalado
El espíritu en nueva diferencia.
Al Cymerio dulzor quedó entregado,
Sin quedar en él fuerza ni potencia,
Que los celestes Astros esparcian
Su influxo, qual los cielos disponian.

Quedó á un sabroso sueño el excelente
Espíritu del santo Rey rendido,
Qual el que sale de una lid ardiente
Con la victoria y premio pretendido.
Que al reposo se entrega blandamente,
Reparando el que habia ántes perdido,
Y en él dexando viva la memoria
Así gozando de segunda gloria.

Así el Rey, contemplando la dulzura
De la vision celeste en un sabroso
Cuidado, via presente la luz pura,
Sin poderla olvidar en su reposo.
Que luego que faltó dexando obscura
La tierra, con su manto tenebroso
De la noche del sueño engendradora,
Y de infernales monstros cubridora.

Por entre sus Letheas sombras luego
Del hondo Averno sale presurosa

La infesta esquadra, que el sulfúreo fuego
Habita y la region de almas llorosa.
Entra en Sevilla, adonde en su sosiego
Axartaf reposaba, y con rabiosa
Furia, el real palacio le hinchieron
De espantables aullidos, que ante él diéron.

Despide el sueño el bárbaro, y levanta
El rostro, viendo el esquadron horrible
Vuelve á cubrillo, gime, y dél se espanta,
Tremiendo todo de pavor terrible:
Cúbrese de un sudor frio, y en tanta
Duda no halla remedio conveniente,
Ni osa sacar el rostro, ni estar quedo, (do.)
Que el gemir y el temblar hacia aun con el mie-

Estando en esta misera agonía
A un mover de cadenas espantoso
Quel aposento todo parecia
Venir al suelo, vuelve pavoroso:
Y viendo la inhumana compañía,
Se quedó de turbado y temeroso
Mirando en torno dél las formas fieras
De Gorgonas, Centauros y Chimeras.

Sin osarse mover, las infernales
Eumenides, de sierpes denegridas
Coronadas, miraba á los umbrales
Con hachas en las manos encendidas:
Con todas las insignias funerales,
Las ropas en sangriento amor teñidas
Acompañando á una hermosa dama,
Que junto le pusieron á la cama.

De fuertes cuerdas las hermosas manos
Vueltas atrás traia rodeadas,
Tirando los ministros inhumanos
Dos cadenas, que al cuello traia atadas.
Que llegando ante el Rey de los Paganos
Ambas fuéron allí despedazadas,
Y las Moriscas ropas le quitáron,
Y en hábito Christiano la dexáron.

Habiéndose en aquesto detenido
Los espantables monstros del Averno,
Haciendo horrible son, fiero ruido,
Se van (dexando el mundo) al triste infierno.
El bárbaro Rey Moro sin sentido
Quedó, casi entregado al sueño eterno,
Del pavoroso horror, y á este punto
Entró su guardia y su consejo junto.

Veníanle á tratar como era muerto
Habrin, sin saber como, y en su cama,
Sin poder hallar rastro ni hombre cierto,
Que del caso pudiese darles fama.
Dudosos, y en turbado desconcierto
Por entender lo mucho que le ama
El Rey, y darle nueva de tal suerte
Les era igual á ellos que á él la muerte.

Mas hallándolo tal, con alaridos
Quieren volverlo en sí, y el Rey temiendo
No fuesen los espíritus venidos
Abrió los ojos de temor gimiendo:
Ve su guardia, y ante él sus escogidos
Vasallos, y algo el miedo despidiendo

Como pudo, parándose, acezando,
Cansadamente el caso fué contando.

De todo habiendo extensa cuenta dado
Puso silencio el Rey á sus razones,
Quedando congojoso y fatigado
En mil ansias revuelto y mil pasiones.
Y siéndole de todos suplicado
Que se consulte el caso con varones
Sabios, y él dé sosiego al herboroso
Pensamiento y cuidado pavoroso.

El Rey condescendió que se hiciese
De aquella suerte, y luego señalaron
Un Moro y un Judio, á quien se diese
Cuenta, y á un Griego que de allí nombráron.
Diéron orden, que en obra se pudiese,
Sin diferirlo mas, y aderezáron
Todo lo necesario, porque el dia
Dorando el mundo con su luz venia.

LIBRO SEXTO.

Junto estaba del bárbaro el Senado;
Y los supersticiosos hechiceros,
Que el caso entre ellos siendo consultado,
Vistas señales y aguardando Agüeros.
El Rey solo era dellos esperado
Que en sus congojas y temores fieros

134 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Revuelto, sin acuerdo ni sentido,
Estaba en su aposento retraído.

Entráron avisar que le aguardaban
Los Máxicos, que él dixo que juntasen,
Sobre el caso, que todos deseaban
Que con verdad expresa declarasen.
El Rey, á quien mil ansias aquejaban,
Sin que de fatigarle se apartasen,
El conturbado espíritu temiendo,
Siempre las Furias qual Orestes viendo.

Oyendo lo que solo su memoria
Tenia ocupada, se aprestó al momento
Y salió á ver si le hacian notoria
La causa que afligia su pensamiento.
Los que á explicar venian la horrible historia,
Del Rey obedeciendo el mandamiento.
Isac Judío, Masau Pagano.
Al Griego diéron de informar la mano.

Puso los ojos en el Rey, y luego
Las dos rodillas estampó en la tierra,
Tornando á levantarse, y con sosiego
Grave, los ojos suspirando cierra.
Y dice: Yo señor, mi acuerdo allego
Con el de Isac y Masau, y si yerra
Todos tres somos los que en él erramos,
Pues todos tres el caso consultamos.

Queriendo por mi larga edad honrarme
En tu presencia, gran señor, permiten
Que en este caso quiera señalarme,
Y su interpretacion me la remiten.

Quisiera á ser posible no aclararme
Que me excluyeran los que aquí me admiten,
Por no ser yo revelador de cosas
Que han de causarte pena y ser dañosas.

Mas habiendo, señor, de obedecerte
Forzosamente habré de revelarte
El espantable caso, en que la suerte
Enemiga comienza amenazarte.
Esto comprueba la ascondida muerte
De Habrín, en que el cielo quiere darte
Aviso, que si ofendes sus Christianos,
El vengará su ofensa en tus Paganos.

Parecer ante tí los infernales
Ministros, es señor decirte claro,
Que te aguardan á tí los propios males,
Si para atormentallos das tu amparo.
Las tres Furias que viste á los umbrales
Con antorchas ardiendo, te declaro,
Que la inquietud denota que se espera
En los tuyos, con una gente fiera.

La Dama, que las manos amarradas,
Y al cuello dos cadenas viste asidas,
Que por las Furias viste quebrantadas,
Y sus Moriscas ropas ser rompidas:
Esa Dama es Sevilla, adonde aunadas
Hay dos sectas de tí favorecidas,
La Morisca y Judia, y estás fuéron
Las dos cadenas que ante tí rompiéron

Quitalle la Morisca vestidura
Rompiendola, y dexarle la Christiana,

Significa señor, que en guerra dura
Será quitada á la nacion Pagana:
Que en el poder Christiano le asegura
La suerte que estará sin que la humana
Fuerza puede estorbarle lo que ordena
El Hado, que á nosotros nos condena.

Esto es gran Rey lo que entender podemos
Que la vision que viste significa:
Esto alcanzamos y esto conocemos,
Y á esto solo tu vision se aplica:
Y podrá ser que el riesgo que tememos,
Que lo visto por tí nos certifica
Se vuelva en contra, y los prodigios vanos
Comprehendan á solo los Christianos.

Que no somos al cielo tan odiosos,
Ni del supremo Alá tan olvidados,
Que todos estos miedos prodigiosos
No pueda hacer que en contra sean mudados.
Ni los Christianos son tan poderosos
Que tengan potestad sobre los Hados,
Que á su arbitrio dispongan que ellos hagan
Como á solo su gusto satisfagan.

Procediera adelante el sabio Griego,
Si el Rey con un suspiro no atajara
Su razon, que entregó al silencio luego,
Quedándose mirándolo á la cara:
Y tornando á humillarse con sosiego
Grave, el lugar y puesto desampara
Dexándolo á los Príncipes que estaban
En torno de Axartaf, y qual él callaban.

Qual sucede pasada una tormenta
Quedar los que presentes se halláron
Suspensos, sin haber hombre que sienta
Para poder contar lo que pasáron:
Mas aplacada viendo la violenta
Furia del mar y vientos que sopláron,
Desechado el temor, tratan de aquello
Que no les dexó el miedo conocello.

Así al Griego los Moros escuchando
Pavorosos estaban, y temiendo
Mientras les iba el caso declarando,
Que ellos oían sin valor tremiendo.
Mas luego que acabó se fué esforzando
La gente, y acudían proveyendo
Lo que á las cosas que temían hiciesen
Seguras, y en remedio suyo fuesen.

Entre los que ocupaban los asientos
En la consulta Bothalá era uno
Moro valiente, de altos pensamientos,
Y en obras dellos en su igual ninguno.
Este de amor sufriendo los tormentos
Que causar suele su deseo importuno,
Quando en conformidad no se responde,
Ni el uno al otro amor se corresponde.

Perdidamente amaba á la hermosa
Alguadayra, que dió Alcalá renombre
De Guadayra, Mora poderosa,
Hija del Rey, de honesto y claro nombre:
Por esta, andaba en vida trabajosa
El Africano Moro, y como hombre

Tan cautivo, dexaba el patrio asiento
De Marruecos, en este pensamiento.
Viendo ocasion en que poder mostrarse
En servicio del Rey, á quien queria
Complacer y con hechos señalarse,
Aunque ya su valor se conocia.
Ante el Rey vino el Rey á declararse,
Y dixo: ó gran señor la razon mia
Oye, que un puro ánimo la mueve
El deseo, y la fe que te se debe.

Todas las cosas que en presencia tuya
Te fuéron referidas, he advertido,
Y es justo, que qualquiera nos concluya
Para entender que el cielo es ofendido:
Mas si quieres señor que la ira suya
No se execute, haz que sea servido
Con sacar los cautivos de la estrecha
Prision, sin causa tal ofensa hecha.

Solo este fin nos dió á entender el Griego
Ser la causa de todo lo que viste,
Y de la muerte que le vino luego
Al que poder para prendellos diste.
Ser justa la prision no te la niego,
Justo lo que hacerles consentiste,
Mas viendo claro el cielo defendellos,
Tengo por yerro el no favorecellos.

Por esta via (pues la causa es esta)
Estorbarás de la espantable suerte
Las amenazas y opresion molesta,
Que el fatídico Griego nos advierte:

Y si el Christiano Rey contra tí apresta
Su gente, entre la tuya la hay tan fuerte
Como la suya, y tu potencia excede
En mas mil veces que la suya puede.

Dentro de tu Ciudad tienes de guerra
Trescientos mil y mas hombres, que al punto
Que importe, el muro que los guarda y cierra
Dexarán, y estarán en campo al punto.
Pues sin estos, de gente de la tierra
Igual número casi tienes junto,
Que deseando ver la trabajosa
Guerra, tienen la paz por odiosa.

Manda aprestar las armas previniendo
Todas las municiones convenientes,
Y á donde faltan irlas proveyendo,
Y Capitanes señalar valientes:
Ir por listas y alardes recorriendo
Todos los que hallaren suficientes
Para seguir de Marte el crudo oficio
Las faciliten siempre en su exercicio.

Si esto haces, gran Rey, puedes seguro
Desear la venida de Fernando,
Y sin miedo tenerle abierto el muro
Porque vendrá su perdicion buscando:
Este es mi parecer, y ante Alá juro
Que quisiera en las obras ir mostrando
La fuerza del deseo que me rige,
Que á tu solo servicio se dirige.

Hizo al Rey una humilde reverencia
Botalhá, y á tomar volvió su asiento,

140 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Remitiendo al acuerdo la sentencia
De su fiel y justo pensamiento.
Fué notado del Rey con advertencia,
Y de todo el real ayuntamiento
El parecer, y todos lo aprobáron,
Y todos que se hiciese demandáron.

Visto el sano consejo, y que igualmente,
De todos fué por bueno recibido
Holgose el Rey, y en ver que en todos siente
El ánimo, que al caso es requerido.
A entender dando que era conveniente
Dexar el alboroto y el ruido,
Así les persuadió que se hiciese,
Y en obra lo propuesto se pusiese.

Las voces sin efecto desechemos,
Y á las cosas que importan acudamos,
Pues del cielo con claras muestras vemos
Que amenazados con rigor estamos.
La cometida culpa reparemos
Luego, y qual es razon satisfagamos
Con obras que le ablanden y provoquen
A que las amenazas se revoquen.

Por esta suerte hecho lo que digo,
Las armas aprestemos al efecto,
Que sin miedo del bélico enemigo
Puede nuestro temor estar quieto.
Que el cielo hecho de enemigo amigo,
En él espero que he de ver sujeto
El Christiano poder del poder nuestro,
Y su valor rendido al valor vuestro.

Vámosle al gran Profeta á ofrecer luego
A la real mezquita un religioso
Sacrificio, que aumente el sacro fuego
De Pancaya, el don rico y oloroso.
Y porque acuda á nuestro humilde ruego
Botalhá, parte luego presuroso
Y á los Christianos saca á la luz pura
De la mazmorra adonde estan obscura.

El Rey se puso en pie y tomó el camino
De la mezquita, á quien la falsa Secta
Tenia inmunda con el uso indigno
Del sacrificio al pérfido P. ofeta:
Lugar que seria presto del divino
Y verdadero culto, y la perfecta
Ley del sacro Evangelio pregonada,
Por el que al mundo la dexó enseñada.

Juntóse luego la maldita gente
Sin uso de razon ni entendimiento,
Y su Alfaqui encendió la llama ardiente
Que de Arabia espedia el suave aliento.
Botalhá fué con priesa diligente
Del Rey cumpliendo el justo mandamiento,
Y los Christianos todos desencierra,
Y él con sus propias manos los deshierra.

Fuéron saliendo de la obscura gruta
Los opresos Christianos á la clara
Luz, de que los privó la disoluta
Gente sin Dios y de piedad avara.
No habia en todos quien la faz enjuta
Llevase, y sin osar alzar la cara

Pasaban de temor todos tremiendo,
La muerte cierta ya á los ojos viendo.

El bárbaro entendió el angustia y miedo
En que los tristes iban afligidos,
Y así les dixo: amigos si algo puedo
Es para que seais todos socorridos:
No temais, y el semblante mostrad ledo,
Que todos del Rey soys favorecidos,
Que él me envia á que os saque de esta obscura
Caverna . él os ampara y asegura.

Oyendo esta razon se arrodilláron
Junto al bárbaro todos en el suelo,
Y los ojos y manos levantáron
Con alegre clamor llorando al cielo:
Al mismo sentimiento le obligáron
Al Moro, y con palabras de consuelo
Uno á uno los iba confortando,
Y del suelo uno á uno levantando.

Del no esperado Rey siendo admirados
Los Christianos, á quien el espantoso
Temor tuvo rendidos y entregados
Al miedo del castigo riguroso.
Viéndose con seguro y consolados
Del Moro, á sus trabajos piadoso,
Un cautivo tomándole la mano
Así le dice al Príncipe Africano:

Dinos así el gran Dios que nos sustenta
(Para ocuparla en él) te de la vida,
Y te libre de verte en nuestra afrenta,
La gloriosa libertad perdida.

¿Qué fué lo que al Rey hizo que así sienta
Nuestra angustia, si dél fué concedida
Facultad de encerrarnos en la obscura
Cárcel y renovar la prision dura?

Respondió Botalhá, fué aconsejado
El Rey de un enemigo suyo y vuestro,
Que de su ley Christiana desviado,
En seguir dió la del Profeta nuestro:
Este fué el que os puso en tal estado
Como de tales obras fué maestro,
Mas avisado el Rey desta crueza
Revocó el mando con real franqueza.

Esta merced que el Rey con noble pecho
Hizo en nosotros, respondió el Christiano,
Aunque parece que tu Rey la ha hecho
Obra es del Dios nuestro Soberano:
Que nuestra angustia viendo y duro estrecho
Nos regaló con su divina mano
Enviándonos luz en la ascondida
Cárcel, que siempre vimos encendida.

Cesó el amargo y doloroso llanto
En el instante que la lumbre vimos,
Y un dulce alivio reparó el quebranto,
Y la tristeza al punto sacudimos.
Y lo que debe darte mas espanto
Que las duras prisiones que metimos
Hechas pedazos muchos las halláron,
Y yo soy uno á quien se le quebráron.

Maravillose el bárbaro, y quisiera
Que adelante pasará con su cuento

El Christiano, si no se lo impidiera
Lllamarlo el Rey, y así partió al momento.
Fué y hallólo que salia ya fuera
De la mezquita, adonde habia contento
Celebrado el infando sacrificio,
A quien con él queria ser propicio.

Alegres los idólatras mostraban
Al ciego Rey, que aquello les hacia
Seguros de los daños que esperaban,
Y del temor que el alma le afligia.
Por su falso Profeta le juraban,
Que ya en el mundo potestad no habia
Que enojallos pudiese en tal estado,
Sino el cielo, y que ya estaba aplacado.

Llegáron con el Rey tratando en esto
A su Real Palacio, adonde al punto
El consejo de guerra ocupó el puesto
Que allí mandó que le aguardase junto.
Y siendo el caso á todos manifesto,
Todos para tratarlo iban á punto,
Y así les dixo el Rey: ninguno ignora
Para lo que os mandé juntar ahora.

Ya sabeis que nos turban y conmueven
Los ánimos, temores celestiales:
Ya sabeis que no hay fuerzas que se prueben
Contra el cielo sin riesgo de mis males:
En esto habemos hecho lo que deben
Hacer los que conocen ser mortales,
Que el sacrificio siempre es recibido,
Siendo con puro ánimo ofrecido.

Por esta parte ya tenemos hecho
Lo que si el Cielo aceta nuestros dones,
Libres seremos del temor y estrecho
Que prometen las hórridas visiones.
Agora resta, que el heroico pecho
Haga, dexando ofrendas y oraciones,
Sin remitir lo que han de hacer las manos,
Que lo obren milagros soberanos.

Todas las cosas que aprestar conviene
De nuestro muro adentro están dispuestas,
Como de quien ninguna guerra tiene,
Aunque para qualquiera ocasion prestas.
Mas en duda si el Rey viene ó no viene
Son menester mas prevenciones que estas,
Tu sabio Hacen, y tu sabio Ariadino,
Acudid á esto qual haceis contino.

Ireis á prevenir toda la tierra,
De armas abastecella, y municiones,
A disponer la gente para guerra,
De nuevo á reformar sus esquadrones.
En tanto el fuerte muro que nos cierra
Botallhá tome á cargo, y los varones
Que á él le parecieren á guardallo
Ponga, y á cuenta suya esté el velallo.

A Buyarruz le doy que tenga cuenta
De andar guardando el campo con la gente
De á caballo, que ronde, y mire, y sienta
Todo lo que á este cargo es conveniente.
Pues no sintiéron su dolor y afrenta,
Y de sí lo lanzáron con ardiente

Furor , en confianza desta injuria
Este cargo le dó en que emplee su furia.

En todo lo demas iremos viendo
Lo que convenga mas para hacello,
Pues nos va el tiempo espacio concediendo
En que podemos muy despacio vello.
A lo dicho se acuda, porque entiendo
Que importa no aguardar ni entretenello,
Y espías vayan á Jaen y vengan,
Que cargo de traer avisos tengan.

A Guanzar y á Buleylá señaláron
Que á Jaen fuesen á servir de espías,
Dos Moros los mas diestros que halláron,
Que en esto habian servido muchos dias.
Desde allí al punto á entrambos despacháron,
Y ellos con priesa á diferentes vias
Principio diéron á cumplir el mando
De su Rey , y á espíar al Rey Fernando.

De la consulta se saliéron fuera
Siguiendo todos el acuerdo dado
Por el Rey , que en su ansia ardiente y fiera
Gemia temiendo el disponer del hado.
Así como el que algun peligro espera
Que siempre lo estimula su cuidado,
El Moro así de todo temeroso,
Todo le perturbaba su reposo.

Fuese á quietar su animo inquieto
Con el descanso , y luego Hacen parte
Y Ariadino , á que puesto sea en efecto
Lo que tocaba á cada uno en parte.

Botalhá se fué al cargo que fué electo,
Buyarruz dió principio al fiero Marte,
Los demas por el órden que les diéron,
A sus obligaciones acudiéron.

Buleylá, que por hombre diligente
Hecho fué espia en la Real consulta,
Para aquel ministerio suficiente,
Y para todo lo que del resulta.
Confiado en saber perfectamente
El Christiano language, con oculta
Advertencia, trataba el Africano
Con Christianos en hábito Christiano.

Queriendo acudir presto al mandamiento
Del Rey, y al cargo que quedó á su cargo,
Bonete y toca se quitó al momento,
El corvo alfange, y el vestido largo.
Y todo lo demas que era ornamento
Morisco, sin que en él hiciese embargo
La vil pereza, ni el cansado ocio,
Partió en Christiano trage á su negocio.

No fué (aunque con priesa esta partida)
Tan secreta, que el fin se le escondiese
A Lope Diaz de Alfaro, y entendida
Sufrir no pudo su valor que fuese.
Este, en vil cautiverio via oprimida
Su hidalga persona, sin que hubiese
Orden de libertarse, porque el Moro
No estimaba por él plata ni oro.

Entendiendo el designio que llevaba
El bárbaro, encendido el noble pecho

De la Christiana Fe que le aspiraba
A que emprendiese tan heroico hecho.
Sacudiendo el temor que acompañaba
Su alma, en la prision y nudo estrecho
En que vivia, ardiendo en fortaleza
Dice á sí mismo lleno de fiereza:

Satisfago al honor que á mi honor debo,
¿Qué una cadena sola impedir pueda
Que el fin á que mi ánimo conmuevo
Sea tan flaca causa quien lo veda?
Pues con tanta flaqueza no me atrevo,
¿Qual será aquel que al nombre mio conceda
Alabanza? y si al riesgo el rostro huyo,
Y el cobarde temor me hace suyo.

El claro nombre de mi ilustre abuelo
Lope Diaz de Alfaro, y del famoso
Sancho Diaz mi padre, que en el suelo
Fue el uno y otro igual al mas glorioso;
Se ensalzará con el humilde vuelo
Mio, pues encerrado y temeroso
No salgo (ay Cielo) contra aquel pagano
Que á espiar va el ejército Christiano.

No será justo, pues conozco claro
Del encubierto Moro el fin que lleva,
Que sea á los mios, ni á mi Rey avaro,
Ni que les falte en tan heroica prueba.
No sea el nombre que heredé de Alfaro
Por mi ofendido, ni el temor me mueva
De tan justo deseo, pues me llama
Lealtad, honor, reputacion y fama.

Lleno de ansias conferia consigo
El invencible jóven todo aquesto,
Deseando acudir al bando amigo
Antes que el Moro le ocupase el puesto.
Vacilava temiendo el cruel castigo
Si á la prision en que se via puesto
Lo volvian, habiendola él dexado,
Y sus fuerzas las suyas quebrantado.

En estas dudas, y mortal quebranto,
Aquejado de mil contrariedades,
La virtud gloriosa pudo tanto
Que le hizo romper dificultades.
Y el pecho libre de cobarde espanto,
Dispuesto al yugo y bárbaras crueldades
Si sucedia al contrario el justo intento
Que le aspiraba el noble pensamiento.

Resuelto de morir, ó dar la muerte
Al encubierto Moro, antes que entrase
En el Christiano campo, si la suerte
Tan venturosa suerte le otorgase.
La cadena quebró con brazo fuerte
Y escondido aguardó que se ausentase
La luz quel mundo adorna, y puesto á punto
Saltó el herculeo muro, y partió al punto.

Acompañado de la sombra oscura,
Y de las formas que el luciente Cielo
Esmaltan, por la via mas segura
Que enseñándole iba su recelo.
Ni de cansancio, ni descanso cura
Apresurando el curso, y presto vuelo,

Contrastando su ánimo divino
Los trabajos y afanes del camino.

Tres veces con la luz del bello hermano
Ilustró el mundo la nocturna Diosa
Que tiene odio al linage humano
En su influencia siéndole dañosa.
Después que el muro Hispalico el Christiano
Dexó su via siguiendo presurosa,
Al Moro procurando, y yendo en esto
Riberas de Genil se halló puesto.

Suspendió el curso el Español valiente
El sitio viendo, y un lugar famoso
De antigua poblacion, y un ancho puente
Para poder pasar el rio espacioso.
Temió el lugar, y la enemiga gente,
Y el puente atravesando presuroso
Se dexó ir por la ribera amena
De verde yerba, y varias flores llena.

Regalaba su espíritu invencible
El suave olor quel manso y fresco aliento,
Que en el lugar quieto y apacible
Por todas partes esparcia el viento.
Donde el cansancio, y el afan terrible
De qualquier fatigado pensamiento
Aunque fuera de amor, se mitigara,
Y con alegre alivio descansara.

Las flores olorosas y suaves
Que en el yerboso suelo iban pisando,
El dulce canto de las libres aves
A detenerse le iban conyidando.

Mas el deseo, y los cuidados graves
Lo llevaban el curso apresurando,
Que ni flor, yerba, arbol, ave, rio,
Menguar podian de su curso el brio.

Yendo así el jöven, cuya eterna gloria
De la edad no será jamas robada,
Y del coro sagrado su memoria
Por siglos sin medida celebrada.
Para que oyese de su ilustre historia
Que tenia el tiempo por venir guardada,
El Cielo que lo amaba, y lo regia,
Lo detuvo, y torcer hizo la via.

Por medio del camino atravesaba
Del fértil rio un brazo, que tendido
Un largo espacio en torno rodeaba
Del agradable puesto florecido.
Y con mansa corriente se tornaba
A reducir adonde habia salido,
Represándose en un artificioso
Estanque de primor maravilloso.

De alisos está y plátanos cercado
El caudaloso estanque, que corriendo
Por todas partes cerca el verde prado,
Que una pequeña isla va haciendo.
Despues con gran violencia arrebatado
La tierra de ambas partes va hundiendo
A dar consigo al rio que está cercano
No léjos del sombroso y fresco llano.

Toda aquesta ribera fresca umbrosa
Está de varias flores guarnecida

152 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

De blanco lirio, y de purpurea rosa,
De fresca y verde yerba enriquecida.
Dó el ayre suave, y el alva deleytosa
Tienen la hermosa isla ennoblecida
Con el templado zéfiro y su flora,
Y alegre primavera que enamora:

Aunque llevado del cuidado ardiente
Que le aquejaba al jóven animoso
Se dexó ir tras la veloz corriente,
Que lo metió en el prado deleytoso.
Y empezando á mirar atentamente
El ameno lugar y sitio umbroso,
Oyó una voz extraña, aunque de hombre,
Que le venia nombrando por su nombre.

Volvió el rostro, y vió ante él un hombre anciano
Con una larga y blanca vestidura,
Coronado del árbol soberano
Que á Apolo ofrece la Parnasea altura.
Un libro antiguo en la derecha mano
En que mostraba bien de la edad dura
La fuerza, á cuya fuerza no es bastante
La dureza del mármol ni el diamante.

Quedó el Christiano suspendido oyendo
Nombrar su nombre, y alterado desto
Se detuvo, y al hombre anciano viendo
Con tal insignia, y en el mismo puesto,
El caso en la memoria revolviendo,
Y el pensamiento con discurso presto
Vacilaba, que siendo conocido
De varon grave, así lo ha divertido:

Si te altera así verme en tu presencia,
O excelente Lope Diaz de Alfaro,
Dexa el alteracion, y con prudencia
Advierte lo que en voz fatal declaro.
Que tu valor y clara descendencia
Que triunfan de la edad y tiempo avaro,
Aguardándome tienen este dia
Que de tí cante en cierta profecía.

Las cosas que me ofrece la memoria
Que nos promete tu Real grandeza,
Remito adonde en copiosa historia
Sean escritas qual su ilustre alteza.
Agora en breve te diré la gloria
Que espera de tí el siglo, aunque en pobreza,
En opresion de estrecho cautiverio,
Entre bárbaros puesto en vituperio.

Tú, á quien rige el piadoso Cielo
Para defensa de su fé en la tierra,
Por la lealtad, constancia y santo zelo
Que tu invencible y fuerte pecho encierra,
Que en tanta angustia, y tanto desconsuelo
De la cadena que te daba guerra
Saliste á dar avisó al Rey Christiano,
Del engaño del bárbaro Pagano.

Los trabajos y afanes del camino
Menospreciando, y el peligro cierto
Que te cerca (aun aquí) si por divino
Socorro no arribaras á este puerto,
De aquel lugar que ves allí vecino,
Que es Castroelrio, fueras preso ó muerto,

Que la crueza de su Rey es tanta,
Que al mas cruel del mundo se adelanta.

Gulaytá es el quel regio cetro tiene,
Dese tendido pueblo que se muestra,
Hombre astuto y feróz, que no contiene
Nada su furia, ni su fuerte diestra.
Por su mando se prende y se detiene,
Qualquiera de su ley, ó de la vuestra,
Que pase por aquí, y esto es de modo,
Que cercado de guardas trae esto todo.

Mas tú, á quien mueve tan glóioso intento,
Y el zelo lleva que á su Dios le toca,
Libre verás cumplir tu pensamientó,
Sin que execute el Rey su furia loca.
Y á la presencia llegarás contento
Del Christiano, y la causa que provoca
Tu noble pecho, siendo del oida,
Será loada, y bien agradecida.

Revelado por tí el contrario engaño,
Por tí el engañador vendrá á ser preso,
Y al Rey santo traído con extraño
Aplauso, celebrando el buen suceso.
De aquella parte reparado el daño,
Y seguros por tí del crudo exceso,
Serás tan grato al Rey, que en su presencia
Al mayor será igual tu preeminencia.

Crecerá con hazañas gloriosas
El nombre tuyo, que será temido
En quanto de luz visten las lumbrosas
Formas, y el gran Nereo es conocido.

Sucedarán de tí gentes famosas,
Sucedarán varones que el olvido
No les podrá hacer jamas ofensa,
Ni encubrir su alabanza y gloria inmensa.

Los Palacios Reales serán dellos
Con supremos oficios ocupados,
Los Consejos de guerra y paz por ellos
En fuerza y en justicia sustentados.
Llegarán sus proezas á ponellos
En donde los presentes ni pasados
Llegáron, y será el nombre de Alfaro
Loado de Reyes por ilustre y claro.

En esto tenia mucho que decirte,
Mas la ocasion me impide detenerte,
Y me fuerza con priesa á dexar irte,
Para que des principio á tu alta suerte.
En la qual solo quiero prevenirte
Que á Hispalis irás con tu Rey fuerte,
Que inspirado á esta empresa va del Cielo,
Donde se ha de cumplir lo que revelo.

Aquí Fernando se verá glorioso
Echando el yugo á esta enemiga gente,
De la qual triunfará vitorioso
Premiando su exército excelente.
Aquí serás con premio generoso
Galaronado de tu esfuerzo ardiente,
De tu invicto valor, y altas empresas
Que en este inmortal libro están ya impresas.

Aquí en este lugar, donde tu diestra
Vitoriosa habrá marciales dones,

Qual de tí el tiempo por venir nos muestra
Y las altas y ocultas impresiones.

Y habrá en la venidera y edad nuestra

De tu apellido célebres varones,

Que en las reales casas ocupados

Igualarán en gloria á sus pasados.

De solos dos quisiera revelarte

Entre tantos que insigne harán tu gloria,

Que el uno á Apolo seguirá en el arte

Que hizo mas ilustre su memoria.

El otro con señal del santo Marte

De Calatrava ocupará la historia,

Cuyo saber, cuyo valor divino

Celebrará un ingenio peregrino.

No puedo decir mas, camina luego,

Y este camino sigue, y ve seguro

Que el Cielo por quien vas oirá tu ruego,

Y libre te hará del trance duro.

Esto diciendo, sin ningun sosiego

Llevado en alto por el ayre puro,

De la vista del fuerte caballero

Lo desapareció el volar ligero.

Quedó suspenso el caso contemplando,

De su extrañeza en gran cuidado puesto,

Mil imaginaciones ocupando

Su memoria, con variar molesto,

Y un largo espacio en esta duda estando

Revolvió sobre sí, y dexando el puesto

Por el camino que le fué enseñado

Sin detenerse mas siguió su hado.

Con la presteza al caso conveniente
(En que á Canisio y Philonides fuera
Aventajado el jóven excelente
Si en andar mas con ellos contendiera)
Caminaba por verse en la emimente
Ciudad, y con tal priesa persevera,
Que en ella se halló quando el lumbroso
Carro en el mar se asconde presuroso.

Por la guardia rompió, que en guarda estaba
De la puerta, y entró del muro adentro,
Contento en ver quel Cielo le acercaba
Yá la ocasion á que él salia al encuentro.
Y con el ansia ardiente que aquejaba
Su alma, y conmovia en su oculto centro
Sin reparar en cosa iba buscando
Al Moro que venia procurando.

En toda la Ciudad no dexó parte
Donde pudiese el Moro ser habido
Que no buscó con diligencia y arte,
De su constante fé y deseo movido.
Y temiendo que el bárbaro se aparte
El efecto á que vino conseguido,
Congojoso paró el ligero curso,
Sobre el caso haciendo este discurso.

Si este infiel en daño del Christiano
Exército y del Rey cumple su intento,
Y victorioso sale salvo y sano,
¿Qué hecho yo, ó qual fué mi pensamiento?
¿Ha de quedar mi afan y riesgo en vano?
¿Mi cuidado ha de ser sin fundamento?

¿Qué emprendí yo si no le dó el castigo
Que debo, y él se vuelve al bando amigo?

Si me lo encubre el Cielo como á indigno
Que soy de haber empresa tan gloriosa,
Con sombras ofuscándome el camino,
Y con noche espantable y tenebrosa.
Al Rey á quien aspira el Rey divino,
Y gobierna su diestra vitoriosa
Avisaré del caso, porque sea
Preso el Moro sin ver lo que desea.

Con la velocidad que por el viento
De la nerviosa cuerda despedida
Va la flecha con presto movimiento
Del fiero Persa ó Sárмата impelida,
Partió el Christiano sin tardar momento
A dar la cuenta al Rey de su venida,
Y con tal diligencia fué, que un punto
Tardó en hallarse con su guarda junto.

Pidió que al Rey dixesen que él venia
A tratar con su Alteza un importante
Negocio, en que un aviso le traía,
Que le otorgase ante él llegar delante.
Siéndole dicho, el Rey por él envia,
Y en su presencia puesto, en el instante
Lope Diaz su historia representa,
Y quanto el Sevillano Rey intenta.

Las municiones que hacia, y la gente
Que derramaba á pertrechar su tierra,
El cuidado y la priesa diligente
En prevenir las cosas de la guerra.

La innumerable suma que al presente
De Moros dentro el fuerte muro encierra,
Y llegándose mas al Rey le avisa
De la espia que el campo suyo pisa.

El magnanimo Rey, con agradable
Semblante al caballero el brazo toma
Diciendo, no se yo qual mas loable
Por su virtud y esfuerzo tuvo Roma.
Sugeto has dado que la fama hable
En tu alabanza, con la voz que doma
A la injuria del tiempo, y que se diga
Tu honroso pensamiento y tu fatiga.

Diciendo esta razon, llamó en secreto
A D. Lorenzo y al de Eucles que estaban
Presentes, y aguardaban el efecto
De lo que el Rey y Lope Diaz trataban.
Y siéndoles allí dicho el sugeto
Qual á solas los dos comunicaban,
Acuerdan que las guardas se prevengan,
Y nuevas postas que cuidado tengan.

A poner orden en aquesto acude,
Por mandado del Rey, el sabio Marte
D. Pelayo Correa, antes que mude
De acuerdo el Moro, yéndose á otra parte.
Y porque todo á su designio ayude,
Como á su invicto esfuerzo ayuda el arte
Militar, para el caso elige velas,
Nuevas postas, espías y centinelas.

Por esta orden disponia el glorioso
Protector de la Fé con diligencia

Todo lo que importaba al cuidadoso
Caso, asistiendo á todo su presencia,
Y habiendo á Lope Diaz y al famoso
D. Lorenzo encargado la asistencia
En procurar al Moro, á su aposento
Se recogió á quietar su pensamiento.

D. Lorenzo salió y llevó consigo
A Lope Diaz de Alfaro, y procurando
Van con secreto al bárbaro enemigo
Por el amigo ejército buscando.
Sin hacer de su ida otro testigo
Que á las tinieblas que los van cercando,
Por entre guardas y soldados que entran,
Por entre espías, y velas mil que encuentran,

Todo el Christiano ejército anduviéron
En torno por tres veces, y á la puerta
De la Ciudad por guardas se pusieron
Teniendo aquella solamente abierta.
Y allí aguardando solos estuviéron
Del cauto Moro la venida incierta,
Sin dar lugar quel sueño los rindiese,
Ni el trabajo su esfuerzo enflaqueciese.

Quanto la noche fria y tenebrosa
Duró en tener tiranizado el suelo
Envuelto en sombra oscura y congojosa
De angustia llena y triste desconsuelo.
En la guarda estuviéron trabajos
Los dos varones, mas dexando el Cielo
Desocupado todas las estrellas,
Ascondiendo en el mar sus formas bellas.

El puesto dexan; y en su guarda puestos
 Hombres de quien pudiéron confiallo,
 Y á la Ciudad de allí se vuelven prestos,
 Y al Moro buscan qual debían buscarlo.
 Los dos constantes ánimos dispuestos
 Que habian de acabar; ó al Rey llevarlo,
 Si en el caballo de Perseo subiese,
 O en su ayuda el Infierno todo fuese.

LIBRO SEPTIMO.

Vistió de rayos y de luz la tierra
 El Planeta oriental, restituyendo
 Todo lo que la noche obscura encierra
 Fuera del huérco el mundo poseyendo.
 Comenzóse á mostrar el llano y sierra,
 Los altos edificios descubriendo;
 Solicitando que al trabajo grave
 Vuelva el que el ocio detenía suave.

Luego que vió el Maestre el nuevo día
 Que habia aguardado en vèla entre las velas,
 A las postas requiere; á ver si habia
 Descuido, y de ellas va á las centinelas.
 Vuelve á las guardas que la noche fria
 Habian pasado; y en su guardia vèlas,
 Guardando el órden que les dió, aguardando
 La espia que tantos andan procurando.

Dió nueva orden, y mandó que fuesen
Diez caballos que en torno rodeasen
La Ciudad, y otros tantos requiriesen
La sierra, y hasta el rio no parasen.
Que las postas y velas removiesen
Porque de la vigilia descansasen,
Y con esto á palacio fué y encuentra
Al Rey en la primera puerta que entra.

Estaba con algunos Caballeros
Tratando el caso, que ponía en cuidado
A todos, y obligaba á sus guerreros
Del reposo apartarse acostumbrado.
Y de la causa ensaña ardiendo fieros
Viendo que no podía ser hallado,
Al Rey le aconsejaban que hiciese
Que el ejército al arma se pusiese.

Y que mandase luego echar un bando
Que los que no seguían su estandarte
Militar, la Ciudad desocupando
Fuera della se fuesen á tal parte.
Sola una puerta en la Ciudad dexando
Para salir, y allí se pondría parte
De la gente á mirar los que salían,
Y desta suerte al Moro encontrarian.

Pareció algunos bien, mas al valiente
Garciperez desagradó el hacerse
Tal cosa, y fué de acuerdo diferente
Culpando á los que en esto querían verse.
Y decía, ¿es razon que solamente
Un Moro á tantos haga conmoverse?

¿Y que puestos al arma lo aguardemos,
Y que entenderse pueda que tenemos?

¿Qué dirá este si su buena suerte
A su tierra lo lleva salvo y sano,
Que él solo al campo de Christianos fuerte
Puso en temor, y al mismo Rey Christiano?
Y para que no hable y desconcierte
Su razon, y con esto vaya ufano,
A procurallo luego vamos todos
Otras trazas dexando y otros modos.

De por si cada uno lo procure,
Sin que él ni nadie puedan entendello,
Y con esto el escándalo asegure
Del campo donde está sin conocello.
Y si se hubiere ido, ante el Rey jure
De ir á Sevilla y dentro entrar y habello
Por fuerza, aunque le sea defendido
Del bárbaro poder, y aqui traído.

De todos fué por buen acuerdo aceto
El que dió Garcíperéz, y aprestados
Para ir, dixo el Rey, ese decreto
Se dexe, y sean los ánimos mudados.
Y aguardemos á ver aquí el efeto
De los dos que tenemos enviados,
Y conforme al recaudo que truxeren
Haremos, si lo hubieren ú no hubieren.

Tratando en esto con el Rey estaban
Los fuertes Caballeros, con deseo
De ir todos á buscar los que aguardaban,
O haber, hallando al Moro, aquel trofeo.

No mengs cuidadosos procuraban
 Al bárbaro , teniendo ya por feo
 El fuerte Don Lorenzo , y el valiente
 Lope Diaz , qus asi se les ausente.

La gente toda estaba repartida
 Sin órden en concilios diferentes
 Procurando entender la no entendida
 Alteracion , y el repartir de gentes.
 Esto á los unos á hablar convida,
 Y á preguntar á otros diligentes,
 Las plazas y las calles ocupando
 Sin saber que diciendo y preguntando.

Entre los unos y los otros el pagano
 Andaba oyendo , y él tambien decia
 Su parecer, por ver si algun Christiano
 Alguna cosa nueva descubria.
 Por seguro teniendo y caso llano
 Que nadie su intencion conoceria,
 Que la Christiana lengua y el vestido
 Christiano lo hacian desconocido.

Y así andaba en confianza desto
 Por donde quiera , sin temor ninguno,
 Ocupando ora este ora aquel puesto,
 Sin dexar de espiar ni ver ninguno.
 Y estando en medio de una esquadra puesto
 Le ofreció la ocasion tiempo oportuno
 A Lope Diaz de Alfaro que lo viese,
 Y á Don Lorenzo en viéndolo dixese.

Con próspero suceso conseguimos
 Valiente Don Lorenzo el deseado.

Fin á que tan cuidadosos acudimos,
Del Rey cumpliendo lo que fué mandado.
El Moro que con tal deseo venimos
Procurando, que tiene alborotado
El invencible ejército, se muestra
Donde se cumpla la promesa nuestra.

Señalóle el lugar y la persona,
Diciendo esto, y Don Lorenzo mira,
Y viendo al Moro dixo, esta corona
A ti se debe, y tu valor la aspira.
Llega, y aquellos vean con quien razona
Que es de tí preso, y yo que vo á la mira,
Porque se diga al Rey que solo fuiste
Tú el que esta hazaña conseguiste.

No acertó á responder el glorioso
Joven de Alfaro, viendo la excelente
Merced que le hacia el generoso
Don Lorenzo, en un caso tan urgente.
Y sin responder parte presuroso
La cabeza abajando solamente,
Que lo uno y lo otro le impidieron
La lengua, y pies y manos le movieron.

Rompió por medio de la gente fiero,
Y al Moro llega asiéndole, y diciendo
Buleylá ya no soy tu prisionero,
Ya redimí el estarte á tí sirviendo.
Ven que ante el Rey de los Christianos quiero
Presentarte, tu engaño descubriendo,
Que para esto el Cielo me ha rompido
Tu prision, y por riesgos mil traído.

Qual suele la real ave al descuidado
Cabrito arrebatár de la manada,
Y sacarlo arrastrando del ganado
Sin que le impida ni resista nada.
Y por el ayre en vuelo levantado
Llevarlo adonde está su cria amada,
Tal Lope Diaz de Alfaro al Moro apaña
De donde está, y lo lleva al Rey de España.

En seguimiento suyo al punto parte
La gente toda que con él estaba,
Cercándoles por una y otra parte
Que les impedía el paso y estorbaba.
El Moro sin poder con fuerza ni arte
A tanta fuerza resistir, callaba,
Dexándose llevar por donde iba
El que de todo lo que fué le priva.

Antes que llegue al Rey llegó la nueva
De la hazaña y venturosa suerte,
Que por nueva la gente se la lleva,
Del joven alabando el valor fuerte.
El clamor crece mas, y se renueva
La voz que al Rey suspende y lo divierte
Viendo llegar á unos y á otros dando
Voces, el caso como fue contando.

Con la revuelta gente y alaridos
Que en torno lo cercaba en competencia
Unos sobre otros, todos confundidos
Por acercarse á la Real presencia.
El valiente Christiano y Moro asidos,
Y Don Lorenzo sin hacer ausencia

De los dos , ante el santo Rey llegaron,
Y á sus pies el pagano arrodilláron.

Las dos rodillas puestas en la tierra
Lope Diaz estaba junto al Moro,
Sin desviarse dél , aunque lo cierra
La gente , el guarda en esto su decoro.
Gime el bárbaro viéndose en tal guerra,
Donde la redencion , plata ni oro
No espera que valdrá , y temiendo esto
Tiene en el suelo el mustio rostro puesto.

Viendo el Rey del pagano el sentimiento,
Las muestras de tristeza , el acuitarse,
El suspirar con tardo movimiento
Torciéndose las manos y elevarse:
Mandó que lo acercasen á su asiento
Y á los dos caballeros levantarse,
Haciendo señas que cesase todo
El ruido , procede de este modo.

No te sirve de nada esa estrañeza
De sentimiento , ni por ella esperes
Que de tu culpa alivies la graveza,
Pues no ha de ser por ella lo que quieres.
Despide el mudo llanto y la tristeza
Que así te tiene , y pues sabemos que eres
Pagano y de Sevilla , y que te envia
Axartaf á mi campo por espia.

Confía en mi clemencia y no en tu llanto,
Pues de ella alcanzarás lo que te niego
Si desconfías de mí , y confías tanto
En deshacerte en ese llanto ciego.

Si es lo que digo así, ó si lo levanto
Eso te mando que me digas luego,
Porque si es ó no daré el testigo
De quien lo sé, que apruebe lo que digo.

Levantó el rostro el Moro, y dió un gemido
A Lope Diaz mirando, y al Rey vuelto
Dixo, no puede serte ya escondido
Mi engaño, ni por él me veré absuelto.
Quanto has dicho es así, yo soy venido
De Sevilla á espiarte, y yo revuelto
He andado entre todos tus Christianos
En el traje que ves por mis paganos.

De Axartaf mi señor soy enviado
A ver el órden que en tu campo tienes,
Como lo traes dispuesto y concertado,
Qué gente, y quanta en número mantienes;
Si á dalle guerra estás determinado,
O si de tal empresa te contienes,
Porque si intentas ir á procurallo,
Venir antes que vayas á buscarlo.

Para esto alistó toda su gente
Que pasan de trecientos mil guerreros
Los que dentro están hoy del eminente
Muro, que piden ya la guerra fieros.
Sin estos hay de advenediza gente
De los pueblos cercanos y extrangeros
Gran número, con grandes prevenciones
De armas, caballos, viandas, guarniciones.

Con esto está aguardando mi respuesta
Que tu hado le ataja, y el malino

Disponer de mi suerte, que se apresta
A que no vuelva allá de mi camino, ni
Para hacer con tanta gente puesta
En campaña; lo que de Alá divino
Le ha sido tantas veces revelado
Contra tu suerte y tan dichoso hado.

Del aviso que aguarda por mi parte
Para hacerlo que á la guerra importa
Mi Rey, ese Christiano con su arte
Lo impide todo; y mi ventura acorta.
Hace que pare del sangriento Marte
La fiera espada que las vidas corta;
Porque en llegando yo, y diciendo el modo
Que veo en tu campo, fueran armas todo.

Puso silencio á su razon con esto
El bárbaro, y los ojos en la tierra
En triste suspension quedando puesto
Como el que teme, ó procediendo yerra.
Y queriendo el Rey santo á lo propuesto
Responder, á la gente vió de guerra
Con clamor alto toda alborotarse,
Y á diferentes partes apartarse.

Por medio de ella vió venir rompiendo
Diez escuderos puestos á caballo,
Como si el son que incita á Marte horrendo
Los llamara que fueran á buscarlo.
Don Pelayo la gente conociendo
Ser la que él envió para informarlo
Al Rey, que el verla en suspension le puso,
Declarandole el caso así propuso.

La gente que á caballo ves, y armada,
 Gran Señor nuestro, aca venir cruzando,
 En la última vela fué enviada
 Por mi al campo, á este infiel buscando.
 Y de no haber en esto hecho nada
 A dar razon vendranme procurando,
 Para que su cuidado y diligencia
 Se conozca contado en su presencia.

Quando el Maestre dixo estas razones
 Los diez guerreros ante el Rey llegaron,
 Y en medio de los ínclitos varones
 Que ante él estaban, muerto un Moro echá-
 La novedad dió nuevas opiniones
 A todos, y mirándolo quedáron
 Suspensos, mas de aquellos diez guerreros
 Dixo el uno al Rey vuelto y caballeros.

Luego que hizo de la tierra ausencia
 La noche oscura, fria y tenebrosa,
 Y nos vino á alegrar con su presencia
 Del bello oriente el aura deleytosa.
 Buscando con ardiente diligencia
 Ese Moro en la sierra cavernosa,
 A la primera luz lo descubrimos,
 Y de la sierra al rio lo seguimos.

Allí paró hallándose cercado
 Por todas partes, sin tener remedio,
 De caballos y lanzas rodeado,
 Y él puesto á todo aqueste riesgo en medio.
 De su valor el Moro confiado,
 Desesperando de otro ningun medio

Puso á su alfange mano arremetiendo
A nosotros, en ira y saña ardiendo.

Comenzó á defenderse de tal suerte
Que lo que antes con huir hacia
Remitió al esfuerzo y brazo fuerte,
Con denuedo y soberbia gallardía.
Y hubimosle de dar por fuerza muerte
Porque arrojarle al río acometía,
Teniendo por mejor allí acaballo,
Que con vida huyéndonos dexallo.

Quando á Guanzar Buleylá vido muerto
Con claro indicio de sentir su daño
Suspiró, y á mirarle el pecho abierto
Llegó con muestras de dolor extraño.
De todos conocido el desconcierto,
Receláron algún secreto engaño,
Don Lorenzo quel propio mal barrunta
Del muerto lo desvia y le pregunta.

La causa que te altera así y conmueve
A sentimiento con extremo tanto,
Lo que en tí hay para que así te eleve,
Y te dexé sin tí desecho en llanto:
Diciendo la verdad como se debe,
Sin que la impida el miedo ni el quebranto,
Su Alteza manda que en presencia suya
Le sea contada, y la congoja tuya.

Sosegó un poco el bárbaro lloroso
El lastimado llanto y sentimiento,
Y con semblante y rostro temeroso
Respondió así al forzoso mandamiento.

No sirve ya de nada, ó Rey glorioso,
 Encubrirte el oculto pensamiento
 Que á espiarte me truxo, si veo claro
 Que te defiende el Cielo y da su amparo.

Y quando acudir quiera á lo que debo
 A mi Rey y fieltad, está delante
 Quien me contradirá, si á decir pruebo
 Lo que no es en caso semejante.
 Así, ó gran Rey, por esta causa muevo
 Mi pensamiento, pues razón bastante
 Me obliga, y el temor me hace fuerza
 Que de mi obligacion forzado tuerza.

Este Moro que muerto ves presente
 Es Guanzan, que salió en mi compañía
 Elegido por sabio y por valiente, non volí
 A ser qual yo del campo tuyo espiado
 Fuele la suerte como á mi inelmente.
 Pues su intencion se descubrió y la mia
 Por ese Lope Diaz que en prisiones
 Dexé, y libre lo veo entre tus varones.

Que si yo el fin que veo conociera,
 Ni de mi cativerio él se librara,
 Ni á verme yo en el que estoy viniera,
 Ni de mi Rey el mando se estorvara.
 Y la gente que ya aprestada espera
 El llano y muro de Jaen cercara,
 Que por milagro lo ha desvaratado
 Tu buena suerte, y no esiro crudo hado,

Los defensores del ceieste imperio
 Al bárbaro escuchando se alteráron,

Queriendo respondelle al loco y fiero.

Proceder, y hacerlo se aprestáron.

Mas su caudillo invieto con severo y fiero

Semblante, á los que airados se mostráron.

Asosegó, y al bárbaro volviendo se asomó.

Movió la celestial lengua diciendole aban.

De Axartaf enviado al campo mió ven.

A ver su orden dices que veniste, o por.

Donde el Cielo con libre señorío destituye.

Impidió el intento que truxiste.

Porque se cumpla (y no su crudo brio).

Lo que á tu diligencia cometiste.

Llevenlo y todo mi Réal le muestren.

Y por él los guerreros míos le adiestren.

Luego que al Rey esta razón le oyéron,

Sin detenerse mas, ni ser mandados,

Con sus armas en orden se pusieron.

Los bélicos y pláticos soldados.

Y los que á verlo un punto habia acudieron.

Sin armas, y sin orden derramados,

En un instante en orden de pelea.

Se ponen dondè el bárbaro los vea.

En medio puesto de los dos guerreros

Garciperez de Vargas, y el valiente

Don Lorenzo, y con otros Caballeros

Iba el Moro confuso y obediente.

Mirando aquí los fuertes escuderos,

Acá la esquadra de invencible gente,

Los ricos hombres acullá alojados,

Las Ordenes, Consejos y Prelados.

Las municiones y armas homicidas
 Que aumentan de los Reyes la potencia,
 Y á las regiones menos conocidas
 Echan el yugo, y traen á su obediencia.
 Las cosas reservadas y escondidas,
 Y las de menos y de mas esencia
 Le enseñaban al Moro, y deste modo,
 Le truxéron mostrando el campo todo.

Satisfecho el astuto Sarraceno
 De lo que visto sin contraste habia,
 Teniendo el pecho cauteloso lleno
 De quanto en esto su deseo pedia.
 Encubriendo el mortífero veneno
 A los que lo amparaban y eran guia,
 Con grande admiracion á entender daba,
 Que quanto via todo le admiraba.

El ejército atras iban dexando
 Poco á poco los fuertes defensores
 De la Christiana religion, llevando
 Al ciego Alcoranista en sus errores
 Y á la presencia vueltos de Fernando
 Se lo entregáron, y él con mil temblores
 Los brazos cruza, y de rodillas puesto
 Fixa en la tierra el demudado gesto.

A este punto fué la gente tanta
 Que acudió, y el ruido tal que alzaron,
 Que el Moro pavoroso se levanta
 Llegándose á los dos que lo guiaron.
 La causa conocida que lo espanta,
 Con seguras razones lo animáron,

Qual la razon del médico prudente
Apartar suele el miedo del doliente.

Viéndolo así el magnánimo Caudillo
(Del que la ley dió al mundo verdadera)
Que era fuerza á su plática admitillo.
De que hacer un hecho heroico espera.
Para poder mejor hablar y oílo
Sin que el ruido impedimento fuera
Levantó el rostro, y en el mismo punto
El alboroto todo cesó junto.

Qual la esquadra de Boreas con violencia
Alterar suele el Reyno de Neptuno
Con soplo horrible, y aspera inclemencia,
Con denuedo y con impetu importuno,
Que las aguas con libre preeminencia
Siguen su furia, y sin contraste alguno
Allanan montes, mieses, campo y prado,
Destruyen sotos, llévanse el ganado.

Mas el rector del umido elemento
Que sus ceruleas aguas ve alteradas
Sale dexando su muscoso asiento,
Y al punto son con verlo asosegadas.
Así viendo el real acatamiento
Las voces sosegaron levantadas,
Y como toda fué en silencio puesto,
Al bárbaro sin Dios dice el Rey esto:

Esa flaqueza y temeroso espanto
Despedir puedes, y escuchar seguro
Sin que te altere ni fatigue tanto
Que de quanto aquí temes te aseguro.

Libre te hago de qualquier quebrantos, i enQ
 Libre te envio á ver tu Herculeo muro, i enQ
 Cuenta del campo mio el arte y modo, i enQ

Da (relación de lo que has visto) todo, i enQ

Con esto puedes irte, y al Rey llevarte enQ

Juntamente con ese Moro muerto, i enQ

De tu suceso y de tu espia la (nueva) i enQ

Y el orden como fuiste descubierto, i enQ

Y dile que su hueste al punto nueva i enQ

A buscarme, qual tu me afirmas cierto, i enQ

Que será si allá vuelves á contalle, i enQ

Lo que te dexé ver para informalle, i enQ

Diciendo esta razon el glorioso i enQ

Y santo Rey, se entró y dexó mahdado, i enQ

Darle un caballo al Moro temeroso, i enQ

En que por él el muerto sea llevado, i enQ

Ponen en obra el mando poderoso, i enQ

Los que á hacerlo el cargo les fué dado, i enQ

Carga al muerto Guanzar Buleytá y parte, i enQ

Libre del campo del Christiano Marte, i enQ

Luego llegó el Real Ayuntamiento, i enQ

Del marcial consejo, al invencible i enQ

Príncipe, á quien movia el sacro aliento, i enQ

Del espíritu etereo incomprehensible, i enQ

Que dél siendo regido el sacro intento, i enQ

Y al caso viendo el tiempo conveniente, i enQ

Para librar de la opresion infanda, i enQ

A Hispalis, propone así y demanda, i enQ

Ya sabeis ó Christianos caballeros, i enQ

Cuya victoriosa espada ha puesto, i enQ

En libertad á España de los fieros
Bárbaros, con su daño manifiesto.
Que sus horribles y dañosos fueros,
Que su yugo á los nuestros tan molesto,
Habeis con vuestros poderosos brazos
En servicio de Dios hecho pedazos.

Ya sabeis con la gloria y alabanza
Que habeis triunfado, y puesto al yugo nuestro
Tantos Reyes, rindiendo su pujanza
Con la virtud del claro valor vuestro.
Pues esto es conocido, y mas se alcanza
De lo que yo con mis razones muestro,
Qual los contrarios nuestros lo publican,
Y sus muertes y daños testifican.

Que el regalo dexemos que nos tiene
Sepultados aquí en ocio tan feo,
Y acudamos á aquello que conviene
Para aumentar vuestro inmortal trofeo.
En esto una ánsia y un deseo me viene
Que fuerza mas que fuerza de deseo,
Que si deseo ó fuerza humana fuera
Menos efecto en mi quietud hiciera.

De esta quietud forzado y conmovido
Mi ánimo que nunca se quieta,
Viendo que aquí nos hemos detenido
Como si fuese aquí la última meta.
Y con tanto descuido y largo olvido
De los que siguen la enemiga seta
Hemos dado lugar que nos inciten,
Y con espías y fieros soliciten.

Bien nos lo dió á entender el arrogante
Mero, quando nos dixo que esperaba
Axartaf su señor bello delante
Con el aviso que de aquí llevaba.
Y que siéndole dado, en el instante
Marcharia á buscarnos, porque estaba
Aprestado, y aquesto fué avisarnos (nos.
Que pues no vamos que él vendria á buscar-

Mirad bien si es razon compadecible
¿Qué decir ose semejante cosa?

Sin que conozca el ánimo invencible
Que rige vuestra diestra poderosa.
Sin que un castigo se le de terrible
Con muerte y con infamia vergonzosa,
Por fuerza entrando el levantando muro
Que le hace hablar con tal seguro.

Y así concluyo, y digo que yo quiero
Que tras su espia marche el campo nuestro,
Y primero que el venga, vea primero
Que á buscar viene el alto valor vuestro.
Resuelto en esto, vuestro acuerdo espero,
Y el mio es este qual lo digo y nuestro,
Responderme si alguna causa impide
Lo que razon, y honor, y el cielo pide.

En esta razon última dexando
Su razon el glorioso Rey de España,
Quedó entre los grandes de su bando
Un alboroto y una duda extraña.
El acuerdo los unos aprobando.
Otros diciendo que el seguirlo daña,

Razones todos dando concluyentes
Para el efecto mismo convenientes.

Iba creciendo el alboroto y duda
Cen la opinion que cada qual seguia,
El uno al otro con su voto ayuda,
El otro de aquel voto se desvia,
Los unos piden que de allí se acuda
A la parte que el Rey le parecia,
No acercarla, mas á darle guerra,
Talándole y corriéndole la tierra.

Otros decian que á Granada fuesen
Que era importante á todos tal jornada,
Y sus campos y vega destruyesen,
Sin dexar fuera de sus muros nada.
Y que de vuelta á Hispalis viniesen
Donde toda su furia executada
Los pueblos comarcanos le ganasen,
Y con robos y asaltos la cansasen.

Fuéron de aqueste parecer algunos
Diciendo, que si así la quebrantavan
Los Moros serian menos importunos
En darles la ciudad que les negaban.
En que fuese esto así impedian los unos,
Otros mas cuerdos por acuerdos daban
Que lo que habia de gastarse en esto
Fuese ocupando de Sevilla el puesto.

Porque teniendo esta ciudad sujeta,
Los demas pueblos siendo inferiores
Como le siguen en su falsa seta
Le seguirán en darse á otros Señores.

Esto pareció bien , y se decreta
Por acuerdo de todos los mayores
Que á cercar fuesen á Sevilla luego
Con armas , fuerzas , ira , saña y fuego.

Viendo el celeste protector christiano
Que todos con resuelto pensamiento
Acudian al hecho soberano
Que le aspiraba el sacro santo aliento,
A unos encargó , á otros dió mano
Para que con preciso mandamiento
A las cosas acudan y prevengan,
Y en orden todo lo importante tengan.

Sale la voz de lo acordado , en vuelo
Y por el campo todo se derrama,
El confuso alarido sube al cielo,
Celebrando con él la alegre fama.
Desea alejarse del Mentoso suelo
El soldado , á quien ya la trompa llama,
Y el ronco son de caxas solicita,
Y á dura guerra y fiero Marte incita.

Echase al punto en el real un bando
Que todos con ardiente diligencia
Las importantes cosas aprestando
De Jaen haga el fuerte campo ausencia.
Acuden todos al preciso mando
Con diligente priesa y obediencia,
Por su parte diciendo cada uno
Lo que importaba sin quedar ninguno.

En esto andaban todos ocupados
Sin dexar de acudir todos á aquello

Que les forzaba ó eran obligados
Con causas á mandar ó á obedecello.
Esto solo encendia sus cuidados
Consumiendo los dias en hacello,
Y las noches negándose el reposo,
Siempre en vela y oficio trabajoso.

La diligencia y el cuidado presto
Con la solicitud pudiéron tanto
Que dando fin á lo importante en esto
Tambien lo tuvo el áspero quebranto.
Fué todo en orden y en razon dispuesto
Por el orden que dió el caudillo Santo
Que luego que el frio invierno vido ausente
Mandó marchar á Hispalis la gente.

Señaló en la Tenencia y Alcaydia
A Don Ordoño Alvarez, poniendo
La fuerte guarnicion que convenia
Que á Jaen guarde del contrario horrendo.
Y á su hueste siguió que en larga via
Los llanos iba de Jaen cubriendo,
Amenazando con sangrienta guerra
La fiera gente y enemiga tierra.

Vos Christifero Rey que estais gozando
La Magestad eterna en paz seguro,
Las bellas formas vuestros pies pisando,
Que sin ellas el mundo seria oscuro,
Pues vos á todo lo que voy cantando
Os hallastes siguiendo á Marte duro,
Para que informe sin quedar en mengua
Mi espíritu regid, y soltad mi lengua.

Que bien sabeis que sin divino aliento
Tales proezas no será posible
Tratar de ellas terrestre pensaminnto
Pues aspiran su efecto á lo imposible.
Y habiendo de decir mi humilde acento
De vos y vuestro ejército invencible
Que el yugo echó á Sevilla poderosa,
Sin vuestro aliento es imposible cosa.

Marchando iba el ejército guerrero
Con el cuidado igual á la hazaña,
Trabajando de todos el postrero
De no serlo en ponerse en la campaña.
Nueve veces salió el claro lucero,
Y nueve se bañó en el mar de España,
Y al decimo el ejército formado
Sobre Carmona se halló alojado.

Carmona es un lugar inexpugnable
Por la parte que está mirando á Oriente,
De donde se demuestra su admirable
Fortaleza y su Alcazar eminente.
Fué de enemigos siempre incontrastable
Por su disposicion y fuerte gente,
Por la naturaleza y por el arte,
Despreciadora del rigor de Marte.

Viendo el propagador de la Fe Santa
El alto vuelo de la enhiesta cumbre
Que á tocar en las nubes se levanta,
Y del sol goza la primera lumbre,
Que su defensa por alli era tanta
Que la virtud ni bélica costumbre

Eran de efecto, y con seguro desto
Cerca el lugar buscando mejor puesto.

Está á la parte que se ve Sevilla
Inclinándose al Austro un alto llano
Que igual altura tiene con la villa,
De fértil suelo, y de influencias sano.
De donde se quisiese combatilla
Podia á su salvo el esquadron Christiano,
Y de donde á la vista no se niega
El monte, huertas, Axarafe y vega.

Este sitio del Rey considerado
Y visto bien por una y otra parte
Ser para su intencion acomodado,
En su cumbre fixó el santo estandarte.
Luego fué del ejército ocupado,
Y desde allí la gente envia y reparte
Qual á correr, qual á talar la tierra,
Por todas partes pregonando guerra.

Al pie de aquesta levantada cima
Del tiempo hecha está una zanja obscura,
Que puestos en lo alto causa grima
Ver su profunda y áspera hondura.
Por medio sin que el curso se reprima
Por la escabada y tosca piedra dura
Destilándose corre un abundante
Vena de agua clara y resonante.

Por una senda abaxan retorcida
De texidos árboles cubierta,
Que hacen la fragosa decendida
Al que por ella baxa ser incierta.

Ya Febo en su mayor fuerza encendida
Niegan la entrada á calentar la puerta
De una gruta que está en la viva piedra
Cubierta siempre de lentisco y yedra.

Esta era estancia de un varon Christiano.
Cautivo de Buzeyte un poderoso
Moro, que era Señor del alto llano
Que ocupaba el ejército glorioso.
Que siendo inutil ya, por ser anciano,
El Moro lo dexaba en su reposo
Libre, y no en libertad, mas libertado
Para vivir del mundo allí apartado.

Seguro de las miseras mudanzas
De la ligera vida, y de los daños
Que causan las terrenas confianzas
Al que ciego confía en sus engaños.
Libre de emulaciones y venganzas,
De envidias y odios, sus postreros años
Pasaba en esta soledad quieto
Del mundo libre y su engañoso aprieto.

Gozaba sin temor ni sobresalto
De todo lo que pide un pensamiento
Que solo aspira á nunca verse falto
De gloria y de inmortal contentamiento.
El miedo de caer del lugar alto
Donde le puso el favorable aliento
No le alteraba, ni traia afligido
Promesas, esperanzas, premio, olvido.

Olvidado de todo en su apartada
Gruta, en quietud á su placer vivia,

Sin saber ni querer del mundo nada
Una vida de Antonio ó Paulo hacia.
Y estando en ella como del usaba
Medido en su caverna obscura y fria,
Oyó el estruendo y vió el christiano trage
Que ocupando venia aquel parage.

Juntas las manos en el suelo puso
Las dos rodillas, levantando al cielo
Los ojos, de contento se traspuso,
Significando en esto su consuelo.
Y á la senda salió que el largo uso
Tenia hollada, y sin ningun recelo
Por donde vido ir á los christianos
Con voces los llamaba y con las manos.

Sin detenerse mas en aquel puesto
Al tardo cuerpo su deseo guiando
Por el fragoso monte y risco enhiesto
Subia el nudoso báculo agravando.
Y tal cuidado y priesa puso en esto,
Que la edad y maleza contrastando
Llegó á la cumbre, que halló ocupada
De tanto caballero y gente armada.

Apénas del cansancio recibido
El fatigado espíritu alentaba,
Quando de armas rodearse vido,
Preguntando ¿quién era, ó qué buscaba?
Quedó aunque contento suspendido,
La gente viendo que esparcida andaba,
Al hierro y fuego dando con fiereza
De Palas, Baco y Ceres la riqueza.

Sin perdonar al levantado pino
(Que tanto fué á Civeles agradable)
La aguda hacha, y golpear contino
De la guerrera gente incontrastable.
Tendido y sin honor en el camino
Se veia con denuesto miserable
El que tuvo tan próspera subida,
En que se ven las cosas desta vida.

Desta suerte la esquadra victoriosa
De la guerra siguiendo la ley fiera
Sin perdonar su ardiente saña cosa
Trataba quanto habia desta manera.
Traia á la cadena trabajosa
La gente que del muro estaba fuera,
Patentemente arder los montes via,
Y las tierras y árboles que habia.

Confuso de ver esto, sin aliento
Un grande espacio suspendido estubo,
Como si el Rey no viera del tormento
No con ménos espanto se detuvo.
El desórden, las voces, el lamento,
El humo, el fuego, en que la vista tuvo
El horrible espectáculo, mirando
Ser esto lo tuvieron contemplando.

Qual suele la tenaz melancolia
Representar aquel que señorea
Que en las tinieblas ve, y la noche fria
Lo que muestra la lámpara Phebea.
Así el christiano quando aquesto via,
El miedo y novedad le hacen que crea

Oyendo los clamores y cadenas
Que viendo estaba las tartareas penas.

Pavoroso de ver el caso extraño
Deseando que alguno le dixese
Por qué á los campos se hacia tal daño?
La causa de ello preguntó qual fuese.
Fuele dicho, y saliendo de su engaño
Pidió al que le informó que lo pusiese
En parte adonde con el Rey hablase,
Y que á su baxa suerte no mirase.

De la christiana gente acompañado
Con él tratando lo que habia en esto,
Ante el Rey fué qual lo pidió llevado,
Y él de rodillas ante sus pies puesto.
Del Rey fué por su mano levantado
Viendo al varon anciano en aquel puesto,
Que á la vejez se debe tanta honra,
Que el mas alto la estima en mas y honra.

La alteracion de verse en la presencia
Real, y su flaqueza tremulosa,
Las dos suertes con tanta diferencia
Su lengua ataban, y tenian medrosa.
Mas temblando, y pidiéndole licencia
Con voz sin elegancia artificiosa
Del hondo pecho arrancada á fuerza
Como pudo á decir así se esfuerza.

Recibe deste indigno siervo tuyo
La humilde voz, ó excelso Rey Fernando,
A quien el sumo Dios con poder suyo
Tiene por muro del christiano bando.

Y á mí, que confiado en tí no huyo
De venir tu presencia procurando,
Tu poderoso amparo favorezca
Con solo que besar tus pies merezca.

Bien conozco gran Rey que soy indigno
De un bien tan alto; mas por ser Christiano
Merezca que ese ánimo divino,
Qual es con todos sea conmigo humano.
Pues te ha traído aquí mi buen destino
Qual predixo un Morabito Africano
De ti diciendo que este pueblo fuerte
Vendria por fuerza presto á obedecerte.

Alterados de oir la gran victoria
Que de Jaen con triunfo tal hubiste,
Los despojos habidos y la gloria,
Con que rindiendo un pueblo tal saliste.
Un Moro antiguo truxo á la memoria
De Amir Profeta una espantable y triste
Profecía, en que todos conmovidos,
Acuden á Thebid despavoridos.

Este Thebid en la maldita seta
En que el Halifa Ali fué adorado
Por sucesor del pérfido Profeta
Para que su Alcoran fuese enseñado.
Entre esta gente bárbara indiscreta
Fué por un varon santo reputado,
Y así quando algun daño recelaban,
Por órden de Thebid lo reparaban.

Viendo pues este pueblo belicoso
Inexpugnable por su sitio fuerte,

De gente fiera y armas copioso,
que te acercabas, receló su muerte.
Y á su Profeta acude presuroso
A que consulte qual seria tu suerte,
O de la suya que ordenaba el cielo
Que los tenia así en mortal recelo.

Deste acuerdo Thebid forzado acude
A lo que demandó el pueblo ignorante,
Y la pereza y el temor sacude
Qual pedia ocasion tan importante.
Quiere que en este menester le ayude
El influxo del cielo, y luna errante,
Los ascondidos signos y planetas,
Las maravillas dellos mas secretas.
Rodeó en torno de funesta rama
Las sienes, y con negra vestidura,
Dió el mismo árbol á la ardiente llama,
Y con fuertes apremios la conjura.
Del hondo averno á los ministros llama,
Pegado el rostro con la tierra dura,
En mal formada y ronca voz hablaba
Que nada se entendia aunque se escuchaba.

Habiendo estado un largo tiempo en esto
Revuelto en ansias y mortal fatiga,
El conmovido pueblo en torno puesto
Aguardando que el caso exprese y diga,
Con demudado y congojoso gesto
Se levantó diciendo: la enemiga
Suerte nos amenaza, el daño es cierto,
Este pueblo será cautivo ó muerto.

Oida esta razon, un clamor alto
 Se oyó en confuso y resonante estruendo
 En el pueblo feroz de razon falto,
 Diciendo muera el que eso está diciendo.
 Y como si aprestados á un asalto
 Estuvieran, al Mago arremetiendo,
 Hecho pedazos fué del vulgo rudo,
 Que el furor loco refrenar no pudo.

Luego aprestáron armas, y pusieron
 Guardia en los muros y altas fortalezas,
 Y las puertas y entradas guarnecieron
 Conforme á su temor y á sus fierezas.
 Gente por los caminos esparcieron,
 Recogieron sus frutos y riquezas
 Resueltos de morir, y no rendirse
 Porque no pueda dellos tal decirse.

En este estado, ó gran Señor de España,
 Este indómito pueblo está aguardando
 Tu venida, en su fuerza, y fiera saña
 Y en la suerte que siempre confiando.
 Y es la rudeza tal que le acompaña,
 Tal su bárbaro esfuerzo, que ignorando
 Que tu suerte es divina, está dispuesto
 A contrastalla, y no entregarte el puesto.

Mas ya quel cielo que á tu brazo rige
 Para acabar de aquesta ciega gente
 La idolatría, que jamas corrige
 La verdadera ley que ve presente.
 Ya que á ensalzar la santa Fe dirige
 Tu persona y tu ejército valiente

A este lugar, suplico á tu grandeza
Una merced otorgue á mi baxeza.

Quisiera (á no temer serte enojoso
Con tan largo discurso) darte cuenta
De la ocasion, que á ti me trae cuidadoso,
Que en vida á mi cansada edad sustenta.
Mas, pues el cuento como tu es glorioso,
Y celestial espíritu me alienta,
De tí será benignamente aceto,
Por ser de Dios su principal sugeto.

Despues que en miserable cautiverio
Enagenado de mi patria amada
Que es la que ciñe el sacro rio Hesperio,
A donde va tu suerte encaminada.
Traído fuí aquí, no sin misterio,
Por la razon que te será contada,
La qual, aunque desnuda de eloquencia
Oida sea de tí con advertencia.

Siempre en este lugar donde he vivido
A la cadena bárbara ligado
De Buzeyte un piadoso Moro he sido
Cautivo, aunque querido y regalado.
Y habiéndole la fuerte edad servido
Y viéndome ya inhabil y cansado
Para servir, me dixo que me daba
No libertad, mas libre me dexaba.

Que no acudiese en nada á su servicio,
Y que como á mi tierra no me fuese,
En esta libre del cautivo oficio
Me dexaba, que el gusto mio hiciese.

Pedile viendo serle tan propicio
Que en esta honda cima permitiese
Hacer mi habitacion, donde queria
De la muerte aguardar el cierto dia.

Como se lo pedí fué del aceto,
Y por mí puesta en obra mi venida,
Adonde en soledad libre y quieto
He pasado treinta años de mi vida.
Siempre guardando el bárbaro precepto
Sin desviarme mas de mi ascondida
Estancia que á ese pueblo, por aquello.
Que es forzoso á la vida el usar dello.

En esto he sido del piadoso cielo
Por su inmensa piedad favorecido,
Que muchas veces sin hallar consuelo
En ese pueblo me volvía afligido.
Y aquí en este lugar quando el frio velo
Tiene el mundo en tinieblas ascondido
Una resplandeciente y viva lumbre
Via por toda esta espaciosa cumbre.

La vez primera inadvertido desto
Viendo la luz que así resplandecía,
Entendí que ocupaba este alto puesto
De pastores alguna gañanía.
Apresuréme por llegar mas presto
Y salir de la duda en que venia,
Y demandalles que me socorriesen,
Y algo en limosna de comer me diesen.

Llegué á este lugar, y en el momento
Faltó á mi vista el resplandor divino,

Quedé con diferente y nuevo aliento
Del que renia haciendo este camino.
Hallé aquí de celestial sustento
Una ración de carne , pan y vino,
La qual todas las veces que me falta
Subo y la hallo en esta cumbre alta.

Has de advertir (que es admirable cosa)
Que quando se me acaba la comida
Se muestra luego de la luz hermosa
Esta espaciosa cumbre enriquecida.
Luego mi edad cansada y trabajosa
Hallo de tal valor fortalecida,
Que no fué mas en sus floridos años,
Quando sufrir podia pesados daños.

Y visto (ó Rey excelso) este glorioso
Milagro, del gran Dios que tu alma aspira,
A suplicante vengo, que piadoso
Seas al fin que el cielo á mi me inspira.
Y quando de tu brazo poderoso
De ese pueblo rendida sea la ira,
Que á la Virgen que traes en tu estandarte
Una ermita se haga en esta parte.

En el suelo inclinó las dos rodillas
El anciano varon , mas el Rey santo,
Admirado de tales maravillas,
Suspendido quedó y lleno de espanto.
Y si otra vez volviera á referillas
Las oyera otra vez, que puede tanto
Aquello que es al ánimo agradable,
Que no cansa aunque en ello mas se hable.

Así el discurso habia del Christiano
Con agradable gusto suspendido
Al Rey, que con semblante y rostro humano
Siempre fué del y con deleyte oido.
Y yendo á responder le fué á la mano
Un recaudo, que al campo habia venido
De Granada el Rey Moro su vasallo
Con gente de á pie y mucha de á caballo.

Paró todo, y el Rey mandó que fuese
De Don Alonso Tellez alojado,
Y como á su persona se le diese
Todo lo que pedia su pobre estado.
Y vuelto á él le dixo, que estuviese
Con él, y que dél siendo acompañado
La ermita se haria á la divina
Y sacrosanta Virgen Palestina.

Fuele á besar los pies el tremuloso
Viejo, con él llorando de contento.
El Rey no lo dexó, y con amoroso
Semblante á entender dió su pensamiento.
Mandó luego que el campo belicoso
Se recoja á su fuerte alojamiento;
Pues quanto fuera del lugar habia
Talado estaba y le faltaba el dia.

LIBRO OCTAVO.

Luego que el ronco son resonó dando
Señal de recoger, fué recogida
La gente, la cruel llama sosegando
En campos, vega y huertas esparcida.
Llegó el Rey de Granada al Rey Fernando
Con la gente en sus pactos prometida,
Recibiólo el magnánimo guerrero
Con semblante agradable aunque severo.

Retiróse á su tienda, y mandó luego
Al Maestre de Eucles que aderezase
Como á la hora del primer sosiego
Quando del mundo el sueño se entregase.
La gente en orden marche á poner fuego
En Alcalá, y sus campos le talase
Si no viniese luego á su obediencia,
Poniéndose en rebelde resistencia.

A hacer lo que el Rey dexó ordenado
El gran Maestre presuroso parte,
Y acudiendo á las cosas de cuidado
A los mas suficientes las reparte.
Dispuesto en orden todo y aprestado
Para en oyendo la señal de Marte
Ponerse en el camino, que igualmente
Demandaba el ejército valiente.

Treinta caballos envió ligeros
 Que luego fuesen y el lugar cercasen
 Por todas partes, siendo los primeros
 Con quien sus Adalides encontrasen.
 Ordena, manda, apresta los guerreros
 Para que en nada al menester faltasen,
 De una á otra parte discurriendo
 Carros, bagages, armas disponiendo.

A este punto faltó la luz al suelo,
 Teniéndose por él la sombra oscura
 Con pálido color y turbio velo,
 Mostrándose los Astros en su altura.
 Axartaf cumplir viendo su recelo,
 Y en las manos la horrible guerra dura
 Entra en consejo, pide el que convenga
 Al daño, y si hay remedio se prevenga.

Quantos en la presencia se halláron
 Del Rey, que su desdicha temió tanto,
 Del sobresalto y del pavor quedáron
 Suspensos, de horror llenos y quebranto.
 Y aunque á hablar algunos se esforzáron
 En ellos hizo el repentino espanto
 Tan grande efecto, que la voz formaban
 Y sin decir su intento se quedaban.

Un largo espacio estuvo en esta duda
 El bárbaro Señor, y su consejo
 Sin haber uno que al negocio acuda
 Dando su acuerdo por valiente ó viejo.
 Mas Hacén desató la lengua muda
 Y dixo, ó Rey honor y claro espejo

De los que al gran Profeta veneramos,
Y su Alcoran por santa ley guardamos.

Si en la ocasion que tan precisa llama
Tu invencible poder así lo impide
Un sobresalto, estando ya la llama
Entre nosotros que el remedio pide.
No me parece que á tu nombre y fama,
Ni á tu valor si por razon se mide,
Ni á la vida de todos nos conviene
La duda que así en duda tal nos tiene.

Desechemos el miedo, si se debe
Tal nombre al sobresalto repentino
Que nos turba así á todos y conmueve,
Y pone en pavoroso desatino.

Y pues quiere Fernando que se pruebe
La suerte, y lo tenemos tan vecino,
Los acuerdos dexemos, y acudamos
A la defensa, y della nos valgamos.

Todo lo que demanda el peligroso
Y triste estado que presente vemos,
Para que se resista al poderoso
Enemigo aprestado lo tenemos.
Acudir con esfuerzo valeroso
Nos resta solo, y que el hablar dexemos,
Que aquí las armas son las importantes,
No galas, ni razones elegantes.

Hacén con su discurso prosiguiera
Si Muley Bohacén no lo atajara
Al Rey diciendo en alta voz de fuera
Armas nos pide la fortuna avara.

El enemigo viene que se espera,
Sobre Alcalá está ya, según declara
Este Moro, que aviso viene á darte,
Para que ya comiences aprestarte.

Ante el Rey puso al Moro que venia
Con toda priesa de Alcalá avisallo,
Que en torno del lugar se parecia
Una esquadra de gente de á caballo.
Que sin duda ninguna se entendia
Ser el contrario que venia á buscallo,
Aunque la obscuridad no les dexaba
Certificarse, ni lugar les daba.

Sin aguardar que el Moro prosiguiese
En su razon, el Rey dexó su asiento,
Diciendo, que al remedio se acudiese,
Y al arma fuesen puestos al momento.
Que á la tierra noticia se le diese,
Y con esto en furioso encendimiento
Salió diciendo: amigos, guerra, guerra,
Guerra defienda nuestro honor y tierra.

Todos tras él la guerra publicando
A sus oficios prestos acudieron,
Unos las municiones aprestando,
Otros las puertas á cerrar salieron.
De gente y armas otros ocupando
El torreado muro, y de allí diéron
Aviso á los que en torno dél andaban
Que dentro el daño aguarden que esperaban.

Luego que todos fueron ocupados
En prevenirse contra el duro estrecho,

Botalhá, aquejado de cuidados,
En ira ardiendo y en amor su pecho.
Puesto á caballo dexa los cerrados
Muros, y á Guadaya va derecho.
Donde Alguadaya estaba su querida,
Que en el riesgo el que ama no se olvida.

Aunque el lugar inexpugnable y fuerte
En seguro podia defendella,
Y aquesto al padre aseguró de suerte
Que por seguro allí queria tenella.
El amante, que al riesgo en que está advierte
No se asegura, y parte á socorrella
Que él solo se juzgaba poderoso
De libralla del trance peligroso.

Sigue el camino en su cuidado ardiendo
De amor regido y su deseo guiado,
Culpándose que se iba deteniendo
Con ir qual viento ó rayo desatado.
En su alma mil cosas revolviendo
Que le representaba su cuidado
Ansioso entre ellas, allegó á la puerta
De Alcalá, que le fué en llegando abierta.

Halló la gente en arma toda puesta
Llena de alteracion y sobresalto,
Prevenida por orden, y dispuesta
A la defensa de qualquier asalto.
Pasó diciendo, la ocasion es esta
Que de vos se conozca el valor alto,
Y sin dar mas á su furor espacio
Dexó el caballo, y se subió á palacio.

La bella Infanta, que afligida estaba
 De pavor llena, y de congoja ardiente,
 Viendo el daño que ya se le acercaba,
 Y de su padre el gran poder ausente:
 De Mulease su Alcayde se informaba
 De lo que el miedo le ponía presente,
 Quando el valiente Botallá postrado
 Ante ella así habló determinado.

Tal ignorancia ha habido en los que guardan
 O excelsa Infanta tu real presencia,
 Que el riesgo viendo en que estas aguardan
 Quando no sea efecto su potencia
 Que diré, no que temen ni acobardan,
 Que ya de su valor tengo experiencia,
 Sino que el cielo así ordenó que fuese,
 Porque á librarte solo yo viniese.

Esta sola ocasion me trae y me fuerza,
 Para que contra lo que puede el mundo
 Me oponga, sin que deste intento fuerza
 Quando abrir vea contra mi el profundo.
 La fe me anima, y la razon me esfuerza
 En fe, en razon y amor mi intencion fundo,
 Pues si fe, si razon, si amor me ayudan
 ? Qué temo quando infierno y mundo acudan?

Permite pues, Señora, que nos vamos
 Donde el cielo promete tu seguro,
 Aunque lo tienes donde agora estamos
 Con fuerte gente, y con cerrado muro.
 Mas segun es el riesgo que esperamos
 Gran mal se espera, porque el hado duro

Con mil desastres amenaza y muertes
Segun nos dicen las fatales suertes.

Luego, que de espiar al Rey Christiano
Buleyla vino, y truxo á Guanzar muerto,
Llamó tu padre al Alfaquí Sultano
A quien del cielo nada fué encubierto.
Y lleno de pavor y miedo insano
Por él le fué el suceso descubierto,
Y como el Santo Rey hizo mostralle
Su ejército á Buleyla y libre echalle.

Contóle quantas cosas hubo en esto
Que su recelo y su temor causaban,
Que le hacian claro y manifesto
El daño que los suyos esperaban.
El Mago con turbado y mustio gesto,
Presente el Rey y los que ante él estaban,
Con sangre de un Christiano á quien dió muerte
Allí, y lavado en ella, echó la suerte.

Y habiendo por tres veces levantado (to.
(Mirando á Oriente) el rostro y brazo á un pun-
Lanzó volviendo á un lado y á otro lado
Las conjuradas habas al Rey junto.
Y dixo, no permita Alá sagrado
Que el daño nos suceda que barrunto,
Ni el que la suerte rigurosa muestra
Contra todos, con tanta infamia nuestra.

Solo resta gran Rey, que á la defensa
Pongas tu gente, que será posible
Que el daño que el Christiano hacer piensa
Redunde en él, con destruicion terrible.

Sobre esta suerte ó Reyna se dispensa
Que las armas refrenen el horrible
Intento del contrario que perturba
Nuestro sosiego y nuestra paz nos turba.

Así al furor la causa remitida
Solo se acude á prevenir que sea
Velada la ciudad y defendida,
Qual pide la ocasion que nos guerrea.
Y de mi siendo con razon temida
Tu ausencia y que venidos á pelea
No estás segura en Alcalá, te ruego
Que aguardes donde estés segura el fuego.

Este solo designio me acompaña
Princesa esclarecida, y el me instiga
Que te acompañe, ó lleve á do la saña
No te ofenda del Rey que nos fatiga.
Vamos ántes que ocupe la campaña,
Y el fin horrible que le trae consiga
Que yo te pondré en salvo si acudiere
El mundo todo, y contra tí viniere.

Que no será razon que tu persona
Con tan poca defensa su ira aguarde
Aquí, ni que ennoblezcas su corona
De tí haciendo en cautiverio alarde.
Exemplo sea el estrago que en Carmona
Ha hecho, y esto solo te acobarde
para no aguardar mas en este puesto
Tu riesgo viendo y daño manifiesto.

La sombra como ves ocupa el mundo,
En silencio está todo reposado,

El monte, el valle, el rio, el mar profundo
No se mueve, ni el viento sopla airado.
Todo ayuda al deseo en que me fundo
Que es en fe pura y puro amor fundado,
Esto me trae, Señora, á suplicarte
Que de esta fe y amor dexes guardarte.

Levantó el rostro la Princesa bella
Que el temor y la duda la tenian
En grave suspension, y libre della
Responde á los que en esto le acudian.
Tuviera (ó Moros) con razon querella
De mi padre, y de aquellos que desvian
Sus personas del riesgo mio y ofensa,
Si no tuviera á vos en mi defensa.

Con esto el yerro y el cuidado suyo
Se tendrá en ménos, aunque no en olvido,
Pues con el valor vuestro restituyo
Mi persona al seguro y patrio nido.
Y en esto sea el noble intento tuyo
¡O excelente Botalha! cumplido,
Vamos de aquí, que yo confio en tu esfuerzo,
Con que el temor que me acobarda esfuerzo.

En pie se puso la hermosa Infanta
Heredera de Hispalis divina,
Y al camino dispuesto se adelanta,
Y al fuerte Moro obliga y encamina.
Un clamor sordo entre ellos se levanta
Diciendo que á su daño se avecina,
Y que ciega á ponerse iba en las manos
De sus fieros contrarios los Christianos.

Otros, que de este temerario intento
 Por sus respetos, ó intencion gustaban,
 Daban para ponerlo en obra aliento,
 Y caballos y armas aprestaban.
 Unos la detenian con juramento
 Que todos los que tal le aconsejaban
 Su injusto y cierto daño pretendian,
 Y otros á esto en contra respondian.

No daba oído ni respuesta á nada
 La bella hija de Alxartaf, mandando
 Que principio se diese á la jornada,
 Miedos, acuerdos y porfias dexando.
 Fué obedecida, y fuéle al punto dada
 Una Africana yegua, confiando
 Que en qualquiera suceso ó aventura,
 Con largalle la rienda iba segura.

Ocho Moros los mas acreditados
 Por su valor, que en el lugar habia
 Por el Alcayde de Mulease aprestados
 Fuéron para la guardia y compañía.
 Y estando ya de todo aderezados,
 La puerta abriendo, Botalhá los guia,
 A los Moros diciendo que siguiesen
 Tras el y en torno de la Infanta fuesen.

Guardando el órden que les dió el valiente
 Príncipe, caminaban los Paganos,
 Conformes de morir allí igualmente
 Y no largar la presa de las manos.
 Y tal se halla el que menor se siente
 Que desafia á todos los Christianos,

Y aun le parecerian que eran pocos
Segun los humos de arrogancia locos.

Acompañados del valor constante
Que en sus heroicos pechos hacia asiento,
Los fuertes Moros proseguian delante
Su camiso á dar fin á su alto intento.

Mas de la rueda Prenestina errante
Se apresuó el ligero movimiento,
Turbanlo esta quietud con dura guerra,
Que esta deidad así el placer destierra.

Iban su via cuidadosa en vela
Los Andaluces Moros prosiguiendo,
Del riesgo libres que en su alcance vuela,
Sus altos pensamientos impidiendo.

Que una oculta y Christiana centinela
Que en asechanza estaba, su ida viendo,
Dió aviso á los Christianos caballeros
Que al punto tras los Moros parten fieros.

La priesa y el corage que ardia en ellos
Les puso espuelas y acortó el camino,
Y truxo á donde el ver y acometellos
Fué qual rayó tras trueno repentino.
Comienzan á herillos y á ofendellos,
Antes que el daño que tenian vecino
Pudiesen entender los Agarenos,
Que de pavor y saña aguardan llenos.

Viéndose de repente así asaltados,
Sin que el tiempo lugar les concediese
De prevenirse, ó ser aconsejados
Como á la Infanta en salvo se pudiese.

Pónense á defendella, rodeados
Della qual iban, sin mostrar que hubiese
Tal recelo en sus pechos animosos,
Ni que tal los tuviese temerosos.

Hechos un cerco estaban, de la suerte
Que de leones siendo acometida
De jabalies la esquadra á darles muerte
Que á la defensa acuden de su vida.
Que todos juntos á aguardar la suerte
Se ponen, sin que sea dividida
Su fuerza, unos con otros tan unidos,
Que ofenden, y ser pueden defendidos,

Los bárbaros, al punto que llegaron
Los Christianos y fuertes Caballeros,
Un esquadron en círculo formáron,
Y á la defensa se pusieron fieros.
Las lanzas y caballos ajustáron
Por tal arte los bárbaros guerreros,
Que al contrario la entrada le negaban,
Y con valor constante amenazaban.

Desde fuera comienzan á herirse
Los unos y otros con mortal crueza,
Los Moros con valor á resistirse,
Los Christianos á dalles con fiereza.
Estos se esfuerzan para no rendirse,
Aquellos porque pierdan la braveza,
Con fieros golpes hieren por rompellos,
Sin que de su esquadron puedan movellos.

Como quando el mar es atormentado
Del animoso Euro que se ensaña,

Que levanta sus ondas mal airado
Hiriendo en los peñascos con gran saña.
Con una onda y otra apresurado
Refurte el agua dellos con extraña
Furia porque no puede quebrantallos,
Ni porque mas los hiera sojuzgallos.

Aunque el Christiano número excedia
Al de los Moros sin poder rendillos
Ni de su unida y fuerte valentia
Por arte ni por fuerza dividillos.
A los Christianos golpes y porfia
Por movellos del puesto y por herillos
Estaban los Paganos invencibles,
Como si fueran rocas inmovibles.

El fuerte Pedro Perez de Quintana
Que venia por cabo de esta gente,
El valor viendo y rebeldia pagana
Enristró con Mulet, Moro valiente.
Salió la suerte en el efecto vana,
Que á sus pechos halló otra lanza en frente
Que le detuvo y hizo que volviese,
Y suspenso mirándolo estuviese,

Como el pastor que llega al espumoso
Rio que de aguas trae gran crecimiento,
Que viene turbio hinchado y arenoso,
Arrebatado de ímpetu violento.
Los árboles arranca y desdeñoso
Segun viene feroz fuera de tiento,
Que se repara y mira con cuidado
El paso viendo por allí vedado.

Así Quintana, viendo que impedían
 De las lanzas la una y la otra punta
 Su entrada, y que volverle atrás hacían,
 Paró á mirar el daño que barrunta.
 Y contra Hacein, en quien herían,
 Guillen Piera, y Don Benito, apunta
 La gruesa lanza, y sin ningun recelo
 Lo arrancó de la silla y truxo al suelo.

Cayendo y levantándose fué á un punto
 El Africano Moro, apercibiendo
 El corbo alfange, en pié quedando junto
 Donde cayó su puesto defendiendo.
 Prosiguiendo el Christiano el noble asunto
 Vuelve sobre él en ira y saña ardiendo,
 Y adarga y malla le pasó y el pecho,
 Y á sus pies vino á dar con él derecho.

Por donde Hacein cayó, arremete
 Para querer romper Guillen Piera,
 Y entre las lanzas del contrario mete
 El caballo, y la espada saca fuera.
 Seleiman, (se le opone y acomete)
 Moro esforzado, Alcayde en la frontera,
 Que de Xerez á demandar venia
 Gente, y en Alcalá se entretenia.

Viendo junto á sí muerto el compañero,
 Y que rompiendo los venia el Christiano,
 A detener su orgullo salió fiero,
 El fiero alfange en la derecha mano.
 Sobre él vino el Christiano caballero,
 Y sobre él descargo el feroz Pagano

Un golpe, que del hombro al pecho abierto
Sobre el muerto Hacen dió con él muerto.

De pies encima del Christiano puesto,
A los demas les defendia la entrada
Hiriendo á unos, y acudiendo presto
A los otros, teniéndola cerrada.
Todos acuden con furor á esto,
Y el Moro á todos estimando en nada,
Comenzó á renovarse una espantosa
Batalla, y de ámbas partes peligrosa.

La pavorosa Infanta quando vido
La lid horrible por aquella parte,
Y que si el esquadron era rompido
No se podia librar de ningun arte,
Sin aguardar temiendo y sin sentido
La rienda alarga, y huyendo parte,
Queriendo que la presta diligencia
Supliese allí la falta de potencia.

Ofrece al disponer de la fortuna
Ciega y mudable su dudosa suerte,
Quiere tentar si en esperanza alguna
Su desventura en su favor acierte.
Y asida del temor que le importuna
Que con estrecho cautiverio ó muerte,
Le amenaza, corriendo va y huyendo,
A su desdicha y á su honor temiendo.

Salió tras ella Don Benito, y luego
Gonzalo Perez y Nuño Ruiz Mansilla,
Ruimuñoz de Medina y Blas Gallego,
Y con priesa comienzan á seguilla.

Ella sin darse un punto de sosiego
Huyendo va la vuelta de Sevilla,
A Botalhá siguiendo y deseando,
Y aunque turbada en ronca voz llamando.

En su alcance iban todos presurosos,
Y ella qual cierva en su veloz carrera
Huyendo los ginetes rigurosos
En su huida su remedio espera.
Dan rienda á los caballos belicosos
Arrimando al hjar la espuela fiera,
Y tras el solo vulto que divisan
Las mesmas huellas de la yegua pisan.

Botalhá, que iba poco desviado
Asegurando el paso, oyó el estruendo
Y revolvió de ira arrebatado,
Lanza, adarga y caballo apercibiendo.
Y aunque de oscura sombra rodeado,
La belleza que su alma iba encendiendo
Le alumbró, y conoció á la Infanta bella,
Y vió los que venian á ofendella.

Arrebatado de furiosa ira
Sin detenerse, á todos sale fiero,
A todos hace rostro, á todos mira,
Y á todos en herir es el primero.
Por está parte al que le viene tira,
Por esotra detiene al delantero,
A qual derriba, á qual hace apartarse,
Y á todos igualmente retirarse.

A sus espaldas la gallarda Mora
Temiendo el duro trance está arrimada,

Sin osar desviarse gime y llora,
Aunque del Moro vive confiada.
Que el valor y la fe con que le adora
Contrastarian la fortuna airada,
Que el amor sabe en ocasiones tales
Ecceder de los límites mortales.

Bien mostraba el valeroso Moro
En la ocasión que el alma le encendia,
Presente (á su entender) todo el tesoro
Que el un orbe, y el otro poseia.
Y así en defensa del guardó el decoro.
Con tan sobrado esfuerzo y valentia,
Que ser furia y no hombre á entender daba,
Porque en hombre una furia horrible andaba.

Todos herian en él, é igualmente
Heria en todos con igual pujanza,
Sin haber quien le aguarde frente á frente
El duro encuentro de su fuerte lanza.
Don Benito enristró al Moro valiente,
Que con denuedo y fiera confianza
Lo aguardó, y apretando el suyo fiero
Del caballo echó muerto al Caballero.

La lanza quebró, y luego furioso
Puso á la aguda cimitarra mano,
Y á un cabo y á otro el bárbaro animoso
A esgrimir comenzó fiero y lozano,
Sin que ninguno fuese poderoso
A estorballe, y así alegre y ufano
Con la Infanta prosigue su camino,
Adonde le guiaba el buen destino.

Muley Bohacén, que en amoroso fuego arde
 Por la Infanta su prima arder se via,
 Sin recibir momento de sosiego,
 Ni darlo al alma que por ella ardía.
 Como oyó que el Christiano venia, luego
 Cien caballos juntó, y tomó la via
 De Alcalá, á servilla y socorrella,
 Y en Sevilla por triunfo entra con ella.

Yendo con este solo pensamiento
 El encendido Moro, y confiado
 Que su pasión acabaría y tormento,
 A la Infanta sirviendo en tal estado
 Sin pensar se halló en su acatamiento,
 Y cómo así la viése, y á su lado
 A Botalhá, por quien vivia celoso,
 Ardiendo en ira dice furioso:

¿Esto se sufre siendo el Rey mi tío
 Vivo? ¿y yo vivo, ver tan grande ultrage?
 ¿Tan ciego error, tan baxo desvario,
 Tal menosprecio á mí, y á tu linage?
 O ciega Infanta, ¿por quien no soy mío,
 ¿Es justo que por tí ese Moro ultrage
 A tí, á tu padre, á tu linage y tierra?
 ¿Y á mí, á mi honor, mi fé, y amor de guerra?

¿Parécete que es justo y permitido
 Venir sola, ascondida y de esa suerte,
 De donde el Rey tu padre era servido
 Por gusto suyo ó por tu bien tenerte?
 ¿Alevosia granderhas cometido,
 Aunque no hubiera mas que osar ponerte

En riesgo de ser presa del Christiano,
Quanto mas venir tú y ese pagano.
Y así has de ir presa al Rey, tú y ese Mo-
Para que conste al Rey la maldad vuestra,
Para que acabe ya el desden que lloro,
Y fin se ponga á la contienda nuestra.
Del rostro desvió las hebras de oro
La Mora, y la belleza inmortal muestra
Que la luz dió, que la tintebla asconde,
Y á su primo Muley así responde.
Quando el Reyno y mi padre no entendiera
Tu falsa fe, y tu enemigo intento,
Y todo mi linage no supiera
Junto con tu maldad tu pensamiento.
Con esta mano (aunque muger) te diera
El castigo qual es tu atrevimiento,
De suerte que igualara al desacato
La pena, y mi razon á tu maltrato.
Mas porque tu maldad bien conocida
De todos, no execute lo que intenta,
Que es culpar ante el Rey mi justa vida,
Lo que es fuerza y honor llamando afrenta.
Digo, que no es qual dice mi venida
Sola con Botalhá, como sustenta,
Sino con ocho, que en agüesos llanos
Quedan en fiera lid con mil Christianos.
Destos acompañada fielmente
Dexamos de Alcalá el cerrado muro
Delante yendo Botalhá valiente
Quel paso libre nos hacia y seguro.

Que como de mi padre el honor siente
Vino á sacarme del peligro duro,
Con la presteza que pedia el negocio,
Quando todos dormian en torpe ocio.

La Infanta prosiguiera, mas furioso
Muley le ataja, en alta voz diciendo:
Yo veré si ese Moro cuidadoso
Es digno, vivo yo, de irte sirviendo.
O si será mi brazo poderoso
De cumplir lo que estoy aprometiendo
Que es llevarte, y llevarlo ante el Rey preso,
Pues mi querer es mandamiento expreso.

¿Tú (dice el Moro, en saña ardiendo fiero)
Ni el mundo todo prenderá á la Infanta?
¿Ni á mí? ¿ni semejante desafuero
Osas decir con imprudencia tanta?
La prueba de eso que prometes quiero
Que se vea claro, y tu hablar que espanta,
Obras lo aprueben, no desgarras vanos,
Habiendo armas y teniendo manos.

Azandi, un Moro que halló á su lado,
Esto diciendo, le arrancó la lanza,
Y á él á tierra del caballo ha echado
Porque tuvo en largársela tardanza.
Y contra Muley parte denodado
El Africano Botallá, en venganza
De lo que dixo, mas la Infanta en medio
Se puso, y todos usan de este medio.

Muley, de todos viéndose impedido
Para llegar al que le está llamando,

Brama qual suele el fuerte toro asido
Por verse libre fiero forcejando.

Así el Moro, mandado y reprimido
De la Infanta y de todos, levantando
La vez le dice: yo veré si puesto
En campaña conmigo haces esto.

Esa palabra tomo, y doy la mia
(Respondió Botalhá) que quando quieras
Me pondré en campo, á donde tu osadia
El premio lleve, y el que della esperas.
Siguen la Infanta y Botalhá su via,
Cansados de escuchar palabras fieras
De Muley; porque siempre es enojoso
En quanto hace y dice el que es odioso.

Tras la Infanta siguiéron el camino
Todos á la Ciudad que el Betis baña,
Solo Muley va en su ánsia y desatino,
Ardiendo en zelos y rabiosa saña.
Mostró su faz la forma, que contino
A la noturna sombra y dia acompaña,
Aviso dando que el alegre dia
Dando su luz siguiéndole venia.

A este punto los bélicos Christianos,
Que la campaña de Alcalá velaban,
Muertos dexando á todos los Paganos
Que á la bella Alguadayra acompañaban.
Aunque victoriosos poco ufanos,
Sobre sus hombros con dolor cargaban
A Don Benito y á Guillen Piera,
Que perdiéron la vida en la lid. fiera.

Con lágrimas ardientes y gemidos
Llegan al puesto, y la enemiga tierra
Rompen, y á los varones escogidos
En ella el bando piadoso encierra.
A este punto los rayos esparidos
De Apolo, el llano descubrian y sierra,
Y del conquistador de España el bando
De Alcalá llano y sierras ocupando.

Quando los Moros tremolando al viento
Las Christianas banderas divisáron
Desde el cerrado muro y alto asiento,
Frios de espanto y de pavor quedáron.
Temiéron el estrecho encerramiento,
Y mas viendo que en torno se alojáron
Del lugar las esquadras vitoriosas,
Que á las suyas hacian temerosas.

Un confuso clamor, una algazara
Resonó por los ayres espaciosos,
Quel frio temor que los rendia declara,
Y los ánimos torpes y medrosos.
La gente invicta de sitiar no para
El lugar y los puestos belicosos
Por quarteles la guardia repartiendo,
En todo muerte á todos prometiendo.

Pónense en arma en concertados puestos,
De armas el pueblo en torno rodeado,
Tiendas armadas, pabellones püestos,
El campo á punto en esquadron formado,
Los caballos ligeros salen prestos
Corren los campos, tráenles el ganado

A los Moros, y muchos en cadena
Que á los cercados encendía la pena.

Miedo y dolor creció igualmente en ellos,
Y así el temor los inquieta y turba,
De modo que acudia á defendellos
Lo que los acobarda y los perturba.
Oyen las voces, ven asir los cuellos
De los que lleva la christiana turba
Al cautiverio, gimen y suspiran,
Y entre el miedo y dolor ciegos se airan.

En medio de esta confusion andaban
Dos Moros en consejos diferentes,
Que eran los quel lugar administraban
Por edad, calidad y por valientes.
Laatar contradecía á los que trataban
De entregarse, llamando impertinentes
A los que á Mohaydin seguian en esto,
Diciendo así en medio dellos puesto.

Tengo (como es verdad fuertes varones):
Bastante causa de entender que estamos
Faltos de honor, y llenos de opiniones
Contrarias del renombre á que aspiramos.
Pues el valor y osados corazones
Que de nuestros pasados heredamos,
Con mengua tal quereis que acabe ahora,
Rindiendo vuestra espada vencedora.

Quando quiero de vos que uno me diga
Hubo en vosotros cobardía tan grande,
Que de Marte esquivando la fatiga,
Vengais forzados á quel miedo os mande?

Y á la gente ofrezcais nuestra enemiga
El lugar, y haya Moro que demande
Contra el sacro Profeta y Rey humano
Que den la puerta libre al Rey Christiano.

No veis ¡ó Moros cuya excelsa gloria
Entre Christianos ha ganado tanta,
Que de vosotros la menor vitoria
A las mayores dellas se adelanta,
Que obscureceis vuestra dorada historia,
Que los hechos borrais que el mundo canta
De vos, que traspassais las justas leyes,
Que alevos sois á vuestra patria y Reyes!

Solo que me digais quiero, y con esto
Dar fin á mi hablar demasiado, (to
Qué es lo que causa el miedo en que veo pues.
Este püeblo rendido y desmayado.

Si gente, armas y seguro püesto
Tenemos ¿qué nos puede dar cuidado?
¿Qué nos puede hacer que acobardemos?
¿Qué, que Axartaf nuestro Señor neguemos?

Respondame el que en esto ha dado muestra
Que al seguro y bien público conviene
Dar el lugar, rendir la fuerza nuestra
A quien mortal enemistad nos tiene.
Y si su flaca y temerosa diestra
Y el vil temor lo turba y lo detiene,
Vayase, y dexe á los varones fuertes
Por su Rey y lealtad sufrir mil muertes.

Oyendo esta razon lleno de ira
Mohaydin puso al corvo alfange mano,

Y fiero un golpe y otro á Laatar tira
En alta voz diciendo el cruel pagano.
Tu adulacion, tu embuste y tu mentira
Que con el Rey te han dado tanta mano
No te librarán desta, que hoy el premio
Tendrás de los que están por tí en apremio.

Sin refrenar al bárbaro alevoso
Respeto, ni razon, ni inconvenientes,
Que se podian seguir, ciego y furioso
Lo mató entre amigos y parientes.
Aprobó el hecho el vulgo sedicioso
Enemigo de justos y prudentes,
A Mohaydin su defensor llamando,
Y á tomar le fué el muro acompañando.

Del hecho atroz llevó la horrible nueva
La presta fama á Mulease valiente,
Alcavde por su Rey de heroyca prueba,
En virtud y lealtad resplandeciente.
Y viendo el alboroto al muro lleva
De los leales la escogida gente
A impedirles el paso, que ya estaba
Por Mohaydin tomado, y lo guardaba.

Remitió al valor que via consigo
De los constantes á ganar por fuerza
Quitando del tirano su enemigo
El alto muro de Alcalá y la fuerza.
Apellidaba al noble bando amigo
Que en la lealtad el que lo es se esfuerza,
Suben, y el Capitan va el delantero
Contra el tirano que lo aguarda fiero.

Entre los años y otros se revuelve
 Una sangrienta lid, donde la horrible
 Esquadra de Acherón, fiera se envuelve
 Con daño de ámbas partes increíble.
 Este las armas á su amigo vuelve,
 Aquel derriba con furor terrible

A su hermano, y tal hay que al padre mata,
 Que en civil furia nada se recata,

Manzora, que dió nombre al río, parte
 Contra el bando tiránico, dió muerte
 A su hermano Humad, y á él lo parte
 De arriba abaxo el Capitan Buxerte.
 Viene Aliatan, que entrellos era Marte,
 Derriba á Boyda, y á Said el fuerte,
 Hizo dos partes de Zidan Gudifa,

Quitó la vida á Seydin Halifa.

Por otra parte Mulease acomete
 Fiero haciendo crudo estrago en ellos,
 Rompe picas, alfanges, arremete
 A los perjuros, á querer rompello.
 Gana el muro en que está Mami Hamete,
 Que á los suyos acude á socorrellos,
 Y á Mulease que entre ellos animoso
 Hierre, derriba, y mata furioso.

Lleno de horrible saña se presenta
 Diciendo, ¿no ves tú que va perdido
 El que tan fuera de juicio intenta
 Reducir todo un pueblo conmovido?
 ¿No ves que vemos nuestro mal y afrenta
 Si no nos entregamos á partido,

No basta que esté Mohaydin lo ordene,
Para entender que á todos nos conviene?

¿Entiendes tú que esa lealtad nos falta
A los que estamos de entregar resueltos
El fuerte muro y alcazaba alta,
Y ser así del cautiverio absueltos?

¿O entiendes tú, que ménos nos exalta
Entregar el lugar que andar revueltos
En sangrienta batalla con Fernando,
Que nos la está qual ves representando?

Vive, y vivamos, y viva aquesta gente
Que su remedio en nuestras manos pone,
Y sino, tu lealtad impertinente,
No hará que mi brazo te perdone.

Traydor (responde el Capitan valiente)

¿Ese título quieres que me abone,
Que por la vida de ese pueblo infame
Quiebre á mi Rey la fe, y traydor me llame?

Sobre el angosto muro estaban puestos
Ambos con los alfanges en las manos,
Llenos de ardiente cólera dispuestos
De que no salgan sus designios vanos,
De los rebeldes quatro Moros prestos
Saltan, y el Capitan á los paganos,
Mami, que divertido lo vió, al punto
A los brazos con él se trabó junto.

Era Mami Hamete hombre animoso,
De mucha fuerza y de mayor destreza,
Mulease, no era ménos poderoso
En esfuerzo y constante fortaleza.

Comienza el uno y otro codicioso
De vengar su corage y su fiereza;
Ciñense en torno los nerviosos brazos,
Que pudieran un monte hacer pedazos.

La fuerza era de Mami bastante
Para hacer ventaja á qualquier fuerza,
Si no tuviera á Mulease delante;
Que á tener cuenta y á parar le fuerza.
Restriba el uno, el otro con pujante
Valor aguarda que se mueva ó tuerza,
Y están para ofender y defenderse
Como dos rocas firmes sin moverse.

El angostura del lugar los tiene
Medrosos, aunque en cólera encendidos,
Y al uno y otro hace que refrene
De executar los odios conmovidos.
Mami, viendo que mucho se detiene
Tiró de Mulease; y ámbos asidos
Sin poder detenerse ni ampararse
Del muro abaxo viéron despeñarse.

Cayéron con aquel ruido y estruendo
Que si tras ellos se hundiera el muro,
O si el mundo la tierra dividiendo
Se lo tragara hasta el centro oscuro.
Tremió todo, y los Moros acudiendo
Los que al leal seguían y al perjuro,
Halláronlos sin vida entrambos brazos
Asidos, con estar hechos pedazos.

Los leales acuden pavorosos
A Mulease su Alcayde, y con ardiente

Saña quieren quitar los alevosos (te
Que á un muerto alleguen donde está presen-
Los que á Mami truxéron, presurosos
Repugnan este acuerdo diferente
Del suyo, y á las armas se remiten,
Porque el llegar ni al muerto no les quiten.

Comienza entre ellos otra lid terrible,
Que diera espanto ver su ardor á Marte,
Con altas voces, con horror terrible,
Cayendo muertos de una y otra parte.
Mohaydin con presteza no creible
Baxa diciendo en fiera voz de á parte:
Mueran los que mi acuerdo no siguieren,
Y luego al orden mio se reduxeren.

Nadie le respondió sino el gallardo
Y valiente Habrael, Moro escogido,
Del Catalan Yenu hijo bastardo,
Aunque en Humaya deuda suya habido.
Y apuntando al aleve pecho un dardo
Le dixo: ¿es esto, ó fiero fementido,
Quando vendiste á Mahomat tu hermano,
Y te alzaste en el Reyno Valenciano? (to

Pues no ha de ser aunque á tu horrible inten-
Todo el poder del Huerco favorezca,
Ni ese pueblo sin fe te dé su aliento
Para que tu locura y maldad crezca.
Que el cielo tu atrevido pensamiento
No quiere que en su ofensa permanezca,
Y aqueste brazo á que te dé gobierna
Muerte al cuerpo, y al alma pena eterna.

Blandió el dardo Habrael para arrojallo
 A Mohaydin, el qual quan presto pudo
 En moviendo movió, y partió á atajallo
 Poniéndole delante el fuerte escudo.
 Dió el golpe, y no pudiendo sustentallo
 Se lo arrancó del brazo el dardo agudo
 Que á las espaldas le quedó caído
 Sin poder levantallo adormecido.

Cargó sobre Habrael del bando aleve
 Tal número de Moros, que deshecho
 En piezas fué, y en un instante breve
 Fué en todos los demas lo propio hecho.
 Pidenle á Mohaydin, que hacer debe
 Que cese entre ellos el civil estrecho;
 Y al Rey Christiano se le den las llaves
 O sobre ello enviar dos Moros graves,

Parece á Mohaydin bien acordado,
 Que se hiciese así, y subiendo al muro
 Donde su guardia y fuerza habia dexado,
 Y en donde estar le pareció seguro.
 A todos desde un puesto levantado
 Con aquestas razones el perjuró
 Les persuade, esfuerza y solicita,
 Y á que por obra se pusiese incita.

Amigos y leales compañeros
 Los que por la salud del pueblo vuestro
 Reduciros queréis á los guerreros
 Christianos, que están ya en el campo nuestro.
 Habiendo á los contrarios vuestros fieros
 Desecho con poder y brazo diestro,

Ya es la sazón de todos deseada
Para el bien nuestro, y redención llegada.

No se le ponga á nadie por delante
Que al Rey la fe debida le quebramos,
Ni que es esto de ánimo inconstante,
Ni que del deber nuestro le faltamos.
Que nadie puede dar razón bastante
Que condene hacer lo que ordenamos,
Pues Axartaf no acude á socorrernos,
Ni podemos nosotros defendernos.

¿No tenemos delante de los ojos
De Carmona el estrago miserable?
¿No vemos los cautivos y despojos,
De la tala y el robo lamentable?
Las muertes, las prisiones, los enojos,
El daño y perdición irreparable,
Pues quanto fuera del lugar hallaron
Sin dexar cosa en su lugar taláron.

Si estamos todos los presentes viendo
El triste asolamiento de Carmona
Hambre, sed, muertes, daños padeciendo,
Por no dar el lugar de su corona.
Y él sin acuerdo viéndolos muriendo
No le envió en socorro una persona,
Ni pie ha sacado Moro de Sevilla,
Como si fuera de otro Rey su villa.

Este exemplo es bastante y suficiente
Para que punto mas no se difiera
El acuerdo que á todos igualmente
Redime el cautiverio y muerte fiera.

Mi ansia es esta , y mi deseo ardiente
Es evitar el daño que se espera,
Y entender que ha de hacerse con nosotros
De entrambas partes lo que con los otros.

Proseguir quiso Mohaydin en esto,
Mas Halife Manzor, un Moro anciano
Que deseaba ver en aquel puesto
Al vitorioso ejército Christiano.
Dixo en voz alta: acude, acude presto
Mohaydin, que tenemos en la mano
La ocasion mas urgente y mas segura
Que pide nuestro estado y desventura.

Mirando el sitio y nuestro fuerte muro
Este Abenhalamat, Rey de Granada,
Con vista atenta y con valor seguro,
Cercado en torno de su gente armada.
O él viene á dar algun asalto duro,
O á ver por do la villa será entrada,
A este me parece que llamemos,
Y de Alcalá las llaves le entreguemos.

Con esto nuestro daño aseguramos,
Y con este los pactos y conciertos
Que importan para el riesgo que esperamos,
Tratar podemos si han de sernos ciertos.
Las contiendas y dudas acabamos,
Los contrarios tenemos todos muertos,
Y al fin damos la villa á un Rey pagano,
(Quando quieran decir) y no á un Christiano.

A todos satisfizo, y levantando
Un gran clamor, dixéron que se abriese

La puerta , y al Rey Moro por Fernando
Posesion de la villa se le diese.

Dexan el muro , y Mohaydin alzando
Una bandera blanca , que se viese
De léjos , hizo abrir la fuerte puerta,
Que para nadie hasta allí fué abierta.

Salen al campo luego que el cerrado
Cerrojo de salir les dió licencia,
Juntos al estandarte levantado
Con insignias de paz y de obediencia.
Y siendo al Rey de la Eliberia dado
Aviso desto , y viendo en su presencia
Tantos Moros sin armas , que decian
Que á entregalle el lugar solo venian.

Recíbelos con rostro , y con semblante
De magestad alegre , y puesto entre ellos
Al que humillado está , que se levante
Hace , y á todos llega á complacellos.
Y viendo que tenia ya delante
Asida la ocasion por los cabellos,
Pide razon qual sea su venida
Al que de paz la insignia trae tendida.

Mohaydin se humilló , y dió la bandera
A Halife Manzor , así diciendo:
La verdad desto , que saber espera
Tu grandeza , iré en breve refiriendo.
Deste pueblo la gente áspera y fiera
Que de Marte el oficio sigue horrendo,
De quien tiene Axartaf mas confianza
Que de Sevilla y toda su pujanza.

Viendo que el Rey Christiano habia movido
 Su campo, y á correr venia su tierra,
 De los mas principales fué pedido
 Que con él evitasemos la guerra.
 Este acuerdo de algunos fué impedido,
 Que ya la muerte en el infierno encierra,
 Pagando su rebelde pensamiento,
 Contra el comun acuerdo y justo intento.

Queda el bando que solamente pide
 Que al Rey las llaves de la villa demos,
 Y con su voluntad la suya mide,
 Con que en partido solo demandemos.
 Que pues el miedo de Axartaf no impide
 Que de Alcalá la fuerza le entreguemos,
 Ha de ser que los hijos y hacienda,
 Y libertad por pacto nos defienda.

Y si algunos quedar aquí ordenaren
 Queden con el seguro que demando,
 Y si pasar á Berbería gustaren
 Les ha de dar pasage el Rey Fernando.
 El Granadino Rey mandó que paren,
 Y hecho así, y todos aguardando
 Dixo: esos pactos todos y conciertos
 Os otorgo, y el Rey los hará ciertos.

Mi gente quede en guardia aquí á guardaros,
 Porque la gente indomita en fiereza
 No acuda aquí, y yo volveré á daros
 El órden, que os mandare dar su alteza.
 Y la merced que tiene de otorgaros,
 Seguros, vidas, libertad, franqueza,

Qual yo os lo prometí, os será cumplido
Del Rey, en cuyo nombre os lo he ofrecido.

El soberbio tirano de Valencia
Besó las llaves y se inclinó al suelo,
Dándoselas al Rey, con la obediencia
Negada del á quantos cubre el cielo.
Y poniendo al negocio diligencia
Teniendo de los bárbaros recelo,
Y su inconstancia á dar las llaves parte
El Rey de la Eliberia al santo Marte.

Al arma estaba el campo todo puesto,
Como el clamor horrisonó fué oído,
Aguardando por orden, y dispuesto
Para qualquier suceso apercebido.
Quando llegó el Rey Moro al Regio puesto
Y en alta voz fué el caso referido,
Las llaves del lugar y fuerzas dando
El Moro Rey al Santo Rey Fernando.

Recibiólos el gran patron de España,
Y habido el militar consejo, acuerda
Que marche el campo, y dexe la campaña,
Y una ocasion tan buena no se pierda.
Entráron dentro con presteza extraña
Y en paz se auna el pueblo, y se concuerda
Con la gente de Marte, á cuya fuerza
Armas, gente y lugar se entregó y fuerza.

LIBRO NONO.

El yugo puesto al pueblo rebelado
Que á su Rey faltó en fe, y en obediencia,
Y al Christiano la dió y le fué entregado,
Sin probar de las armas la violencia.
En paz quieta estando sosegado
Hechos reparos, puesta diligencia
En el seguro dél, el Rey glorioso
Sobre Carmona vuelve vitorioso.

Viendo que en su obstinada rebeldía
Tanto tiempo sin darsele duraba,
A Marte y á Vulcano remitía
Lo que la dura gente le negaba.
Comienza abrir el duro acero via
En quanto fuera de la villa estaba,
Y el riguroso fuego con fiereza
A volver en ceniza su riqueza.

Arde igualmente el fuego y furor ciego
Con espantoso son y estrago horrible,
Privando á los cercados de sosiego
Que de su alcázar ven su mal terrible.
Gimen, y arden en el propio fuego
Donde arder ven sus bienes y apacible
Regalo, y contra sí las armas vuelven,
Y en contenciosas dudas se revuelven.

Piden los unos que á campaña salgan,
Y de la suya á los contrarios echen,
Que de las armas y el valor se valgan,
Pues no hay de que sin ellas se aprovechen.
Llenos de horror apriesa otros cabalgan,
Diciendo á voces quel hablar desechen,
Otros quel cierto daño conocian
Dél con maduro acuerdo apercebían.

Oyendo tantos pareceres varios,
Tanto hablar del vulgo variable,
Y cansado de acuerdos temerarios,
Dice Buceyte, un Moro venerable.
Si habemos de lanzar nuestros contrarios
Ya es tiempo, y ya no es tiempo que se hable,
Pues veis llevaros los ganados vuestros,
Quemar los campos, cautivar los nuestros.

Los que con armas piensan defenderse
A tiempo están para probar las manos,
No aguarden mas, ni dexen ofenderse,
Salgan al campo, y lancen los Christianos.
Mas los que en libertad quisieren verse
Y fuera de los riesgos inhumanos
Con que amenaza esa invencible gente,
Mi acuerdo sigan en la ocasion presente.

El qual es, pues no usamos de defensa,
Y el daño que nos hizo y hace vemos,
Que las porfias que causan nuestra ofensa
Pues tan sin fruto son que las dexemos.
Y un medio que remedie nuestra inmensa
Y dura afrenta, con el Rey tratemos,

Que nos será provecho, y mas seguro
Que el fuerte alcázar ni el cerrado muro.

Si á Córdoba y Jaen vemos rendidas,
La una poderosa y la otra fuerte,
En guerra entrambas, y en la paz temidas;
Mas (si decir se puede) que la muerte.
¿Mirad si están á riesgo nuestras vidas?
¿Mirad si igual seremos en la suerte?
Mirarlo bien, y pues á tiempo estamos
Del remedio con tiempo nos valgamos.

Puso Buceyte fin á sus razones
En medio puesto del disorde bando,
El fin de las travadas disensiones.
Por su razon qual convenia aguardando.
Comenzáron con nuevas opiniones
A variar los unos, aprobando
Del anciano Buceyte el sano acuerdo
Por el mas justo, conveniente y cuerdo.

Otros que á sola su pasion seguian,
Y á su desordenado pensamiento,
Blasfemaban de aquellos que pedian
La paz, y se apartaban de su intento.
En lo uno y lo otro conferian
Los unos y los otros, dando asiento
Despues de haberlo bien considerado,
Que al Rey Fernando se le envie un legado.

Por el qual, por seis meses se le pida
Treguas, cesando la enemiga guerra,
Siéndole cantidad de oro ofrecida
Como vasallos de su propia tierra.

Y que la tregua siéndoles cumplida
Quanto Carmona en su distrito encierra,
O se le entregará ó le pagarian
Párias, y por vasallos quedarían.

Este acuerdo fué á todos agradable,
Y todos lo acetáron igualmente,
Señalando á Buceyte venerable
Para que en nombre fuese de su gente.
Que siendo hecho del con admirable
Prudencia sosegó la guerra ardiente,
Quedando que en seis meses pagarian
Tributo ó que la villa entregarían.

Luego que de Carmona concluyéron
Los pactos, Reyna acude y Constantina,
Y por vasallos suyos se le diéron,
Temiendo el daño y destrucion vecina.
Los de Lora, que al arma se pusieron
Viendo á los ojos clara su ruina,
Las llaves entregáron y obediencia,
Dexando la rebelde resistencia.

Movióse el campo vitorioso luego
Y á Cantillana el yugo echó y Guillena,
Sin dar al belicoso ardor sosiego
Alcalá sujetó y rindió á Gerona.
Y qual deciendo el rayo embuelto en fuego
De la nube á la tierra de horror llena,
Que quanto encuentra sin hallar defensa
Rinde la fuerza de su furia inmensa.

Tal va el Christiano ejército, arruinando
El Paganismo horrible con violencia,

Con talas, fuego y armas apocando
Haciendas, gente, vidas y potencia.
El vitorioso curso enderezando
Sin que le haga cosa resistencia
A la Herculea Ciudad que el Betis riega,
A donde lleno de despojos llega.

Acuden á las cosas convenientes
Los Caballeros que por Dios pelean,
Unos mandando y otros obedientes,
Y todos al trabajo que desean.
Arde el cuidado, arden diligentes,
Huyen que en ocio reposar los vean,
Forman el campo bélico á su modo,
Guardando el órden militar en todo.

Tiene en opuesta la Ciudad famosa
Un fértil espacioso y verde llano,
Que en la estacion de Sirio calurosa
De yerba y flores se demuestra ufano.
Tiéndese con carrera espaciosa
A la siniestra y á la diestra mano,
Hasta que en el famoso Guadaira
Toca esta parte que á Sevilla mira.

Aquí este rio lo divide y parte
Del opulento campo de Tablada,
Que del antigüedad aquella parte
La selva del Alerce fué llamada.
Corre por esta via de tal arte
Que al veloz Tigris diferencia en nada,
Y por debaxo de su antigua puente
Llega á juntar con Betis su corriente.

Este llano ocupó con su invencible
Exército el caudillo poderoso,
Que reputado acaso fué imposible
Del enemigo que lo ve cuidadoso.
Goza del puesto alegre y apacible
A la diestra teniendo el deleytoso
Pago del Olivar, y á la siniestra
El sacro Betis que en su via se muestra.

El tiempo de este ¡ó Deificado Marte
Fernando! que me aspire vuestro aliento
Dando á mi plectro voz, ingenio al arte,
Y espíritu que guie mi pensamiento.
Que ya ocupando os vea estar la parte
Que os promete el glorioso vencimiento
Que yo celebraré si el miedo vano
Desvia de mí vuestra siderea mano.

Mirando estaba el defensor de España
Con vista atenta el campo vitorioso,
Alojado en la Bética campaña
Que ciñe en torno Betis generoso.
La Ciudad mira y su belleza extraña,
Puesta en lugar tan llano y espacioso,
Los altos edificios, que parecen
Los dos muros que en torno la guarnecen.

En esto ocupa la gloriosa vista,
En esto pone todo su sentido,
Llamando felicísima conquista
La suya, habiendo á tal lugar venido.
No le hace el cuidado que desista
De estar mirando á Hispalis, vencido

Qual el que mira una pintura bella
Que regalando está la vista en ella.

Asi el Retor de la Christiana gente
Sin artarse de ver, mirando estaba
De la bella Ciudad que via presente
Quanto se ofrece y él determinaba.
Preguntando de todo extensamente
A Lope Diaz de Alfaro, que le daba
Cuenta de quanto del saber queria,
De quanto deseaba y quanto via.

Ocupado en mirar el bello opuesto
Lo que del dia restaba, se estuviera
Sin divertirse ni cansarse en esto
Si Don Rodrigo Flores no viniera.
Que á dar socorro fué enviado presto
A la armada que el Rey cuidadoso espera,
A quien de Tanjar, Centa, y de Sevilla,
Mores salian en otra á combatilla.

Mas llegado el socorro, y no hallando
Nueva que el enemigo la impidiese,
Viéndola con buen tiempo navegando,
Fué acuerdo, que la gente se volviese.
Dándole cuenta desto al Rey Fernando
Mandó que el campo en órden se pusiese,
Porque ya se bañaba en occidente
Del padre de Faeton el carro ardiente.

A este punto una espia le dió aviso
Que por la puerta adonde el Arriano
Padre, al hijo la muerte darle quiso,
Porque siempre adoró el nombre Christiano.

Moros habian salido de improvisó,
Y que apriesa marchaban por el llano,
A socorrer, segun entendió dellos
La armada que venia á socorreillos.

Del Rey la nueva al punto siendo oida
Juntó el Consejo, y entretanto manda
Que de á caballo salga una escogida
Y fuerte esquadra por aquella banda.
Otra que aguarde en vela apercebida
Si el enemigo sale ó se desmanda
Por el postigo que el Alcázar cierra,
Y en este espacio vele el campo y tierra.

A la primera empresa fué el primero
Don Lorenzo Suarez enviado,
De la segunda el fuerte Caballero,
Lope Diaz de Alfaro se ha encargado.
A Martin Crespo y Sebastian Guerrero,
Adalides, á cargo les han dado
Que en seguimiento de los Moros fuesen,
Y aviso á Don Rodrigo Alvarez diesen.

Estando en Alcalá fortaleciendo
Las cosas que al seguro convenian,
En el gobierno de ellas proveyendo,
Qual la ocasion los casos le ofrecian.
La tierra de Sevilla entró corriendo
Aqueste Caballero á quien seguian
Trescientos, y esta nueva oida al punto
La flota y Moros á buscar fué junto.

No está ménos cuidoso aderezando
Armas y velas, Alxartaf afligido,

Su cierto y presto daño recelando,
 Y el mal á que su suerte le ha traido.
 Las cosas de la guerra encomendando
 A Hacen y Ariadino, recogido
 Fué en su aposento, á donde saber quiere
 Que hay que tema ó en que habrá que espere.

A Muley Buhacen, que le seguia
 por su mandado, y porque en su secreto
 Era el que solo facultad tenia,
 Y á quien fuera el Rey todo sujeto.
 En su congoja ardiendo y agonía,
 En rabioso dolor de ver su aprieto,
 Como pudo la lengua desanuda,
 Y dice así al sobrino en su ánsia y duda.

Pues te toca igualmente el daño mio
 Como al bien fueras de la misma suerte,
 Pues eres de quien solo me confío,
 Y en quien pongo el suceso de mi suerte.
 Ahora que con manto oscuro y frio
 Cubre la noche el mundo, en mi ánsia fuerte
 De Abin Alá saber por su arte quiero
 Qué remedio tendré, ó qué fin espero.

A esto gusto que al monte vayas,
 Y con secreto y diligencia venga,
 Porque en el punto que ante tí lo trayas
 Lo que restare para el fin prevenga.
 Sabré por sus caracteres y rayas
 Lo que al remedio y bien comun convenga.
 Pues mas que armas pide nuestro estrecho
 Y mas que hombres han de hacer el hecho.

Lanzó un suspiro á esta razon postrera,
Quedándose en la silla reclinado,
Sobre la mano el rostro, de manera
Que bien claro hacia su cuidado.
Muley se iba, mas saliendo fuera
La Princesa, detúvose parado
Mirándola, mas ella ardiendo en ira
Rehuye el rostro y el mirar retira.

Quedó el soberbio Moro de horror lleno,
De amor, desden y zelos ofendido,
Entregado al furor, que este veneno
Enciende mas el corazon rendido.
De la razon y la paciencia ageno,
De lo uno y lo otro combatido,
Sin saber si se temple ó si se ensañe,
O si de lo que vió á sí propio engañe.

Dudoso en este ciego desatino
Determinado va á querer hablalle,
Y lleno de pavor vuelve el camino,
Temblando de que airado osó miralle.
Determina volver, hállase indigno,
Y que era fuerza que padezca y calle,
Forzado de pasion, de amor y queja,
A donde el Rey le manda va, y la dexe.

Apartado del vulgo en una oculta
Y tenebrosa gruta de horror llena,
Que á los rayos del claro sol se oculta,
Y siempre está de su belleza agena.
Donde la horrible esquadra se sepulta
Sacada de la mísera cadena,

Por el mágico apremio, aquí es do tiene
Abin Alá su estancia, y Muley viene.

Llega el airado y congojoso Moro
A la casa del mago, y ve la puerta
No de alabastro ni luciente oro,
Mas de una horrible oscuridad cubierta.
Oye, ya un lobo, ya un león, ya un toro
Junto así, sin que vea cosa cierta,
Párase y duda, y el honor le anima,
Que puede mas que la espantosa grima.

Por la puerta del mágico espantosa
De gorgonas, chimeras y centauros,
Ocupada se arroja, y entrar osó
Por sphinges y horribles minotaurós.
Llegó á un patio do estaba una sonora
Fuente de olmos rodeada y lauros,
Y dos Moros que en torno della andaban,
Quel paso á quien entrar queria vedaban.
Como al valiente Moro así entrar viéron
Sin que los monstruos que á la puerta habia
Le impidiesen, airados á él saliéron
Su entrada condenando y osadia,
Mas luego que quien era conociéron,
Y la ocasion sabiendo á que venia,
Sin detenerse al punto lo llevaron
Donde el mágico estaba, y lo dexáron.

El sabio Abin Alá quando lo vido
Solo, á tal hora, y dentro en su aposento,
De admiracion estuvo suspendido
Aguardando á saber su pensamiento.

Y Muley, de sus ánsias combatido,
De su ardiente pasión y discontento
Buscando medio al mal que está sufriendo,
Así la lengua desató diciéndolo.

Si el amistad que siempre me tuviste,
Fué sin lisonja, y es segura y cierta,
Si la debo creer qual me ofreciste,
Oyeme atento y nada te divierta.
Mi desventura oirás y estado triste,
No de que esté el Christiano á nuestra puerta,
Mas de que un Moro entre nosotros more,
Y una Mora no quiera que la adore.

De mi pasión y mi zeloso fuego
Te tengo dado algunas veces cuenta,
Y sin darla mi gran desasosiego,
Hace que claro se conozca y sienta.
Así rendido, enamorado y ciego
Por la ingrata Princesa que me afrenta,
Que me desdenea, olvida, ofende, ultraja,
Por un Moro que nada me aventaja.

Vivo qual ves y sabes desta suerte,
Sin hallar orden que me dé remedio,
Porque si me dispongo á darle muerte,
Está mi tío que lo ampara en medio,
Así padezco en mi congoja fuerte
Sin hallar otro sino solo un medio
Que me remedie, y este está en tu mano,
Si en esto amigo, quieres serme humano.

El Rey mi tío apriesa envia á llamarte,
Que al punto vayas sin tardar conmigo

Para que le reveles por tu arte
Lo que consulta el santo Alá contigo.
Si está benigno ó sigue á la otra parte,
Si espera la vitoria ó su enemigo,
Si durará el asedio ó si dexando
La guerra, el cerco le alzará Fernando.

Desto quiere informarse, y desto quiero
El remedio sacar que mi ánsia acabe,
Que en tu favor y en tu amistad espero
Que impedirás que Botalhá se alabe.
Y pues dél nace mi tormento fiero
Que en mengua mia todo el mundo sabe,
Nazca de tí el castigo, y de tí salga
Solo el medio que hay de que me valga.

Llamado vas del Rey á que le digas
(Por tu ciencia en que tanto te adelantas)
Que fin esperará de sus fatigas,
Que de sus ánsias y congojas tantas.
En esto importa que mi acuerdo sigas,
Fingiendo al Rey que con horror te espantas,
Le has de decir que todo el mal que tiene
Porque aqui tiene á Botalhá le viene.

En esto puedes alargarte quanto
A tí te pareciere y dar testigos,
Ora traídos por tu fuerte encanto,
Ora de los que fueren mas amigos.
Señala á Buxa, á Buyali, á Mohanto,
Que no recusará por enemigos,
A quien yo tengo ya hablado en esto
Para que al Rey lo hagan manifesto.

Con hacer esto quedaré seguro
Del falso Moro y la enemiga Mora,
Del desden fiero y tratamiento duro,
De aquella ingrata que mi alma adora.
Y hecho esto, por Alá te juro,
Y por aquesta diestra vencedora
De ponerte en el mas supremo estado
Que dar puede Axartaf en su reynado.

Oyendo estuvo el mágico suspenso
A Muley Bohacen, que le informaba
De su congoja y su tormento inmenso,
Y del extraño medio á que aspiraba.
Y conociendo su cuidado intenso,
Y que aguardando su respuesta estaba,
Con semblante agradable le responde
El que los orbes en su pecho asconde.

Dudoso estoy, ó Príncipe excelente,
Si el debido seguro de mi tienes,
Si crees la fe que tengo eternamente.
A tí y al Rey, en cuyo nombre vienes.
Pues para que á servirte esté obediente
Me ofreces mandos y prometes bienes,
Si mi estado y mi suerte se adelanta
Con tocar solo este lugar tu planta.

Y así sin que te haga juramento
Debes creerme que si aquí estuviera
El que dió á Odman la ley con mandamiento
Que la sustente con la espada fiera.
No me alegrara mas su acatamiento,
Ni con igual placer me enriqueciera,

Y con este seguro te asegura
Que acabaré ó tu congoja dura.

El Rey (qual dices) nos está aguardando,
Y si en razones mas nos detenemos
La noche va su curso apresurando,
Y si tardamos la ocasion perdemos.
Ya va el exe, Bootes declinando
A la siniestra mano como vemos,
Y las demas estrellas le acompañan,
Y algunas dellas ya en el mar se bañan.

Alzó del suelo el mágico una vara
Del un extremo á otro retorcida,
Y echóla dentro de la fuente clara,
Y una hacha salió al punto encendida.
Esta (dice) la via nos aclara
Que entre la oscura sombra está ascondida,
Con esta la Ciudad toda andaremos,
Y sin ser vistos quanto hay veremos.

Con la mágica antorcha en la una mano
Abin Alá tomó el camino al punto,
Y con la otra asió la del pagano
Muley, que al mago iba pegado junto.
Atraviesan el pueblo Sevillano,
Que puesto alarma estaba todo á punto,
Calles y plazas de armas rodeadas
De infantes y caballos ocupadas.

Por entre todos van los dos rompiendo
De incierta luz y sombra rodeados,
Sin que los vean libremente viendo
Los que dellos no entienden ser mirados.

Allí al grave Arriadino ven haciendo
Repartimiento y enviar soldados,
Unos á que guardando estén el muro,
Y otros á quel lugar tengan seguro.

Al sabio Hacen encuentran, y al valiente
Buyarruz con la gente de á caballo,
A Mahayni pidiendo apriesa gente
Que á ver las puertas vayan á guardallo.
Buhanduzá no está dellos ausente,
Y á Botalhá forzoso fué enconrallo
Al entrar del Alcazar, ordenando
La gente que la esté y al Rey guardando.

Aquí paró Muley, y dixo: advierte,
O claro Abin Alá, que á mi enemigo
En tan buena ocasion me trae la suerte
Para vengarme y darle cruel castigo.
Furioso á darle acometió la muerte.
Y el mágico abrazándolo consigo
Soltó la hacha en este breve espacio
Dentro los dos se halláron del palacio.

Estaba el Rey con Alguadayra solo,
Tratando el mal que recelaba tanto,
Y viendo entrar al consultor de Apolo,
Que en su falsa opinion tenia por santo.
Dice: ó Abin Alá, que al final polo
Tu nombre lleva con glorioso canto
La inmortal fama, que por tí renueva
La suya en tan heroyca y clara prueba.

Ya ves en daño nuestro con tus ojos
Al Christiano enemigo que nos cerca,

Que nos afrenta y lleva los despojos,
 Que nos oprime y mas se nos acerca.
 Ya ves para mas mengua y mas enojos
 Rodear de caballos nuestra cerca,
 Ya ves como nos roban los ganados,
 Y ya nos ves á todos encerrados.

Quiero, como el que sabe lo que sabes,
 Que aquí del saber tuyo nos valgamos,
 Y á esta gente indómita me acabes,
 O por tu industria libres nos veamos.
 Desta hazaña quiero que te alabes,
 Y de decirnos claro que esperamos
 Desta guerra, si Alá nos favorece
 O al Christiano, y por él nos aborrece.

Proseguir quiso el Rey con sus razones,
 Si le dexaran proseguir en ellas
 El ánsia desigual de sus pasiones,
 Y la causa cruel de sus querellas.
 Forzado de tan duras ocasiones
 Que era fuerza, forzosa padécellas,
 Calló inclinando al hombro la cabeza,
 Y así á hablar el sabio mago empieza.

Si de la pena, ó Rey, que te fatiga,
 Un solo punto puedes aliviarte,
 Que á todos igualmente nos obliga
 En ella como en todo á acompañarte.
 Sabrás lo que me mandas que te diga,
 Sin encubrirte cosa ni engañarte,
 Mas cumple que valor tengas y esfuerzo
 Si has de ver á quien ligo, apremio y fuerza.

Responde el Rey que él quiere estar presente
A todo quanto en esto hacer quisiere,
Sin que le espante del infierno ardiente
La mas horrible forma que saliere.
A la hija le manda que se ausente
De ver aquello y punto allí no espere,
Vase la Infanta, el mágico al momento
Tomó en la mano un mágico instrumento.

Puso el rostro pegado con la tierra,
Y allí habló en acento no entendido,
Apremiando á los que el huerco encierra
Haciendo rayas, todo enfurecido.
Y habiendo estado en esta horrible guerra
Algun espacio, dando un gran gemido
Se levantó y tras él al propio instante
Un alma se le puso de delante.

El Rey se alteró en viéndola, y el mago
Lo aseguró voliviéndolo á su asiento,
Que en viendo el alma del sulfureo lago
Pavoroso se entraba en su aposento.
Muley no ménos teme el fiero trago,
Volviendo el rostro sin vigor ni aliento,
Detras del mago acometió á esconderse,
Que el temor lo llevaba allí á valerse.

Sosegó al Rey, y sosegó al sobrino
Con razones que fuéron poderosas
De templar su cobarde desatino
Y desviar sus ánsias espantosas.
Y al Tartareo ministro que ante él vino
Sacado de las llamas rigurosas.

Se vuelve, y de temor la infernal forma
Tembló, y al Rey por este modo informa.

La poderosa fuerza y duro encanto
Del sabio Abin Alá me apremia y fuerza
Que déxe el reyno de congoja y llanto
Donde del Rey Stygio está á la fuerza.
Y venga á tí que el mísero quebrantó
Con tal rigor ofende, y mas se esfuerza
Quanto mas vas su causa contemplando,
Causada por la guerra de Fernando.

Deste suceso no se alcanza cierto
Que ordena el cielo que á Fernando guia,
Porque lo que por venir está encubierto,
Sino solo al autor del claro dia.
Este puede hacerlo descubierto,
No la incomprehensible astrología,
En que algunos entienden que han llegado
A saber lo que á sí se ha reservado.

En aquesta materia me alargara,
Probando el yerro con que algunos quieren
Dar de lo por venir noticia clara,
Y que se entienda así y así lo esperen.
Mas veo que nos huye y desampara
La oscuridad, y las tinieblas mueren
En la ribera Atlantica, y no puedo
Detenerme aquí mas de fuerza y miedo.

Y ántes que acabe de la noche oscura
El tenebroso curso, y venza el dia,
Con claro resplandor su negregura,
Quiero cumplir con la embaxada mia.

Y avisarte, que desta guerra dura
Que de todo contento te desvia
Puedes esperar bien, si en la defensa
Mostrare tu poder su fuerza inmensa.

Durará todo el tiempo que durare
De no rendirse tu invencible gente,
Y al enemigo el campo sustentare
Con fuerte brazo y corazon ardiente.
Y si dentre los tuyos se quitare
Un extranjero Moro que igualmente
Es tratado de tí, que tu persona,
Queda segura tu real corona.

Con este ha hecho tu enemigo trato,
Con este piensa derribar tu silla,
Y porque vivas dél con mas recato,
Si esto te escandaliza ó maravilla.
Sabrás, que porque cumpla su contrato
Y al Rey las puertas le abra de Sevilla,
De entre mil lanzas se escapó el que digo,
Con una Mora que traia consigo.

El Rey con nuevo escándalo se admira,
Y vuelto al sábio mágico temblando,
Enternecido de temor suspira
Casi remedio al caso demandando.
Con rostro triste Abin Alá lo mira
Su pasion misma en él significando,
Y á la sulfurea forma despidiendo,
Al congojoso Rey volvió diciendo.

Fácilmente Señor darás remedio
A tu fatiga y riguroso daño,

Habiendo usado deste cierto medio
Que manifiesta el enemigo engaño.
Y quitando qual pide de por medio
El causador de aqueste insulto extraño,
Lo demás á las armas se remite,
Pues otro medio ni otro acuerdo admite.

En esto con segura confianza
(Gracias Alá) vivir puedes seguro,
Que es sin igual tu gente y tu pujanza
Para sacarte deste asedio duro.
Hoy tu poder trescientos mil alcanza
Dentro de aqueste levantado muro
Hombres valientes, que desean la guerra
Y han de morir, ó defender la tierra.

Sin estos, de la gente de Triana
Tienes (si bien te acuerdas) por tu lista
Cien mil, y de la tierra comarcana
Dos veces mas, que piden la conquista.
Así ó gran Rey, no temas la Christiana
Potencia, que te aguarde ni resista,
Mayormente teniendo ya memoria,
Que con traición aspira á la victoria.

No será tal, Muley respondió fiero,
Y al Rey le dice que al remedio acuda
Sin dilacion, prendiéndolo primero
Que se prevenga de favor y ayuda.
Acude Abin Alá, y dice yo quiero
Asegurarte Rey de qualquier duda
Si la tienes en esto, con decirte
Que debes con cuidado apercibirte.

Fatigado Axartaf de la extrañeza
Del espantable caso, no entendido
De Botalhá de su ánimo y nobleza,
En tantas ocasiones conocido.
Mas viendo que afirmaban con certeza,
Que importaba vivir apercebido,
Del crédito que dél tenia se aparta,
Y á prendello á Muley mandó que parta.

Parte Muley á executar al punto
El fiero intento que ascondia su pecho,
Pues de vengarse á la ocasion via junto
Su deseo, y en su querer el hecho.
El Rey se recogió medio difunto,
Cansado de su angustia y crudo estrecho,
Suspiros dando el alma congojosa,
Que donde hay pena es ordinaria cosa.

La Infanta habia á todo estado atenta,
Aunque ascondida, y conociendo claro
Que el aleve Muley dar muerte intenta
A Botalhá en virtud y esfuerzo raro.
Como la que es razon sentir su afrenta,
Y tenia obligacion de ser su amparo,
Pues por ella en Sevilla residia,
Y dexaba su Reyno en Berberia.

Conociendo que el padre deseaba
Dárselo por marido, y que con ella
Quantas veces se via lo trataba,
Sin que pudiese á su intencion movella.
Temiendo al primo que en lo propio andaba
Y le decia en alcanzando á vella

Que el primer dia gozaria el estado,
Mas que el segundo habia de estar vengado.

Acobardada y temerosa desto
Vivia sin osar determinarse
A cumplir de su padre el mando honesto,
Y con tan noble Príncipe casarse.
Conocia el peligro manifesto,
Y su vida temiéndola acabarse,
Sufria su injuria, y recelando el daño
En un martirio padecia extraño.

Por evitar tan duro inconveniente
De Sevilla vivia retirada
En Alcalá, del padre y corte ausente
Por solo de Muley verse apartada:
Aquí pasaba su pasion ardiente,
Aquí aguardando á verse remediada,
La mudanza esperando de fortuna
Si esperar della pueden cosa alguna.

Aquí fué Botalhá quando fué cierto
Que la Christiana gente habia llegado,
Y á riesgo de quedar cautivo ó muerto
Sacó la Infanta del lugar cercado.
Desto y del odio que tenia encubierto
(En el pecho de amor atormentado)
Se ayró Muley, y con furor zeloso
Traza la muerte al Moro valeroso.

Conmovida á piedad considerando
Que ella sola era causa de su muerte,
Que por ella Muley le va buscando,
Para que acabe en deshoarada suerte.

Fatigada y ansiosa, imaginando
Por donde guie, que á librarlo acierte,
No de amor solo el alma combatida,
Mas de lástima, y serle agradecida.

Todo le hacia fuerza en su memoria,
Y amor que en tales ocasiones vela
Le representa la funesta historia
Del fuerte Moro, y fuerza á que se duela.
Dale á entender que es deuda de su gloria
Librarlo, y que se entienda la cautela
Del aleve Muley, y que en su nombre
Se cante que la vida dió á tal hombre.

De tantas cosas triste y aquejada
La hermosa Alguadayra, sin sosiego
Está en un mar de dudas engolfada,
Sin saber que hacerse en tanto fuego.
Quiere dexar que á Botalhá sea dada
La muerte, y condolida vuelve luego
Diciendo: no es razon que sea ofendido
Quien mi padre me daba por marido.

Esto le encendió el ánimo, y le puso
Nuevo valor y esfuerzo á darle ayuda,
Apartando de sí el temor confuso
Que la tenia suspensa en ciega duda.
Queriendo á lo que el ánimo dispuso
Ver el efecto, y que en el riesgo acuda
El deseo, que mueve á su deseo,
Y que Muley no alcance aquel trofeo.

Sin poner dilacion, mandó á Azoraya
Anciana Mora, que tenia consigo,

254 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Que á Botalhá á darle aviso vaya
De lo que le trazaba su enemigo.
Y que consigo al punto se lo traya,
Sin que del hecho nadie sea testigo,
Llega el aviso al Moro, y tras él junto
Adonde está la Infanta viene al punto.

Dale de todo el caso larga cuenta,
Y quanto importa estar allí escondido,
Sin que persona este secreto sienta,
Si quiere ser del riesgo guarecido.
Su deseo le aclara, y representa,
Que es pagarle el que dél ha conocido,
Sin que otro respeto le moviese,
Mas de que libre por su mano fuese.

Tratando en esto la hermosa Infanta,
Y el Marroquino Príncipe suspenso
Colgado de su voz, de sí se espanta
Lleno de admiracion y gozo intenso.
Conoce que ya el Cielo lo levanta
Al Cielo de su gloria y bien inmenso
De vida, pues lo libra de la muerte,
La que le trató siempre de otra suerte.

Agradecido y admirado prueba
A quererle dar gracias, y probando
Antes que la anudada lengua mueva
Suspenso queda su beldad mirando.
Con estas muestras su pasion comprueba,
Y al punto que á decirla iba empezando
Oyéron gente, y sin tardar momento
Azoraya lo asconde en su aposento.

Ya con alegre fiesta y armonía
Los páxaros sin dueños celebraban
Dél claro bello y deseado día
La venida que todos deseaban.
Quando Axartaf, que ni en la noche fría,
Ni con la luz sus ansias afloxaban,
Salió á requerir y á ver su gente,
Y la de su contrario puesta enfrente.

Un alto muro del Alcázar corre,
Por el Alcova la famosa huerta,
Que hace su remate en una torre
A la campaña de Tablada abierta.
Esta de luz al caminante acorre
Habiendo nueva de enemigos cierta,
Y de haber siempre luz de noche en ella
Llamada fué la torre de la Estrella.

Aquí Axartaf tristísimo y confuso
(De ver su estado) sube á ver del arte
Con que el Christiano su real dispuso,
De qué traza lo tiene y á qué parte.
Si guarda de la guerra antigua el uso,
Si su fuerza está junta ó se reparte,
Si está de suerte que saliendo á ellos
Desbaratallos puedan y ofendellos.

Al sábio Uzmen tenido por Profeta,
Y en sumo honor de todos venerado,
Que el Alcoran leia de su seta,
Y de lo por venir contaba el Hado.
Llevó consigo el Rey á la secreta
Y levantada torre, confiado

256 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Que Uzmen de todo aviso le daría,
Como el que todo el campo conocía.

Este, quando acorrer vino á Sevilla
Don Alvar Perez, lo llevó cautivo,
Y en el real anduvo de Castilla
El tiempo todo que el Señor fué vivo.
Y queriendo volver á combatilla,
Ya en libertad del cautiverio esquivo,
Fué por Embaxador al Rey Fernando,
Llevando parias y de paz tratando.

De aquí vino á tener conocimiento
De la hueste Christiana este pagano,
Y su Rey en su triste descontento
A preguntarle del poder Christiano.
Que tomando seguro alojamiento
De Tablada ocupaba el fértil llano.
Que ardiendo en saña y en rabiosa ira
Contempla el órden, y su traza mira.

Maravillado el Rey bárbaro estaba
Viendo el concierto en el real formado,
El llano que de tiendas se ocupaba,
De insignias y banderas adornado.
Las plazas y las calles por do andaba
La gente, con tal órden compasado
Que en qualquiera ocasion que se ofreciese
Sin desórden á todo se acudiese.

En medio del real habia una plaza
Guarnecida de infantes y caballos,
De que solo se ocupa y embaraza,
Para quando viniesen á buscarlos.

Muchos alojamientos de tal traza,
Que con facilidad podian hallallos,
Esto mira, y el órden considera
De la gente que entraba y salia fuera.

Las caxas que la gente recogian,
Y los airosos pifaros con ellas
Mira, que á todas partes discurrian,
Y de todas venian á obedecellas.
Que á sus banderas todos acudian
Con clamores hiriendo las estrellas,
Que el Rey mandó, que el campo se juntase
Luego que el claro dia se mostrase.

Quiso ver, si á la empresa á que aspiraba
Era el número junto suficiente,
Si aguardaría la gente que esperaba,
Aunque tenia mucha y buena gente.
En esta duda y confusion estaba,
Esto inquietaba el ánimo excelente
Del caudillo Christiano, y solo en esto
Tenia el cuidado en vela siempre puesto.

Como el Christiano ejército fué junto,
El Rey salió, y en medio del se puso,
Y en concertado alarde puesto á punto
En órden de batalla se dispuso.

El bárbaro aguardó á ver este punto
Que suspendido lo dexó y confuso,
Considerando el órden, traza y modo,
Y la destreza de que usaba en todo.

No pudo aquí disimular la pena,
Y lleno de ansias, dando un gran gemido.

Dixo, ¿qué es esto Uzmen? ¿quál Dios condena
Nuestra suerte? ¿á quién hemos ofendido?

¿Qué nos turba así, certa y enagena,
Y el poder nuestro tiene enflaquecido?
¿No son como nosotros hombres estos
No lo dicen sus talles y sus gestos?

Si esto es así, ¿qué cobardia es la nuestra?
¿Qué nos encierra como gente infame?
Si armas, poder, si gente fuerte y diestra
Tengo mas que él, ¿qué aguardo á que me llame?
Si el glorioso honor que al noble adiestra
A que apetezca lo glorioso y ame,
No está siempre delante de los ojos
La oscura infamia del hará despojos.

Considerando esto, me parece
Que no es honor estar aquí encerrados,
Ni en la ocasion tan justa que se ofrece
Mostrarnos ménos que ellos esforzados.
Con esto, nuestra infamia se guarece
De ser por ellos como ves cercados,
Salgan los nuestros, muestren lo que valen,
Y dime en tanto que los nuestros salen.

¿Qué insignias son aquellas diferentes,
Que demostrarse en sus banderas veo?
Que de este muro, y torres eminentes
Presto espero colgallas por trofeo.
Y á pesar de esas temerarias gentes
Aunque contraste el cielo á mi deseo
En libertad pondré la patria amada,
Y el yugo á ellos con mi fuerte espada.

Queriendo proseguir en sus razones
El airado Axartaf, Uzmen lo vuelve
Adonde divisaban los blasones,
Quel viento tremolando los revuelve.
Y dice, pues á oirme te dispones,
Si hubiere falta, tu señor la absuelve,
Que de esta gente solo daré aviso
De los que alcanzo desde aquí y diviso.

Y reduciendo á breve suma ahora
Estos, de quien pretendo darte cuenta,
Por quien España es siempre vencedora,
Y su poder y gloria se acrecienta.
Uno, á quien el presente siglo adora
Y en su silla el sagrado Marte asienta
Don Pedro es de Guzman, adelantado,
A quien dará tributo el Mar sagrado.

De aquella parte de tu diestra en frente
Don Pedro Ponce de Leon te mira,
Gloriosa esperanza de una gente
Que hará eterna una divina Lira.
Humilde pide y animosamente
Esta empresa, y el cielo que lo aspira
Le concede de Hispalis vitoria,
Y en ella á él perpetúa su memoria.

El que la espada empuña, y vuelve fiero
Contra nosotros, es el valeroso
Entre los valerosos el primero
Don Gonzalo Ruiz Giron, famoso.
Un estimado y fuerte caballero
En la paz y la guerra glorioso,

En la paz sábio, y en la guerra fuerte,
Igual en todo, y sin igual en suerte.

Domingo Muñoz viene de Contreras,
Capitan de los fuertes Adalides,
De quien tu tierra tiembla, y las fronteras,
Y el mundo todo qual del fuerte Alcides.
Este en las armas predomina fieras,
Y en un Cesareo pecho muchos Cides
Incluye, y es la suerte que lo ama
Que el mundo acabe, y no su clara fama.

La gola puesta, y en la diestra mano
El real estandarte sostenido,
Con rostro alegre y con semblante ufano
De haber su espada á Córdoba rendido,
El Alférez real del Rey Christiano,
El Señor de Vizcaya esclarecido,
El honor de esa tu enemiga, hueste
Don Diego Lopez es de Haro este.

Quisiera (á ser posible) aquel que veo
Que nos mira con rostro denodado,
Que en Jaen hizo y Córdoba trofeo
Y haber de aquí lo espera aventajado.
Que su nombre en las sombras del Letheo
Para siempre estuviera sepultado
Que Don Nuño Gonzalez no se oyera,
Señor de Lara, y nuestra peste fiera.

Mira á la parte adonde el Rey se asienta
A Don Alonso Tellez de Meneses,
Mortal azote, destruicion y afrenta
De Lunadas banderas y paveses.

Este de España el claro honor sustenta,
Por este habemos infinitas veces.

Dexado el campo, y este solo ha sido
Quien seis veces en lid nos á vencido.

El gran Maestre del Patron de España
Don Pelayo Correa, se te muestra,
Cuya virtud y fortaleza extraña,
Es claro exemplo la miseria nuestra.
Su Nestoreo consejo ofende y daña
Nuestra naeion, y su invencible diestra
La apoca, y si á Fernando este faltara,
Del gran Profeta el nombre no acabara.

Otro Maestre cuyo fuerte pecho
Orna la roxa Cruz de Calatrava,
Puedes verlo de aquí puesto en derecho
De nosotros, la vista alzando brava.
Al nombre suyo el mundo es todo estrecho,
Y en quanto Apolo alumbra y Doris lava,
Es Don Gonzalo Ibañez celebrado,
Y por Marte en las armas adorado.

Don Pedro Nuñez de Guzman se ofrece
Cuchillo fiero de la gente mora,
Dígalo Murcia, que hoy los obedece,
Y el daño que este en ella hizo llora.
Este solo me aflige y enflaquece
El ánimo, y sin alma estoy ahora
Viéndolo, porque he visto á este Christiano
Hacer cosas que no son de hombre humano.

Allí veo estar aquel que fué instrumento
Que Abenhuc, á Fernando no asaltase,

Quando en Córdoba hizo alojamiento
Sin gente, que á los nuestros contrastase.
Mudó al Rey Moro del seguro intento,
Aconsejó al Christiano que velase,
Viene ahora asolar el bando amigo
Don Lorenzo Suarez el que digo.

El que á Moron poner yugo pudo,
Con quien hoy ponen á los Moros miedo,
Que con semblante mira acá sañudo,
Y el brazo alcanza con feroz denuedo.
El que al pecho arrimó el dorado escudo,
Es de quien con razon y verdad puedo
Decir, que en valentia de Polo á Polo,
Melen Rodriguez Galinato es solo.

El que al Rey junto está con él hablando
Cautivo estuvo aquí, y ahora tiene
La privanza y la gracia de Fernando,
Como el que en sangre de los suyos viene.
De Lope Diaz de Alfaro voy tratando,
De quien la profecía se detiene,
Que de los tuyos á de ser vestiglo,
De los suyos honor, gloria á su siglo.

Aquel que con semblante sosegado
Está la lista viendo de su gente,
A quien su Rey concede el diestro lado,
Lugar digno á varon tan excelente.
El que mas sangre nuestra á derramado
Que lleva Betis agua en su creciente,
Y de quien mas hazañas dirá Apolo,
Garciperez de Vargas solo es solo.

Arias Gonzalez, que inmortal renombre
Da á la clara estirpe de Quijada,
Es aquel valeroso y fuerte hombre
Que tiene acá la vista levantada.
No quieras deste que los hechos nombre,
Ni que de mí su gloria sea cantada,
Que habiendo de decir lo que en él cabe,
Ingenio falta y lengua que lo alabe.

Pedro Nuñez de Castro, el claro hermano
De Alvar Perez del Castillo, el que primero
Taló esta tierra, y puso al Xerezano
Rey en huida con destrozo fiero.
Es aquel que ante el Rey se pone ufano,
Y el otro es el valiente Caballero
Don Lope de Quevedo, el que dar pudo
A Fernando la vida con su escudo.

Gomez Ruiz Mercado es el que ahora
La gineta movió y pasó delante,
Capitan de la gente vencedora
De Madrid, sin igual del Gange á Athlante.
Rodrigo Flores viene, á quien adora
El Dios de la milicia, y el constante
Don Domingo el Obispo de Palencia,
De la Agarena gente pestilencia.

Don Juan Obispo de Osma, y de Castilla
Chanciller, y Rui Diaz de los Cameros,
Y Gutierrez Fernandez de Padilla,
De los que estima el Rey de los primeros.
Son, y Gonzalo Diaz de Ribilla,
Aquellos quatro fuertes Caballeros,

Que junto al lado están del Rey Fernando
Mirando hácia acá, y con él hablando.

A Don Henrique Perez el que tiene
Estrella en la milicia favorable,
Puedes ver desde aquí, que es el que viene
Con otro que es igual al mas loable.

Don Juan Arias Mexía, que sostiene
Gente á su costa, y vino al lamentable
Socorro, contra Córdoba y su tierra,
Y á dar viene á Sevilla ahora guerra.

Aquel que trae el estudio jaquelado
De Cabezas de Vaca guarnecido,
Es Don Fernan Ruiz, que ha conservado
De cabeza de vaca su apellido.

Otro Fernan Ruiz viene á su lado,
De igual valor y esfuerzo esclarecido,
Que es el Prior del Hospital del Santo
Que entre nosotros celebramos tanto.

De las órdenes es la gente aquella
Que ves dispuesta en partes diferentes,
Que nunca yo alcanzara á conocella,
Ni de aquí demostrará tales gentes.
Toda esotra, que apenas puedes vella
De los Consejos es, sin los valientes
Y ricos hombres, que á Fernando siguen,
Que á los nuestros apocan y persiguen.

Cansado el Rey de estar á Uzmen oyendo,
Y de oir tantos nombres de Christianos
Fatigado lo ataja, así diciendo
Con las suyas tomándole las manos.

De tus vanas razones comprehendo
Que son qual ellas los loores vanos
Que á esas gentes das, á quien yo quiero
Que vayas desde aquí por mensagero.

Y de la suerte que en presencia mia
De tantos has contado tantas cosas,
Tantás hazañas, tanta valentía,
Tantas victorias contra mí afrentosas.
Dirás, que tengo yo en mi compañía
Gentes, (no ménos que ellos) beliciosas,
Ni de ménos valor, ni ménos fuerzas,
Que le defenderán la tierra y fuerzas.

Que contra sus Mendozas y Guzmanes,
Sus Vargas, sus Quevedos y Girones,
Dirás que Ferranchines, hay y Ozmanes
Entre nosotros, Muzas y Hazones.
Que si traen ellos diestros Capitanes
De los nuestros dirán las ocasiones,
Esto dirás, y mira no te olvides,
Mientras de aquesta torre el alto mides.

Esto diciendo, lleno de fiereza
Con él se abraza, y lo levanta en alto,
Contrastando la fuerza á la flaqueza,
Y el ánimo, al que del estaba falto.
Arrojó á Uzmen de la alta fortaleza,
Que la vida perdió en el grave salto,
Y mandando tocar al arma parte
El fiero Rey, principio dando á Marte.

LIBRO DECIMO.

Guarnecido el real campo del Christiano,
Puesto en continua vela á su enemigo,
Fuerza á tener las armas en la mano
Que sirvan en su ofensa de testigo.
Cuidando siempre el infernal pagano
Con que daño cruel, con que castigo
Quitaria aquel daño de por medio,
Satisfaciendo el que sufria en su asedio.

De la esquadra Acheróntica instigado,
Que derramando andaba su veneno
En su pecho odioso y alterado,
Y por todo el ejército Agareno.
Que á las mortales armas convocado,
De furor todo, y de discordia lleno,
Siguiendo de Axartaf el horrible intento
Que del Christiano busca el perdimiento.

Teniendo á la cruel guerra apercebida
La tierra toda, el bárbaro previene
Como por agua sea defendida,
Para el seguro del temor que tiene.
Pide á Tanjar y á Ceuta, que sea unida
Su fuerza, qual á todos les conviene,
Y por agua le hagan cruda guerrra,
Al que él pensaba darsela por tierra.

Los dos principes Libicos siguiendo
De Axartaf la demanda, aderezáron
Sus baxeles, y gente apercibiendo
Al agua en siendo tiempo los echáron.
A Aben Mufat, venian obedeciendo
Los de Tanjar, y en Ceuta señaláron
A Ozmin, de nacion Tártara, escogido
Cosario, en mar y tierra cónocido.

Sale de Ceuta la enemiga armada
Con tiempo, mar y viento favorable
Llega sin ser de cosa contrastada
Al puerto de Alarache inexpugnable.
Aquí de nueva gente reforzada
Alza velas, y al mar se da mudable,
Da vista á Gibraltar, pasa derecho
Surcando el peligroso Herculeo estrecho.

Dexa á la diestra mano al celebrado
Calpe, que tiene á Abila en opuesto,
Que del hijo de Jove fué apartado
Vano del otro entrambos siendo un puesto.
Y en estrechez el gran Nereo ligado,
Por entre los dos pasa airado y presto,
Sin refrenar la furia poderosa
Que no cesa jamas, ni aquí reposa.

La Tiria Gades, á la diestra mano
Va dexando, y el Austro que la aspira
El mar le tiene favorable y llano,
Y desde fuera sus ruinas mira.
Así navega el esquadron pagano,
Y seguros del cielo y de su ira,

268 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Sin haber menester ancla, ni amarra
Dobla la punta, y entra por la barra.

Celebrando con caxas, y sonoros
Pífaros, van su próspero viage
Las Africanas fustas, y los Moros
Llenos de orgullo, y bárbaro corage.
Ciertos de haber gran suma de tesoros,
Y yendo así llegaron al parage
Donde el mar vuelve con veloz carrera,
Y comienza la Bética ribera.

Seguro ya de todo buen suceso,
Como ignorantes que de sí confían
Con vana presuncion, y loco exceso
De contemplar las causas se desvian.
Así los Moros de juicio opreso
En su viage próspero se fian
Sin atender, que Dios que los llevaba
Su daño, y destruicion aparejaba.

Llegaba el carro que el soberbio mozo
Quiso regir, á emparejar el dia,
Quando los Moros llenos de alborozo
La flota ven Christiana que venia.
Apréstanse al asalto, y cruel destrozo,
Y dexando las zambras y alegría,
A las armas acuden, y en un punto
El poder todo á consultar fué junto.

Aben Mufar á la galera salta
De Ozmin, y Nazar Scitico guerrero
General de Sevilla, no les falta,
Como el que á todo debe ser primero.

Júntanse todos en la popa alta
(Que por insignia tiene un Dragon fiero
Despedazando un Rey entre sus dientes)
Y Ozmin dice en voz alta á los presentes.

La favorable suerte que tenemos
Que en nuestro bien y ayuda se nos muestra
Claro se ve en la ocasion que vemos
Que está segura, y de la parte nuestra.
Con este presupuesto no aguardemos,
Sino sigamos la ventura diestra
Que como veis, nos trae á nuestras manos
La flota sin pensar de los Christianos.

Treinta fustas traemos reforzadas
De quanto pide la ocasion presente,
Seguras que ser puedan contrastadas,
Aunque se junte el gran poder de Oriente.
Las Christianas segun están contadas
Son trece solas, y con poca gente,
De treinta á trece ved la diferencia,
Y si está la vitoria en contingencia?

Que en ellos demos presto es lo que importa,
No den la vuelta con huida infame,
Que la ocasion los términos acorta,
Y no cumple dexarla que nos llame.
Vean si en ellos nuestra espada corta,
Y que su sangre hay quien la derrame,
No se difiera mas, hágase luego
(Como dicen) la guerra á sangre y fuego.

Aben Mufar en pie, y la mano puesta
En el lunado alfange, así responde;

No hay que aguardar, que la ocasion es esta
 En que el decir y hacer se corresponde.
 Nuestra flota al momento sea dispuesta
 Como á ninguno de los tres se asconde,
 Que la vitoria cierta la tenemos,
 Y tarda lo que aquí nos detenemos.

Nazar aprueba el uno y otro acuerdo,
 Y dice, con tan cierta confianza
 No me parece que es decreto cuerdo,
 Que en ocio esté el escudo, alfange y lanza.
 Que siempre oí decir si bien me acuerdo
 Que estar suele en peligro la tardanza,
 Y que la diligencia en lo dudoso
 Suele hacerlo próspero y dichoso.

Vamos adonde el santo Alá nos llama
 Por milagro, á ofender los que lo siguen,
 Haga el templado acero, y viva llama
 Estrago fiero, en los que nos persiguen.
 Derramemos la sangre al que derrama
 La nuestra, que razones hay que obliguen
 A ello, que en tan célebre vitoria
 Si es grande el premio, no es menor la gloria.

Estaba en la galera una hermosa
 Mora, que Ozmin traia procurando
 A Botalhá, encendida y querellosa
 Que en largo olvido la dexó aguardando.
 Y oyendo la consulta belicosa
 Salió, y licencia de hablar tomando,
 Celosa y llena de amorosa ira
 De aquesta suerte prosiguió Tarfira.

Valientes Capitanes, cuyo nombre
Celebra con glorioso honor el mundo,
El femenil acuerdo no os asombre,
Pues no os asombrará todo el profundo.
De estar aquí es la ocasion un hombre
Que en desleal y crudo es sin segundo
Sin que os diga quien es, en decir esto
Ser Botalhá lo hace manifesto.

Este, dexando el regio señorío
De Marruecos, habita aquí en Sevilla,
O sea por su gusto ó desvario,
Que tal debe de ser el que lo humilla.
Pues siendo Rey, al Reyno da desvio,
Y trueca en vasallage la alta silla,
Y esto decir me hace, que es locura
Su estada aquí, si nó es mi suerte dura.

Buscando á este mi enemigo vengo,
Confiada en Ozmin vasallo suyo,
Que de la pena y el dolor que tengo
En que la vida y el honor destruyo;
Me hará libre, con venir tan luengo
Viage, y el aleve por quien huyo
De mi sosiego, me pondrá presente
Donde fin ponga al mal que siento ausente.

De esta ocasion, señores ha nacido
Ocupar yo esta real galera,
En donde humilde (si es razon) os pido
Me deis lugar á que os ayude ó muera.
Que yo haré mi nombre esclarecido
Con claros hechos, de una á otra esfera.

Y pidoos esto, porque sea notoria
Para lo que se espera mi memoria.

El varonil esfuerzo de Tarfira
Agradó á todos, y de oirla fuéron
Satisfechos, y en medio de su ira
A Ozmin solo la causa remitiéron.
A su galera apriesa se retira
Cada uno, y en órden se pusieron
Para dar la batalla, aderezando
Las cosas, que iba la ocasion forzando.

Formáron su esquadron en media luna,
Llevando el cuerno de la mano diestra
Aben Mufar, que sin tardanza alguna
Soberbio en la alta popa se demuestra.
Nazar seguro en sí, y en la fortuna
Que á confiados suele ser siniestra,
Tomó la punta del siniestro cuerno,
Y el medio Ozmin por fuerza y por gobierno.

Con esta órden, y una boga blanda
Poco á poco se iban acercando
A la Christiana flota, que en demanda
Suya, venia su esquadron formando.
Y el Capitan que la gobierna y manda,
A sus soldados fuertes animando,
Poniéndoles delante el nombre y gloria,
Y el provecho que habrian de la vitoria.

No hagais caso (en alta voz decia
El invencible Bonifaz) que sea
Esa flota doblada que la mia,
Con tanta gente y armas de pelea.

Si quando venga toda Berbería,
Todo el oriente junto aquí se vea,
Llevando á Dios qual va de nuestra parte,
No hay que temer terrestre fuerza ni arte.

Esto decia el Capitan Christiano
A los suyos, y todos en voz alta
Responden, que las armas en la mano
Tienen, que por qué al bárbaro no asalta.
Que esté cierto, que todo el Otomano
Poder no les hará que hagan falta,
Ni su valor descaecerá aunque venga
El mundo y en contrario allí lo tenga.

Puesta ya en orden la Christiana armada,
Hecha un ala se acerca á la enemiga,
Que á este punto partió á Boga arrancada,
Segura que su intento se consiga.
Arremete con ira desatada
Contra el Christiano, que á embestir le obliga
Con no ménos valor y fortaleza,
Con ménos arrogancia y mas destreza.

Roncas trompas, discordes tamborinos,
Algazara confusa, estruendo horrible
Se oia, y en los valles convecinos
El son resuena y el clamor terrible.
Betis, de sus asientos cristalinos
Salió fuera, dexando el apacible
Sitio del grave peso compelido,
Del penetrable estruendo y alarido.

La Lybica y Christiana armada mira
Trabada en dura y espantable guerra,

Ardiendo en saña y en rabiosa ira,
Que executar la una y la otra cierra.
La una innumerables tiros tira,
La otra golpes que ninguno yerra,
Arde el furor, arde el corage ciego,
Con igual furia que alquitran en fuego.

Las voladoras flechas esparcidas
Por el ligero ayre con braveza,
Y las flexibles hastas impelidas
Con ira y saña, y con mortal crueza.
A muchos privan de las dulces vidas,
A la muerte rindiendo su fiereza,
Caian á donde con feroz denuedo
Vencia la muerte, y no el cobarde miedo.

Por todas partes daban todos muestra
De su valor, y defendian su parte,
El de la diestra mano y la siniestra
Al de en medio siguiendo en orden y arte.
El Christiano esquadron, y el que lo adiestra
Administrado por Minerva y Marte
Con tanto esfuerzo y orden combatia,
Que grande estrago en el contrario hacia.

A un tiempo dos galeras se aferraron,
Reforzadas de gente, á una Christiana,
Y otras tres que á los lados se hallaron
A la de Bonifaz, la capitana.
Y una tan fiera y cruda lid trabaron,
Que lástima pusiera á la inhumana
Discordia, y el furor se condoliera,
Y pavorosa Thesiphon huyera.

El Christiano navío, que combatido
De las dos fustas bárbaras se via,
Con ánimo y valor esclarecido
Cruel matanza en su defensa hacia.
Suenan los duros golpes y alarido,
Huye el temor, y crece la osadia
En los lunos y otros, aunque en vano
Se esforzaba el ejército Pagano.

Que en medio desta furia y cruel combate,
La una galera al fondo fué hundida,
Y la otra á la lid le dió remate
Desecha y sin quedar hombre con vida.
Ozmin furioso sin que mas dilate
Punto, á la capitana combatida
De otras tres fustas su galera allega,
Y bordo á bordo echado el ferro apegá.

Aquí el furor armígero se enciende,
Con mayor furia y con mayor denuedo,
Aquí el vencer y no el vivir pretende
Quien al honor la vida ofrece ledo.
El bárbaro cruel sube y deciende,
Sin que le ocupe ni detenga miedo,
Hínchese la Christiana nao de gente,
Que cerca en torno al Capitan valiente.

No teme Bonifaz su ira y fiereza,
Antes espera su furor airado,
Qual javalí ardiente en la aspereza
De los montes altísimos guardado.
Que sintiendo el ladrido y la braveza
De los canes, espera denodado,

Y en medio dellos con furor se mete,
Y sin temor á todos acomete.

Así el constante Capitan aguarda
A la turba de lybicos guerreros
Que ni le turba, mueve, ni acobarda
La muchedumbre de enem'gos fieros.
Vuelve y revuelve golpes que no tarda,
Piernas, brazos cortando á los primeros,
Y estos huyendo, á los que atras venian
Encima atropellándolos caian.

Por la ancha nave pavorosos vuelven,
Con vergonzoso miedo desmayando,
Estos y aquellos ciegos se revuelven,
Gritos de miedo y de turbados dando.
Los Christianos con ellos mas se envuelven
Quanto mas se les iban desviando,
Ozmin da voces en el paso puesto,
Que le sigan y habrán victoria presto.

Tarfira acude, el mugeril vestido
Revuelto al cuerpo, y la hermosa mano
Ocupada de acero endurecido,
El fuerte escudo al pecho soberano.
El cabello de oro reprimido
Con duro yelmo, en el poder Christiano
Se arroja dando ánimo á su gente,
A Bonifaz se pone frente á frente.

Ciega de ira, el brazo alzando fiera
(Aunque cercada de una y otra parte
De la enemiga esquadra la guerrera
A quien enseña amor la marcial arte)

Un golpe dió al Christiano de manera
Que del escudo la mitad le parte,
Y con otro acudiéndole del brazo
Se lo arrancó sin dexar pedazo.

Bonifaz, que no ménos animoso
Que ella furiosa, hiriéndolos andaba,
Arremete con ella furioso
Y con soberbios golpes la aquejaba.
A este punto llega pavoroso
Ozmin, que voces á los suyos daba
Que maten al Christiano, y los Christianos
Defienden su Christiano á los Paganos.

Renuévase de nuevo la batalla
Con mas furor que nunca se vió en ella,
Los Christianos haciendo por ganalla,
Los Moros procurando no perdella.
Aben Mufar, seguro de alcanzalla
Vuelve la proa, sin curar de habella,
Viendo de Ozmin arder la capitana,
Que el ferro tenia echado á la Christiana.

Un frio pavor en ellos cayó luego,
Que les cortó los ánimos, de suerte
Que sin aguardar mas, huyendo el fuego,
En el agua á hallar venian la muerte.
Despártese la lid, y sin sosiego
A su fusta huyendo va el mas fuerte,
Teniendo por victoria conocida,
Salvarse en ella con infamia en vida.

Tarfira, al fin como muger temiendo,
Aunque en su esfuerzo no mostró flaqueza,

De sus galeras el destrozó viendo,
Y en los contrarios tanta fortaleza,
Su persona salvar quiso huyendo
Confiada en su presta ligereza,
Y al saltar, yendo en el baxel amigo,
Puso el pie en vago y dió en el río consigo.

Al bordo estaba en su galera puesto,
Abul Hacén, famoso y fuerte Moro,
Diestro en las armas y en maldades presto,
Rico de ingenio y pobre de tesoro.
Que á su Rey siendo con razon molesto,
Porque en lealtad no le guardó el decoro,
Huyendo del castigo que esperaba
Siempre de Tunez en destierro andaba.

Y esta jornada siéndole notoria
Vino á hallarse en ella, con deseo
de alcanzar, alcanzando la victoria,
A su necesidad rico trofeo
Y al nombre infame y la perdida gloria
Dar nombre honroso, y el renombre feo
Borrar con hechos, que por ellos fuese
Libre de infamia, y con honor viviese.

El contrario suceso estando viendo,
Y de su flota el conocido daño,
Amargamente de dolor gimiendo,
Atravesado de un dolor extraño.
Y á la hermosa Mora conociendo
Puesta en un riesgo sin pensar tamaño,
De la veloz corriente combatida,
O á varias partes sin parar traída.

De lástima y amor tocado el pecho,
Do vivió siempre la discordia fiera,
Contra su natural la ira y despecho
Puesta á una parte, y vuelto en blanda cera,
Va á socorrer el peligroso estrecho
De Tarfira, que estaba de manera
Que ya las aguas la tenían de suerte
Que no podía esperar sino la muerte.

Rompiendo el agua qual delfin ligero,
Con fuerte pecho y con nerviosos brazos,
Va á socorrer la Mora el Moro fiero,
Esperando por premio sus abrazos.
Que á conquistar el espantoso impero,
Y á hacer todo su poder pedazos
Se obligara el Pagano por tocallo
La mano, quanto mas por abrazalle.

Llegó el Moro, y Tarfira pavorosa
Tendió el hermoso brazo y del se hace,
Y con el otro acude presurosa
Y el cuello en torno que lo cerque hace.
Qual á su amante Salmacis hermosa
Tarfira hace al Moro que se enlace
Con el estrecho abrazo, y él cortando
El agua sobre sí la va sacando.

Poco á poco en aqueste peligroso
Trabajo iban los dos de esta manera,
El con su carga alegre y animoso,
Ella cansada, congojosa y fiera,
Corto parece al Moro el espacioso
Trecho, y desea nunca verse fuera,

Temiendo si en la tierra perderia
Aquel bien que en el agua poseia.

Esto consideraba el Sarracino.
Aunque le daba su ánimo seguro
Que ninguno de gloria tal es digno.
Si no era el Rey, y quien él le era perjuero.
Que en esta suerte amor le era benigno,
Y así glorioso en su trabajo duro
¿Quién vió (iba diciendo) tal extremo (mo?
Que encienda el agua el fuego en que me que-

Tocó á este punto el suelo con la planta
El encendido Moro, y vuelve á ella
Diziendo si te aflige, ó si te espanta
El agua, de la tierra puedes vella.
Ya la puedes honrar y hacer santa,
Y por seguro y gusto poseella,
Inclinó el cuello, el dulce peso larga,
Mas dulce que al Troyano Eneas su carga.

Fatigada Tarfira, aunque contenta
De haber el grave estrecho guarecido,
A respirar y á descansar se asienta,
Del ansia y del cansancio recibido.
Agua dando de sí, que representa
En fuente ó rio haberse convertido,
Que á la sedienta arena humedecia
La liquida corriente que salia.

La memoria que nunca está quieta,
Cuchillo fiero del mortal reposo,
Que siempre aflige, turba, y siempre aprieta
El animo mas libre y mas gozoso.

A la zelosa Mora aquí inquieta
Su estado, viendo extraño y riguroso,
De un cabo al enemigo á quien procura,
De otro su gente en tanta desventura.

Los dos bellos luceros vuelve, y mira
La flota suya navegar huyendo,
Y á la contraria como se retira
Los depojos de Lybia recogiendo.
Enternecida de dolor suspira,
En el poder de los Christianos viendo
Tres fustas suyas, y encendida desto
Se levantó y camina á paso presto.

Un fértil llanó por allí se tiende
Con largo espacio, rico, y opulento,
De ganado y labor, por aquí tiende
El paso ardiendo en ira y descontento.
Y sin mirar que el caminar le ofende,
La tierna planta sin tomar aliento,
Tres leguas caminó, y siendo rogada
Del Moro, paró aquí sin sentir nada.

O poderoso amor, y como puedes
Con los que en ley tu tiranía reciben,
Como les niegas, como les concedes
Los premios, como mueren, como viven.
Das el afan y el llanto por mercedes,
Haces que riesgo ni cansancio esquiven,
Que no curen de honor, ni á gloria aspiren,
Ni á cosa mas que al gusto tuyo miren.

Buen testimonio desto da Tarfira,
Su lastimado y encendido pecho,

Pues ni en cansancio ni en deshonra mira,
 Ni verse puesta en riguroso estrecho.
 Tras la fuerza de amor que su alma tira,
 Forzada va, dispuesta á qualquier hecho,
 Que ni el trabajo ni el temor le impide
 Llegar á donde su deseo le pide.

En el desierto llano, por el ruego
 De Habul Hacén, á descansar forzada,
 Ardiendo en vivo y amoroso fuego,
 Aunque en las hondas Béticas mojada.
 La causa al Moro le refiere luego
 De su trabajosisima jornada,
 No llamando trabajo el que sufria
 Sino descanso, gusto y alegría.

Todo el discurso largo de su historia
 Los trances y trabajos recibidos
 Por Botallíá le trae á la memoria,
 Aunque algunos con llanto interrumpidos.
 El Moro que los oye, y ve su gloria,
 Conmovida, y de llanto enternecidos
 Los dos rayos que al dia dan su lumbré,
 Dice, dexando su feroz costumbre.

Dexa (ó bella señora mia) ese llanto,
 Limpia esos claros y divinos ojos,
 No te fatigues ni congojes tanto,
 Porque no me den muerte tus enojos,
 Todo lo que te aflige y da quebranto
 Olvida, y haz de mí nuevos despojos.
 De mí que desde hoy en ley divina
 Debo ser tuyo, y tú serme benigna.

Si del Rey de Marruécos el ausencia
Forzada te sacó del patrio nido,
Si te puso su amor en contingencia
De acabar, como hubieras concluido,
No debe ya tener la preeminencia
En tu alma, ni ser de ti querido,
Sino el que en salvo como estas te puso,
Si de razón no se previerte el uso.

Esta ocasion el cielo la encamina,
Que con medios humanos no es posible,
Esta sin duda es voluntad divina,
Este es milagro como ves visible,
Este lo que ocasion haras indigna,
Y esceso grande y en razon terrible.
Trocar un Rey por un vasallo suyo,
Esa es mi fuerza y el descargo tuyo.

Mira que aunque no igual en suerte, tengo
En la nobleza de los Reyes parte,
Dellos qual sabe toda Lybia vengo,
Y qual queriendo puedes tu informarte.
¿Mas para que con esto te entretengo?
Si yo que te libré debo adorarte,
Yo la vida te di, por mí estas viva,
Luego en razon mi amor al del Rey priva.

La cauta Mora, al encendido Moro
De su razon cortar queriendo el hilo,
Sin responder guardándole el decoro,
Y de ingrata huyendo el baxo estilo.
Largó la mano, y las madejas de oro
De la trenza afloxó, y con nuevo filo

Amor al Moro le atraviesa el alma,
Que ya rendida le ofrecia la palma.

Con grave rostro y sesgo movimiento,
Con descuido cuidadoso, descuidada
Tarfira comenzó á darlas al viento,
Y á desatar por sí cada lazada.
El Moro las contempla y mira atento;
Y á la Mora en aquesta obra ocupada,
Arde, padece, y lleno de fatiga
A volvelle á decir su mal le obliga.

Tornó á ponerle su razon delante
Por los mejores términos que pudo,
Que la fuerza de amor es tan bastante
Que hace ser Demóstenes á un mudo.
Ella con pecho y voluntad constante
Su fe poniendo á todo por escudo,
Satisfaciendo á lo quel Moro pide,
Y á la ocasion esta razon despide.

No te puedo negar, ó amigo mio,
Que la vida que tengo te la debo,
Que ya acabada fuera en este rio,
Y que vuelvo á vivir por tí de nuevo.
De tu razon la mia no desvio,
Lo propio que tú dices yo lo apruebo,
De quanto me quisieres hacer cargo
Puedes con razon justa, aunque andes largo.

Este conocimiento, esta memoria
No se puede borrar de mí aunque muera,
Ora me suba el cielo á mayor gloria,
Ora me traiga en esta suerte fiera.

Mas que olvide al que hizo su victoria
Del alma mia, es eso de manera
Que primero que á tal ose atreverme,
Al riesgo en que me vi volveré á verme,
Porque primero que en mi fe se vea
Mudanza alguna, se verá primero
Sin luz Apolo, y la noturna Dea
Con igual luz dorar nuestro emisphero.
Esto la causa hace que se crea,
Por ella vivo, y en ella morir quiero.
Que no se apaga llama tan ardiente
Con tan poca agua, ni tan fácilmente.

Mas ruégote, pues tanto se adelanta
En tí el valor y claro entendimiento,
Que la virtud que usaste heroica y santa,
No manche tan contrario pensamiento.
Pues del mio, no hay fuerza que sea tanta
Que me fuerce á que haga mudamiento,
Con este presupuesto, ó ilustre Moro,
Como á quien me dió vida, amo y adoro.

Un helado pavor le cortó y puso
Freno á la lengua, que ocasion tan grave
Las cosas saca y mueve de su uso,
Y mas en las que tiene amor la llave.
Sin saber que hacer está confuso,
Qual el piloto que llevó la nave
Por el peligro, y quando llegó al puerto
De lo que contó lo halló incierto.

Crejó que por haberla guarecido
A la hermosa Mora el Moro fuerte.

Su gusto al suyo estaba ya fendido, sup sale
 Que ya moverla no podía aun la muerte, se
 Y no entendió el amante no entendido, q sup
 Que en los casos de amor varia la suerte, se
 Que no es tan cierto el mas seguro y firme,
 Que en estado seguro se confirme. se

Aunque aquejado y lleno de fatiga, sal ale
 De la contraria suerte á su esperanza, gi no
 A persuadirle y responderle obliga, o al o se
 Por entender que habrá en muger mudanza,
 Y empezando á decir dulce enemiga, se sup
 Gloria á mi pena, honor mio y confianza, se
 Porque á esta razon vió que venia, se sal
 Un Moro de á caballo que huia. se se se se

Púsose en pie el alfange apercibiendo, se
 Que solo de su fusta habia sacado, se sal
 Quando á Tarfira á priesa socorriendo, se
 Qual se halló en el rio había saltado. se sup
 Con este aguarda, á ella previniendo, se se no
 Que no se turbe ni le pierda el lado, o se
 Que él la sacará libre de aquel punto, se
 Del mundo y del infierno todo junto. se

Ella riendo le responde, ¿ entiendes se sal
 Habul Hacén, que yo no tengo manos? se Y
 Si entiendes tal, entiende que me ofendes, se
 Y entenderé que son tus dichos vanos. se
 Y si en batalla entrar por mí pretendes, se
 Yo por tí pelearé con mil Christianos, se
 Dame ese alfange y siéntate á mirarme,
 Y verás si te guardo y se guardarme. se A

Holgóse el Moro y dixo, yo no dudo
Que pueden mas tus manos que prometes,
Pues solo un golpe un alma rendir pudo
Que teme el mundo, y tú á tus pies sometes.
Defiéndele, pues quieres ser su escudo,
Mas ha de ser que dentro en ti la aceptes,
Que llevándola dentro de tu pecho
Será el rendir un mundo corto hecho.

Estando en esto, el Moro que venia
Fatigando el caballo veloz, páraose
Junto á los dos y dice, el ansia mia
Este sudor y sangre la declara.
Por él conoceréis que en este dia
Fortuna fierá huye y desampara
A la gente Agarená, y favorece
A la que la persigue y aborrece.

De Sevilla salimos enviados
Por el Rey dos mil hombres de pelea,
Escogidos por él, y aderezados
De quanto pide la ocasion que sea.
Y vamos, á que fuésen ayudados
Los de la flota, que Axartaf desea
Que ocupe esta ribera, en que consiste
La redencion de nuestro estado triste.

Veníamos, y el cielo que nos sigue,
O Alá, que de su mano ya nos dexa,
Permitió, por quel daño nos obligue
A estar en sujecion ó eterna queja.
Que con la gente que su honor persigue,
Y á los que lo adoramos siempre aqueja.

Topásemos, y entrados en batalla
La victoria al contrario quiso dalla.

Desbarátanos, y en alcance viene
De los pocos que restan con la vida,
A quien honor ni esfuerzo los detiene
De la afrentosa infame y vil huida.
Yo, viendo aqueste cuerpo que no tiene
Parte que no señale una herida,
Desangrado y del modo que estey vengo.

Ya como inútil que valor no tengo.

Y pues el cielo (en esto piadoso
A mi desdicha) aquí me ha conducido,
Y en un trance tan triste y peligroso
A que me deis amparo me ha traído,
Favoreced mi estado doloroso,
Que de vos puede ser favorecido
Solo, con que la fuerza de esta sangre
Me tomeis, porque mas no me desangre.

El diestro brazo en el arzon postrero
Firmó, y al suelo acometió arrojar se,
Y aunque de esfuerzo el Moro estaba entero
La fuerza le faltó para ayudarse,
Corrió á este punto Habul Hacén ligero
Y el hombro le arrimó en que reclinarse
Pudiera, que la fuerza que lo acorre
Sustentar sobre sí podia una torre.

De la silla, á sus hombros traspasado
Donde Tarfira dixo lo descarga,
Teniéndole por lecho aparejado
El duro suelo, y su deshecha adagra.

Y en tantas partes viéndolo llagado,
Gime, y la cura que sabia no alarga,
Que Hueyla su ama le enseñó en secreto,
Para remedio á semejante aprietó.

No aplica yervas de virtud secreta,
En Asia por milagro producidas,
Ni á infernarles espíritus sujeta,
Que por fuerza le sean allí traídas,
Mas las llagas le toca, y las aprieta,
Con su mano, y palabras no entendidas
Al oído le dice mansamente,
Con sesgos ojos y serena frente.

Con esto, poco á poco iba cesando
El fluxo de la sangre, y quando estuvo
Libre á su parecer, el rostro alzando,
Mirando al Moro espacio lo detuvo.
Y de nuevo las llagas refregando
Le dixo, el cielo que te truxo, y tuvo
Compasion de tu vida, ha detenido
La sangre, porque seas guarecido.

Ahora solo te conviene ir presto
A donde con segura medicina
Las llagas cures, pues en este puesto
Cosa no hay para ese efecto digna.
Yo (la responde el Moro) estoy dispuesto,
Pues la suerte me ha sido tan benigna,
Volverme á entrar en la Ciudad, por donde
Está un camino, que al comun se asconde.

Por este con segura confianza
Iré á donde guarecerme pueda,

Porque no quede sin tomar venganza
De esa mi sangre, que vertida queda.
Y de este estado viendo la mudanza,
Quanto la vida el cielo me conceda,
Ocuparé en servirte y celebrarte,
O santa Mora, y como Alá adorarte.

Solo que me digais qual suerte os lleva
Por esta parte, así tan fatigados
Os suplico, y si os es la tierra nueva,
De donde sois, y como sois llamados.
Habul Hacén, le respondió esta es prueba,
En que probarnos quieren nuestros hados,
Yo soy Habul Hacén, y en Tunez tengo
Mi casa, y de la sangre real vengo.

De esta divina Mora el claro nombre
Es Tarfira, de ilustre decendencia,
Viene á Sevilla procurando á un hombre
De real sangre, y de real potencia.
Este faltando del real nombre,
Hále faltado en fe, y hecho ausencia
De Marruécos, do está su cetro y silla,
Olvidado de todo por Sevilla.

Abdalac respondió, bien sé esa historia,
Y á Botalhá conozco, que es mi amigo,
Por el la sé, y Muley la hace notoria,
Que es su competidor y su enemigo.
De aqui procede el no tener memoria
De ti, del cetro, ni del patrio abrigo,
Porque á la Infanta Alguadaira pide
Por muger, y Muley la ama, y lo impide.

Todo el discurso te diré, pues vamos
Juntos, y el nombre mio juntamente
Que es Abdalac, señor de esto en que estamos,
Hasta el real de la enemiga gente.
Y así, todo este llano que miramos
Quiero á Tarfira gloria de occidente
Quel llano de Tarfira sea llamado,
Que de Abdalac solia ser nombrado.

Pues aquí tuve por tu mano vida,
Vida á tu nombre aquí le daré eterno,
Que no lo acabe el tiempo en su huida
Mientras el sol durare en su gobierno.
La Mora se le muestra agradecida
En el semblante, y al afecto tierno,
Que de su amante habiendo el cuento oido
Le habia el zelo y pena enternecido.

Llegó Abdalac á Tarfira su caballo
Despues que sus razones concluyéron,
Y á Habel Hacén rogó quiera tomallo,
Pues á Sevilla van qual le dixéron.
Ninguno de los dos quiso acetallo,
Mas un acuerdo entrambos Moros diéron,
Que Tarfira en la silla se pusiese,
Y que en las ancas Abdalac subiese.

Siguió la obra a lo que fué propuesto
Principió al punto dando á su camino,
De Tarfira dexando el fértil puesto,
Llevando al Batis siempre por vecino,
Que ufano encima de sus aguas puesto
Mira el blason y ejército divino,

Que por sus hondas sin temer ultrage
A la otra banda quiere hacer pasage.

Ascondió la cabeza en su globoso
Centro de perlas y luciente oro,
Y con voz alta dice presuroso,
En medio puesto de su ilustre coro.
Este es el tiempo alegre y glorioso
Que yo esperaba, y el que siempre adoro,
Este es el tiempo que me habeis oído
Profetizar, del cielo prometido.

El tiempo es este, en que el Pagano fiero
Teñirá con su sangre mi corriente,
Y lanzado será del Reyno Ibero,
Por fuerza de armas de Christiana gente.
Este es el tiempo, que cuidadoso espero
Por verme en él qual ya me veo presente,
Que de Geber la torre milagrosa
Por insignia tendrá una Cruz gloriosa.

El tiempo es este, que en lo alto della
Un Christiano Leon se verá puesto,
Que por su mano subirá á ponella,
Del Rey mandado, y elegido en esto.
Este es el tiempo que podemos vella
Libre del rito de este pueblo infesto,
Y al verdadero culto dedicada,
Del Dios que habita la region sagrada.

Llegada es ya la gloria que esperamos,
Ya el varon santo prometiendo vemos,
Ya la opresion del bárbaro en que estamos
Trocada en dulce libertad tenemos.

Ahora resta solo que acudamos,
Y á su gente las aguas soseguemos,
De suerte, que el contrario que lo espera
No le pueda impedir que salga fuera.

Ya veis que está el pasage aderezando
Don Pelayo Correa, ya veis que viene
Al Axarafe, y que le está aguardando
El Rey de Niebla, y el poder que tiene.
A la lengua del agua está ordenando
Que el Christiano á salir se desordene,
De modo, que estorbándoles la tierra,
Ellos les den y nuestras aguas guerra.

Así ó amigas mias vamos luego,
Vamos, y favor demos al Christiano,
Qual en medio del mar al sabio Griego
Otras Ninfas libraron con su mano.
Tú Silis, y tú Leucia, haced mi ruego,
Y las demas seguid mi intento humano
En que amparemos la Christiana gente,
A quien el paso impide mi corriente.

Esto diciendo, sin parar camina
Betis, y al centro decendió profundo,
Dó la globosa urna cristalina
Tiene, con el licor que riega el mundo.
Y en el húmido pecho la reclina,
Y al Atlantico mar vuelve el jocundo
Curso, y las bellas Ninfas esparcidas,
Las aguas quietaban conmovidas.

Unas al centro se hundian ligeras,
Y el arenoso asiento reposaban,

Otras por cima de las dos riberas
Del marino refluxo las vaciaban.
Otras mirando están las armas fieras,
Que desde Aznalfarache amenazaban
A los Christianos, y al remedio desto
El medio ocupan de uno y otro puesto.

Miéntras en esto andaban cuidadosas
Las Ninfas, y el gran Betis ocupado,
El Maestre juntando está las cosas
Que convenian al presente estado.
Sobre trabadas vigas las forzosas
Planchas amarra, y cerca por el lado
De fagina, con balsas levantadas,
Con fuertes cuerdas por el bordo atadas.

Los ingeniosos tiros que de fuera
Hieran los enemigos, y detengan,
Para que tomar puedan la rivera,
Aunque sobre ellos á estorballes vengan.
En planchas van poniendo de manera,
Que sobre sí las aguas los sostengan,
Que ni el peso llevarlos pueda al centro,
Ni ellos faltar de hallarse en el recuento.

Todo ya en órden, todos ya aprestados,
Los caballeros y caballos prestos,
A la lengua del agua aderezados,
Y los Infantes en quarteles puestos.
Don Pelayo, así viendo á sus soldados,
Y los pertrechos bélicos dispuestos,
Habiendo dado el órden conveniente
A todos, que guardasen igualmente.

Porque la noche tenebrosa y fria,
Llena de horror, y de tiniebla oscura,
Cubriendo el mundo, el manto descogia,
Y el sueño su estrellada vestidura.
Aguardando el Maestre el nuevo dia,
Para pasar del Betis la hondura,
El fatigado cuerpo al sueño entrega,
Mientras la luz que lo encamine llega.

LIBRO UNDECIMO.

Todas las cosas que cobija el cielo
En quieto silencio reposaban,
El viento y las olas en el frio velo
De la noche en tranquila paz estaban.
Las aves suspendidas de su vuelo,
En los ojerosos árboles callaban,
El rugiente leon, y el tigre airado,
Y el voraz lobo al sueño está entregado.

La invidia sola en su dañosa vela
Estaba con la rabia que le mueve,
Entre sí deshaciéndose qual vela
Al fuego, ó al sol ardiente blanca nieve.
Fatigase, consúmese y recela,
Que Botalhá tan sin fatiga lleve
El favor de la Infanta, sin que sienta
El duro estado de Muley y afrenta.

De infernal saña conmovida , acude
A los remedios con que aquesto ataje,
Haciendo á Botalhá que se le mude
Aquel contento en muerte y duro ultrage,
Y así quiere valerse, y que le ayude
A executar su horrible y cruel corage
La sangrienta discordia , á la qual llega,
Y de esta suerte congojada ruega.

Amiga mia. ¿qué ocasion te tiene
Tan desviada del dolor que tengo?
¿Tan agena de hacer lo que conviene,
Y tan fuera del ansia con que vengo?
¿Siendo tu viva , es justo que yo pene
En un martirio y un afan tan luengo?
Esa quietud desecha , ese sosiego,
De rabia te arma , de crueza y fuego.

De tí qual siempre quiero ahora valerme,
Pues en mayores cosas me has valido,
Pues por mi gusto , y por honor hacermé
Infierno , tierra y cielo has conmovido.
De que (si aquesto sé) ¿puedo temerme?
Si no pedirte lo que humilde pido ,
Que aquel Lybico Príncipe , que asconde
La Infanta , y en amor le corresponde.

Que al punto con tu brazo poderoso,
De aquel regalo lo derribes presto,
Privale con discordia su reposo,
Máucha con sangre el escondido puesto.
Dale aviso á Muley de su afrentoso
Ultrage , que él dará el remedio en esto,

Acude al que lo procura, acude
Que no hay quien mejor que él su estado mude.

Crugió los dientes, retorció las manos
La miserable invidia, suspendiendo
La voz y la razón y ruegos vanos,
Y entre sí propia se quedó gimiendo.
La civil peste, horror de los humanos,
Alargó el brazo el de la invidia asiendo
Con espantable voz, y rostro airado,
Esta respuesta la discordia ha dado.

No estoy tan descuidada como entiendes,
Ni al reposo mi espíritu entregando,
Que si de invidia y odio el alma enciendes,
Ira y furor me están la mia abrasando.
Los propios daños que hacer pretendes,
Me están para hacerlos yo instigando,
Y esto será de suerte que tu veas
Cumpliendo mi deseo, lo que desees.

Un orden tengo imaginado horrible,
Que será causa de mortales daños,
Que en un estrecho los pondrá terrible,
Si del infierno pueden los engaños.
Tú haz lo que á tus fuerzas es posible,
Yo con las mias haré los mas extraños
Males, que nunca hice, ni se han visto
Entre la gente Lybica y de Christo.

Esto diciendo, una culebra apaña
De escamas negras, y fogosos ojos,
Y con rabia infernal y furia extraña
Se la tragó, encendiendo sus enojos.

Y sin aguardar mas, ardiendo en saña
Y en invidia, á hacer fieros despojos,
Tomó las armas con que el mundo asuela,
Y á dar principio á sus designos vuela.

Sin detenerse ni ocuparse en cosa,
A Muley Bohacén llegó que estaba
Reforzando la guardia poderosa,
Quel aposento de Axartaf velaba.
Viéndolo aquí, la voz alzó furiosa
La enemiga del cielo, y dice acaba,
Acaba ya Muley, toma venganza
En quien te ofende, y goza tu esperanza.

Acude á tí, y á Botalhá castiga
Con dura afrenta, y con cruel castigo,
Y empieza en él, y acaba en tu enemiga
La Infanta, que lo tiene allá consigo.
Que ni le altera la marcial fatiga
En que su padre está, y el pueblo amigo,
Solo su gusto infame en tu desgusto
Le agrada, da contento y es su gusto.

Cumplir ahora puedes tu deseo,
Si desees que acabe tu deshonor,
Ahora hacer puedes el trofeo
De los dos que lo hacen de tu honor.
No aguardes mas, que en su delito feo
Juntos los hallarás, y si te honra
El real deudo, venga en los aleves
Tu ofensa, honor, y al Rey que tanto debes.

Muley oyendo así nombrar la Infanta,
Y á Botalhá, revuelve furioso,

Y el rostro á donde oyó la voz levanta
Con semblante espantable y pavoroso.
El vestiglo infernal que al mundo espanta,
Huyó envuelto en el velo tenebroso,
Dexando al Moro suspendido y lleno
De nueva ira, su infernal veneno.

Advirtió en todo lo que dicho habia,
Y como estaba Botalhá escondido,
Que consigo Alguadaira lo tenia
Porque no fuese hallado ni ofendido.
Aquí el zelo creció, en que siempre ardía.
Y quedó, qual el Conde quando vido
Con Angelica el nombre de Medoro,
Que al seso y la razon perdió el decoro.

Sacó el alfange, y embrazó el escudo
El zeloso Muley, diciendo muera,
Muera, y quien ha de ser decir no pudo,
Que le trabó la lengua la ira fiera.
Seguíme (á decir vuelve) que no dudo
En la venganza que mi alma espera,
Y sin darle su loco ardor espacio
Dando voces furioso entró en palacio.

Tomó sus armas Arxataf, en oyendo
Las voces conocidas del sobrino,
De los soldados el clamor y estruendo,
Y en medio de ellos á ponerse vino.
Muley en ira y en corage ardiendo,
Fuera de sí en zeloso desatino,
Sin aguardar que el Rey pregunte nada,
Así diciendo alzó la voz airada.

El traidor Botalhá, por quien has puesto
Contra mí tu poder en defendello,
Con tu hija Alguadaira verás presto
En su aposento, si gustares vello.
Del cielo he sido avisado desto,
Que de otra suerte no podia sabello,
Y pues revela el cielo tu deshonra,
Mueran los que te ofenden en la honra.

Muley, no pudo proseguir delante,
Que le anudó la cólera la lengua,
Y así airado en su crueldad constante;
Que en él un punto su rigor no mengua.
El Rey, que de tal caso está ignorante,
Su afrenta viendo, y de su honor la mengua,
Sin dar respuesta, ni hablar palabra,
Va á que la hija el aposento le abra.

Desde el principio la hermosa Infanta
Oyendo al primo estuvo atentamente
Tras la cerrada puerta, y no le espanta,
Que al mas cobarde hace amor valiente.
Mas viendo que su padre se adelanta
Para hacerle abrir, va diligente
Y avisa á Botalhá, que elija el medio
Que en tal peligro á entrambos sea remedio.

Sin alterarse el Príncipe Africano
Del grave caso, se vistió al momento,
Y tomando á la Infanta por la mano
Dixo, viendo su justo sentimiento.
Desecha de tu pecho soberano,
No hagas dentro dél acogimiento

Al cobarde temor que te suspende,
Mira que á tu valor divino ofende.

Acude ó Reynará tí, no te acobarden
Las fieras armas que á buscarnos vienen,
Ni el furor loco en que los tuyos arden,
Ni las ventajas muchas que nos tienen.
Que no hay en quantos vienen dos que aguarden,
Y si aguardaren, á quien no refrenen
Los golpes de este brazo, que en tu nombre
No dexará con vida de ellos hombre.

Esto seria, queriendo tu ponerte
En que mi espada libre tu persona,
En tal caso segura está tu suerte,
Y seguro tu cetro y tu corona.
Mira qual és tu gusto, y déi me advierte,
Y mira que ya el vulgo te pregona,
Y conforme al estado, y lo que importa,
El tiempo en la eleccion señora acorta.

La Infanta, habiendo bien considerado
Lo que el valiente Príncipe decia,
Respondió, poco sirve en este estado
Botarhá tu valor y tu osadia,
Que ir solo un hombre contra un campo armado,
Es mas temeridad que valentía,
Que al fin un hombre hace como un hombre,
Aunque con su valor al mundo asombre.

Aquí el remedio ha de ser que vamos
Huyendo este furor, pues conocemos
La dura afrenta y muerte que esperamos
De los amigos, que seguirnos vemos.

Y pues entre los nuestros no hallamos
Amparo, en los Christianos lo busquemos,
Que aunque son enemigos capitales,
Ellos se apiadarán de nuestros males.

Esta ventana encima de este muro,
Al peligroso trance da remedio,
Por ella sola el paso está seguro,
Pues lo demas mi padre ocupa el medio.
Esto solo nos dexa el hado duro
Que ser nos pueda en este paso medio,
Y pues no hay otro en tan estrecha suerte,
Por nuestro honor huigamos de la muerte.

No le responde el Moro, y la hermosa
Mora le dice, no difieras esto,
No dudes mas, que no es huida afrentosa
Huirle á un Rey, en tal estado puesto.
Y si mi vida ya no te es odiosa,
Acude á lo que digo, y vamos presto,
Que los golpes arrecian, y las puertas
Serán sin duda á su furor abiertas.

El animoso Botalhá obedece
De su Alguadaira el justo mandamiento,
Y por donde la ocasion ofrece,
Huyen los dos sin diferir momento.
Azaraya con llanto se entristece,
Y de temor confusa y sin aliento
Gime, y viendo las puertas en el suelo,
Hecha una estatua se quedó de yelo.

Entran, y el Rey de todos el primero,
El alfange desnudo, dice muera

La aleve Infanta, y falso Caballero,
Que este es el premio que el traidor espera.
Al aposento se abalanza fiero,
Y como no los halle sale fuera,
Busca la casa toda, sale y entra
De un aposento en otro, y nada encuentra.

Pavorosas las damas, y turbadas
De ver al Rey del modo que lo vian,
De las voces que daba amendrentadas
En lo mas apartado se ascondian.
Y como estaban todas descuidadas,
Y nada en lo que dice el Rey sabian,
Todo era confusion, todo era espanto,
Todo gemidos, suspirar y llanto.

Muley furioso no dexaba sala,
Ni ascondido retrete que no mira,
Que en esto mas que todos se señala,
Y mas que á todos la pasion le tira.
Por los ojos sangriento humor exhala,
Y por la boca fuego cruel respira,
Voces horribles sin concierto dando
De una pieza va en otra apriesa entrando.

Halló Azaraya sola en su aposento,
Do Botalhá habia estado recogido,
Que por descuido, priesa ó desatiento
Se le quedó el turbante conocido.
Fué de Muley hallado, y al momento
Lo toma, y á la Mora enfurecido
Por el suelo arrastrando al Rey la lleva,
Diciendo aquí el aleve se comprueba.

No tienes que buscar esta enemiga
 De la traycion ha sido sabidora,
 Ella se halló en ella, ella la diga,
 O ella muera aquí como traidora.
 Sin dar muestra de miedo ni fatiga,
 Así responde la constante Mora:
 ¿Si el secreto pusieron en mi pecho,
 Descubriroslo yo será bien hecho?

Antes con esa espada aqueste cuello
 Dividirá tu poderoso brazo,
 Que fácil cosa te será hacello,
 Y de mí toda no dexar pedazo.
 Que por mí el caso vengas á sabello;
 Que con la muerte desde aquí me abrazo,
 Y porque mi fieltad no caiga en mengua,
 A los tormentos quiero estar sin lengua.

Qual Anaxarcho, con valor constante
 Cerró los ojos, y apretó los dientes,
 Y la lengua cortó, y la echó delante
 Del Rey, y todos los que habia presentes.
 Fué de lealtad la prueba tan bastante,
 Que al Rey templó los fieros accidentes,
 Y viendo el estupendo caso extraño
 Olvidó la memoria de su daño.

Todos suspensos, todos admirados,
 Mirando están la Mora rociada
 De la sangre, que á todos sus pasados
 Podia ilustrar con sangre tan honrada.
 Muley á quien sus ansias y cuidados
 Afligen, y el suceso desagrada,

Dice mirando al Rey, si esto te admira
Bien al remedio tu valor aspira.

Está alevosa Mora desta suerte
El cometido insulto pagar piensa,
Con este hecho á todos nos divierte,
De lo que pide su maldad inmensa.
Mal acuerdo ha tomado, que la muerte
Ha de ser la que vengue nuestra ofensa,
Que si de lengua se privó, yo tengo
Brazos, y así lo que es tan justo vengo.

Qual el hijo de Jove poderoso
Suspendió en alto al hijo de la tierra
Con fuerté brazo y pecho vigoroso,
Con que dió fin á la empezada guerra.
Tal Muley fiero horrible, y desdenoso
(Sin entender si en ello acierta ó yerra)
Sobre sus hombros Azaraya carga,
Y al muro llega, y desde allí la larga.

Disgustó al Rey, y todos se alteráron
Del fiero hecho, y del real disgusto,
Y en los turbados rostros lo mostráron,
Y el Rey en las razones de hombre justo.
Y como vió que todos se indignáron
De la crueza de Muley injusto,
Temiendo en ocasion tan peligrosa
La discordia civil, mostró otra cosa.

Mandó que todos á buscarlos fuesen,
Y él con Muley y con su guardia acude
A que en el muro velas se pusiesen,
Y las que habia el Capitan las mude.

Advirtió que avisados estuviesen
Del caso todos, porque nadie dude
En lo que tanto importa, y deste modo
Requiere, avisa y busca el lugar todo.

Ardese la discordia en ver trocado
Su horrible intento en diferente efecto,
De lo que habia consigo fabricado
Para satisfacer la cruda Alecto.
Y desdeñosa y llena de cuidado,
Sin dar reposo al ánimo inquieto,
De Hispalis salió, y nuevos engaños
A fabricar comienza y nuevos daños.

Tenia á esta sazón del claro Cielo
El medio espacio la nocturna Diosa,
Y el sueño envuelto en su estrellado velo
En ocio estaba y en quietud sabrosa.
Quando el Maestre sin ningún recelo
Que contraste su empresa peligrosa,
Aprestada su gente vadeaba
El Betis por do el mismo le enseñaba.

Los caballos rompiendo van delante
Con los pechos la mansa y fría corriente,
Que en ella dando Cinthia relumbrante
Les mostraba el arena reluciente.
Las balzas y las planchas en distante
Orden, y van tras ellos igualmente
De las hermosas Ninfas impelidas,
Y sobre sus espaldas sostenidas.

Acercándose iban poco á poco
A la enemiga y deseada tierra,

Quando llena de ánsia y furor loco
La discordia y del odio que en sí encierra
A decir comenzó, si no provoco
Al Rey Abenjafon, y enciendo en guerra
Este pueblo, que duerme descuidado,
El Christiano consigue su cuidado.

De Niebla el cetro Abenjafon tenia
En dura guerra y disension habido,
Que su tio Mahulud con tiranía
Mucho tiempo lo tuvo poseido.

Y Axartaf contra aquesta alevosía
Salió, y siendo el tirano dél vencido
Y muerto, asosegando el movimiento
A Abenjafon restituyó en su asiento.

Desta merced agradecido el Moro,
Siempre la traia escrita en la memoria,
A esta virtud guardándole el decoro,
Que es digna de alabanza y alta gloria.
Y así juntando todo su tesoro,
Luego que de Fernando fué notoria
La venida, de Niebla partió al punto
Con todo su poder de gente junto.

Fuéle de Aznalfarach dado el gobierno,
Del Aljarafe y gente de Triana,
Que con valor y con cuidado eterno
Lo usaba contra la nacion Christiana.
A este llegó el ministro del infierno,
Que al dulce sueño el aura soberana
La tenia rendido, y levantando
La voz, dice á su padre así imitando:

¿Qué haces Rey en sueño tan profundo
Sin que de ti ni de tu honor te acuerdes?
¿Está á tu cargo el defender un mundo,
Y por dormir tan buena ocasion pierdes?
¿Do tu valor y esfuerzo sin segundo?
¿Hijo do está? ¿no es justo que recuerdes
Que el enemigo ejército te llama,
Y tú durmiendo en regalada cama?

Sal, quel contrario tienes ya contigo,
Pues sin contraste pisa esta ribera,
Siéndole Betis favorable amigo,
Por su corriente abriéndole carrera.
Acude á priesa, acude á lo que digo,
Toca á rebato, sal ya que te espera,
Y si en salir momento te detienes,
Ya alojado á donde estás lo tienes.

Dexó la cama el Moro pavoroso,
La voz del padre aunque imitada oyendo,
Y embrazando el escudo furioso
Tomó el alfange en alta voz diciendo.
Si al nombre tuyo, ó padre glorioso,
He de aspirar, qual siempre voy siguiendo,
No será en mi descuido tal hallado,
Pues jamás fuí de cosa tal culpado.

Todo lo que ha durado en su carrera
En el callado cerco oscuro y frio
La Luna, he estado puesto en la ribera
Del Rey de Reyes Betis nuestro rio.
Y con la gente que la guarda fiera,
Que está sujeta al mando y órden mio,

Hemos hecho la vela de tal modo,
Que está seguro y á recaudo todo.

Mas dime, ó santo Aladin, que vienes
Del cielo á darme aviso semejante.
Y de la gloria abaxas, donde tienes
Al gran Profeta y sacro Alá delante.
¿Por qué razon ahora te contienes
Ya que aviso me das tan importante,
Que este mi cuello no rodeen tus brazos,
Dándome piadosísimos abrazos?

¿A dónde estás? respóndeme, y tu diestra
Guie esta mia, que ante ti protesto,
Que si tu santo espíritu me adiestra,
De no dexar Christiano en este puesto.
Tú, padre mio, á donde están me muestra,
Que yo te seguiré, y haré sobre esto
Lo que debo hacer, sin dexar hombre
Que de Christiano se le dé renombre.

Tiende los brazos el feroz pagano,
Cierto que el padre ceñiría con ellos,
Y tres veces abraza el ayre vano,
Otras tantas volviendo á recogerlos.
Torna y encuentra con su propia mano,
Los pies uno con otro da al movellos,
Ciego atentando á una y otra parte
Anda gimiendo el Sarraceno Marte.

Confuso y lleno de pavor andaba
El afligido Rey mil voces dando,
Sin saber que hacer, ni en que dudaba,
Ni á que parte lo iria procurando.

310 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

En esta ánsia, quel alma le aquejaba,
Oyó tocar al arma, y desechando
La horrible confusión, sale furioso
Y tras el pueblo sigue presuroso.

Sin preguntar que causa los altera,
Ni á donde van con tanto desatino,
Llega á do estaba su real bandera,
Y encuentra con su Alférez Achilino.
Este en la Arabia fué en su edad primera
De los mas nobles, y el que fué mas digno
De la merced del Rey, y por traidores
Perdió la patria, el nombre y los favores.

Este, de la inconstante y ciega Diosa
(Qual siempre son los buenos) perseguido,
Dexó la Asia y suerte poderosa,
Y vino á Europa pobre y abatido.
Y en la batallá de Axartaf famosa,
Do fué el tirano Mahulud vencido,
Abenjafon, le dió este honroso oficio,
Por que leal fué siempre á su servicio.

Y oyendo que el lugar tocó á rebato,
Y que ya al arma se ponía la gente,
Teniendo de esta alteracion recato,
Como sabio soldado y tan valiente.
Juntó su hueste, y envió á Hamato
Que con la trompa dé confusamente
Aviso del contrario que venia,
Incite, aliente, mueva y dé osadía.

Tomó razon de todo el Rey, y al punto
Mandó marchar á donde está el Christiano,

Que en órden puestó lo aguardaba á punto
De mostrar ya su esfuerzo soberano.
Y el un campo del otro estando junto,
Las homicidas armas en la mano,
De la tierra huyó la sombra oscura,
Y el sol restituyó su lumbre pura.

Luego que á verse todos alcanzáron,
Los bárbaros armados de fiereza
Guardando el órden que al salir tomáron
Arremetiéron llenos de braveza.
Los Christianos la misma órden guardáron
Con mas esfuerzo y mayor destreza,
Que aunque en número pocos, eran tales
Que á ser venian por valor iguales.

De entrambas partes el temor desechan,
Y con mortal deseo se acometen,
De esfuerzo, fuerzas y armas se aprovechan,
Sin que allí cosa en su favor acetén.
Estos á aquellos á huir estrechan,
Aquellos á estos en huida metén,
Vuelven los unos, y los otros param,
Y todos con las armas se reparan.

Golpe ninguno á su contraio tira,
Ni Moro ni Christiano que no vaya
Regido de furor y ciega ira,
Porque victoria de su parte haya.
Ni le vale al que huye ó se retira,
Ni al que se asconde, y en la lid desmaya,
Que donde quiera, y de qualquiera suerte
La imagen vían de la horrible muerte.

Sobre un caballo de veloz carrera,
 Que presto á todas partes revolvía,
 Andaba el Rey en la batalla fiera,
 Que fiero estrago en el Christiano hacia.
 A qual arranca de la silla á fuera,
 Y sin alma á la muerte lo rendía,
 A qual rompe el escudo y corta el brazo.
 De un golpe sin estorbo ni embarazo.

A Jayme de Aguilar derribó al suelo,
 Y á Martin Vela le quitó la vida,
 Vino sobre el Fernando Maderuelo,
 Y escapó dél llevando una herida.
 Pedro Muñiz, y Sebastian Mazuelo,
 Hiciéron juntos una arremetida,
 Y descargando en él lo detuviéron. (ron.
 Con dos golpes que á un tiempo ámbos le die-
 Revuelve el Moro desdeñoso y fiero,
 Y con ámbos comienza á golpearse,
 Y entrambos como dos rocas de acero
 Le aguardan y le hieren sin cansarse.
 Brama el bárbaro Rey, y con entero
 Animo, y con deseo de vengarse
 De uno y otro, á priesa golpes tira,
 Sin dar descanso al brazo ni á la ira.

Muñiz, á un golpe puso el fuerte escudo
 Con él así creyendo reparallo,
 Pegándose con él quanto mas pudo,
 Y en moviendo movió para atajallo.
 Mas descargando encima el golpe crudo,
 Escudo, hombre, y frente del caballo

Abrió igualmente y dió con todo en tierra,
Poniéndolos en paz de aquella guerra.

Vino á este punto un esquadron huyendo
De su Agarena gente, procurando
Ponerse en salvo el daño horrible viendo
Que hacia en ellos el Christiano bando.
El Rey acudió á ellos, deteniendo
A los quel temor iba retirando,
Y con miedo y razones los detuvo,
Y así les dixo, quando así los tuvo.

¿Dónde huis con tanto desatiento?
¿A quién temeis las armas en las manos?
¿A quién dais de vosotros vencimiento?
¿De qué tomáis esos temores vanos?
Volved, volved, dexar tan baxo intento,
No le deis tanta gloria á los Christianos,
Mirad que estamos mil para uno dellos,
¿Y huis dellos y dudais vencellos?

Seguidme amigos, no á ese miedo indigno
Del valor vuestro y de la gloria vuestra,
Seguidme, que yo os quiero abrir camino
Por medio dellos con aquesta diestra,
Castiguemos su altivo desatino
De haber puesto su pié en la tierra nuestra,
E to diciendo vuelve, y todos vuelven,
Y en fiera lid de nuevo se revuelven.

Los de la insignia del patron de España
Iban haciendo riguroso estrago,
De enemigos cubriendo la campaña,
De la bárbara sangre hecha un lago.

Seguian la suerte con virtud extraña,
 Dando vitorioso Santiago
 En los Moros, que quantos mas morian,
 Mas en fuerzas y en número crecian.

Por otra parte á la Christiana gente
 El soberbio Achilino iba affigiendo,
 Arrogante, feroz, diestro, valiente,
 En menosprecio quanto via teniendo.
 Sin guardar orden con furor ardiente
 A la Christiana esquadra arremetiendo,
 A los Cruzados hizo detenerse,
 Y en órden á sus puestos recogerse.

Con mas furor de nuevo ardió el combate,
 La confusion, las voces y alaridos,
 Sin que de tregua, ni de paz se trate,
 Si no de muertes, quejas y gemidos.
 Los Moros procurando dar remate
 De los Christianos, que sin ser movidos
 De su valor, con ánimo tan fuerte
 Los resistian y les daban muerte.

En forma circular se dispusieron,
 Y por un cabo y otro los cercaron,
 Y tropas, caxas, pífanos se oyeron,
 Y horribles voces que á una levantaron.
 Que con el veloz viento se envolviéron
 Y las corrientes ondas las lleváron
 Al defensor Christiano, que miraba
 El riesgo en que su fuerte gente estaba.

Dexemos (dice el gran patron del cielo)
 La tarda dilacion, y socorrámos

A los amigos que con santo zelo
A resistir los Moros enviamos.
Pisan qual veis el enemigo suelo,
Están qual todos desde aquí miramos
Cercados de enemigos, que no tienen
Número los que á dar en ellos vienen.

Pídenos el estrecho en que están puestos
Que acudamos con toda diligencia
A desviar los bárbaros molestos,
Que los aquejan con mortal violencia.
Conviene ser en socorrellos prestos,
Que del contrario crece la potencia,
Seis mil somos, trescientos solos ellos,
Mirad si es justo ir presto á socorrellos.

Cesó, y á Don Rodrigo Flores manda
Y á D. Alfonso Tellez, y al famoso
Fernandiaz, ir á la otra banda
A correr el riesgo peligroso.
Y con la priesa que el temor demanda
Que al Rey tenia afligido y congojoso,
Se prestáron, y ciento de á caballo
Que el negocio pudiesen acabar.

Que que dificultad los impidiese,
Nada alguna, al Betis se arrojáron,
Y por quel justo fin se consiguiese
Las ondas al pasage sosegáron.
La via clara hizo que se abriese,
Y las arenas de oro se mostráron,
Y como si por tierra camináran
Por sus aguas les hizo que pasaran.

Tomáron tierra, y sin parar momento,
 Puesta su esquadra en orden, arremeten
 Por donde con mas furia y desatino
 Al Maestre los Moros acometen.
 Rompen por ellos con valor y aliento,
 Y en el cerrado círculo se meten,
 Llegando á las trincheras que tenían
 Los Christianos de do se defendian.

Desto el bárbaro Rey quedó admirado,
 Aunque en su esfuerzo y su valor entero,
 Y dice: el brazo levantando osado,
 Todo nos corresponde como quiero.
 Que este socorro que les ha llegado
 Es para nuestro bien y su mal fiero,
 Pues con él, mayor número tenemos
 A quien quitar las vidas que tememos.

No dixo mas, ni dió lugar su ira
 A poder decir mas, y ardiendo en ella
 Donde mas fuerza del Christiano mira,
 Ciego se arroja allí á querer rompella.
 Su gente toda á la victoria aspira,
 Siguiendo al Rey trabajan por habella,
 Arde el furor en todos igualmente,
 Con saña horrible y con deseo insolente.

Los Christianos por una y otra parte
 Contra el furor del bárbaro se oponen,
 Y con valor divino, esfuerzo y arte,
 A morir ó vencellos se disponen.
 Hieren en ellos, y en sangriento Marte
 Pecho con pecho y rostro á rostro ponen,

Trabándose los brazos con los brazos,
Y algunos que se estrehan en abrazos.

Caydin, Moro, en la Persia conocido
Por su valor, en fuerzas invencible,
De quien Titormo ser podia vencido,
Y el que en Ota tuvo el fin terrible.
Como el combate así revuelto vido,
En medio dél se puso el Moro horrible
Con una maza de aceradas puntas,
Altos los brazos y las manos juntas.

A un cabo y otro la pesada maza
Sin descansar revuelve el fuerte Moro,
Quel lugar donde está desembaraza
Sin ececion y sin guardar decoro.
Está del modo que en cercada plaza
De gente y armas suele estar el toro,
Que por las armas rompe y por la gente,
A todo resistiéndolo igualmente.

Aquí de los Christianos acudia
El ímpetu, y el Moro furioso
Con espantables golpes lo desvia
Con que retrae al mas fuerte y animoso.
Crece el furor, las voces y porfia,
Y el combate se enciende riguroso,
Los Christianos hiriendo en el Pagano,
El Pagano en el ímpetu Christiano.

Por la confusa lid venia rompiendo
Sin resistir á su designio nada,
Don Pelayo Correa, revolviendo
A un cabo y otro la sangrienta espada.

Y al fiero Moro en la batalla viendo
Con la soberbia maza levantada
Amenazando el mundo su denuesto,
Con firme pecho y con semblante ledo,
Instigado de ira el fuerte pecho,
La rienda vuelve, y donde está endereza,
Caydin lo sale á recibir derecho,
Y con él, fiera y cruda lid empieza.
De su valor da claro satisfecho,
Y á un punto alzando voz, maza y cabeza,
Dice: Maestre, aqueste golpe es mio,
Recíbelo, que á tí qual ves lo envío.

Antes que descargase el movimiento
Natural, el de Ucles fiero arremete
Con destreza y con gran conocimiento,
Y entre sus brazos el caballo mete.
Fué sin efecto el golpe, y al momento
El Maestre con golpes le acomete,
Y el Moro, porque en todo le embaraza,
Sacaba pies para librar la maza.

Hiriendo en él con gran valor lo aqueja
Sin darle espacio ni tomar sosiego,
El Moro quanto puede del se aleja
En ira ardiendo y en rabioso fuego.
El Christiano apartarse no le dexa,
Que donde saca el pie el suyo está luego,
Y la espada que no descansa punto
Al brazo, al hombro, á la cabeza junto.

Creció el combate aquí, acudió la gente
Bárbara, al fiero Moro socorriendo,

Que abierto el pecho y la soberbia frente,
Del combate se iba retrayendo.

Aquí el temor rindió á la furia ardiente
Con que siempre su causa defendiendo
Habian al Christiano resistido,
Y la victoria en peso igual tenido.

Viendo á Caydin herido, y desta suerte
Retirarse dexando la batalla,
El que andado en ella habia mas fuerte,
De pavor lleno y de temor se halla.
Y creyendo que está en huir la muerte
Poderse asconder della ó evitalla,
A los pies la defensa remitiéron
De la espantosa suerte que temiéron.

Todo el bárbaro campo á rienda suelta
Sin órden se metiéron en huida,
Y tras el Rey que dió huyendo vuelta
No quedó Moro que al Christiano impida.
Viendo su gente así el de Eucles revuelta
Con la que iba huyendo de vencido,
A recoger tocó, y la trompa oyendo
Dexó el alcance, el mando obedeciendo.

A un punto fuéron todos recogidos,
Y en el mismo quedo el campo formado,
De modo que los bárbaros vencidos
Volviendo no lo hallen descuidado.
Sus razones miraba esclarecidas
El Rey santo, aunque dellos desviado,
Y gozoso de ver su vencimiento
Mostraba así diciendo su contento.

Si con razón nuestros sucesos vemos,
Y las victorias tantas que alcanzamos,
Ser Dios quien nos las dá conoceremos,
Y que en su virtud sola las ganamos.
Mirad la que en las manos hoy tenemos,
Y la de Bonifaz que á ver gozamos,
Y la que Don Rodrigo Alvarez hubo
De tantos Moros que en el campo tuvo.

De aquí se infiere, que pues él nos guía
Debemos tener cierta confianza
Que nos dará segura y clara via,
Como cumplir se vea nuestra esperanza.
Así el divino protector decia
A los que del gozaban la privanza,
Y pasara adelante, si no viera
De paz junto á su campo una bandera.

Vio que no estaba en alto enarbolada
Sino que un Moro la traia en la mano
A pie, y de una Mora acompañada,
Que la seguia por el verde llano.
Suspensos todos sin tratar en nada
Los estan viendo, mas el Rey Christiano
Porque los vió parar, mandó ir por ellos
Y á su presencia qual venian traellos.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,
Y puesto el Moro y Mora en su presencia,
Que con alegre y manso acogimiento
Los recibió, y de hablar les dió licencia.
El Marroquino Príncipe contento,
La piedad viendo igual á la potencia,

Y todo en el extremo aventajado,
Quién es, y quién la Mora le ha contado.

Y tomando el principio de su historia,
Con un largo discurso le dió cuenta
De su dulce tormento y de su gloria,
De su placer y de su honrosa afrenta.
La traicion de Muley le hace notoria,
Y lo que teme, y lo quel falso intenta,
El fin de su deseo, y la confianza
Que en él tenían de su mal andanza.

Quedó suspenso el Rey, habiendo oído
El suceso del Moro y de la Mora,
Y por donde dos Reyes le ha traído
A su poder la suerte vencedora.
Y así viendo que habia concluido
En su discurso, en grave voz sonora,
Destilando suave ambrosia della
Al Moro dice, y á la Mora bella.

No te fatigue estar de Lybia ausente,
Ni á ti el dexar el patrio Señorío,
Pues que venis entre Christiana gente,
Y estais guardados del amparo mío.
Mira el medio que pide el mal presente,
Que mi gusto del vuestro no desvío,
Ora queriendo ir de aquí á otra tierra,
Ora el fin aguardar de nuestra guerra.

Segura hallareis en mí la suerte,
Y con seguro desto estad seguros
Que tratados sereis de aquella suerte
Que estando dentro en vuestros regios muros.

Pedí, para que yo á cumplillo acierte,
Y tengan fin vuestros trabajos duros,
Que yo os recibo, y no por prisioneros,
Si no como á mis propios Caballeros.

Mandó luego, que junto con su tienda
Otra en que los reciban se formase,
Y á Lope Diaz el cargo dió que entienda
En esto, y los sirviese y regalase.
La guardia que los guarde y los defienda
Señaló, y como aquesto se acabase.
Trompas, caxas, y pífanos se oyéron
Que con alegre son los recibieron.

LIBRO DUODÉCIMO.

Fatigada Tarfira en su congoja,
Sin dar alivio á su pasion ardiente
Se desespera, aflige, y se congoja,
Aborreciendo quanto via presente.
Ni el dia descansa, ni la noche afloja
Su ánsia, viendo al que procura ausente,
Y mas en la ocasion que lo desvía
Rabiaba en zelos, y en amor se ardia.

Siempre la causa andaba imaginando
Que en tal extremo la traia muriendo,
Mil formas de remedios aplicando,
Mil trazas quel amor le iba ofreciendo.

Mas á la execucion dellas llegando
Mil imposibles iba prometiendo,
Y así confusa, triste, congojosa,
Para, suspira, gime, teme y osa.

Tal vez se determina á la venganza
Resuelta con la espada ya en la mano,
Y en sí volviendo dice: ay que no alcanza
Mi corto brazo á donde está el tirano.
Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,
Que con su fe las lleva el ayre vano,
Siendo perjuro en su promesa al cielo,
Aleve, infame en su palabra al suelo.

Desto, para que mas me ofenda y daño,
Permite el cielo ser en daño suyo,
Y que á mí la verdad me desengañe
Del mal que veo en que el vivir concluyo.
O ley de amor, permite que me ensañe
Contra el cruel por quien mi honor destruyo,
Y que sabiendo á donde van los siga,
Y qual otra Medea los persiga.

Desta suerte la Mora enamorada
Los dias y noches consumia en su queja,
De su tierra hállándose apartada
Por quien por otra así la olvida y dexa.
De amor, de zelos, y pasion forzada
Se precipita, y de razon se aleja,
Mas Meleyca su huésped, en sus penas
La anima, esfuerza y da esperanzas buenas.

Meleyca, de Tarfira agradecida,
Que á su marido guareció de muerte,

Viéndola de sus ánsias combatida,
De Bothalá sabiendo ya la suerte,
A su pasion y á su amistad movida,
Temiendo el mal que le aquejaba fuerte,
Un dia á solas se apartó con ella,
Y así dice en razon de su querella.

Desde el dia primero que veniste
A esta tu casa, de Abdalac mi esposo,
Traida á ella, porque en darle fuiste
La vida, con poder maravilloso.
Luego que la ocasion me descubriste
Que te trae de tu patria y tu reposo,
Fuiste de mí informada haberse ido
Con Alguadaira tu amador huido.

Pareciéndome hacerte un gran ultrage,
Y á la amistad una inhumana ofensa,
No saber ya á donde hizo el viage
El que da fuerza á tu pasion inmensa.
Que hacerte puedo bien pleyto homenaje,
Que tu misma aflicion me trae suspensa
Viendo como te afliges y consumes,
Y de dar fin á tu vivir presumes.

Acudí á una amiga, que en la Grecia
De padres magos tuvo el nacimiento,
Que este lugar en tanto estima y precia,
Que es sin contradicion su mandamiento.
Esta, del Huerco el gran poder desprecia,
De su voz tiembla el mas profundo asiento,
No hay fuerza que á su gusto no responda,
Ni á su saber hay cosa que se esconda.

Hícele clara tu mortal fatiga,
Tu ardiente pena y tu inhumana suerte,
La justa causa que á tu bien me obliga,
Y la razon que tengo de quererte.
Oyó mi ruego, y fuéme tan amiga
Que la respuesta en obras la convierte,
A su arte sortilega acudiendo,
Las superiores causas inquiriendo.

Tres veces cubrió Apolo el mar profundo,
Y otras tantas se vió su hermana bella
En su argentado carro dar al mundo
La luz que agrada al dios Cynmerio el vella.
Y tantos consultando el sin segundo
Dolor, que te lastima en tu querella,
Mi amiga ha estado, por saber á donde
Está tu amado, ó qué lugar lo asconde.

Y habiendo hecho quanto en esto entiende
La Argólica adivina, con deseo
De dar razon del falso que te ofende,
Y decir donde goza su trofeo.
Dice, quel Rey Christiano lo defiende,
Y que con él está, de donde creo
Que tu remedio es mas dificultoso,
Si un medio no elegimos provechoso.

¿Qué medio puede haber, dice Tarfira,
Que aprovecharme pueda en tal extremo?
Si con prudente proceder se mira,
Todos lo mismo temerán que temo,
Si no hace el rigor y mortal ira
Lo quel fuego no hace en que me quemó,

Ningun remedio puede ser remedio,
Que es gran poder el que me ocupa el medio.

Por los hermosos ojos, larga vena
De perlas derramó la bella Mora,
Indicio dando de la angustia y pena
Que le causaba el Moro á quien adora.
De sí no hace la pasion agena
Meleyca, que igualmente gime y llora
Que la triste Tarfira, y así estando
Las estorbó Habul Hacén entrando.

Los ojos puso luego en la llorosa
Y amada suya, aunque no de ella amado,
Y el color viendo de púrpurea rosa
Del humor cristalino rociado.
Quedó suspenso sin decille cosa,
Al mismo llanto casi povocado,
Y viendo que ella un poco se sosiega,
Diciendo así, á donde está se llega.

Si la causa, ó Tarfira á quien adoro,
Es sola la ocasion que yo imagino,
Mi fe te doy como hidalgo Moro
De morir ó vengar tu ultrage indigno,
Que á servirte guardándote el decoro,
Con las armas me pongo en el camino,
A Muley Bohacén acompañando,
A Bothalá y á la Infanta procurando.

Tiene aviso que están con el Christiano
Conquistador, en amistad acetos,
Desto Muley, en furia ardiendo insano,
Las armas toma sin mirar respetos.

El Rey le ha dado facultad y mano
Que haga qual la causa los efectos,
El sobrino promete la venganza
Contra quanto poder el mundo alcanza.

Viendo yo una ocasion tan oportuna
A Muley supliqué me concediese
Que habiendo de ir con él persona alguna
(Qual era fuerza) yo el nombrado fuese.
Favorecióme en esto la fortuna
Porque á servirte, qual deseo; acudiese,
Nombróme mira ahora lo que quieres,
Y pide aquello que servida fueres.

Botalhá como sabes te ha ofendido
En el honor, y dexa escarnecida,
Sin acordarse que jamas te vido,
Qual la esperanza vemos conocida.
Yo que á tu voluntad tengo rendido
El vivir mio, y no deseo la vida
Si no para ocuparla en solo aquello
Que es gusto tuyo sin jamas torcello.

De tu ofensa ofendido vengo solo
A que el órden me des que siga en esto,
Si quieres que te vengue, y vengue el dolo
Del Rey perjuro al firme amor y honesto.
Por quel siguiente dia quando Apolo
Con luz el mundo haga manifesto,
En singular batalla ha de probarse,
Con quien posible no será escaparse.

Mira si gustas que en prision lo traya,
Y no consienta que le dén la muerte,

O si te agrada que con vida vaya
Suelto, á gozar de tu felice suerte.
Esto será con que un concierto haya
Entre tí y entre mí, que has de ofrecerte
A que siendo cumplido lo que digo,
Has de cumplir lá voluntad que sigo.

La discreta Tarfira, conociendo
El arrogante proceder del Moro,
Levantó el bello rostro, recogiendo
A las espaldas las madexas de oro,
Y dixo: amigo Habul Hacén, yo entiendo
Que á tu valor no guardas el decoro
En prometerme cosas imposibles,
Que serán, aunque sean, increíbles.

Bien sabes tú, y el mundo sabe claro,
De Botalhá los valerosos hechos,
Bien sabes tú quel solo ha sido amparo
De Africa y de Lybia en sus estrechos:
Bien sabes que á su esfuerzo y valor raro,
Ni hay enemigas fuerzas, ni pertrechos
Que se le puedan resistir, y sabes
Mas que del digo aunque no le alabes. (1 re

Pues sabes esto, y sabes que hombre á hom-
En singular batalla ha dado muestra
Con los mas fuertes, y de mas renombre
Que tiene y conoce la edad nuestra,
¿Por qué quieres tú ahora que me asombre
Que pruebe con Muley la fuerte diestra?
Si contigo y Muley, y todo el mundo
Lo hará el valor suyo sin segundo.

Con esto á tu demanda doy respuesta,
Y que decir no tengo mas en esto,
Ve, y las cosas á la lid apresta,
Pues que qual dices ha de ser tan presto.
Y mira que en el campo he de estar puesta,
Porque todo me sea manifiesto:
Esto diciendo vuelve desdeñosa,
Y el Moro ardiendo en saña va furiosa,
Mil congojas de nuevo se le ofrecen
El caso triste en que se via pensando,
Que aunque el ánimo invicto no enflaquece,
El anima le están atormentando.
Y así las formas viendo que guarnecen
El cielo las tinieblas alumbrando,
A su huésped pide que le acuda,
Y en aquel monester le dé su ayuda.

A donde estaba Abdalac herido
Entra, y su intento y la ocasion le cuenta,
Del fiero Habul Hacén el encendido
Amor, y lo que mas de nuevo intenta.
Y que para acudir á su querido,
Y dar principio á remediar su afrenta,
Armas le dé y caballo, con que entiende
Librar su honor, y ver lo que pretende.

Levantó el rostro el fatigado Moro
Por la flaqueza grande que tenia,
Y dixo: no me guardas el decoro
Tarfira, en no aguardar la salud mia.
Y así te ruego, por el dios que adoro
Que me dexas tenerte compañía,

Y no me aguardes mas de quanto pueda
Tenerme en pie, y de tí se me conceda

Yo te pondré en presencia de tu amante
Y que te hables con él como conmigo,
Que le pidas teniéndolo delante,
La fe que de cumplir quedo contigo.
Y si fuere el cumplírtela importante,
Que te la cumpla qual quedó me obligo.
Detente ahora, y á Muley no temas,
Que Botallhá castigará sus temas.

Sabiendo lo quel pérfido inhumano
Habul Hacén, contra mi Rey ordena,
¿Será (dice Tarfira) acuerdo sano
Que dexé en él executar la pena?
No será, en quanto aquesta diestra mano
No estuviere deste brazo agena,
Y este constante corazon rigiere
El que en él vive y á la Infanta quiere.

No pudiendo Abdalac mover su intento,
Ni persuadir á la Africana Mora,
Que por entónces dexé el pensamiento
A que le instiga la pasión que adora.
Acudiendo á cumplir su mandamiento
Traer las armas hizo allí á la hora
Las quales se arrojó Tarfira encima,
Sin que le agrave el peso ni le oprima.

Con el cerrado yelmo el rostro bello
Cubrió, ascondiendo su beldad divina,
Agrabando los lazos del cabello,
De belleza extremada y peregrina.

Que si dexara así de recogello
No saliera de Aurora matutina,
Que al punto por las puertas del oriente
Salió mostrando la rosada frente.

Resonó al punto desde el alto muro
El cóncabo metal con ronco estruendo,
Por señal dado para el caso duro,
Y prevenir la gente el son horrendo,
Que en siendo oído nadie fué seguro
A las horribles armas acudiendo,
Las puertas, calles, muros ocupando,
Y el Real Alcazar rodeando.

Tarfira, oyendo la señal de Marte,
La espada aplica en el siniestro lado,
Y de Muleyca, y de Abdalac se parte
Donde de amor llevaba su cuidado.
Y sin andar de una á otra parte
Se fué al Alcazar, do halló formado
Un campo en órden de batalla puesto,
Para el efecto en la ocasion dispuesto.

A la parte que ménos gente habia,
Y que con mas secreto estar pudiese,
Allí el caballo presurosa guía,
Y allí se asconde al vulgo que la viese.
Mas la luz del cercano y claro día
Hizo que todo manifiesto fuese,
Y con la luz la causa se aclarase
Que á la trompa hacia que resonase.

El desafio fué contado luego
Que á Botalhá Muley á hacer iba,

Llevado de su honor y ardiente fuego,
Que de toda razon lo aparta y priva.
En esto se ocupaba el vulgo ciego,
Dicho generalmente con voz viva,
Quando baxa Muley y Hacén armados,
De un Rey de armas delante acompañados.

Lanzas, adargas toman y caballos,
Y con quinientos Moros de pelea
De la guardia del Rey, para guardallos
Salen, y van donde Muley desea.
Entre ellos va Tarfira, sin dexallos,
Que la pasión le anima y le espolea,
Que la fuerza de amor es poderosa,
Y en pecho noble no le impide cosa.

Hacen los Moros alto, y luego parte
El Rey de armas al campo del Christiano,
Apercibido del ingenio y arte,
Que el caso pide á que se via cercano.
Y en la presencia del Sydereo Marte,
Con grave aspecto y con semblante ufano,
Siéndole de hablar dada licencia,
Propone así, con libre preeminencia.

Pues me concede tu Real grandeza,
O poderoso Rey, que ante tí hable,
Perdona del estilo la baxeza,
Y advierte en la ocasion, que es memorable.
Esta, de Marte pide la fiereza
De quien un fin se espera miserable
Entre Muley, de nuestro Rey sobrino,
Y Botalhá, que á tí huyendo vino.

Este del patrio Reyno estando ausente
Vino á Sevilla, donde fué admitido
De Axartaf, y con mando preminente,
Y con obras de Rey favorecido.
Y olvidado de aquesto, injustamente
A su hija le truxo, y ofendido
Deste insulto, Muley lo desafia,
Y á que lo desafie el Rey lo envia.

Súplicate permitas que se haga
La singular batalla con seguro,
Porque del hecho la debida paga
Haya el aleve en el combate duro.
Y porque Botalhá se satisfaga,
Entre tu campo y el cerrado muro
Pide que sea la lid, la qual demando
Por Muley, que en el campo está aguardando.

Inclinó la cabeza, y sobre el pecho
Los dos brazos cruzó, llegando á tierra
Las rodillas, y ufano y satisfecho
Quedó así, en denunciar la guerra.
Botalhá á informar de su derecho,
Y á que se entienda que en lo dicho yerra
En llamarle alevoso, al Rey suplica
Le oiga, y su razon así publica.

Yo vengo, ó soberano Rey, forzado
De lo que en tu presencia se ha propuesto,
En mi razon qual debo confiado,
Y en la verdad que te he contado en esto.
Y vengo á suplicarte, que otorgado
Le sea el campo que demanda presto,

334 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

En donde se verá, Rey poderoso,
Si es Batalhá ó Muley el alevoso.

Sin exceder de la verdad un punto
Sabes de mí la verdadera historia,
Y ella en el paso á que me veo tan junto
Si es qual he dicho así me dé victoria.
Con las armas estoy ya puesto á punto,
Ante tí vengo á que me des tal gloria
De que en batalla singular me vea
Con él, que contra la verdad pelea.

No dixo mas el Príncipe Africano,
Que la ira y deseo que tenia
A las razones fuéron á la mano,
Y la lengua quedó suspensa y fria.
Mas el divino protector Christiano
Que todo el caso y la verdad sabia
Al Rey de armas concede lo que pide,
Y con aqueste acuerdo lo despide.

Partió el Rey de armas, y la invicta gente
Se puso en arma por el Rey mandado,
Y el Africano Príncipe valiente,
Puesto á caballo se presenta armado.
Pide licencia, y con valor ardiente
Sale, llevando á su derecho lado
A Lope Diaz de Alfaro, y al siniestro
A Garci Perez, luz del siglo nuestro.

Llamó en secreto el Rey al invencible
Don Pedro Ponce de Leon, diciendo:
Don Pedro, yo imagino, y es creíble
Haber engaño en esto que estoy viendo.

El caso es grave, la ocasion terrible,
Partí con gente á Botalhá acudiendo,
No pueda si hay traicion hacelle daño,
Pues vuestra espada atajará su engaño.

El valiente Español, el leon fuerte,
A la merced del Rey agradecido
Inclinó la cabeza, y desta suerte
Le prometió que del seria servido.
Y con aquel denuedo que á la muerte
Pone en pavor, del Rey se ha despedido,
Sube á caballo, apaña un hasta, y parte
Confiando en sí solo el fiero Marte.

En seguimiento suyo salen luego
Docientos de á caballo que los guarden,
Que en vivo ardor de glorioso fuego
Sus no rendidos corazones arden.

Van tras sus pasos sin tener sosiego,
Y puestos donde en la ocasion no tarden,
Hiciéron alto, viendo que salia
El Rey de armas, y el campo les partia.

Muley al punto en un feroz caballo
Rucio, de los de Africa ligeros,
Que sin freno pudiera gobernallo,
Y entrar sin miedo en los asaltos fieros,
Sin aguardar que vuelvan á llamallo,
Contra los dos Christianos Caballeros
Salió, á su enemigo conociendo,
Caballo, adarga y lanza apercibiendo.

Pónese en frente, y por su nombre llama
A Botalhá, pidiéndole que venga

A la batalla, sí su nombre y fama
Quiere quel nombre que ha tenido tenga.
Botalhá, que la misma ocasion ama,
Sale sin quel Rey de armas lo detenga,
Que los puestos andaban señalando,
Partiendo el sol los pactos asentando.

A una se arremeten furiosos
Los dos valientes Moros, de la suerte
Quel aquilon y el Africano animosos
El uno contra el otro horrible y fuerte.
Que con porfia y soplos espantosos
El mar en blanca espuma se convierte,
Y del centro remueven las arenas,
Y las riberas braman de horror llenas.

Las riendas largas, con hervor batiendo
Las pungientes espuelas, se enriestraron,
Llenos de furia y de corage horrendo,
Y las dos lanzas sin lision quedáron.
Al punto los caballos revolviendo,
Sin perder punto á arremeter tornáron,
Dándose dos encuentros, que hicieran
Que dos montes de acero se movieran.

Quedáron fixos sin perder las sillas,
Mas las dos lanzas hechas mil pedazos,
Volar al cielo viéron en astillas,
Quedando casi asidos á los brazos.
Aquí Muley, juzgando por sencillas
Sus fuerzas si se estrechan en abrazos,
Puso á la fiera cimitarra mano,
Antes que se mejore el Africano.

Revuelve Botalhá el caballo fiero,
Mas su enemigo ántes que revuelva,
Con presurosos golpes va ligero
Sobre él, privando que al combate vuelva.
Rendido quiere que lo vean primero,
Y no que en nueva lid con él se envuelva,
Y así, sin desviarse dello aqueja,
Que mejorar ni aun respirar le dexa.

De entre los Moros un clamor confuso,
Con ronco son iba ocupando el viento,
Siguiendo en esto su disorde uso,
Cantando por Muley el vencimiento.
Axartaf, que á mirar la lid se puso
Desde el cerrado muro, está contento
Viendo á Muley, del modo que traia
A su contrario, y como lo heria.

Botalhá, viendo á su enemigo junto,
Y que de sí apartarlo era imposible,
Y que su suerte estaba puesta en punto
De acabar con infamia y muerte horrible,
Tuvo el escudo apercebido á punto,
Y con destreza y ánimo increíble
Al tiempo que baxar vió el brazo alto;
Largó el escudo y dió en el suelo un salto.

Sobre el escudo descargó el furioso
Golpe, que arrebatado por delante,
Por el ayre fué en vuelo presuroso,
Qual presto rayo ó qual estrella errante.
Botalhá fiero, entero y animoso,
Sobre él revuelve con valor constante,

Y son pesados golpes lo detiene,
Aunque así á pié y sin escudo viene.

Comienza, aunque en armas desiguales,
La lid de nuevo, y á herirse fieros,
Señales dando de su esfuerzo, tales
Quales prometen tales Caballeros.
Tarfira, llena de ansias inmortales,
Mira la horrible lid de los guerreros,
Poniendo el alma á cada golpe crudo,
Que su amante aguardaba sin escudo.

Entre sí se está en ánsias deshaciendo,
Llena de amor, y de rabiosa ira,
A su querido en la batalla viendo,
De rabia gime, y de dolor suspira.
Quiere salir, detiénese temiendo
Que si estorba la lid, el Rey la mira,
Si no la estorba, está en peligro puesto
Su amante, y ve su daño manifiesto.

Perplexa está, dudosa y combatida,
De mil contrarios, sin saber que haga,
Como dar pueda á Botalhá la vida,
Y su amor y su honor se satisfaga.
Después de estar en esto suspendida,
Sintiendo fiera la pungiente llaga,
Sin poner cosa á su deseo delante,
Rompió por todo á remediar su amante.

Los dos andaban en la lid sangrienta
Sin que de un bando ni otro se moviese
Persona, mas que estar teniendo cuenta
A lo que el cielo dellos despusiese.

Tarfira fiera, el fiero alfange tienta,
Pica el caballo, y como Muley fuese
A Botalhá, entre los dos se mete,
Y con Muley, que lo seguia arremete.

El bárbaro revuelve, ella furiosa
Con fieros gulpes sin cesar lo aqueja.
Botalhá, estimulado de ira honrosa,
Del que á favorecerlo entró se queja.
Ponese en medio, y dice en voz rabiosa:
Que si del puesto luego no se aleja
La muerte le dará; Tarfira calla,
Y con Muley prosigue su batalla.

Asió la rienda Botalhá á Tarfira
Diciendo: esta es maldad de mi enemigo,
Con esta industria quiere con mentira
Decir que peleó mas que conmigo.
Muley un golpe á Botalhá le tira,
Diciendo: dexa pelear tu amigo,
Que tu flaqueza conociendo claro,
De entre los mios sale á darte amparo.

Sobre Tarfira revolvió al momento,
Fieros golpes en ella redoblando,
Ella no ménos con valor y aliento,
En ofenderle se iba adelantando.
Niégale el deseado vencimiento,
Con un golpe tan fiero descargando,
Que perdió los estribos, y el caballo
Cayó, que mas no pudo levantallo.

Muley al punto en pié se puso fiero,
Va contra ella, y Botalhá lo impide

Diciendo á voces : quel es el guerrero,
Y que á él solo la ocasion le pide.

Y puesto pecho á pecho el delantero,
La cimitarra con su alfange mide,
Habul Hacén, con una gruesa lanza,
A Botalhá hiriendo se abalanza.

Tarfira, al tiempo que enristró el aleve,
Que dar la muerte á su señor queria,
Atravesó el caballo, y fué tan breve,
Que la enemiga lanza le desvia.
Y porque el premio de su intento lleve,
Que era el amor que della pretendia,
Sobre los dos estribos se endereza,
Dándole un fiero golpe en la cabeza.

Perdió las riendas, y el sentido junto,
Viniendo á tierra con aquel estruendo,
Que si la tierra se hundiera al punto,
Que en ella el grave peso fué cayendo.
Botalhá, viendo su caballo á punto,
La adarga y lanza toma, en él subiendo,
Da voces el Rey de armas, los Christianos
A detener se meten los Paganos.

Comienza de ámbas partes un ruido
Confuso, demandando la victoria,
Muley da voces, dice que ha vencido,
Y que es traicion la que se usó notoria.
Botalhá, dice: tu no me has rendido,
Ni el mundo tiene á quien se dé tal gloria,
Y esa traicion salió dentre tu gente,
Que yo qual sabes, della está inocente.

Prendan aqueese Moro, que contigo
Probó su fuerza, y sepan dél si tiene
Pacto, concierto ó amistad conmigo,
O si contigo, ó si conmigo viene.
Por esta via se sabrá que digo
Verdad, y que mi brazo la mantiene,
Y en el campo qual ves y á tiempo estamos,
Que la lid acabemos que empezamos.

De todos el acuerdo fué aprobado,
Y de Tarfira oído, mas revuelve
El caballo, diciendo: el mas osado
Llegue á prenderme, quel verá qual vuelve.
Y si Muley se siente injuriado,
Y Botalhá de culpa no me absuelve,
El que de entrambos mas sentido queda,
A entrambos vengan do probarse pueda.

Volvió la rienda, y el caballo pica
Por el tendido y espacioso llano,
Muley, así el desafio se aplica,
Como el que fué ofendido de su mano.
En contra desto Botalhá replica,
Que tras él vaya un Moro y un Christiano,
Y no ninguno dellos, que son parte,
Y la verdad encubrirán con arte.

Habul Hacén furioso se levanta
Del golpe que le dió Tarfira bella,
Y dice: de ese que huye y se adelanta
La suerte es mia, y no es razon perdella.
Nómbreme á mí, pues con infamia tanta
Me derribó, y es justa mi querella,

Que yo te lo traeré ó le daré muerte,
O me ofrezco á sufrir la misma suerte.

Fuéle otorgado á Habul Hacén que fuese
Por parte de Muley , qual él pedia,
O que allí muerto ó vivo lo truxese,
O razon de la oculta alevosía.
Botalhá, porque cierto se entendiese
Que él de aquella maldad nada sabia,
A Lope Diaz de Alfaro señaláron
Por él, y dél el caso confiáron.

Parte al momento el bárbaro guerrero,
Sin aguardar caballo , como estaba
A pié y cubierto de pesado acero,
Aunque del peso poco se curaba.
Lo propio hizo el Christiano Caballero,
Con la priesa que el caso demandaba,
Pica el caballo, y aunque mas lo aqueja,
Atras el Moro que iba á pié no dexa.

Botalhá pide que Muley concluya
El combate, y Muley lo propio pide,
Y dice: que pedirlo es suerte suya,
Como estorbar lo que acabarlo impide.
Mia sí es esa suerte, que no tuya,
Si la ocasion el justo acuerdo mide,
El Príncipe de Lybia dió en respuesta,
Y el fuerte escudo y corbo alfange apresta.

El Rey de armas en medio de ámbos puesto,
Pide que se suspenda la batalla
Por entónces, y vueltos á su puesto,
Despues podrán, qual piden acaballa.

Estando solo confiriendo en esto,
La trompa resonó de la muralla,
Que era señal, que al punto que la oyesen
Todos á la ciudad se recogiesen.

Fué hecho así, y los bárbaros se entraron,
Dexando el campo, en el cerrado muro;
Los Christianos allí á aguardar quedáron
A Lope Diaz, por que esté seguro.
Que yendo con el Moro que enviáron
Tras del que revolvió el combate duro,
Que viéndose seguir revolvió á ellos
Diciendo así, haciendo suspendellos:

Si á buscarme venis, ya estoy presente,
Si á probaros conmigo, ya os aguardo,
Y si es á esto, salga el mas valiente,
Y aunque entrambos salgais no me acobardo.
El Moro lleno de furor ardiente,
Dice: eso pide el fuego en que me ardo,
Eso es solo á lo que vengo, y creo
Que nos rige á los dos solo un deseo.

Contra Tarfira el brazo levantando
Habul Hacén, arremetió furioso,
Del cielo y de su suerte blasfemando,
Si no alcanzaba el premio victorioso.
Lope Diaz de Alfaro, emparejando
Con él le dice: aguarda y ten reposo,
Que ese no es solo el fin á que venimos,
Pues así la verdad no descubrimos.

Propone el caso, y quando no hiciere
En él lo que le fuere demandado,

En tal caso la espada se requiere
Que ponga fin á lo que está empezado.
Y porque nuestro hecho se difiere,
Digo: que tu furor sea sosegado,
Y el tuyo enfrenes, dándonos respuesta
Qual pide el caso verdadera y presta.

Tarfira el furioso ardor sosiega,
Reprime el alterado movimiento,
La espada abaxa, y al Christiano allega,
Diciendo, que hará su mandamiento.
Que pida, que su fe le da y entrega
De decirle verdad con juramento,
Y esto afirmando, levantó la mano
Y así prosigue (oyendo esto) el Christiano:

No dudo que de tí me sea cumplida
Esa palabra, y con seguro della
Que la verdad nos sea referida
Como de quien es justo mantenella,
Digo, que pues de nadie no es sabida
La razon que de tí nos da quereilla,
Por haberte á Muley así atrevido,
De donde un gran escándalo ha nacido.

Porque los que se allegan á su parte,
Y la voz toman en defensa suya,
Y Muley mismo dice que fué arte
De su enemigo la osadía tuya.
Botalhá se disculpa con culparte,
Diciendo: que traicion que se le arguya
Tal cosa, porque ni él sabe quien eres,
Ni que ocasion te mueva, ni que quieres.

Fué acordado, para que esto fuese
Qual es razon, á todos manifiesto,
Porque á ninguno culpa se le diese
Sin saber ántes si es culpado en esto;
Que Habul Hacén viniese, y yo viniese,
Por Muley él, por Botalhá yo puesto,
A que digas por quien te dispusiste
Al temerario hecho que emprendiste.

Haciendo en esto tú lo que pedimos,
Libre en su honor será el que está sin culpa,
Nosotros nuestro intento conseguimos,
Y tú absuelto del crimen que te culpa.
De otro modo los dos que á esto acudimos,
No tendremos legítima disculpa.
Si muerto á donde estás no te dexamos,
O á que lo digas preso te llevamos.

Si se concluye tu razon en eso,
Y la venida de ámbos esa ha sido,
Tarfira respondió, yo te confieso,
Que justa causa á todos ha movido.
Y porque entiendan que ese no fué eceso,
Y si lo fué, de mí fué cometido,
Sin quel temor me fuerce á que lo diga,
El honor de esos Principes me obliga.

Yo hago juramento, y por testigo
Al gran Profeta en mi verdad presento,
Que es verdad pura lo que en esto digo,
Y no invencion ni falso juramento.
Que tengo á Botalhá por enemigo,
Y que guerra mortal con él sustento,

Y que ayudalle fué porque no fuese
De Muley muerto, sin que yo lo hiciese.

De Habul Hacén (esta razon postrera)
Fué la hermosa Mora conocida,
Y la voz levantando dixo: ó fiera,
A un alma triste á tu querer rendida.
¿Por qué, ó ingrata, así de tal manera
Tratas al que te dió esa injusta vida,
Y le diste la vida al que tu honra
Ofende, y solo aspira á tu deshonra?

Dime cruel, que nombre tal se debe
A quien usa conmigo tal crueza:
¿Qué razon hay, que ley, que Dios que apruebe
Tan inhumana y áspera fiereza?
De mí no te lastíma ni conmueve
El llanto, afan, y la mortal tristeza
En que vivo por tí, que con tal furia
Hiriéndome hiciste tal injuria.

Pues no se ablanda tu inhumano pecho
Con lástimas ni obras, yo te juro
Que ha de hacerse bueno mi derecho
Con saña horrible y tratamiento duro.
Y que la injuria que á Muley has hecho,
Por dar la vida á Botalhá perjuro,
Has de pagar de modo, que la paga
Igualmente nos vengue y satisfaga.

Levantó la visera la hermosa
Mora, y el rostro descubrió divino,
Coloreado qual purpúrea rosa
Cubierta de rocío cristalino.

Y dice: si tu industria es poderosa,
Si tu traicion te abre algun camino,
Has todo aquello que te diere gusto,
Que yo haré lo que es honor y justo.

Yo (qual ya sabes) vengo procurando
A Botalhá, que huye de cumplirme
La fe, y la mano que me dió, jurando
De por muger legítima admitirme.
Esta fe, de que así me va faltando,
Está en mi alma, y estará tan firme,
Que primero huirá el terreno asiento,
Que pueda haber en ella mudamiento.

Siempre de mí has habido por respuesta
Que este Príncipe solo es á quien quiero,
Que en este solo, el alma mia está puesta,
Que este la rige, y este es por quien muero.
Despues desto ¿seria cosa honesta,
Quo á un Príncipe prefiera un escudero?
¿Quei Rey por un vasallo se posponga,
Y la gloria á la infamia se anteponga?

Mira tú esto, y tú Christiano advierte
Por la misma razon, que fué mi intento
Librar mi amado de la cierta muerte,
Y no á Muley quitar el vencimiento.
Por él probé la peligrosa suerte,
Y á quantas mas hubiere me presento
Por él, y no por él aunque lo digo,
Mas porque nadie ofenda á mi enemigo.

Esto direis que fué la intencion mia,
Y no otra cosa, ni por otro acuerdo,

Y el que dixere que es alevosía,
De la verdad se aparta y de ser cuerdo.
Este afecto me aspira, este me guía,
Este me trae, y por él la vida pierdo,
Por este, y por la causa del que adoro,
Y esto deci al Christiano y vando Moro.

Y tú, Christiano, que verás presente
Al que la causa de mi daño ha sido,
Así á tu ruego el cielo sea clemente,
Y quanto le pidieres veas cumplido.
Que le digas por mí, que si consiente
La fe Real faltar lo prometido,
Que si se acuerda de una desdichada,
A quien faltó en la fe, y dexó burlada. (te

Que esta, á quien en Marruecos de esta suer-
Dexó, á procurar lo viene ahora,
Y que si el cielo no le da la muerte,
Ha de ser de su ofensa vengadora.
Con esto, señor mio, puedes volverte,
Dexando aquesta desdichada Mora
Amenazada y puesta en tanto daño,
En tal peligro y en dolor tamaño.

Enternecióse y reprimió el acento,
Anudada la lengua con el llanto,
Y con un sosegado movimiento,
De su congoja encubrió el quebranto.
Sintió el Christiano el propio sentimiento,
Y con ella á hacer vino otro tanto,
Quel sentir las pasiones con terneza,
Es grandeza de ánimo y nobleza.

Suspenso estuvo, y congojoso en vella
De aquella suerte, mas en sí volviendo,
Con voz que nectar despedia della,
A Tarâra se vuelve así diciendo.
Justa es tu queja y justa tu querella,
Y justa la ocasion de andar muriendo,
Que por quien es; será gloriosa suerte
Qualquier suceso aunque suceda en muerte.

No tengo en esta parte que decirte,
Pues que contigo está tan saneada,
Sin cansarme de nuevo en persuadirte,
Que ha sido tu aficion bien empleada.
Solo (á poder) quisiera reducirte
A que entiendas que dél no eres burlada,
Aunque lo ves con otra, por que en eso
No tiene culpa, y fué extraño suceso.

Todo lo sé, le respondió Tarfira,
No tienes mas que persuadirme en esto,
Que si mi causa con razon se mira,
Será la suya condenada presto.
Y por que el llanto se convierta en ira,
Permíteme que dexe aqueste puesto,
Y vete en paz, que yo en mi ardiente guerra,
La muerte iré buscando en esta tierra. (go,

No, (dice Habul Hacén) tú has de ir conmi-
Que yo qual sabes debo acompañarte,
Y donde fueres tengo de ir contigo,
Que en mi mano no está el poder dexarte.
Tarfira airada, al Moro su enemigo
Dice: mas sano te será el quedarte,

Yo tengo de ir, Habul Hacén responde,
Aunque te vayas donde el sol se asconde.

La espada empuña la indinada Mora
Diciendo: quando á eso te atrevieres,
Este brazo y espada vengadora
Te dará el premio que es razon que esperes.
Y porque llegue de tu fin la hora,
La muerte habiendo que á tu Rey dar quieres,
Pues yo soy causa de tu aleve furia,
Yo con tu muerte atajaré su injuria.

Tarfira al Moro arremetió furiosa,
Y Lope Diaz de Alfaro la detiene,
Gime el Moro de pena congojosa,
Los brazos cruza y á do está se viene.
Pídele que la saña rigurosa
Despida, y la crueldad que le mantiene,
Ella con espantosa y cruda vista.
No le responde ni hay quien le resista.

Desta suerte, ella fiera, y él llorando,
Lope Diaz en medio de ámbos puesto
Desvía al Moro, á ella está rogando,
El le importuna; y ella dexa el puesto.
Este extraño suceso imaginando,
Duda el Christiano lo que haga en esto,
Mas acudiendo á su valor divino,
Y su alto ingenio elige este camino:

Que á dar cuenta á Muley, del caso fuese
El Moro, y que la Mora se quedase
Allí, y desde allí la via siguiese
Que mas á sus designios conformase.

Propuso el caso, y como lo dixese,
Dixo el Moro, que tal no le mandase,
Que él habia de ir acompañalla,
O morir ántes que pensar dexalla.

La Mora replicó, que si él queria
Contra su voluntad hacer tal cosa,
Que presto arrepentido se veria
Con muerte, y con infamia vergonzosa.
Sobre esto entre ámbos crece la porfia,
En ella el odio, en él la ánsia amorosa,
Mas el Christiano su contienda oyendo,
Resume el caso así á los dos diciendo.

Tú por la parte de Muley veniste
A saber quien al Príncipe Africano
Favoreció, y sobre esto te ofreciste
Que preso ó muerto al campo iria el Pagano.
Esta palabra que á los tuyos diste
No les puedes cumplir ni está en tu mano,
Porque ni ella dexará llevarse,
Ni dexar por mi parte de ampararse.

Por Botalhá qual sabes me eligieron
A procurar lo propio á que has venido,
La mesma facultad que á tí me diéron,
Lo propio que ofreciste he yo ofrecido.
Asique en lo que en esto pretendieron
Saber, llevamos como ves sabido,
Ya nos consta que no es alevosía,
Y que la culpa de ámbos se desvia.

Vamos juntos de aquí, quédese ella,
Elija aquello que por bien tuviere,

Que yo por fuerza debo defendella,
Que á mi oficio, y mi parte se requiere.

La cabeza abaxó la Mora vella

Diciendo: eso me avisa que no espere,

Vuelve la rienda y sigue el verde llano,

Lo propio hizo el Moro y el Christiano.

A la ciudad el bárbaro camina

A dar cuenta del caso, y al momento

De volver á buscarla determina,

Que no le da mas venia su tormento.

Lope Diaz, sus pasos encamina

Do le aguarda el Christiano Ayuntamiento,

Con el qual luego á darle cuenta parte

Del sucedido caso al santo Marte.